ERICA NIEVES

TAMBIÉN LOS ÁNGELES SALEN DE NOCHE



También los ángeles salen de noche

Erica Nieves

Para mi waninula Solo ella ha logrado ver en mi interior

Contenido

Página del título
Dedicatoria
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO

PRÓLOGO

-¡Tienes que portarte bien, Teddy, o tendré que castigarte!

La voz de la niña me llegó como si se encontrase en otro lugar, en otra ciudad, en otro universo. Me pareció una melodía encantadora, dulce y nostálgica, que me enviaba de regreso a otro tiempo. Eran los años de mi juventud, cuando todavía era humana e inocente, y aún creía que el mundo me daría mi oportunidad.

El Sol se había puesto hacía menos de media hora, pero las farolas iluminaban la plaza como si todavía fuese de día. Evidentemente, no era así, porque cómo sino hubiese podido yo, una vampira, estar sentada en un banco.

-¡Tienes que comértelo todo o serás siempre un osito pequeño!

La niña apenas tendría unos ocho o nueve años de edad, pero seguía tratando al oso de peluche como si fuese su pequeño bebé. Lentamente, giré la cabeza para mirarla. Estaba sentada en el bordillo de la acera con un pequeño juego de café hecho de plástico, de tamaño casi natural, y el pobre oso estaba sentado a su lado, mientras le llevaba a la boca una taza.

-¡Eso es! ¡Verás como ahora te sientes mejor, Teddy!

Sonreí. Era agradable ver que todavía quedaba en el mundo alguien capaz de mirar el mundo con ojos llenos de esperanza.

Pero claro, precisamente yo no me sentía así y en cuestión de segundos, la sonrisa que había aparecido al contemplar aquella escena desaparecía ante el recuerdo de lo que había ocurrido. ¡Cómo había podido ser tan estúpida! ¡Cómo se me había ocurrido pensar que podría quererme hasta el punto de que nada más que yo le importara!

Me giré y hundí la cabeza entre las manos, dejando que algunas lágrimas escaparan, notando como recorrían mis muñecas y descendían lentamente por el brazo, mientras pensaba en lo cansada que estaba.

No, miento.

Cansancio era un término que no hacía justicia a cómo me sentía. Estaba desesperada, porque por muy larga que pudiese ser la vida, ya no esperaba nada de ella. Estaba claro que jamás encontraría a alguien que pudiese llenar el vacío que siempre, desde pequeña, había tenido en mi interior, y esa certeza hacía que toda mi vida careciese de significado. Para qué seguir existiendo en aquella forma tan aberrante, quitando unas vidas y salvando otras.

Para qué.

Y entonces ya no pude aguantar más. Los sollozos empezaron a salirme de manera descontrolada, y la pérdida de control supuso que todo mi cuerpo temblase, desconsolado, fruto de la seguridad de que todo se había acabado para mí. Me sentía como si hubiese caído a un pozo y no pudiese salir de él… ni tampoco quisiese.

Y entonces…

-¿Qué te pasa?

La voz más bonita sonó de pronto a mi lado y cuando giré la cabeza hacia ella me encontré con la mirada más dulce, el rostro más amable y el alma más pura que había visto jamás.

Cuando lo miré, casi al instante, el pozo no me pareció tan profundo como antes. Miré su pequeña mano y me pareció que, de alguna forma, estaba intentando alcanzarme.

Y sonreí, aliviada.

CAPÍTULO 1

Cuando me giré para enfrentarme al espejo, me di cuenta de que aquella iba a ser la primera ocasión en la cual iba a ir bien vestida a algún sitio que no fuese, o bien una boda o un funeral. Claro que cómo iba a ponerme un vestido y a maquillarme si hasta entonces no había tenido ninguna buena razón para ello.

El caso es que salir de marcha por la noche no era lo mío. En realidad, *nada* era lo mío. La prueba era que había tardado más de una hora y media en prepararme, y eso que no había mucho que preparar.

El resultado, tal y como cabía esperar, no fue el que hubiese deseado, porque era más que evidente que unos cuantos trapos y tres o cuatro pinceladas de lápiz de ojos no iban a cambiar lo que era. Cuando me miré al espejo y me vi a mi misma vestida con mis mejores galas, lo primero que pensé no fue que estaba *radiante* y que veía en mí más de lo que solía encontrarme cada día, lo cual podría darme una posibilidad extra de formar parte del mundo que me rodeaba con relativa facilidad.

Para nada.

En lugar de eso, cruzó por mi cabeza un reflejo de mi propia autoestima y de la confianza que tenía en que todo aquello terminara bien o, en otras palabras, de la seguridad que tenía de que la noche iba a ser un completo fracaso.

¡Jo! ¡Parezco un saco!

Llevaba el vestido azul que mi madre me había comprado hacía un año para la segunda boda de mi tía Carmen, apastelado a más no poder, y que tenía que reconocer que me gustaba. El problema era que me llegaba por encima de las rodillas y, con los muslos que yo tenía, tan anchos como dos troncos de secuoyas, me daban el aspecto de un saco abierto boca abajo, o incluso el de una campana.

Pero pintada de azul, claro está.

Con este aspecto dudo mucho que alguien se vaya a fijar en mí como no sea para reírse un rato.

Y es que aunque quisiera, jamás podría formar parte de ese tipo de personas conocidas como *la gente guapa*, porque yo no lo era… guapa, quiero decir, ni iba a serlo jamás.

La última vez que me había pesado, valiente de mí, la maldita máquina me había dicho que mi peso ideal estaba doce kilos por debajo del que tenía. Eso no tendría que constituir en sí mismo un problema de no ser porque después de aquello, deprimida por no haber logrado bajar después de un mes de dura dieta, engordé cuatro kilos más, a base de comer unas cuantas tabletas de chocolate, mi auténtica perdición.

Vamos, que ahora mis problemas eran mucho mayores.

Por si fuese poco, tampoco era lo que se dice *graciosa, simpática o chistosa*, ni tenía *eso* que los chicos esperan encontrar en las chicas. Era mordaz, a menudo cortante y, muy habitualmente, bastante más inteligente que aquellos que se atrevían a acercarse a mí, y todo aquello no me ayudaba nada de nada. Estaba bastante claro que en el reparto de cuerpos y personalidades yo debía de haber llegado justo de las últimas, como siempre. ¿No os ha pasado nunca eso de estar a punto de llegar a la caja de un supermercado y que de repente se os ponga delante alguien con dos carros hasta arriba de compra? Pues eso me ocurre a mí… ¡todos los días!, así que… ¿por qué no cuando nací?

Por esa razón estaba a menudo sola y deprimida, y comiendo chocolate. Mi subconsciente luchaba encarnizadamente contra sí mismo, en un intento por alcanzar una meta que ni tan siquiera alcanzaba a vislumbrar y, continuamente, debía decirme a mí misma que rendirse no era una opción, y de vez en cuando hasta lo conseguía.

Era cabezota a más no poder.

Y en aquel momento, delante del espejo, mi mente se encontraba en plena batalla. Lo que veía no era bueno.

Bueno, eso es todo lo que puedes ofrecer, decía una voz en mi interior.

¡Pues no es suficiente!, respondía otra.

Pero eso es siempre lo máximo que se dar. ¡Cómo puede alguien sentirse mal cuando no hay nada más que ofrecer!

Supongo que mi *parte positiva* obtuvo una pírrica victoria, porque en mi cara se dibujó una mueca para indicar que me aguantaba con lo que había. Así que, al mirarme al espejo, y pese a, de alguna manera, despreciar la imagen que veía, me armé de valor, y en lugar de salir corriendo, continué mirándome, en un penoso intento por acostumbrarme a mí misma.

Por desgracia, no solo era lo que veía. También se trataba de lo que me dolía.

Odiaba los zapatos de tacón.

Es cierto que me permitían ascender unos pocos centímetros, lo cual era de agradecer, ya que con apenas uno cincuenta y cinco todo el mundo decía que debía ser familia de un gnomo o algo parecido, pero siempre que me los había puesto había acabado con unas ampollas de tamaño descomunal en los pies, sufriéndolas durante varios días y obligándome a tener que andar como si tuviese graves problemas motrices.

Vergonzoso.

Pero claro, una vez más, era el precio que había que pagar por estar guapa, cómo me dijo en una ocasión mi tía. Recuerdo que yo le contesté que por muchas ampollas que tuviese nadie iba a pensar que yo lo era, porque con el resto de mí misma no había nada que hacer. Por supuesto, cuando yo le respondía eso, mi tía montaba una buena y me recriminaba que me autocompadeciese, pero el caso es que yo siempre tenía razón. Siempre que había ido a una fiesta, o a algún tipo de ceremonia festiva, había acabado más sola que al llegar, y con la sensación de que podría haber aprovechado mejor mi tiempo.

En cualquier caso, me enderecé, eché a un lado todos mis pensamientos negativos, y me dije para mí que aquel era el momento perfecto para recordar a Shakespeare:

¡Una vez más en la brecha, queridos amigos; una vez más, tapiemos la línea de sus murallas con nuestros muertos ingleses!

Así que de nuevo iba a intentar atraer a alguien, o al menos, y para ello qué mejor que dos zapatos productores de ampollas, un saco pitufo para cubrir mi piel y varios brochazos de maquillaje para no ahuyentar a nadie de poder verlos, y conseguir sentirme bien entre la gente.

Cosa que sabía que no iba a ocurrir.

En medio de todos esos pensamientos, escuché como sonaba el timbre del portero electrónico. Esa debía de ser Lidia, mi mejor, o más bien, mi única amiga.

-¡Ya voy yo, mamá! –dije en voz alta, intentando adelantarme a la mayor cotilla del mundo.

Para mi desgracia, apenas sí había salido de mi cuarto cuando mi madre ya había llegado al telefonillo para controlar toda la situación.

-¿Quién es? –preguntó con voz exageradamente inocente, como si no supiese de quién se trataba -… ¡Ah, hola, Lidia!… Sí, ya está lista… Ahora mismo baja… De nada, y qué os divirtáis…

En cuanto mi madre colgó el telefonillo me volví hacia el cuarto.

-Hija, es…

-Cómo si no supiera quién es –comenté, irritada -. ¡Cuándo dejarás de controlar todo lo que hago!

Entré en el cuarto visiblemente molesta, agarré fuertemente la chaquetilla con una mano (prácticamente la estrangulé entre mis dedos, en lugar de hacerlo con la pesada de mi madre) y, después, con la misma mano, cogí un bolsito negro que estaba colgado en el borde de la cama. Del tamaño de una mano, en su interior había metido mi carné de identidad, unos pañuelitos y algo de dinero.

-No entiendo por qué te pones así, Anika.

-Me pongo así porque nunca dejas que hable yo. Siempre tienes que estar metiéndote en todo. Siempre controlas todo lo que hago. Ya tengo edad para encargarme de mis cosas, mamá. ¿Sabes?

Si las miradas matasen, mi madre habría caído fulminada. En realidad, ya lo habría hecho más de un centenar de veces antes de entonces, porque, en la vida de una chica adolescente, en cuántas ocasiones nos encontramos con una madre que intenta controlar nuestra vida mientras que nosotras queremos hacer lo que queramos.

Pues eso, muchas.

Evidentemente, no es que fuese demasiado grave, ni en este ni en los otros cuatrocientos casos. Ya estaba acostumbrada a estos comportamientos y en el fondo sabía que había una preocupación real por mí. Pero el caso era que para una vez que yo tomaba las riendas, o más bien, que me decidía a salir y a comportarme como lo que se esperaba debía hacer un adolescente normal, allí estaba ella, que, en lugar de mantenerse al margen seguía estando encima mía, preocupándose, agobiándome, queriendo saber todo lo que hacía. Así que había veces que simplemente me cansaba y saltaba, y aquella fue una de ellas.

Tenía la sensación de que tanto fuera como dentro de mi propia casa todos me consideraban como un bicho raro. De hecho, estaba segura de que mis padres pensaban que yo no cumplía las expectativas que debía tener una mujer, y de que no esperaban gran cosa de mí, salvo tener que cargar conmigo durante años. No hacía más que encerrarme en mi cuarto y leer, y eso no estaba bien visto entre la gente de mi edad. Por supuesto, ellos debían entender que con este cuerpo que había heredado, no solo necesitaba paciencia, sino también un milagro, pero por de pronto, necesitaba un poco más de confianza, la misma que no conseguía tener tanto en el instituto como en mi propia familia. Me atosigaban demasiado.

Y por eso también me enfadaba.

-Volveré tarde. No me esperéis levantados –les dije, y sin echar un vistazo siquiera, cogí mis llaves del colgador que había junto a la puerta, la abrí y la cerré una vez hube salido, con rapidez, decisión y fuerza, tanta que sentí como todo el edificio temblaba. Lo que fuera con tal de que por fin hubiese algo físico que nos separara.

Tomé aire, y empecé a bajar las escaleras. Mi noche, buena o mala, estaba a punto de empezar.

-Estás guapísima, Ani –me dijo Lidia, y yo sabía que lo decía de corazón. Solo por ella estaba allí, y porque me había insistido sin parar durante toda la semana hasta que mi dominante timidez y mi deprimente sentido del fracaso habían cedido.

-Gracias, Lidia. La verdad es que me parece que con este vestido parezco todavía más gorda.

-¡Tonterías! Es verdad que estás muy guapa, y estoy segura de esta noche algún chico se va a fijar en ti. Vamos.

En realidad, no es que a mí todo eso de los chicos me interesara demasiado. Nunca me había sentido atraída por ninguno en especial y, claro estaba, tampoco nadie me había prestado atención, así que la cosa no prometía demasiado, aunque Lidia lo convertía todo en una especie de subidón, así que cualquiera le decía que no a algo.

Desde luego, el día que alguien se fijara en mí, mi autoestima ascendería como la espuma. Solo tenía que esperar a que ocurriese… y que no fuese el día del juicio final.

Comenzamos a andar hacia la parada de autobús, ella con la seguridad que la caracterizaba y yo, en cambio, incómoda a su lado y empezando ya a arrepentirme por llevar tacones.

La miré.

Ella sí que era guapa. Aunque medía tan solo cinco centímetros más que yo, su figura estaba en armonía, y eso era decir mucho. Lo de estar delgada era lo que más le gustaba a los tíos, pero es que además, venía acompañado de un pelo precioso, largo hasta los hombros, y unos ojos, de un color castaño verdoso, que le conferían un gran atractivo. Muchas veces me había preguntado por qué era mi amiga, hasta que un día me contó que en realidad a ella le había pasado lo mismo que a mí, solo que en su caso había hallado una solución. Hacía varios años también había tenido unos kilos de más y no era precisamente de las chicas más populares del instituto, pero había hecho una dieta de esas fortísimas, en las que tomas una manzana al día o algo parecido, se había dejado el pelo largo, y tomado la decisión de enseñar más de lo que estaba acostumbraba. Rápidamente empezó a ser perseguida por los chicos y, también rápidamente, pasó a formar parte de los grupitos más selectos de chicas, de esos en los que solo pueden entrar las más guapas y deseadas.

La idea de hacer una dieta frutívora no me atraía demasiado, entre otras cosas, porque tenía muy claro que no era sana para nada, así que cuando me lo comentó, no tardé demasiado en desechar la idea. Le dije sencillamente que ya me lo pensaría. Por otro lado, tampoco me hacía gracia fingir que era otra persona, así que aunque odiase como era, preferí permanecer atrapada en mi cuerpo.

En cuanto a Lidia, después de todo lo que había pasado no se había olvidado de quién había sido, y por eso también alternaba conmigo, que todavía no había encontrado mi sitio. Yo le estaba agradecida por eso, aunque ello no significara que me creyera todo lo que me decía. Tampoco la envidiaba, porque no me gustaba eso de ir por ahí enviando el mensaje de que lo que ves es lo mejor de mí. Muy al contrario, yo deseaba interesar por *cómo* era y, seguramente por eso, todavía no le había gustado a nadie.

-No debí dejar que me convencieras para venir –le dije, con mi pesimismo habitual.

-¡Oh, para ya, por favor! –me regañó, justo cuando estábamos llegando a la parada -. Mira. Somos lo que pensamos. Si nos creemos guapas, seremos guapas, y los demás nos verán así. Si te ves fea y triste, los demás te verán también así. Así tienes que ser positiva.

-¿Eso qué es, filosofía taoísta o algo así, o es que te has leído *El arte de la guerra* últimamente? –el pregunté, divertida.

-Ríete si quieres, pero ha sido ese tipo de pensamientos los que han conseguido sacarme del agujero en el que me encontraba, y también lo harán contigo. Mira –empezó a decir, deteniéndose y girándome hacia ella -. Eres una buena chica, mucho más atractiva de lo que tú te crees, y hoy te has maquillado estupendamente. *Fijo* que algún chico se te queda embelesado mirándote.

-Yo no estoy tan segura como tú, pero ya te lo diré mañana.

Hasta nosotras llegó el sonido del autobús que llegaba. Estábamos todavía a unos metros de distancia de donde iba a detenerse, así que dejamos de hablar y aceleramos el paso.

-¿Dónde hemos quedado? –le pregunté, antes de que se detuviera del todo.

-Dentro del autobús. Y si por alguna razón se retrasan, nos veríamos en la puerta, a la entrada de la *disco*.

Solo escuchar la palabra *disco* ya me puse nerviosa, y un temblor me recorrió de arriba a abajo. No me gustaban nada, y aunque nunca había ido a esta en concreto, sabía perfectamente lo que me iba a encontrar.

Procuré no pensar en ello hasta encontrarme dentro, porque de lo contrario podía darme la vuelta y regresar a casa. En ese momento, el autobús se detuvo justo delante de nosotras y sus puertas se abrieron. No éramos las únicas que íbamos de fiesta, por supuesto, ya que varios chicos y chicas más venía detrás de nosotras, pero es que cuando subimos los dos escalones y miré en su interior, pude ver que el vehículo estaba bastante lleno, y que la mayor parte de ellos iba en grupo, bien arreglados, conversando alegremente y esperando que la noche se les diera bien, cada uno a su manera. Yo no me sentía cómoda, sencillamente porque no era así. Nunca salía. Nunca me lo pasaba bien cuando estaba rodeada de docenas de personas que estaban desatadas. Y nunca, a pesar de estar acompañada, dejaba de sentirme sola, y por un momento se me ocurrió pensar si alguno de aquellos chicos y chicas también se sentirían solos y simplemente *harían ver* que no era así, o si verdaderamente se lo estarían pasando bien.

Lidia pagó los dos viajes (a mi me tocaba pagar los de vuelta) y ambas nos adentramos en el autobús. Nos colocamos al lado de un grupo de chicos de nuestra misma edad, que hablaban animadamente de algo que no escuché, ni tampoco tenía interés en escuchar. Después, nos pusimos en marcha, y la inercia me empujó ligeramente hacia atrás. Me bamboleé como si fuese un tentetieso pero logré mantenerme derecha gracias a Lidia, en quién me apoyaba una vez tras otra, tanto física como mentalmente.

-Con este conductor no sé si llegaremos de pie –le dije a Lidia. Ella se rió.

-Sí, todavía me estoy acordando de una vez que volvíamos de a casa y tuvo que dar un frenazo porque se tragaba el semáforo. Creo que los únicos que no se cayeron fueron los que iban sentados en el suelo porque no había sitio, pero en cambio todos los demás caímos de bruces sobre ellos.

Sí, Lidia había salido más que yo, pero al menos se podía hablar con ella de cosas divertidas y banales. Con ella siempre me sentía a gusto, y cuando estábamos solas, parecía que habíamos estados juntas toda la vida.

Pero tres paradas más tarde, subieron las demás, y entonces todo cambió.

Rebeca, Paloma y Belén eran el mejor ejemplo de lo que más odio en una persona. Envidiosas, orgullosas, *chicas guapas* y coquetas a más no poder, pero sobre todo… eran *superguay*, de esas que pueden tirarse horas y horas hablando nada más del tipo de ropa que se ponen o dejan de ponerse, los zapatos que se comprarían y cómo sería el chico de sus sueños. ¡Ah! Y fijo que compraban todas las semanas la revista *Bravo* para hacer los tests sobre cómo de populares eran o si el chico que les gustaba daba señales de estar interesado en ellas. Como además siempre iban juntas a todas partes yo las llamaba *Repabe*, como si fuese una única chica, cosa que en el fondo no era del todo equivocado, ya que al final todas hacían lo que decía una de ellas.

Rebeca.

Rebeca era rubia platino y lo explotaba todo cuanto podía. No era especialmente guapa, porque para mi gusto tenía cara de vinagre, pero el mero hecho de tener el cabello rubio y los

ojos azules era suficiente para cualquiera, tanto para ella como para los tíos que iban detrás de ella babeando. ¡A veces los tíos piden tan poco!

Para mí Rebeca era una especie de tornado porque atraía a todas las demás chicas hacia ella y las convertía en sus leales súbditas.

Era la auténtica *Reina Borg*.

El mejor ejemplo de ello eran Paloma y Belén, sus más fieles lacayas. Al ser ambas morenas no podían competir con ella en belleza, ni tampoco en inteligencia, puesto que en realidad todas eran igual de idiotas, así se dedicaban a reírle sus bromas y burlas y a darle la razón en todo.

Lo que no alcanzaba a entender era como Lidia podía estar con ellas. Bueno, la verdad es que sí que lo entendía. No había sitio para una chica guapa en el vecindario que no estuviese con Rebeca, porque era o eso, o bien enfrentarse a la manada, lo cual no era muy recomendable porque destilaban mucha, pero que mucha mala leche contra aquellas que les caían mal. Así que Lidia había sido arrastrada al lado oscuro y, cuando estaba con ellas, tendía a comportarse igual que ellas.

Por eso prefería estar con Lidia a solas, y no en presencia de ellas pero, claro estaba, eso no estaba en el menú de aquella noche.

-Hola, Lidia. ¡Caray! ¡Estás guapísima! –dijo Rebeca en cuanto llegó a nuestro lado. Después le dio dos besos a Lidia y ésta saludó a las demás con la mano.

¡La resistencia es inútil!, pensé, viendo como las tres chicas rodeaban a Lidia como auténticas soldados *Borg,* intentando asimilarla.

Durante una fracción de segundo Rebeca me miró y decidió que yo me merecía algún tipo de saludo, así que esbozó una mueca a modo de sonrisa, pero rápidamente se volvió hacia las demás. Yo arqueé los labios hacia arriba como sonriendo y después hice una mueca desagradable, que por supuesto ella no vio, porque ya no estaba prestándome atención. Era evidente que yo no merecía más que unas pocas migajas de su valiosísimo tiempo.

-¿No creéis que está guapísima?

-Sí –respondió Paloma -. Menos mal que vamos juntas porque si no estaría celosísima.

-Por cierto, ¿viste ayer como te miraba *el Carlitos* desde la última fila? –le preguntó Belén, cambiando de tema.

-Pues…

¡Pobre Lidia! Si pensaba que le iban a dejar hablar estaba muy equivocada.

-¡Tenías que haberte fijado! ¡Estuvo toda la hora pendiente de ti!

-No me lo habías contado –le comentó Rebeca, girándose hacia ella.

Yo desconecté. No me interesaban para nada los cotilleos amorosos que, por otra parte, tenían tanto de cierto como la historia sobre el tirador solitario que atentó contra Kennedy.

Pero lo que si hice fue mirarlas mientras hablaban y reían, y entonces llegué a una conclusión. Todos los que estábamos allí, viniéramos de donde viniéramos, íbamos en nuestra mayoría en grupos, pero ninguno en pareja. Luego fuéramos más divertidos o menos, más guapas y guapos o menos, y más delgadas (o más gordas como yo), todos y todas estábamos igualmente solos y solas.

¡Menudo autobús!, pensé. *Aunque nadie quiera reconocerlo, todos estamos igual de solos.*

Lo que también pensé era que no todos teníamos las mismas posibilidades de encontrar a alguien. Evidentemente, yo era de las que menos tenía, pero si muchos de los que estaban allí pensaban que iban a conseguir más que yo estaban muy equivocados. La propia Rebeca y las demás, por ejemplo. A menudo las había observado cuando tonteaban con chicos y,

definitivamente, había llegado a la conclusión de que apenas sí tendrían una vida propia más allá del instituto. Yo estaba deprimida porque no me sentía apreciada, pero estaba segura de que ellas, sobre todo Rebeca, en el fondo, se sentía más o menos igual. En cualquier caso, yo me removía en mi propia tumba, dándole vueltas a todo, mientras las demás seguían hablando de sus cosas, sin importarles que yo no participase (o más bien, prefiriendo que permaneciese aparte), y mientras tanto, el autobús avanzaba sin descanso.

Por fortuna, el viaje no se me hizo demasiado largo, y finalmente, llegamos a nuestro destino. Cuando el autobús se detuvo en una parada y las puertas se abrieron, empezó a bajar gente sin parar, unos detrás de otros.

-Esta es la nuestra, Anika –me dijo Lidia. De no ser por ella lo mismo habría dado toda la vuelta (si es que se podía hacer) y regresado a casa.

Total, para lo que iba a hacer aquella noche.

Bajé detrás de ella, mezclada con el resto de la gente, y sintiéndome como una vaca a la que llevan al matadero, y seguí caminando un paso por detrás de todas hasta llegar a la entrada de la discoteca. Un cartel luminoso justo encima de la puerta decía: “DELIRIO”. Menudo nombre. ¿Acaso suponían que íbamos a perder la razón tras flanquear sus puertas?

En ese momento, Rebeca se giró hacia todas.

-Bueno, este es el plan –dijo muy animada – Esta noche todas tenemos que liarnos con un chico o al menos conseguir quedar con él.

Tragué saliva. Eso era sencillamente imposible en mi caso.

-Bueno –puntualizó Belén -, todas menos Anika. Ella puede mirarnos y aprender cómo se hace.

Ni tan siquiera me molesté en mirarla porque estaba pensando seriamente en introducir mis uñas recién cortadas en sus saltones ojos castaños. Claro que antes de hacerlo, Lidia salió en mi ayuda.

-De eso nada. *Todas* somos *todas*, sin excepción, porque si no, para qué ir en grupo. Lo suyo es que intentemos conseguir que un grupo de chicos se nos acerque, y así uno de ellos se quedará con Anika.

-Lidia, no te molestes –le dije, sobre todo para evitar hacer el ridículo. Quién se iba a fijar en una chica bajita y sobredimensionada como yo. Además, yo también era exigente. Quién le había dicho a ella que yo iba a conformarme con cualquier chico lleno de granos y con los dientes retorcidos. Por supuesto, eso no se lo dije. Significaría perder mi único apoyo en aquella carrera salvaje.

-Está bien –dijo Rebeca con fastidio, cerrando la discusión -. Si vemos que la cosa está muy mal siempre podemos separarnos en parejas o tríos y así ella tendrá su oportunidad. Ahora, vamos.

Nos acercamos a la taquilla y sacamos nuestra entrada. Ocho euros por ser humillada en público no es lo que yo entiendo por disfrutar, pero lo acepté de buena gana, sobre todo por Lidia, que estaba haciendo todo lo posible por mejorar mi autoestima. Le debía al menos el poner buena cara e intentarlo.

En la entrada nos esperaba un gorila de casi dos metros, que nos abrió la puerta amablemente. Yo simulé no fijarme en que llevaba una camiseta cinco tallas más pequeña, y él no pareció reparar en los kilos que me sobraban. Tras la puerta, había unas escaleras que descenderían hacia una especie de inframundo. Sabía en mi interior lo que iba a encontrar en él. Frustraciones y una importante cantidad de autocompasión, pero tomé aire y comencé a bajarlas, temblorosa, insegura y acercándome cada vez más a una música machacona que ya debía de

sonar a más de doscientos decibelios.

Era el auténtico descenso al infierno y yo me dirigía directamente hacia él.

CAPÍTULO 2

Ninguna de nosotras tuvo que dejar nada en el guardarropa, algo que, por otra parte, era lo mejor, porque a mí eso de dejar las cosas en manos de extraños no me hacía ninguna gracia, así que entramos directamente. Rebeca lideraba nuestro pequeño grupo como si de una partida de caza se tratara y fue ella quien abrió las puertas que separaban las escaleras del interior de la discoteca. En cuanto se encontró dentro, alzó los brazos y empezó a contonear el cuerpo mientras caminaba, como si tuviese un cartel que dijese… ¡Eh, preparaos que ya estoy aquí! ¡Ahora sí que puede empezar la fiesta!

Por supuesto, tanto Paloma como Belén la imitaron, mientras que Lidia permanecía detrás, sonriendo y animándose más y más a cada paso que daba, emulando tímidamente a la reina de la oscuridad. Yo creo que lo hacía únicamente por integrarse con ellas, lo cual entendía, pero rechazaba enérgicamente.

En cuanto a mí, no albergaba ninguna duda de que, efectivamente, me encontraba en algún infierno, de los muchos que seguramente existían. Había humo por todas partes, procedente de las pistas de baile, y las luces parpadeaban en diferentes colores, dejándome al borde de un ataque epiléptico. Por otra parte, aquellas malditas luces apenas sí bastaban para iluminar lo suficiente como para caminar sin peligro, por lo que no pude evitar tropezar un par de veces con escalones invisibles y gente apresurada o medio alcoholizada a los que no les importaba en lo más mínimo si chocaban con algo o alguien.

A lo lejos, bailando, veía lo que cualquiera podría haber interpretado como montones de almas condenadas retorciéndose de dolor entre las llamas, algo a lo que solían llamar *bailar,* y cuya técnica, obviamente, desconocía. Desde luego, todo en aquel lugar invitaba a salir de allí corriendo y, sin embargo, yo seguía adentrándome.

Incauta de mí.

Y para completar el cuadro, cada cierto tiempo las luces de colores eran sustituidas por parpadeos de luces blancas y oscuridad, lo que daba la sensación de que uno se movía de forma robotizada. Era como estar viendo una imagen a diez fotogramas por segundo en lugar de a veinticuatro.

Por otro lado, también había una importante cantidad de sillones dispuestos por toda la discoteca, sobre todo en los rincones más oscuros, en donde las parejas podían montárselo sin ningún tipo de problema. Mi tía habría dicho que aquel era un auténtico antro de perversión, y habría estado en lo cierto, pero también tenía que reconocer que envidiaba a algunas de las parejas que estaban allí. Al menos ellas no debían sentirse solas.

Miré a mi alrededor y no alcanzaba a distinguir con la vista dónde empezaba y en qué lugar terminaba aquel lugar, pero me daba la impresión de que era como un salón circular, con una barra para beber localizada más o menos en el centro, varias pistas de baile, e innumerables zonas para para sentarse, aislados o en grupos de dos, tres o cuatro, con los asientos dispuestos sobre todo pegados a las paredes, acompañados de pequeñas mesitas de centro delante de ellos. Además, aquí y allí había mesas con forma de seta, con un solo soporte y que se elevaban hasta un metro por encima del suelo, para apoyar las bebidas.

Pero lo peor de todo era el ruido.

La música estaba TAN FUERTE que apenas si podía escuchar a cualquiera de los que pasaban junto a mí hablando y mis tímpanos vibraban como si fuesen tambores. ¿Podría volver a

oír cuando saliese de allí? No estaba segura. Quizás tendría que ir a un especialista en cuanto regresase a la civilización para que reconstruyese mis membranas timpánicas.

Absorta por lo que estaba viendo, apenas me di cuenta de que Rebeca se había detenido y las demás habían formado una especie de corrillo alrededor suya. Las imité.

-Bueno, chicas –empezó a decir, gritando -. Lo primero es empaparnos un poco. Hay que ponerse a tope. Después, a buscar.

-Yo ya le he echado el ojo a uno –dijo Paloma, señalando hacia un punto lejos de nosotras, en donde había tres chicos sentados hablando y riendo -. Está *que te cagas*.

Yo me fijé en los chicos y no me pareció que ninguno de ellos fuese especialmente guapo, pero claro, pensé que mis gustos dejarían mucho que desear a juicio de las demás, así que preferí no hacer comentarios.

-Bueno, no nos adelantemos –dijo Rebeca -. Lo primero es lo primero.

Y se dirigieron hacia la barra.

Y aquí iba a venir el primer problema, ya lo estaba viendo venir.

-¿Qué queréis, chicas? –preguntó la chica de la barra que se había acercado a nosotras antes incluso de que llegáramos. Era una joven de unos veinte años que iba en plan gótico, con una camiseta y pantalones negros, cabello también negro como el carbón y muy corto, piel muy blanca, un piercing sobre su labio superior y varios más que no me detuve a contar en su oreja izquierda.

-Un whisky con *seven up*.

-Un ron con cola.

-Otro.

-Un vodka con limón.

-Una fanta de naranja.

Rebeca, Paloma y Belén se giraron para mirarme. Lidia simplemente agachó la cabeza.

-¡Vamos, debes estar bromeando! –me dijo Belén.

-Yo no bebo alcohol.

-Ya sabía yo que nos iba a fastidiar –comentó Paloma.

La chica de la barra, en cambio, sonrió, divertida. No pensé que lo hiciese en plan de burla, sino que más bien disfrutaba de la situación.

-Si vosotras necesitáis beber alcohol para animaros es cosa vuestra. Yo me conformo con quitarme la sed.

La chica me miró fijamente y siguió mirándome hasta que se dio la vuelta para preparar las bebidas. Fue un poco raro. Yo no le devolví la mirada. Tenía otras cosas en la cabeza que prestarle atención a una mirada extraña.

Lidia se inclinó hacia mí.

-Deberías intentar camuflarte mejor –me susurró.

-No quiero camuflarme, ni mejor ni peor. No voy a beber alcohol para que mañana me duela la cabeza todo el día. Total, para nada, porque nadie se me va a acercar y tú lo sabes.

Lidia me dio la espalda y se giró hacia las demás, que hablaban animadamente, e hizo como que estaba interesada en la conversación, mientras yo me quedaba, como siempre, sola. Estaba claro que la cosa iba a peor y mucho me temía que aún no había tocado fondo.

A los dos o tres minutos llegó la chica gótica con las bebidas, que fue colocando por riguroso orden de pedido, y cuando llegó mi turno, al mismo tiempo que dejaba la bebida en el borde de la barra, echó el cuerpo ligeramente hacia delante.

-No les hagas caso –me dijo, en un tono lo suficientemente bajo como para que nadie más

pudiese oírla -. Chicas como esas vienen aquí todos los días y se van igual de solas, por mucho que no lo parezca. Tú vales mucho más que ellas.

Sonrió, y después me guiñó un ojo.

-Gr-gracias –le dije, a modo de respuesta, sin saber qué más decir, ni por qué me había alterado.

Después se fue a atender a más gente que esperaba su turno. Yo cogí el vaso y bebí un sorbo, no porque tuviera sed, sino por no permanecer quieta sin hacer nada, aunque sabía que así era como iba a pasar toda la noche, y qué demonios, porque aquella chica me había puesto nerviosa.

Lo cierto es que tenía toda la razón. Chicas como aquellas habría seguramente a montones, y no es que yo me considerase especial, pero en mi fuero interno si que pensaba que estaba un poco por encima de ellas.

El problema era poder demostrarlo, porque de nada servía sentir que valía más si después estaba más sola que la una.

-¡Eh, vayamos allá! –exclamó Paloma, a quien ya parecía que el alcohol le iba haciendo efecto. Automáticamente todas la seguimos hasta una de aquellas mesas-setas que estaba a pocos metros de los tres chicos que antes habían llamado su atención. Estaba claro lo que buscaba y que no pensaba perder el tiempo.

Deslizándose como serpientes entre las mesas y la gente, pasaron una tras otra junto a la pista de baile, todas menos Lidia, que caminaba tranquilamente, y yo, que parecía vivir en un Universo diferente, hasta que las cinco llegamos a nuestro destino, una mesa demasiado pequeña para que todos nuestros vasos cupiesen en ella, o al menos, para mí, porque automáticamente me quedé fuera del círculo.

Todas las demás se situaron alrededor suya como si fuese una especie de altar ceremonial y ellas las sumas sacerdotisas. Rebeca, Paloma y Belén no dejaban de mirar en dirección a los tres chicos a los que les habían echado el ojo un rato antes, para después susurrarse cosas al oído y reírse a continuación como si se tratara de algún chiste particular entre ellas.

Patético.

Aunque para patética yo, claro, que estaba a su lado como si tal cosa. Lidia también participaba de los chistes, aunque para mí era más que evidente que simplemente se obligaba a hacer ver que tenía interés, los seguía y compartía las risas, aunque no fuese realmente así. No se daba cuenta de que tres no era lo mismo que cinco, y que dos de nosotras íbamos a quedarnos solas.

Yo empecé a mirar a mí alrededor, sin buscar nada en concreto, intentando hacer tiempo o simplemente evadirme de todo aquello, y tenía muy claro que prefería aislarme del grupo por mí misma, en lugar de a causa de ellas.

Y de pronto la vi.

Sentada en el fondo de la sala, en un sillón, había una chica que permanecía casi inmóvil, como si formase parte de la decoración y que daba la impresión de estar como en un mundo aparte. Tenía el cabello rubio, casi blanco diría yo, con algunos rizos y no demasiado largo, en una media melena. No pude distinguir sus ojos, pero sí su rostro, que era blanco como la leche. Era… extraña, pero al mismo tiempo, me resultaba muy familiar. Parecía tratarse de una de esas personas que te recuerdan a alguien pero no sabes exactamente a quién, razón por la cual, no puedes dejar de mirarlas. Además, le rodeaba un halo totalmente irreal, una especie de *aura* que la hacía diferente al resto de la gente. Ciertamente me pareció una mujer atractiva, pero sobre todo, misteriosa y fascinante.

Era sin duda alguna mayor que todas nosotras, unos veintitantos le eché yo, lo cual ya era llamativo porque la mayoría de los que estábamos allí éramos menores de edad, y vestía unos vaqueros desgarrados por varios puntos y una camiseta que caía por uno de sus hombros, dejando ver que no había sujetador ninguno debajo. Me dio la impresión de que vestía sencillamente como quería, aunque no entendía demasiado qué podía estar haciendo allí.

Y mientras yo pensaba en ella, la analizaba y permanecía absorta mientras la observaba, giró la cabeza y me miró. Fue como si de repente se hubiese dado cuenta de que yo la estaba mirando y ella se hubiese vuelto para concentrarse totalmente en mí, y durante el breve segundo en que nuestros ojos se encontraron sentí como si me hubiese atravesando el alma. Fue… inquietante. Para nada desagradable, pero ciertamente perturbador. Por supuesto, yo aparté la vista rápidamente para evitar que se diese cuenta. Lo hice sin pensar, de manera automática, como me había ocurrido muchas otras veces antes cuando estoy mirando a alguien y pienso que puede darse cuenta de que lo estoy haciendo. Sin embargo, en este caso, tuve que emplearme a fondo para permanecer mirando mi vaso, el mismo que tenía aprisionado entre mis dos manos. Casi pude sentir como sus ojos me buscaban ávidamente mientras que yo, en cambio, contenía mis ansias de mirar concentrándome en el fondo del vaso que aún sostenía entre las manos.

Conté treinta segundos mentalmente antes de volver a mirarla, porque en el fondo me invadía la curiosidad, y, cuando lo hice, el sitio que ocupaba estaba vacío. Ella ya no estaba sentada allí, ni tampoco parecía hallarse por los alrededores.

La busqué entre la oscuridad, el humo y la gente, nerviosa, casi con ansiedad, pero no la encontré. Sencillamente, se había desvanecido.

Curioso e inquietante.

Aunque no tanto como el interés que estaba mostrado yo por aquella desconocida. Aquello no podía ser bueno.

En ese momento me llegó la voz de Rebeca.

-Chicas, me parece que ya hemos pescado algo.

Miré al frente. Los tres chicos en los que se habían fijado caminaban decididos hacia nosotras. Paloma y Belén comenzaron a reír estúpidamente, mientras Rebeca adoptaba una postura falsamente desinteresada.

-Hola, chicas –dijo uno de ellos, con una boca llena de tantos dientes que parecía poco menos que un tiburón -. Mis amigos y yo estábamos hablando de lo guapas que sois y nos preguntábamos si os apetecería sentaros con nosotros.

-Bueno –comenzó a decir Rebeca, con la clara intención de hacerse valer -, lo cierto es que también nosotras estábamos hablando de vosotros y nos gustaría acompañaros…

En este punto Paloma estaba comiéndose las uñas mentalmente. Con ella no iba eso de hacerse la dura.

-… pero es que nosotras somos cinco y vosotros tres, y no vamos a dejar a nuestras amigas solas.

-Si, ya lo habíamos pensado, y sabemos de un par de colegas que seguro que quieren conocerlas.

Por lo visto el muchacho tenía la respuesta preparada. Se veía que tenía experiencia en esto.

-¿Entonces a qué esperamos? –dijo Rebeca.

Rebeca y el muchacho se dieron la vuelta en dirección hacia los asientos de los cuales venían. Paloma se pegó como una lapa a su chico diez, al cual yo no le habría dado más de un tres, y Belén se adhirió al tercero en discordia. Lidia y yo caminamos detrás del grupo, inseguras y desplazadas.

-¿Crees qué esto es buena idea? -le pregunté.

-¿De qué te quejas si Rebeca ha conseguido dos chicos para nosotras? –Lidia parecía irritada con mi comentario.

-Yo no veo a esos dos chicos por ninguna parte. Además, tampoco quiero que me consiga nada –protesté -. Me basta uno que se fije en mí.

-Entonces quédate sentada esperando.

Aquello había sido cruel y para nada típico en ella. Me quedé plantada en mitad de ninguna parte durante unos segundos, sola, antes de reanudar la marcha, esta vez, en último lugar. Me entraron verdaderas ganas de mandarla donde se merecía pero el golpe había sido tan duro y me había pillado tan desprevenida que no pude responder a tiempo. Supongo que en aquel momento Lidia deseaba sentirse tan integrada como yo, solo que ella pensaba que tenía alguna posibilidad mientras que yo ya hacía tiempo que sabía que no disponía de ninguna.

Cuando llegamos a los sillones, nos sentamos todos juntos, cada una con su pareja, y Lidia y yo aparte, por supuesto, a esperar.

Mientras los seis tonteaban caí en la cuenta del truco. Era justo lo que yo había supuesto. No había dos chicos más. Se trataba simplemente de una excusa para que Rebeca no quedase mal delante de nosotras, así que nuestro destino sería permanecer allí, solas, mientras ella y sus amigas se enrollaban.

¡Ge-nial!

Iba a decírselo a Lidia cuando un chico se acercó a ella desde no-se-dónde.

-Hola, me llamo Antonio. ¿Te apetece bailar?

Lidia levantó la cabeza y sonrío. El muchacho no parecía malo después de todo, y al menos parecía cortés.

-Claro.

Y se fue con él.

Así que allí estaba, separada por un asiento de distancia de las tres despreciables amigas de Lidia y sus ligues, sin nada que hacer ni con quién hablar. Justo como pensé que estaría.

¡Cómo me fastidiaba tener razón!

Miré a mi alrededor, evitando fijarme en *Repabe*. Hice todo un barrido de la zona, acordándome de la rubia extraña que había visto antes, si bien desde donde estaba no podía ver el sitio en el que estaba sentada. Cuando miré a mi derecha vi que a un par de asientos de distancia había un par de chicos que además estaban mirándome. No sé si es cosa mía, pero a menudo tiendo a pensar que los demás hablaban de mí, mal por supuesto, y que van a terminar riéndose a mi costa, lo cual hace que me sienta extraordinariamente mal. Y eso es justamente lo que me sucedió aunque que en aquel caso no fue invención mía. El chico que me miraba me guiñó un ojo, el segundo de la noche, para después echarse a reír junto a su amigo. Estaba claro que aquel ojo no contenía el mismo mensaje que el primero, y lo peor de todo fue confirmarlo. Después de guiñarme, se giró hacia su compañero de armas y le habló, supongo que sin esperar que yo le oyese, pero tampoco sin importarle un pimiento.

-Creo que ya he ligado. ¡La gorda me está mirando!

Abrí los ojos de par en par.

-Pues por mucho que la mona se vista de seda… -dijo el amigo.

Aquello fue demasiado y, sin poder evitarlo, empecé a llorar. Casi al mismo tiempo me levanté, con los ojos humedecidos, y me dirigí hacia la salida olvidándome de todo, bebida, chaqueta… e incluso del bolso… Pasé por la pista sin mirar a nadie, atravesé las puertas corriendo y, finalmente, llegué arriba del todo. El gorila de la puerta me detuvo para ponerme un

sello en el dorso de la mano y, todavía no sé por qué, dejé que lo hiciese, dado que no tenía intención alguna de regresar a aquel asqueroso lugar.

Solo cuando me encontré fuera y sentí el aire de la noche en mi rostro, pude empezar a controlarme. Sollozaba. Tenía el alma rota en mil pedazos, no solo por lo que habían dicho aquellos dos capullos sino también por la actitud de Lidia, la última persona de la cual esperaba un comportamiento así. En definitiva, no tenía ningunas ganas de quedarme allí.

Necesitaba relajarme, despejar mi mente y tranquilizar mi alma, así que me eche a andar. Caminé y caminé sin saber a dónde ni por dónde, sin prestar atención a la gente con las que me cruzaba, la mayoría de los cuales estaban asquerosamente alegres y animados. En aquellos momentos odiaba la gente, y si hubiese podido irme a una isla desierta lo habría hecho. En lo que sí me fijé era que iba en línea recta, siempre por la calle principal, lo cual hacía bastante difícil avanzar, ya que aquello estaba lleno a rebosar. Así que en un determinado momento, cuando llegué a un cruce, me di cuenta de que lo que más quería en aquellos momentos era estar sola y me metí por el callejón que había a mi izquierda, alejándome del bullicio.

Estaba oscuro y húmedo, pero era solitario, justo lo que necesitaba en aquellos momentos. Caminaba cabizbaja, con los brazos cruzados alrededor de mi cintura, soltando todavía alguna lágrima que otra, pensando en lo desgraciada y sola que me sentía, y dando por seguro que siempre sería así. Me sentía una auténtica basura de la cual todos quieren deshacerse.

Después de un rato sin fijarme en mi camino, levanté la vista. Ni idea de en dónde me encontraba. Solo sabía que estaba rodeada de edificios viejos y feos y pisaba un viejo suelo adoquinado, pero mirara donde mirara todo me parecía igual. Finalmente, más o menos a la mitad de aquella larguísima calle, me detuve a pensar. Aquello no iba a llevarme a ninguna parte. Una de dos, o regresaba a la discoteca y esperaba a las demás, o bien me marchaba directamente a casa. Decidí volverme. Después de todo, solo porque a ellas les hubiese ido bien y a mí no, no tenía que dejarlas tiradas… aunque lo mereciesen. Eso sí, aquello tendría que enseñarme a darme cuenta de mis limitaciones.

Sin embargo, cuando giré en redondo para regresar me detuve en seco. No estaba sola. Delante de mí, a unos cuantos metros, aparecieron de pronto cuatro tíos, todos rondando los veinte años o algo más, más altos y fuertes que yo, por supuesto, pero sobre todo, con pinta de tener malas intenciones.

Estábamos todos parados, yo bastante cerca de la siguiente esquina y ellos en mitad de la calle. No podía ver sus caras, pero sí cómo se movían, y no me daban buenas vibraciones. En ese momento deseé no haberme alejado tanto de la calle principal y no haber querido estar tan sola, pero ya era demasiado tarde. Tenía dos opciones. Seguir adelante e ignorarlos como si me diesen miedo, o dar la vuelta e intentar huir.

Decidí esto último.

Pero en cuanto me di la vuelta, vi por el rabillo del ojo como los cuatro se echaban a correr hacia mí, así que yo también empecé a correr.

Pero claro, la carrera tampoco era lo mío, así que, tras cruzar unos cuantos metros, caí al suelo como un saco de patatas. Aterricé dolorosamente sobre las palmas de mis manos y mis rodillas, y sentí el escozor típico de haberme hecho alguna herida, pero lo peor fue saber que estaba vencida. Pese a todo, me giré y me puse boca arriba, con los codos apoyados para mantener la cabeza algo levantada, y preparada para lanzarle una patada en los mismísimos al primero que se acercara. No tenía intención de rendirme sin más. Los cuatro individuos habían llegado hasta dónde me encontraba, me habían rodeado y sonreían maliciosamente. Para mi desgracia, tenía una vaga idea de por qué, y no parecía que hubiese mucho que hacer.

¡Maldita idea la mía la de echarme a pasear!

Al final, parecía que la noche no solo iba a ser mala, sino más bien, *terrible*.

Pero todo cambió en un abrir y cerrar de ojos.

Solo vi una especie de sombra que pasó por detrás de dos de ellos y que apenas sí les dio tiempo a girar el cuello para mirar de qué se trataba. Una milésima de segundo después salía despedida de sus cuellos una lluvia de sangre que se dispersaba en forma de múltiples gotas, primero hacia arriba, y después hacia fuera del círculo que todos ellos habían formado. Sus ojos se abrieron como platos y poco después, ambos se desplomaban en el suelo, junto a mis pies.

Los otros dos adoptaron posiciones defensivas, flexionando las piernas y mirando en todas las direcciones, buscando la causa del ataque. Yo miré los cuerpos. Evidentemente, estaban muertos, y tenían varios surcos de gran longitud que cruzaban sus cuellos de un lado a otro. Y no se trataba de simples arañazos. Eran profundas heridas que habían seccionado sus yugulares y, supuse, también las carótidas, desangrándolos en cuestión de milisegundos.

De pronto me di cuenta de que los dos atacantes que quedaban miraban fijamente en dirección a uno de los lados del callejón, así que yo miré también hacia allí. Aunque había poca luz (se ve que las farolas no se estilaban demasiado por aquella zona), pude distinguir con bastante facilidad la sombra de alguien en mitad de la calzada, con las piernas abiertas y los brazos extendidos, como un pistolero en un duelo.

Y con la misma rapidez con la que había ocurrido la primera vez, la sombra se movió hacia nosotros, sin apenas darme oportunidad a ver nada más que una sombra desplazándose vertiginosamente. Los dos chicos hicieron amago de huir, pero no tuvieron tiempo. Antes de que cualquiera de nosotros pudiese acostumbrar sus ojos a su movimiento, la sombra los alcanzó, impidiendo que diesen un solo paso. A uno de ellos le desgarró el pecho, causándole una herida similar a las de los otros, y haciendo que cayese al suelo entre alaridos de dolor. Cinco segundos más tarde, se unía a sus dos compañeros. El otro logró volverse, pero solo para recibir una herida similar en la espalda. Todo su cuerpo se arqueó de dolor hacia atrás pero logró mantenerse en pie. Por desgracia para él, la sombra no estaba ya muy lejos y cuando se movió un poco, logré distinguirla. Era la chica que había llamado mi atención dentro de la discoteca, la rubia platino. Parte de sus ropas estaban manchadas de la sangre de sus víctimas, pero resultaba mucho más impresionante su mirada. Sus ojos eran completamente negros, como un pozo de petróleo, dando un aspecto terrorífico. El chico estaba petrificado, al igual que yo, y cuando ella empezó a acercarse, lentamente, paso a paso, supongo que se dio cuenta de que no iba a salir con vida de aquello. La chica separó los labios, apareciendo cuatro pequeños colmillos, dos en la parte superior y otros dos en su mandíbula inferior, y aquello fue demasiado para él.

Echó a correr en dirección contraria y lanzó un último grito desesperado, pero tampoco duró mucho, porque la rubia, que todavía se encontraba a varios metros de distancia, dio un largo saltó sobre él, sobrevolando por encima de mí, y aterrizó justo sobre su espalda. El impacto los desplazó a ambos todavía más en la distancia, alejándolos de mí, rodeados de una especie de rugido, supuse que emitido por la muchacha.

Yo me levanté de un salto ignorando las pequeñas heridas que tenía, que por otra parte, no tenían importancia alguna, visto lo visto, y contemplé inmóvil la escena. Vi la cabeza de la chica hundirse en el cuello del hombre, y a este temblar casi espasmódicamente ante la acometida, hasta que unos pocos segundos más tarde, todo quedó en silencio.

Estaba claro que el tío había muerto y que estaba siendo devorado por la chica, que estaba a horcajadas sobre él, dándose un auténtico festín, y ya no había posibilidad alguna de ayudarle.

Yo temblaba, por supuesto, y estaba asustada, pero no podía apartar la vista de aquella sangrienta y terrible escena. Quizás hubiera tenido que echar a correr, pero cuáles eran mis posibilidades.

Ninguna.

En un abrir y cerrar de ojos aquella chica había acabado con cuatro chicos de buena complexión sin apenas despeinarse, así que atraparme no supondría ningún esfuerzo para ella. Me había salvado la vida, de eso no había duda, pero también era una asesina, así que no puede evitar preguntarme si yo sería la siguiente en su cena.

CAPÍTULO 3

Cuando la chica decidió que ya era suficiente comida por una noche, se puso lentamente en pie, aunque permaneció de espaldas a mí.

Yo temblaba de pies a cabeza y no sabía que pensar, claro que visto el éxito de mi huida, y la rapidez de la chica, decidí que salir corriendo no era, en ningún caso, una opción. Si iba a morir, desde luego que no iba a poder hacer nada para evitarlo, así que para que alargar no inevitable y correr el riesgo de caerme y quedar en ridículo.

Pues de eso, nada.

En realidad, tampoco sabía si corría auténtico peligro, porque yo no parecía ser el blanco principal. ¿Me habría reconocido de la discoteca? ¿Pasaba por allí por casualidad o es que me había seguido? Y sobre todo, ¿era justamente lo que parecía que era, una… vampira?

-Supongo que te ha parecido horrible, ¿verdad? –dijo de pronto, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. Su voz sonaba gutural, casi inhumana, lo que hacía que todo fuese todavía más terrorífico. Sin embargo, seguía de espaldas, inmóvil, y envuelta en las sombras, de manera que apenas podía distinguir nada de ella.

-S-sí, es… impresiona bastante –le dije -. ¿Eres… una vampira?

Tenía casi más miedo de pronunciar aquella palabra que de lo que había visto. Una cosa era hablar de vampiros, y otra muy distinta, reconocer su existencia. El solo hecho de considerar que podía ser posible, hacía que incluso pensase que estaba soñando, y que en realidad me encontraba en mi casa, durmiendo. Pero no, estaba en medio de la calle, manchada de sangre, rodeada de cadáveres y junto a una devoradora de arterias, así que tenía que preguntarlo, sí o sí.

-Sí, lo soy. Pero no tienes nada que temer de mí. Te vi salir de la discoteca y me pareció que podías tener problemas, así que te seguí afuera. Cuando momentos después me di cuenta de que esos cuatro tíos iban detrás de ti, supe que había hecho bien. Pareces un imán para los problemas.

-P-pues ahora que lo dices… lo soy. P-pero… los has matado.

-Por supuesto. Se lo merecían. Y este último más que ninguno, porque fue él quien se fijó en ti y le dijo a los otros que te siguieran. Yo no siento pena por aquellos que hacen sufrir a otros y, menos aún, a una mujer. Además, estaba hambrienta.

La palabra *hambrienta* impresionaba en boca de una vampira. Parecía significar que estaba dispuesta a lanzarse sobre alguien, sin importar quién fuese. La imagen mental de un vampiro mordiendo la arteria carótida de alguien y succionando su sangre me llegó clara y nítida como si verdaderamente lo hubiese visto, y me estremecí. Pero el caso era que les había atacado a *ellos* y no a mí, y que me había asegurado que yo no era el blanco.

Era… muy extraño… dentro de lo extraño que lo era todo, claro.

Una vez pasada la primera impresión, decidí que no podía quedarme allí parada, así que me armé de valor y comencé a acercarme a ella, aprovechando el hecho de que estuviese de espaldas a mí. Supuse que permanecía así precisamente para no asustarme, y aquello todavía me infundió mayor seguridad en que nada iba a ocurrirme. Cuando estuve a dos o tres pasos de distancia miré al suelo en donde yacía el cuerpo ensangrentado de aquel hombre y me incliné ligeramente a un lado para poder contemplarlo. Su cuello estaba prácticamente partido en dos en el punto donde ella había hundido sus colmillos. No era un mordisco fino y elegante como aparecía en las pelis antiguas de Christopher Lee, sino que más bien se parecía a los destrozos que el pobre de Griffin Dunne había sufrido en *Un hombre lobo americano en Londres*. Tragué con dificultad, y una

oleada de bilis luchó por salir cuando el olor metálico de la sangre llegó hasta mi nariz. Sin embargo logré contenerla y me enderecé de nuevo.

La chica respiraba con fuerza, pero durante todo este tiempo, el que yo había necesitado para contemplar el cuerpo y pensar, había continuado en la misma posición y sin hacer ni decir nada.

Hasta ese momento.

-Así qué… ¿esto es lo que haces? ¿Salvar a mujeres indefensas?

-Entre otras cosas. Odio a los hombres que atacan y dañan a las mujeres y por eso no tengo piedad con ellos -su voz sonaba dura, envuelta todavía por la agresividad, pero a la vez, franca y comprensiva.

Estaba a punto de preguntar el por qué de ello cuando ella se me adelantó.

-La razón para ello es que yo también he sufrido debido a ellos, y por eso entiendo lo que significa pasarlo mal por su causa.

-Claro. Lo entiendo. Pues… muchas gracias. La verdad es que no puedo decir que lo sienta mucho por ellos. Por un momento lo he pasado… mal.

-De nada. Ahora debes marcharte. Es mejor que salgas corriendo y regreses al mundo del cual provienes. Es más… seguro.

Su voz sonó amarga y triste, y aunque con sus palabras no había duda de que le preocupaba mi seguridad, durante un instante me pareció notar que en el fondo deseaba que me quedara allí, con ella. Así que consideré mis opciones. Por un lado, aquella noche había sido marginada, burlada y rechazada, como tantas otras veces, y además había estado a punto de… bueno, podía haberlo pasado realmente mal. Y por el otro, había descubierto que había vampiros, bueno, al menos *una* vampira, que por otra parte, decía que solo acababa con aquellos que lo merecían y que me había salvado, no solo de ser violada, sino posiblemente de todo lo que ello habría podido suponer para mí durante el resto de mi vida.

¿Estaba asustada? Sí. ¿Quería huir? Seguro. ¿Iba a hacerlo?

No. No quería hacerlo. Me sentía demasiado fascinada por todo aquello como para darme la vuelta y hacer como si nunca hubiese ocurrido.

-No –le dije finalmente, dando un paso más hacia ella. Ahora estaba a menos de un metro de distancia y me temblaban las piernas, pero tenía la completa certeza de que todo iba a ir bien.

-No sabes lo que estás haciendo –me dijo. Puede que si no sales corriendo ahora no vivas lo suficiente como para arrepentirte.

-No voy a huir -insistí -. Reconozco que lo que he visto hasta ahora me asusta, pero también me has salvado la vida. Me parece que he visto de ti, no solo lo peor, sino también lo mejor, y aunque tenga miedo… la verdad, no tengo ganas de correr más, ni tampoco de dejarte aquí como si no pudiese soportar lo que estoy viendo. No quiero irme. No quiero marcharme y hacer cómo si lo de esta noche no hubiese ocurrido, porque sí que lo ha hecho, y lo recordaré toda mi vida, tanto lo malo… como lo bueno. Además, te has ganado el derecho a que al menos te de las gracias cara a cara, y dudo mucho vayas a acabar conmigo si no lo has hecho ya, algo que por otro lado, no es que me importe demasiado.

Lentamente, la chica fue girándose hasta que ambas estuvimos frente a frente. Desde luego impresionaba verla como la vi. Tenía todo el rostro cubierto de sangre, al igual que parte del pelo, el cuello y, por supuesto, la parte superior de la camiseta, amén de un sinfín de salpicaduras aquí y allá. Pero no me asusté. De hecho, lo primero que se me ocurrió fue que parecía que hubiese estado metida en una cuba para hacer vino, lo cual hizo que incluso sintiera ganas de sonreír.

-Estás hecha un desastre. ¿De verdad es siempre es así?

-Me temo que sí –comentó, sonriendo ligeramente, y recuperando un tono normal. Al contrario de lo que esperaba, su voz resultaba dulce y hermosa, llena de una deliciosa melodía de seducción que casi me hizo caer en una especie de sueño hipnótico -. No se puede arrancar la garganta de alguien sin mancharse. Por eso no es habitual que lo hagamos tan a la ligera. Nos quedamos al descubierto.

-¿Y por qué lo has hecho? –logré preguntar, saliendo de particular trance.

-No había tiempo. Debía intervenir si quería salvarte.

-Muchas gracias… de verdad.

-De nada.

-De todas formas, ¿no deberías venir preparada... no sé, con un paquete de clínex o algo así?

-La próxima vez, te lo prometo.

Instintivamente fui a buscar mi paquete de pañuelitos, y fue entonces cuando me percaté de que me había dejado el bolso en la discoteca.

-¡Vaya! Me he dejado mi bolso… y mi chaqueta en la discoteca, así que no puedo darte nada para que te limpies.

-Es igual.

Allí estábamos, aquella vampira y yo mirándonos fijamente a los ojos en medio de una calle llena de cadáveres, y en lugar de acordarme de ellos, y sobrecogerme por la sangre, solo podía pensar… en lo atractiva y fascinante que me resultaba. No podía apartar la vista de ella y no sabía por qué. También ella me pareció estar atrapada en algún tipo de red mental que le impedía dejar de mirarme, aunque tampoco es me importara demasiado porque me sentía demasiado bien como para preocuparme.

-Esto… ¿no deberíamos deshacernos de los cuerpos?

-¿De los cuatro? Olvídalo, son demasiados. Qué los encuentren. Ya les buscarán una explicación. Seguramente, una manada de perros rabiosos o algo así. Siempre hacen lo mismo. En el peor de los casos hablarán de un asesino psicópata. La verdad es que a estas alturas no me importa en lo más mínimo la historia que vendan, porque jamás me encontrarán.

-Bueno, vale. Tú sabrás. Y… ¿no se van a transformar? ¿No hay que romperles el cuello ni nada parecido?

La chica comenzó a reírse. Desde luego, parecía que había dicho algo completamente fuera de lugar, aunque a mí me sonaba bastante lógico.

-No dejes que te engañen las películas. Los vampiros no se crean solo con morder a alguien. Hace falta mucho más que eso. Estos tíos están muertos y bien muertos, y así seguirán hasta convertirse en polvo, no te preocupes.

-Ah, pues… de acuerdo. Y ahora… ¿qué? ¿Vas a matarme a mí también para que no dejar testigos, arrastrada por tus instintos más sangrientos?

La chica me miró, yo diría que me examinó de arriba abajo, y solo después de hacerlo, me respondió.

-Creo que no hará falta. Ya has visto que dejar restos no es algo que me preocupe demasiado. En cuanto a lo de dejarme llevar por mis instintos… he de decirte que han sido ellos precisamente los que me han llevado hasta ti, y no para acabar contigo sino para salvarte, así que no tendría demasiado sentido matarte ahora.

-Eso había pensado, pero tenía que preguntar.

-Te diré lo que haremos. Lo primero de todo, presentarnos. Mi nombre es Sofía.

Su nombre me sonó inusualmente bello, y también me resultó particularmente conocido.

Bueno, no conocido, porque era evidente que lo había escuchado o leído en innumerables ocasiones, pero de repente me pareció… inesperadamente agradable.

-El mío Anika –le dije, sonriendo.

-Pues encantada, Anika.

-Igualmente… Sofía. Es… un bonito nombre.

-Gracias. También el tuyo. Y ahora… ¿y si te acompaño al interior de la discoteca? Querrás volver con tus amigas.

Por suerte, me había olvidado de ellas completamente, pero su sola mención hizo que de pronto se me cayese el mundo encima. No solo no me apetecía nada verlas, sino que tampoco quería que me viesen.

-La verdad es que no quiero. Me han dejado tirada y ha sido la última vez. Además, tú no estás para acompañarme a ningún sitio, ¿no crees? Cualquiera que te viese de esa guisa llamaría inmediatamente a la policía.

-Bueno, pensaba acercarme a mi coche antes. Allí tengo pañuelitos para limpiarme.

-Tampoco creo que puedas llegar hasta él.

-¿Acaso no has visto lo rápida que puedo ser? Quizás no le dé tiempo a la gente para que me vea.

-Lo dudo mucho –comenté, segura de que algo así era imposible.

-Vamos a hacer una cosa –sugirió -. Tú necesitas recuperar tu bolso y tu chaqueta y yo necesito adecentarme un poco. ¿Por qué no te acercas a mi coche, coges los pañuelitos y me los traes para que pueda hacerlo? Mientras tanto, tú entras, recoges tus cosas y te reúnes conmigo. Te llevaré a tu casa.

Bueno, aquello era un buen plan. Después de todo, ella necesitaba una mínima ayuda por mi parte y yo necesitaba salir de aquel lugar.

-¡Hecho! ¿Cuál es tu coche?

-Está justo a la entrada de la discoteca. Es un Renault amarillo, así que no puedes confundirte. Tengo unas toallitas húmedas en la guantera. Cógelas y tráemelas.

-¿Dónde estarás tú?

-Bueno, te acompañaré hasta la calle principal, pero te estaré esperando en el callejón.

-Vale.

-¿Nos vamos? –me dijo, ofreciéndome su mano cuando finalmente estuvo lista. Aquello no me lo esperaba y la miré. Ella solo sonrió, pero fue una sonrisa agradable y tierna. Yo le devolví la sonrisa, cogí su mano y empezamos a caminar hacia la calle principal.

Encontrar el coche no fue, efectivamente, nada complicado. El amarillo destaca un montón, y además estaba justo delante de la puerta de la discoteca. Abrí la puerta del acompañante con las llaves que me había dado Sofía, continué después con la guantera y empecé a rebuscar. Efectivamente, había un paquetillo de toallitas húmedas, supuse que quizás para ocasiones como aquella. Las cogí, cerré la guantera e hice lo mismo con el coche. Después, volví lo más aprisa posible a donde me estaba esperando, sin correr, pero definitivamente acelerada.

-¿Sofía? –pregunté tímidamente en cuanto llegué.

Apenas sí podía verla, pero ella salió de entre las sombras en cuanto me vio.

-Has sido muy rápida –me dijo.

-Bueno, no era cuestión de perder el tiempo. Cada minuto cuenta cuando pueden descubrir que has acabado con cuatro personas –comenté, sonriendo al mismo tiempo, demostrándole que estaba hablando en broma, y que para nada estaba preocupada. Ella me devolvió la sonrisa y

empezó a limpiarse la cara.

-Reconozco que no era esa la respuesta que esperaba por tu parte –me dijo, mientras empezaba a limpiarse la frente.

-Supongo que tendría que haber salido huyendo, aterrorizada y completamente ida, pero es que no se me da bien correr, como ya has podido comprobar.

-¡Así que ha sido por eso! Interesante.

-¿Por qué?

-Bueno, porque le tienes más miedo a hacer el ridículo que a una vampira sedienta de sangre. Creía que, simplemente, eras muy valiente.

Me reí, y era la primera vez en toda la noche que lo había hecho. Fue muy agradable descubrir que todavía era capaz.

-Para nada. Bueno, voy dentro por mis cosas. ¿Me esperarás? –y cuando lo dije me di cuenta de que había sonado como una súplica. No quería quedarme de nuevo sola, ni mucho menos, que ella desapareciese así como así. No todos los días conoce una a una vampira que le salva la vida.

-Claro que sí. Estaré en la puerta.

Y me marché de nuevo, sin poder quitarme la sonrisa de la cara.

Cuando llegué a la puerta de la discoteca un minuto más tarde, resoplaba, porque al final me había recorrido aquella calle arriba y abajo tres veces, todas más deprisa de lo normal, y yo no tenía una forma física envidiable. Le mostré al gorila la mano para que viese el sello y entré en cuanto me abrió la puerta. ¡Menos mal que al final había dejado que me la sellara!

Bajé las escaleras de dos en dos y una vez dentro, de nuevo me dejé envolver por la música discotequera, la escasez de luz y el exceso de humo, aunque en esta ocasión, me dio igual. Seguí andando sin mirar a ningún lado en particular, en dirección hacia dónde estaba sentada. No había nadie, ni había rastro de mis *buenas amigas* por ningún sitio, ni de los estúpidos que estaban sentados a mi lado

Efectivamente, allí estaban mi bolsito y mi chaqueta, justo en el mismo lugar en donde los había dejado. Estaba claro que a nadie le interesaban los restos que dejasen los demás y di gracias por ello. Los cogí y me volví.

Fue entonces cuando vi a Lidia mientras se besaba con aquel chaval que la había invitado a bailar. Estaban sentados en un sillón no muy lejos de allí y, como tantos otros, ocultos a la vista de la mayoría.

Supongo que sentí envidia. No es que me importara lo que hiciese, pero me pregunté por qué a mi nunca podía pasarme algo así, por qué no había conocido todavía a nadie que me hiciese sentir especial.

Creo que me quedé allí parada más tiempo de lo necesario, porque de pronto me di cuenta de que Sofía acababa de aparecer en la puerta. Llevaba el pelo recogido y no parecía haber rastros de la sangre, al menos, desde donde yo estaba. No pasaron más de cinco segundos antes de que un chico se acercara a ella, decidido a ligar con ella. Por supuesto, no escuché lo que se dijeron, pero me pareció que tampoco hacía falta. Sofía miró al chaval e, inmediatamente, negó con la cabeza y masculló algo.

Sin embargo, eso no hizo que desistiera, y se acercó a ella todavía más. Ahora estaban prácticamente pegados cuerpo con cuerpo.

Todo ocurrió muy deprisa. Sofía movió la mano y alcanzó su cuello, y al instante, el chico se apartó, dolorido, llevándose sus manos al cuello y tosiendo como un poseso.

¡Ufff!

Me apresuré. Cuanto más tardara, más cosas podían ocurrir.

-Lo siento, me he distraído. ¿Algún problema? –le pregunté, mirando al chaval, que seguía tosiendo, pero ahora a una distancia más respetable, e intentando alejarse de allí con un mínimo de dignidad, sin que pareciese que estaba huyendo.

-Ninguno. Simplemente que hay algunos que no aceptan un *no* por respuesta. ¿Y tú qué tal? ¿Qué ha ocurrido? Tardabas tanto que he venido a buscarte.

-No, para nada. Es sólo…

Me quedé callada. Mis propios sentimientos me traicionaban, y sin querer, me mordí el labio inferior.

-¿Qué es lo que ocurre?

-Siento que no hago más que dejar que pase el tiempo y siempre sigo igual. Hoy acabo de perder a la única amiga que tenía y cada día me siento más y más sola. No sé cómo voy a poder aguantarlo… ni por qué te estoy contando esto –comenté, sonriendo nerviosamente al decir esto último.

Sofía sonrió de nuevo. Lo hacía mucho y era de agradecer, porque me reconfortaba.

-Tú no estás sola, Anika. Al menos, hoy no.

Y entonces volvió a ofrecerme la mano. Era inevitable sentirse bien con ella, al sentir que estaba a mi lado y que no parecía tener intención de abandonarme sin avisar. Cogí su mano de nuevo, por segunda vez en la misma noche, y juntas empezamos a subir las escaleras, de vuelta al exterior.

Aquellas escaleras vendrían a tener uno veinte escalones, aproximadamente, pero los subimos con tal lentitud que me parecieron muchos más. Pero lo más importante de todo era que tenía una extraña sensación. Sofía iba a mi lado, por supuesto, con la vista puesta en la salida, mientras que yo no hacía más que mirarla, preguntándome por qué había ido detrás de mí. Me había dicho que mi propia actitud parecía demostrar que era propensa a tener problemas, pero aquella explicación se me antojaba algo frágil. Debía de haber algo más.

Lo presentía.

-Sofía, ¿te enfadarás si te pregunto algo?

-¡Cómo voy a enfadarme si no sé que me vas a preguntar!

Ambas nos detuvimos en mitad de las escaleras, cuando aún no habíamos subido más que un pequeño tramo de ellas. Una pareja nos esquivó para terminar de subir y ambas nos echamos a un lado. Sentí como el cuerpo de Sofía se apretaba contra el mío, y vi su brazo levantándose para apoyarse en la pared y detener su avance. Me costaba… respirar, teniéndola tan cerca de mí.

-Es que… es sobre algo que me dijiste antes.

-Tú dirás.

-¿Por qué me seguiste fuera de la discoteca? Me has dicho que era porque yo parezco ser una de esas a las que siempre les pasa algo, pero yo… no acabo de entenderlo. ¿Cómo puede alguien parecer que va a tener problemas?

Lo pregunté con toda la inocencia del mundo, pero creyendo firmemente en una respuesta alternativa a la razón para seguirme que, en aquellos momentos, no tenía ni idea de cuál podría ser.

-¿Estás segura de que quieres saberlo?

-¿Por qué? ¿Es que… es malo? -Sofía dudó un momento, pero yo se lo puse fácil -. En realidad no tiene tanta importancia y te prometo no molestarme por lo que puedas decirme.

-No creo que te molestes en absoluto. Es que no sabía cómo ibas a reaccionar, eso es todo.

-Ya estoy acostumbrada a ser la víctima de todos. Supongo que parecería una presa

extremadamente fácil.

-Ya te he dicho antes que no ataco a mujeres. Solo a hombres que se lo merecen.

Sofía miró arriba y abajo para asegurarse de que estábamos solas, y entonces se agachó hasta colocarse a la altura de mi oído, tan cerca de él que casi podía sentir sus labios moverse mientras me hablaba, y el calor que emanaba su cuerpo.

-Te lo diré si me explicas por qué me miraste antes, cuando estabas dentro.

Aquello no era lo que me esperaba. Recordando aquel momento, descubrí que me había quedado mirándola porque ella parecía completamente diferente a las demás personas que estaban allí, y su aspecto me pareció algo casi… irreal, y al mismo tiempo, fascinador.

-Es que… cuando te vi, me pareció que eras tan distinta de todos los demás que no pude apartar la vista de ti. Me pareciste… muy… atractiva y fascinante –dije, bajando la vista y la voz -. Fue una tontería.

-Yo no creo que fuese una tontería, porque si te miré fue porque percibí que tú lo estabas haciendo.

-¡Oh!

-Además, cuando un vampiro mira directamente a los ojos a alguien, como yo hice entonces contigo, aunque sea únicamente durante una fracción de segundo, somos capaces de adentrarnos en lo más profundo del alma de un humano, y al hacerlo descubrí que eres una chica preciosa, más allá de lo tú misma podrás nunca ver.

Yo la escuchaba sorprendida, sin poder decir nada, y con todo mi cuerpo en tensión. Tragué saliva ruidosamente, y seguí escuchándola.

-Comprendí –continuó explicándome –que no podía simplemente dejarte ir. Necesitaba… hacer algo, verte, hablarte, y por eso te seguí. Fue un acto completamente egoísta por mi parte y totalmente irracional.

¡Gluup! Me quedé con la boca abierta. ¿Me estaba diciendo lo que yo creía que me estaba diciendo? No solo enrojecí como un tomate y mi piel empezó a quemarme como si estuviese cerca de un fuego, sino que de pronto todo mi cuerpo tembló de ansiedad, y los nervios, que ya anidaban desde hacía rato en mi estómago, empezaron a extenderse sin control.

-Tú sí que me pareciste fascinante –me susurró finalmente, y por un instante, sentí casi el suave roce de sus labios en mi oreja.

Desde luego, aquella respuesta me había pillado completamente desprevenida y yo no sabía como reaccionar, pero había tanta ternura en el modo en el que me lo había dicho, que tampoco me había dejado mucho espacio para maniobrar. Además, en su mirada solo había sinceridad, eso estaba claro, y en sus palabras, ternura. Aquello no solo no era para nada malo, sino que era… muy bueno, o al menos, así lo sentí yo. Era de lo más extraño, pero genial.

Sofía sonrió, como si supiese lo que pasaba por mi cabeza, pero no dijo nada.

-¿Nos vamos?

Yo solo pude asentir, antes de continuar la escalada, completamente confundida y bastante sorprendida, pero principalmente, halagada.

Puede que después de todo, la noche no resultara tan mala como yo había pensado.

CAPÍTULO 4

Mientras íbamos en el coche ninguna de las dos pronunció palabra alguna. En realidad yo tenía montones de preguntas pero en mi cabeza se agolpaban también los sentimientos encontrados. ¿Me había dicho lo que había creído? Puede que sí. Aquella chica, una vampira, me consideraba de alguna manera interesante, e incluso atractiva. Yo le gustaba.

Por sí mismo, aquello era algo bastante inusual. ¡Qué alguien se sintiese atraído por mí era del todo inaudito! Pero es que además de todo, se trataba de una mujer… ¡y encima, de una vampira! Todo aquello era algo que todavía que digerir... aunque por otro lado, tenía que reconocer que Sofía me parecía… sencillamente preciosa. Tenía un rostro suave y delicado, y su tono de piel pálido, algo que debía ser común en todos los vampiros, por supuesto, le daba ese *toque* especial. Pero lo que verdaderamente me encantaba era aquella sonrisa que siempre ponía cuando me hablaba. Era simplemente irresistible.

Vamos, que bien mirado, lo cierto es que me gustaba. Me gustaba de veras.

Además, era atenta y respetuosa. Sabía que estábamos en silencio solo por mí, para darme tiempo a asimilarlo todo y no agobiarme ni asustarme, y era eso, debido sobre todo a mis líos mentales, lo que hacía que opinase todavía mejor de ella.

-¿Estás inquieta? –me preguntó de pronto, contradiciendo un poco mis pensamientos.

-Eh, no, para nada. ¿Por qué?

-Es que estabas moviendo los dedos sin control.

Yo me miré los dedos, y la verdad es que incluso mientras los miraba, tamborileaban sin parar sobre mi muslo.

Me reí, nerviosa.

-Supongo que entonces sí que debo estarlo.

-Lo entiendo perfectamente.

-No estoy muy segura –dije en voz baja, y aunque estaba segura de que me había escuchado, no añadió nada a mi comentario.

-¿De verdad qué no te importa que paremos en mi casa? Es que me apetece darme una ducha y quitarme toda la…

Dejó sin terminar la frase, temiendo que pudiese molestarme. No lo hizo en absoluto, pero le respondí con rapidez para evitar que se sintiese mal.

-Para nada. No tengo prisa.

Finalmente, llegamos a otro callejón oscuro, y nos detuvimos delante de un portal. También de nuevo, al igual que antes, no había ni una sola farola y solo la Luna proporcionaba una mínima iluminación.

-Tenéis cierta predilección por los sitios oscuros, ¿no?

-Pues no soy yo la única. Eras tú precisamente quién estaba caminando sola por una calle que no conocías y apenas sin luz.

-*Touché.*

Salimos del coche. Sofía cerró todas las puertas (nada de cierre centralizado ni tonterías de esas porque el coche era toda una antigualla) y se guardó las llaves en un bolsillo. Después sacó otras que debían de ser las del portal.

-Te parecerá tonto –comencé a decirle -, pero nunca antes había estado en casa de otra persona… a solas.

- No creo que debas preocuparte por eso –comentó Sofía, sin mirarme, mientras introducía la llave en la cerradura -. Pensaba que ya te habrías convencido de eso.

-Es que… estoy muy confusa, y no me refiero solo a lo de los vampiros y todo eso.

-¡Ah! –exclamó sorprendida. Estaba claro que había llamado su atención, ya que dejó la llave puesta, colgando, en lugar de girarla, y se volvió hacia mí -. ¿Y entonces qué más te confunde? Había supuesto que estar junto a una especialista en desangrar cuerpos sería suficiente como para que no te pasara nada más por la cabeza.

-Es una tontería.

-Seguro que no. Dímelo.

Sentí como mi rostro se ponía colorado como un tomate, las orejas empezaron a arderme y me entraron picores por todo el cuerpo. Al final, decidí ser sincera, pero lo dije en un tono tan bajo y vocalizando tan mal que ni yo misma pude entenderlo.

-¿Cómo has dicho? –me preguntó la pobre de Sofía, que no había podido entender ni una palabra.

-He dicho que hasta ahora pensaba que me gustaban los chicos, pero que hoy me he dado cuenta de que a lo mejor me gustan las chicas.

Sentí como unos dedos empujaban mi barbilla hacia arriba, obligándome a mirar los ojos de la mujer que me había salvado la vida hacía muy poco tiempo. Sofía estaba sonriendo y se trataba de una sonrisa plácida, llena de ternura, pero también llena de deseo.

Entonces acercó sus labios a los míos, tocándolos con la suavidad del terciopelo. Cerré mis ojos, y sentí como el contacto entre ellos desataba en mi interior un infierno. Mi corazón empezó a martillear a mil por hora; mis pulmones, a respirar como si cada pizca de aire fuese a ser el último; y los nervios de mi estómago a recorrerme arriba y abajo. Y así, sin poder evitarlo, la abracé con todas mis fuerzas y la empujé hasta el punto de que nos hubiésemos caído al suelo de no ser porque ella parecía ser tan fuerte que hubiese podido aguantar la embestida de un toro. Quería más. Sentía que quería más, y empecé a mover mi boca en un intento por abarcar la suya todo cuanto pudiera. Por su parte, Sofía aceleró también el ritmo, y lo que en un principio era un control pausado y lleno suavidad se tornó impulsivo y desatado.

En aquel momento me sentí viva como nunca me había sentido hasta entonces, llena de ganas de sentir, y un fuego que hasta entonces no conocía comenzó a arder en mi interior, sin que tuviese idea alguna de que alguna vez pudiese apagarlo. Fue Sofía quien, finalmente, logró recuperar el control y me empujó ligeramente hacia atrás para separarnos, con suavidad, pero con decisión

-¡Eh, tranquila! –susurró -. No intentes hacerlo todo en una sola noche. Creo que por hoy ya has tenido más que suficiente.

-Yo… no estoy muy segura de eso.

-Yo sí lo estoy. Ya habrá tiempo para esto, si es eso lo que quieres.

Sofía alargó su mano y me acarició el pelo, frenando el enfado que estaba aflorando por haberme cortado, recordándome que ella había estado cuidando de mí desde el primer momento y que no iba a dejar de hacerlo. A todas luces se comportaba como una especie de hermana mayor, aunque mis sentimientos por ella, y parecía que los suyos por mí, no eran evidentemente los de dos hermanas.

-Te diré lo que vamos a hacer –me explicó -. Mientras yo me doy esa ducha y me cambio de ropa, ¿por qué no preparas un café? Así podremos charlar un rato antes de que te lleve a tu casa.

Aquella idea no me gustó nada. No quería que terminase la noche. Sabía que por la mañana todo me parecería un sueño, y que seguramente no volvería a repetirse. Cuántas veces podría

encontrarme con un vampiro y además, gustarle. Solo una y mucho me temía que en cuanto acabara la noche, todo desapareciese para nunca regresar.

-No pongas cara de niña malcriada –me dijo regañándome -. Mientras descansamos te explicaré más cosas de mí, porque estoy segura de que tienes muchas preguntas.

-Sí, lo cierto es que sí.

-Pues entonces… subamos.

-Está bien –acepté a regañadientes. Sofía abrió la puerta y comenzamos a subir.

Una vez arriba, Sofía se fue al cuarto de baño para ducharse, mientras que yo, me quedé en la cocina. Su casa era un apartamento, bastante viejo, diría yo, y también bastante pequeño. Tenía un pasillo que daba al aseo y a un salón-comedor con barra americana, y finalmente, un dormitorio. Todo muy funcional.

El salón estaba compuesto por un mueble de esos que tiene un hueco para el televisor y varias estanterías para libros y cosas así. Había una tele que vendría a ser de tamaño medio, y aunque había algunos libros, no eran demasiados. No miré cuáles eran.

También había un sofá y una mesa de centro. Estaba claro que no necesitaba una mesa de comedor, aunque tampoco tenía sitio para ella.

Realmente, apenas si había algunas cosas que se pudieran considerar personales, por lo que incluso dudé de que realmente fuese su casa.

-Oye, ¿de verdad es esta tu casa? –le pregunté, sin poder morderme la lengua.

-¿Por qué lo dices? –me preguntó Sofía desde el cuarto de baño. La puerta estaba entreabierta y todavía no se había metido en la ducha.

-Es que me parece muy…

-¿Impersonal?

-Sí.

-Eres muy perceptiva –comentó desde el otro lado de la puerta-. En realidad no tengo una casa sino varias. Digamos que este es una especie *piso franco*, por si amanece antes de que pueda llegar más lejos.

-Ah, o sea que es cierto eso de que la luz del sol acaba con vosotros.

-Por desgracia sí. Nunca podré salir durante el día.

-¿Ni siquiera con crema superprotectora?

-No. Ni siquiera con eso. Por eso siempre debo tener algún sitio a dónde ir en caso de necesidad.

-¿Y todas tus casas son así? Quiero decir… ¿son como si no fuesen tuyas? Porque yo pensaba que con todo lo que vivís y todo eso, tendréis un montón de recuerdos que guardar.

Sofía se asomó a la puerta, dejando ver tan solo su cabeza y uno de los hombros.

-Lo cierto es que sí que tengo una casa que considero que es mía, pero también es la que más en secreto guardo porque es ahí en donde me siento más segura, y en donde tengo todo lo que tú has dicho.

-Entiendo.

Estaba claro que este tipo de confianza todavía no me lo había ganado, algo bastante lógico porque podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Al poco rato, escuché como empezaba a caer el agua en la ducha. Deseché la imagen que se estaba formando en mi mente sobre una guapísima vampira desnuda bajo el agua de la ducha y me concentré en encontrar los utensilios necesarios para preparar un café. Para empezar, necesitaba un par de vasos. Empecé a abrir un mueble tras otro buscándolos. Cuando los

encontré, mi próxima misión fue hallar la cafetera. La encontré en un mueble bajo, delante de las ollas. Desde luego no debía usarlas mucho.

Saqué la cafetera. Era una de esas italianas, igual que la que teníamos en casa, así que sabía perfectamente cómo funcionaba y no tendría ningún tipo de problema… si sabía encontrar el café.

Tras otro rato buscando, logré hallar todo lo necesario para prepararlo, y así, cuando ella salió de la ducha, el café estaba ya listo y puesto sobre la mesita de centro.

-Me he vuelto loca buscando las cosas, y mira que es pequeña la cocina.

-Lo siento. En realidad yo no suelo usarla mucho… como ya supondrás.

-Pero… ¿tomas café, verdad? Quiero decir, ¿puedes tomarlo?

-Claro, la cafeína, al igual que otras sustancias, tiene efecto sobre nosotros. Lo único que ocurre es que no nos alimentan.

Sofía tenía ahora mejor aspecto. Llevaba el cabello envuelto en una toalla y tenía otra enrollada alrededor de su cuerpo, y, por supuesto, ya no había ni rastros de sangre por ningún sitio. Tenía un aspecto muy… sugerente. Todavía con algo de la quemazón que antes había sentido, decidí sentarme sin darle muchas más vueltas a lo que estaba viendo. Sofía me imitó y se sentó a mi lado. Empecé a temblar.

-¿Por qué tiemblas? ¡No será por miedo!

-No, no es por miedo. No me preguntes más –le dije enfurruñada.

-Está bieeen –comentó. Parecía divertirse con mi sufrimiento.

-Dime, ¿haces esto todas las noches? Quiero decir, lo de salvar chicas en peligro, acabar con unos cuantos odiosos violadores y alimentarte de ellos y luego llevar a la chica sana y salva a tu casa.

-En respuesta a tu *muy extensa* pregunta te diré que, en primer lugar, no necesito beber sangre cada día sino solo regularmente; una vez por semana más o menos es suficiente. En segundo lugar, no, no lo hago todas las noches. No es la primera vez que sigo a una chica porque sé que van a atacarla, ni tampoco que salvo a alguien, pero nunca me quedo después con ella y la traigo a mi casa. Tú eres la primera.

Otra vez me puse colorada. ¡Vaya con mi termostato! Intenté que no se me notara y me esforcé por continuar la conversación.

-¿Y cómo es que te dedicas a esto de salvar chicas en peligro?

Aquello tuvo un efecto inesperado. Su sonrisa, casi siempre presente, desapareció cubierta por el sufrimiento, creándose un silencio que yo respeté hasta que ella se sintió con fuerzas para hablar.

-Todavía eres muy joven para entenderlo.

-No te creas –le repliqué, algo molesta -. En estos tiempos se oye y se ve de casi todo, así que no creo que salga corriendo espantada, y mucho menos si no lo he hecho ya.

Sofía me miró, y esbozó una pequeña sonrisa, pero en esta ocasión, llena de amargura.

-Tenía doce años cuando mi padre me visitó por primera vez en mi habitación –empezó a explicarme -. Jamás olvidaré aquella noche… ni todas las que vinieron después. Mi madre era una pobre mujer que trabajaba todo el día para sacarnos adelante, mientras que mi padre iba de trabajo en trabajo con la misma frecuencia que de bar en bar. Pero aquello no fue lo peor.

Yo tenía la taza de café entre mis manos, esperando en el aire a que bebiese de ella, pero el relato de Sofía me estremecía y fascinaba al mismo tiempo, así que permanecí quieta, como si estuviese hecha de piedra, escuchando y de alguna forma sintiendo lo que ella sentía mientras me lo contaba.

-Un día, después del colegio, llegué a casa y me encontré a mi madre en el suelo. Parecía estar dormida, y de hecho, creo recordar que incluso me eché a reír nada más verla, pensando que era una especie de broma. Pero no lo era. Mi padre la había matado. Le había dado una paliza de muerte… para después desaparecer.

Era una historia muy dura, de esas que escuchas a veces en las noticias, dudas de que sea verdad y no reflexionas mucho sobre ella porque entonces, te darías cuenta de todo el sufrimiento que una persona así causa y de las heridas sin cicatrizar que deja.

-Como no tenía a nadie más –continuó contándome -, me enviaron a un albergue para niños abandonados, mientras la policía buscaba y buscaba a mi padre. Pero nunca lo encontraron, y pasé cuatro años en aquel lugar, hasta que cumplí los veintiuno.

Tragué saliva. Era lo único que podía tragar en aquel momento.

-Unos años más tarde, mientras caminaba una noche por la calle, lo vi al pasar por delante de un bar. Mi padre, fiel a sus costumbres, seguía alternando de un bar a otro, solo que en aquella ocasión, estaba yo para seguirle en su camino. Estaba borracho, por supuesto, y caminaba inclinándose de un lado a otro. Cuando lo alcancé, no me reconoció inmediatamente, pero sí cuando me coloqué a un centímetro de su nariz.

Me miró fijamente.

-Lo maté. Acabé con él. Sabía que estaba en mi derecho de hacerlo, que había arruinado la vida de mi familia y la mía propia, y no lo lamenté, ni lo he hecho nunca en todos estos años. Sin embargo, no fui capaz de moverme ni un milímetro de allí. Era como si todo lo demás no me importara absolutamente nada, porque ya lo había conseguido todo, y me quedé petrificada delante de aquel estúpido cuerpo caído en el suelo.

Sofía me miró. Yo estaba sobrecogida, y finalmente conseguí acercar la taza a mis labios y beber un sorbo de café. Realmente lo hice solo para hacer algo, pero por ninguna razón más, aunque sentirlo descender por mi garganta fue una sensación agradable.

-Entonces apareció.

-¿Quién?

-La vampira que me transformó. Llegó atraída por el olor de la venganza y del miedo, de la misma forma que yo detecté el aroma de deseo y maldad en aquellos hombres que te seguían. Nosotros podemos percibir esas cosas.

-¿Y qué ocurrió?

Aquello era mucho mejor que cualquier peli de terror, o historia de miedo, porque era cien por cien real. Yo estaba casi literalmente con la boca abierta.

-Hablamos. Ella me explicó lo que era y al ver que yo podía estar en mis últimos momentos, me ofreció una alternativa. Me acogió, cuidó de mí y, finalmente, me transformó cuando llegó el momento. Gracias a ella no he perdido la razón, porque sin duda alguna me habría vuelto loca, o simplemente, me habría arrojado desde un puente. Además, de no haberse quedado conmigo una vez transformada, habría matado a cualquiera que se hubiese cruzado en mi camino. Sin embargo, lo hizo, se quedó a mi lado, me educó, me enseñó sobre la vida y la muerte, y me ayudó a redirigir mi furia. Es por eso por lo que tú estás aquí hoy… viva.

-¿Y-y dónde está esa vampira? –pregunté, llena de curiosidad. Se ve que no tenía bastante con la que había conocido.

-Se marchó. Nuestra relación era algo así como de madre e hija, y un buen día me dijo que ya era hora de que tomara mi propio camino y ella encontrara el suyo. No la he vuelto a ver desde entonces. De eso hace treinta y siete años.

Tomé otro sorbo de café antes de preguntar de nuevo.

-Ahora mismo tengo dos preguntas más.

-Adelante.

-Primera, ¿qué edad tienes en realidad? Me tienes… un poco confundida con eso del tiempo. Para mí que tienes veintipocos.

-Tengo ochenta y cinco años exactos… hasta el próximo quince de abril. Tenía veintitrés cuando me transformé y ese es el aspecto que siempre tendré. Tienes muy buen ojo para la edad. De todas formas, no te preocupes mucho por eso. Cuando seas mayor descubrirás que lo que valoras en una persona no depende de algo tan superficial como los años que tenga.

-Ya, pero… yo solo tengo dieciséis. Eso hace que me pregunte cómo es posible que te hayas interesado por mí siendo yo una cría, comparada contigo.

-Tiene mucho que ver con el hecho de que seas tan joven, así que si no fuese así, no me habría acercado a ti. La belleza que cada uno de nosotros tenemos en nuestro interior no siempre sale a la superficie, pero yo he tenido suerte contigo. He sido capaz de verla.

Haciendo un esfuerzo por no agachar la vista y enrojecer de nuevo, continué con el interrogatorio.

-Mmmm… vale. Ahora la segunda pregunta. ¿Tienes que matar necesariamente, no puedes sobrevivir… no sé, con sangre de animales, bolsas de sangre o algo así?

-La sangre debe ser humana porque yo soy humana, y los sustitutos no son tan fáciles de conseguir como tú crees. Una no va a un hospital, coge varias bolsas de plasma y se las guarda bajo la ropa. Es arriesgado. Es más sencillo buscar víctimas propicias… y también más satisfactorio, porque de alguna manera siento que le estoy haciendo un bien a la comunidad. Entiendo que no puedas aceptar esto, que la muerte de un semejante te parezca muy dura, pero es mi forma de vivir, y eso sí que no voy a cambiarlo.

-No, no es que no lo acepte. Es solo que no estoy acostumbrada a ver la muerte tan… de cerca.

La miré a los ojos y me pareció que había en ellos tanto dolor como había mostrado la historia que acababa de contarme. Era natural que sintiese odio y rabia, y tampoco me parecía del todo mal que los aliviase como lo hacía. Y en cualquier caso, tenía claro que yo no era quién para criticarla.

-Hago demasiadas preguntas, ¿verdad? –le dije, sintiéndome avergonzada por ser tan curiosa.

-En absoluto. Yo en tu lugar también lo haría. Además, te brillan los ojos cuando me miras y entonces me pareces preciosa.

¡Ufff! No estaba acostumbrada a los halagos, y mucho menos a los de esa clase, así que mi corazón volvió a palpitar a mil por hora y yo hundí la cabeza entre los brazos.

-Por favor, no hagas eso. Haces que me ponga como un tomate. Además, no es verdad.

-Sí que lo es… para quien sabe mirar.

-Entonces está claro que yo no tengo ni idea, porque no veo eso que tú dices –le respondí, volviendo a mirarla -. Cuando me miro al espejo, yo solo veo sobrepeso y poca gracia.

Sofía sonrió.

-Eso es normal. Hace falta *años* para poder ver más allá de lo meramente superficial, y también experiencia. Para mí es más que evidente cómo eres y no me cuesta ningún esfuerzo percibirlo. En cuanto te vi, supe al instante cuál era tu verdadero rostro. Tú todavía tardarás un poco.

-¿Has… tenido mucha experiencia? –en cuanto lo pregunté, me arrepentí enormemente de haberlo soltado. ¿Quién era yo para conocer su vida, con quién había estado y lo que le había

ocurrido? –Lo siento, lo siento. No quería preguntarte eso. Yo…

-Tranquila. No ocurre nada –me tranquilizó Sofía -. No me molesta que preguntes. Si hay algo que sea demasiado personal, sencillamente no te lo contestaré y punto.

Resoplé. Hablar con Sofía era complicado… teniendo en cuenta mi perturbado estado de ansiedad.

-Lo cierto –continuó diciendo – es que no he estado con tanta gente como tú crees, pero sí con la suficiente como para entenderla, y saber que lo que cada uno desea en un momento dado no siempre coincide con lo que dicen que quieren, ni con lo que necesitan. La vida me ha enseñado muchas cosas… igual que hará contigo. Solo se necesita un poco de tiempo.

-Y… ahora… ¿qué va a pasar conmigo? –pregunté. Me encontraba como Dorothy en Oz, salvo que yo no tenía deseo alguno de regresar a Kansas. Quería quedarme allí, con ella, sobre todo porque el tiempo que había pasado junto a Sofía, me había llenado más que… qué sé yo, ¡cien aburridas vidas como la que llevaba normalmente!

-Por el momento, tendrás que regresar a tu casa, así que iremos por mi coche y te llevaré.

-¡Nooo! ¡No me apetece irme! –me quejé.

-¡Sí que lo harás! De lo contrario no volveré a verte nunca más.

Aquello me destrozó el alma. A pesar de haberla conocido tan solo unas horas antes, me sentía de alguna manera muy unida a Sofía, y no quería pensar en una vida sin ella.

-Eso ha sido muy cruel por tu parte –le dije, dolida, y, enfurruñada, me levanté, dejando mi taza sobre la mesa con más fuerza de lo que debía. Todavía quedaba la mitad del café, pero lo cierto era que no tenía ganas de tomármelo.

-Mira –comentó Sofía -, las dos hemos de descansar, tú sobre todo, porque si no me equivoco estás todavía en el instituto y tendrás muchas cosas que hacer, ¿verdad?

-Eres un auténtico fastidio, ¿lo sabías?

Sofía sonrió maliciosamente. Disfrutaba con mi irritación porque seguramente sabía que no suponía un enfado de verdad, pero parecía no comprender lo importante que se había vuelto ella para mí. Hasta entonces, mi vida había sido un desfile aburrido y sin sentido hasta que, de pronto, su aparición me había arrastrado a un torbellino de sensaciones de las cuales no quería desprenderme. Deseaba estar a su lado, verla, sentirla… La necesitaba.

Y sin embargo, en aquel momento, la miré fijamente y se me hizo enorme la diferencia de edad existente entre las dos. Ella era una mujer hecha y derecha, y yo todavía estaba estudiando en el instituto. Parecía casi más insalvable que el hecho de que ella fuese una vampira y yo humana, y eso era un asco.

-¿En qué curso estás? –me preguntó.

-En cuarto de secundaria –respondí, molesta -. Aún lo estoy terminando. Tú supongo que habrás tenido tiempo de sacarte seis o siete carreras, al menos.

Sofía volvió a reírse.

-Para nada. No pude estudiar cuando era humana, y hacerlo después era complicado, cuando lo mejor es pasar desapercibida. Lo qué sé lo he aprendido a lo largo de los años por mí misma.

Gruñí. Me fastidiaba ser tan joven y saber tan poco. Quería ser adulta, y quería serlo ya.

Sofía acercó su rostro al mío.

-No tengas tanta prisa por crecer –me dijo, leyéndome el pensamiento -. Me gusta cómo eres ahora. De hecho, me hubiera gustado conocerte cuando todavía eras una mocosa. Tenías que ser encantadora.

Ante eso, tuve que dejar de quejarme. Miré fijamente a sus ojos, y ante mí apareció la mujer fascinadora que hacía que todo mi termostato interior saltase por los aires. Toda mi resistencia

cedió al instante, al mismo tiempo que mi respiración se aceleraba y un sinfín de imágenes de ella y yo abrazándonos y besándonos, me inundaba, como si fuese una premonición, o, al menos, así lo deseaba yo.

-Anda, dame un minuto para que me vista y nos vamos.

Sofía se levantó y se dirigió hacia su cuarto. Yo tardé más o menos cinco minutos en recuperar el aliento, el mismo tiempo que echó ella en cambiarse. Sofía volvió con una vestimenta parecida a la anterior; unos vaqueros ajustados y una camiseta muy corta que dejaba ver su ombligo.

-Vámonos.

-¿De verdad nos vamos? ¿No podemos quedarnos un rato más?

-Ni hablar. Estas no son horas para ti. Ya nos veremos otro día.

-Dices que nos veremos otro día, pero yo no te creo. Simplemente parece que quieres desembarazarte de mí.

Irritada, en parte con ella por obligarme a marcharme, y en parte conmigo misma por enfadarme, empujé la silla violentamente hacia atrás al levantarme y me dirigí hacia la puerta, pero nada más abrirla, apareció su mano sobre ella, a la altura de mi cabeza, y la empujó con fuerza, volviendo a cerrarla. Yo me giré, y me encontré, no sabía exactamente si con Sofía, la vampira que me había rescatado, o Sofía la dulce chica que me había dicho que era preciosa, porque su boca mostraba los grandes colmillos que ya sabía lo que podían hacer, y sus ojos habían adoptado de nuevo el amenazador color negro.

-No entiendo como insistes en quedarte conmigo, cuando sabes lo peligrosa que puedo llegar a ser –me dijo, empleando su tono de voz terrorífico. La piel se me erizó y la saliva no quería descender por mi garganta, pero me obligué a permanecer muy quieta, recordándome a mí misma que todo era puro teatro, y que aquella era la misma chica que había besado hacia tan solo un rato antes.

-P-porque cuando te miro no veo solo la sangre de la que te alimentas –le dije, llevando mi mano a su mejilla. Estaba temblando de miedo, pero sentía verdaderamente todo lo que estaba diciendo -, sino que también veo a la chica que me ayudó cuando lo necesitaba, la misma que afirma que soy bonita, y es a ella a quien no quiero dejar. Además, no me apetece regresar a mi vida triste y solitaria, alejada de ti. Quiero… estar contigo.

De repente, sus ojos volvieron a adoptar su coloración normal, los colmillos desaparecieron y una mano apareció de la nada para cubrir la mía, que todavía estaba apoyada en su rostro.

-Gracias por eso. Ahora sé que hice bien en rescatarte y en traerte aquí. Pero tienes que confiar en mí.

-Ya lo hago –le respondí, y, ciertamente, lo hacía.

-Entonces créeme. No es el momento de que estemos juntas. Todavía no. Debes tener paciencia.

Sofía sonrió, abrió la puerta y, aunque yo estaba todavía medio en estado de trance, salí de la casa, para dejar atrás aquella extraña, fascinante y reveladora noche y regresar a casa, y al aburrido mundo real que conocía.

CAPÍTULO 5

-¿Dónde vives?

Acabábamos de salir del portal y la brisa nocturna hizo que temblara de pies a cabeza. Sin embargo, no olvidé por qué estaba en la calle. Sofía me estaba devolviendo a mi casa.

-¿Y si no quiero decírtelo?

-Entonces tendré que dejarte en cualquier sitio y tú deberás coger un autobús por tu cuenta, pero es mucho mejor hacerlo a mi modo.

A regañadientes, le dije a Sofía dónde vivía y, después, nos metimos en su coche.

-¿Eres una chantajista, lo sabías? –la acusé. No me había dado ninguna oportunidad.

-Bueno, es una simple cuestión de conveniencia. Cuanto antes te deje en tu casa, antes podré regresar a la mía.

-Claro, como ya has comido, no tienes nada más que hacer, ¿verdad? Yo en cambio ni tan siquiera podré dormir pensando en todo lo que me ha ocurrido esta noche y mañana estaré echa un asco. No veo el momento de llegar.

Sofía arrancó, entre risas.

Mientras nos alejábamos de la noche, me distraje examinando el coche. Era un simple utilitario, pequeño y para nada glamoroso, lo cual no concordaba con lo que cabría esperar de un vampiro, al menos, según los libros. Siempre había pensado que les gustaba llamar la atención, y me pareció bastante lógico que aprovecharan el dinero acumulado en vivir bien.

-Esto… ¿este coche no es precisamente un último modelo, no? Creía que los vampiros tendríais vehículos de lujo o algo así.

-Me parece que vosotros los jóvenes os preocupáis demasiado por las cuestiones más superficiales. Es un coche de segunda mano, barato y económico. No necesito nada más para moverme por la ciudad.

-¿Es que los vampiros no tenéis dinero? Después de todo, seguro que podéis poner vuestro dinero en fondos a largo plazo.

Sonreí. Aquella ocurrencia era típica de mí.

-Sí, claro. Y cuándo me vean recoger los beneficios con el mismo aspecto que cuando los invertí seguro que no me hacen ninguna pregunta –Sofía me miró un instante, divertida, pero al mismo tiempo, con ganas de aleccionarme -. Tienes que saber que hay solo una manera de sobrevivir siendo vampiro. No destacar. No se puede ir por ahí enseñando que uno no envejece, ni aprovechándose de las cualidades que tenemos. Por eso no hay demasiados de nosotros.

-Mmmm. ¿Cuántos sois, aproximadamente? –pregunté interesada. Apenas si me interesaba el camino de vuelta, el cual, por otra parte, ya conocía.

-¿La verdad? No lo sé. En toda mi existencia no habré visto más de un centenar y, seguramente, algunos de ellos ya no estarán por aquí, pero eso no significa que no pueda haber más.

-Sois muy pocos. ¿Es qué no transformáis a otros?

-Para nada. La transformación, como ya te dije antes, no es solo cuestión de morder, sino que requiere más trabajo. Además, los vampiros somos caprichosos. Dado que somos inmortales, estar siempre en el mismo sitio o rodeados de las mismas personas es algo muy poco habitual. Todo se convierte rápidamente en algo rutinario y aburrido. Por otra parte, eso es bastante bueno para el resto de nosotros, ya que en caso contrario, seríamos tantos que haría ya tiempo que

habrían desaparecido los humanos.

-Vaya. Y yo que pensaba que para transformar bastaba con acabar con alguien.

-Bueno, eso es una leyenda urbana –Estaba a punto de preguntar cómo era cuando ella se me adelantó -. Pero por favor, ahora no me preguntes más sobre ello. Transformar a alguien requiere demasiado compromiso… por ambas partes.

Me obligué a permanecer con la boca cerrada, de nuevo enfadada. Por lo visto había límites que no podía traspasar, y aquello no me gustaba en absoluto.

-¿No me digas que te has quedado sin nada qué decir? –me dijo después de permanecer un rato calladas. Cada vez estábamos más cerca de mi casa, y no tenía ganas de llegar. Mi pequeña rabieta iba siendo sustituida por el deseo de que pincháramos o algo así.

-No, es que no quiero que acabe esta noche –reconocí.

-Lo entiendo. Para ti ha sido una noche muy especial, y todavía no entiendo cómo no has salido huyendo y gritando, aterrorizada y en busca de alguien que te defendiera.

-Ya tengo a alguien que me defiende –me quejé -. No necesito a nadie más.

Y tras decir esto, una de sus manos dejó el volante para colocarse sobre la mías. Yo la miré, agradecida, suplicando con la mirada recibir más atenciones y me pareció que en sus ojos ella comprendía lo que estaba pidiendo, aunque nada más ocurrió.

-¿Es aquí, no? –me dijo de pronto.

Levante la vista y vi que estábamos justo en el portal de mi casa. Lo había encontrado a la primera.

-Eres más eficiente que un taxista –le dije –. ¡Qué asco! Esperaba que te perdieras o algo así.

-He conducido mucho –me comentó.

Entonces apagó el motor, y se creó un silencio incómodo entre las dos. Evidentemente, yo no quería moverme, pero no estaba segura de que ella sí.

-Supongo que tendré que irme –comenté finalmente.

-Para eso te he traído hasta aquí –me dijo con suavidad.

-Dime. ¿Te veré otra vez? Antes me has dicho que tuviese paciencia. ¿A qué te referías?

Sofía se puso seria de pronto, e incluso me pareció ver que esquivaba mi mirada. Aquello me dio la certeza de que iba a ser la última vez que la viese, a pesar de que antes había dado a entender que no sería así. Tras unos momentos de silencio, intentó explicarse.

-Anika, aunque no te lo creas, estar al lado de un vampiro no es demasiado aconsejable. Lo mejor sería que…

-Mira, mejor no me digas nada -la interrumpí, al verla venir. Estaba claro que aquella no podía acabar de otra manera así que, al menos, decidí hacerlo con elegancia. -. Simplemente prométeme una cosa.

-Lo que quieras.

-Prométeme que no me olvidarás. Me gustaría pensar que de verdad sientes por mí algo parecido a lo que me has dicho y que no he hecho el ridículo total… besándote y todo eso.

-Eso no tengo que prometerlo. Es la verdad. Nunca…

-Bueno, pero prométemelo –Llegados a ese punto, yo ya tenía graves dificultades para contener mis lágrimas y no sabía durante cuánto tiempo más podría hacerlo. Tenía prisa porque en cualquier momento se desataría el Niágara y no quería estar allí para que ella lo viese.

-Te lo prometo, Anika.

Y yo la creí.

Entonces le di un beso fugaz en los labios y me precipité fuera del coche, con tanta rapidez

que casi me caigo al salir. Sin volverme siquiera para mirarla, saqué las llaves de mi bolsito, abrí la puerta y entré.

La mejor noche de mi vida había acabado para mí.

Por supuesto, apenas sí logré dormir un par de horas, y cuando me levanté por la mañana, tenía los ojos hinchados como dos pelotas de ping pong y enrojecidos por haber llorado, y bajo ellos se dibujaban las preciosas marcas de la falta de sueño. Vamos, que con aquella pinta no iba a poder pasar precisamente desapercibida, ni tan siquiera en mi casa.

Así que me di una buena ducha para intentar disimularlo y decidí achacárselo todo al cansancio por la falta de costumbre de salir.

El resto del día lo pasé tirada en la cama, leyendo, pensando, recordando… y llorando. Y por supuesto, con los pies doloridos en agua, pero eso era lo de menos. Lo más importante, lo único que importaba en realidad, era la seguridad que tenía de que nunca más volvería a ver Sofía.

Permanecí alejada de la mirada de mis padres todo lo que pude, porque sabía que ellos, y cualquiera, en realidad, se darían cuenta de que algo ocurría.

Y, por supuesto, no quería explicárselo.

Puede que mi madre se diese cuenta de que yo no me encontraba en mi mejor momento pero, por una vez, tuvo la delicadeza de no atosigarme, y me dejó tranquila con mis problemas. Quizás habría servido la pequeña rabieta con qué me había ido la noche anterior, no tenía ni idea, pero siempre era mejor no tomarlo con nadie, porque lo que me ocurría, no era culpa de nadie.

Por si acaso, decidí ocultarme tras mis deberes, aunque no conseguí que mi mente dejase de divagar pensando en Sofía, deseando verla y abrazarla, y soñando cómo me sonreía para, a continuación, besarme con frenesí.

Fue horrible darme cuenta que todo había sido un sueño, y que jamás volvería a tenerlo, a pesar de que, en mi interior, había algo que no deseaba rendirse.

Lo confirmé aquella misma noche, cuando no supe nada de ella. Yo esperaba que apareciese de pronto en mi ventana, rascando el cristal para entrar, pero muy pronto quedó claro que aquello no iba a ocurrir, y darme cuenta de ello acabó por destrozarme.

Tampoco supe nada de Lidia o de las *superchicas*. Por lo visto, mi desaparición no había despertado en ellas ningún interés, así que cuando ya estaba cenando, me di cuenta de que había pasado todo el domingo completamente sola, igual que siempre, con la salvedad de que, en aquella ocasión, me sentía más sola y abandonada que nunca.

Menudo lunes *de mierda* me esperaba al día siguiente, porque lo que no podría evitar eran las malas caras. Claro que yo tenía más motivos que ellas para darles la espalda.

Y eso era justo lo que iba a hacer.

Así que cuando a las siete y media del lunes el despertador me recordó que debía levantarme, lo hice automáticamente y sin malas caras, sin que fuese necesario que mi madre viniese a buscarme porque se me iba a hacer tarde. No había podido dormir más que unas pocas horas esperando ver aparecer en cualquier momento a Sofía en mi ventana hasta, que finalmente, mis ojos y mi ánimo se dieron por vencidos. Gracias a eso todavía podía moverme y pensar aquella mañana.

Desayuné unos cuantos cereales bañados en leche, más por costumbre que porque tuviese hambre y me puse unas zapatillas y un chándal; mi atuendo de los lunes, porque tenía gimnasia. Agarré mi mochila y me marché.

Mientras caminaba hacia el instituto, que dista a unos diez minutos andando de casa, pensé

que quizás debía replantearme mi vida. Si algo había conseguido de la noche del sábado era convencerme de que yo valía bastante más que Rebeca y su séquito, y que no podía dejar que me manipularan. Nunca debí haber salido, ni con Lidia ni con las otras, porque ninguna de ellas, llegado el momento, se preocupó por mí. Allí estábamos todas, solas ante el peligro, valiéndonos por nosotras mismas, y yo sabía que iba a ser siempre así. Lidia había demostrado que estaba más cerca de las demás que de mí, algo que yo no iba a olvidar nunca, y, por lo tanto, debía limitarme a hacer aquellas cosas que verdaderamente me gustaban.

Pero claro, de haberme quedado en casa no habría conocido a Sofía, una vampira.

¡Guau!

No se conoce a un vampiro todas las noches, y además se vive para contarlo, claro, aunque por otra parte… ¿a quién se lo iba a decir? No había nadie con quien desease hablar de ella, porque nadie iba a creerme, ni en cualquier caso, tampoco podrían sentir lo que había sentido yo.

Y lo peor de todo era que me gustaba con locura. Por fin me había pasado. Había conocido a alguien que había despertado en mí todo un volcán de emociones, sentimientos y deseos.

Total, para qué. No iba a volver a verla, o sea que todo era muy desesperante.

Me vino a la cabeza el apartamento de Sofía. Sabía más o menos por dónde estaba, así podría intentar encontrarlo. ¿Y si fuese a verla? Quizás la encontrara durmiendo bajo las sábanas, oculta del Sol.

No seas idiota. Si no ha venido a verte será porque no quiere saber nada de ti.

Desde luego, no tenía porque a esperar que yo tuviese un sitio a su lado, cuando ella me llevaba tantos años de ventaja. Fijo que yo no había sido más que un divertimento para ella. Eso era. Una especie de mascota.

Por otro lado, seguramente, no pasaría más tiempo en aquel lugar porque ya lo conocía yo, y no podía fiarse de que no se lo contase a alguien.

Vamos, que no existía la más mínima posibilidad de encontrarla si ella no quería ser encontrada.

Pensando todo esto llegué al instituto. Todos los chicos y las chicas estaban ya entrando porque estaba a punto de sonar el timbre, así que yo también lo hice. Tampoco quería quedarme esperando en algún sitio, porque entonces seguro que les daría a Lidia y compañía la oportunidad de venir a decir algo, y no me apetecía nada.

Mientras subía los escalones para entrar en el edificio vi a dos chicas que debían ser de bachillerato dándose un abrazo, y me entró un temblor por todo el cuerpo.

Ahora veía las cosas de otra manera, sobre todo en lo que a las relaciones entre chicas se refería, porque yo había besado a Sofía con todas mis ganas y porque la deseaba. Quería estar con ella.

Vamos, que de pronto había descubierto que era lesbiana.

Aunque bien pensado, tampoco me atraían especialmente las chicas que veía… ni tampoco los chicos. Yo solo pensaba en Sofía. Era como si no hubiese nadie más en el mundo.

Todo aquello era muy raro.

De todas formas, nunca me había sentido demasiado integrada. Para mí que todos los que me rodeaban formaban parte de una especie de cuadro en el cual yo no estaba incluida. En el mío, por supuesto, estaba solo yo. Era como si hubiese dos mundos, sin posibilidad alguna de mezclarse y que, por tanto, me impedía interaccionar con todos los demás. En otras palabras, estaba completamente aislada.

En ese momento el timbre sonó y me dirigí hacia mi clase de manera casi automática, delante de unos y detrás de otros, sin hablar con nadie, sola pero rodeada de gente, como

siempre.

Únicamente cuando llegué a la puerta de la clase una voz familiar me hizo salir de mi ensimismamiento.

-¡Hola, Anika! ¿Cómo te fue el sábado? Desapareciste sin dejar rastro.

Era Paloma, que de repente había aparecido a mi lado. No era extraño, puesto que todas estábamos en la misma clase. Lo que no me esperaba era que apareciese con tantas ganas de hablar. Debía de haberlo previsto.

-Bien.

Le respondí, pero lo que no iba a hacer era preguntarle por cómo le había ido a ella, que seguramente era lo que quería, así que seguí andando, pasando de ella olímpicamente, y entré en la clase y me senté en mi sitio. Por suerte, Paloma y Belén se sentaban juntas y al final, mientras que yo estaba en la segunda fila, junto a Miriam, una chica repetidora que no se enteraba de casi nada, pero que era una buena compañera. Justo antes de que entrara la profesora vi entrar a Lidia, aunque ella ni tan siquiera me miró, sino que se marchó directamente a su sitio, junto a Rebeca.

La clase de lengua se pasó lentamente, igual que la de inglés, y en ambos casos yo me sentía casi en otro universo. Recordaba el rostro de Sofía, su hermosa sonrisa, sus dulces labios… y casi sin darme cuenta, los minutos pasaban sin que yo prestase la más mínima atención a lo que estaban explicando. La tercera hora fue más relajada porque tocaba alternativa, y el profesor nos la dejó libre para que hiciéramos ejercicios y cosas pendientes, por lo que yo me dediqué a copiar los apuntes que se me habían pasado, así que, en realidad, tampoco me perdí gran cosa.

El problema vino cuando nos fuimos al recreo.

Al estar todas libres para ir donde quisiéramos pensé lo peor. Estaba expuesta, y no tenía dudas de que *Repabe* aprovecharía la ocasión. Sabía que aunque Lidia no lo hiciese, las otras sí, como ya lo había hecho antes Paloma. Me preguntarían dónde me había metido y qué había hecho, y después, empezarían a hablar de lo bien que se lo habían pasado y de que yo, claro estaba, no podía competir con ellas en encanto, belleza y gracia.

¡Puaj!

Bueno, estaba decidida a no salir huyendo, así que recogí las cosas tranquilamente, dándoles la oportunidad de armarse y preparándome mentalmente para la batalla, y salí cuando llegó mi turno, notando como Belén y Paloma se habían situado justo detrás de mí, lo cual no podía ser casualidad para nada.

-¡Bueno, cuéntanos! ¿Dónde te metiste? –me preguntó Belén en cuanto salimos de la clase.

-Eso no es de vuestra incumbencia –les dije. No pensaba contarles nada. Tampoco serviría para que pensasen mejor de mí, así que mejor no hablar.

-¡No me digas que te volviste a casa! –comentó Paloma, como si se le acabase de ocurrir -. ¡Debiste quedarte! Todas teníamos un chico y seguro que hubieras encontrado uno para ti.

-¿Y quién dice que yo estaba buscando uno? –le contesté secamente -. No sé por qué piensas que todos tenemos que estar tan desesperadas como tú para irnos con el primero que llegue.

Aquello debió dolerle, porque se enfureció y tardó menos de tres milésimas de segundo en responderme.

-¡A mi no me vengas con esas! ¡Fuiste tú la que te quedaste sola porque nadie se acercó a ti!

-¿Estás segura de que estuve sola? ¿Acaso me viste? ¿Es qué te preocupaste por saber que era de mí mientras le metías la lengua hasta la campanilla a aquel dentudo? Desde luego, si que ha bajado tu nivel de exigencia si ahora te vas con chicos como ese.

Aquello fue demasiado. De no interceder Rebeca entre las dos algo habría pasado; algo

malo, quiero decir.

-Vamos, chicas, no peléis. Está claro que Anika está deseando contarnos cómo le fue la noche.

¡Víbora! Rebeca se las sabía todas. Antes de atacarme, prefería tener pólvora con la que hacerlo y, por si acaso, no quedar en ridículo si es que yo tenía algo interesante que contar. Pero yo no le iba a dar esa satisfacción.

-Quizás es que aunque nosotras no la vimos, logró que un chico se interesara por ella y piensa que vamos a sentir envidia por eso. No entiende que para nosotras sería una alegría saber que no estuvo sola la noche del sábado y que por fin tiene algo que contar.

No sé si era odio lo que sentí por Rebeca o simple desprecio, pero desde luego se le parecía bastante a los dos. Me hubiese gustado darle un puñetazo allí mismo y, de hecho, estuve a punto de hacerlo, pero un segundo más tarde de sentir aquel impulso golpeador me di cuenta de que en realidad eso habría sido también una victoria para ella. Cualquier cosa que no fuese la más pura indiferencia lo sería. Así que cambié de táctica y adopté justamente esa.

-No tengo nada que deciros, salvo esto. No habrá próxima vez con vosotras. Cuando yo salgo con alguien intento estar con esa persona y no dejarla abandonada. Solo la gente cruel y con mala sangre hace eso, y yo no quiero saber nada de ese tipo de personas. Así que haced el favor de dejarme tranquila.

Y me marché, dejándolas a solas con sus egos. Sabía que además Lidia estaba detrás de nosotras y mi mensaje, más que para *Repabe*, era para ella. Pero era completamente sincero todo lo que había dicho. Nunca jamás volvería a salir con ninguna de ellas. Aquello no se volvería a repetir, igual que nunca volvería a ver a Sofía.

El resto de clases se pasaron igual de lentas, pero al menos ya no hubo peligro alguno de tener visitas imprevistas. Ninguna de las cuatro se acercó a mí después de haberles dejado clara mi postura. De hecho, ni tan siquiera me miraron, y aquello me gustó. Más que eso. Me en-cantó. Me dio la confianza necesaria para creer que podía delimitar mi espacio personal mejor de lo que yo pensaba, para definir claramente lo que era mío y lo que no, y me permitió sentirme más segura. Solo tuve un poco de remordimiento por Lidia, pero al poco rato me di cuenta de que ella no lo merecía porque me había despreciado y abandonado a mi suerte. Era a ella a quien iba dirigida toda mi ira y mi frustración, más que a *Repabe*, y también lo que se me hacía más difícil de digerir, porque sabía que la había perdido para siempre.

La clase de gimnasia, la más desordenada y, a priori, la más peligrosa, ya que en ella todos podemos hablar con todos, no resultó especialmente complicada, porque lo único que hicimos fue correr, y como, evidentemente, yo era de las últimas, permanecí sola durante todo el rato.

A nadie le gusta estar al final.

Había logrado una victoria, pero era vacía y sin sentido, así que, cuando regresé a casa, descubrí, muy a mi pesar, que en realidad todo seguía igual. En el instituto seguía sin tener a nadie con quien compartir de verdad mi vida y, fuera de él, en mi casa, mi familia no formaba en realidad parte de ella.

Nadie lo hacía.

Así que pasé toda la tarde haciendo ejercicios de clase, incluidos algunos que todavía no habían mandado pero que sabía iban a mandarnos unos días más tarde. Todo lo que fuese con tal de evadirme un rato de mí misma. Pero a las ocho de la tarde ya no pude prolongarlo más. Tenía muchas cosas en la cabeza y todo tenía que ver con Sofía, pero más que tener interés por los vampiros y sus costumbres, cosas que ya sabía a base de películas y libros, lo que verdaderamente me preocupaba era si al final yo era lesbiana o no. Así que, sobre eso sí que

decidí curiosear un rato por internet.

Pinché en el explorador y, una vez me hubo aparecido la página del buscador, me detuve a pensar qué debía poner exactamente. Fui muy rápida. Tecleé en el cuadro *no sé si soy lesbiana* y le di a *buscar*.

Con eso esperaba encontrar que en algún foro alguien presentara la cuestión y le respondieran. Aparecieron varias entradas y, muchas de ellas, parecían ser foros especializados. Me metí en uno de ellos, empezando así mi investigación personal.

Después de veinte minutos de visitas a foros y de mirar algunas fotografías que las propias chicas habían subido de sí mismas (hay que ver lo que hacen algunas) elegí quedarme con una explicación bastante coherente que me dio qué pensar. La gente que lo tenía muy claro decía que ser lesbiana no implicaba pertenecer a un estereotipo determinado, sino sentirse atraída física y emocionalmente por otras mujeres, y nunca exclusivamente por el tema sexual.

Eso me ponía en un aprieto, porque mi interés por Sofía era tanto físico como emocional o, al menos, así me parecía a mí, pero no sentía ningún interés más por otras chicas, a las que me había dedicado a mirar durante toda la mañana. Ni las más mayores, ni las más jóvenes, ni tan siquiera las profesoras. Ninguna me atraía. Solo Sofía.

¡Dios! ¿Estaría enamorada?

Desesperada por no haber resuelto nada, apagué el ordenador de un manotazo. Gran error, porque la próxima vez que lo encendiera tendría que hacer un análisis y tardaría una eternidad en arrancar el *windows*.

Sin pensarlo más me marché a cenar. Un pequeño bocadillo con queso y margarina y un cola-cao. Después fui a cepillarme los dientes, y me despedí.

-¿Ya te acuestas, hija? ¡Son solo las ocho y media!

-Lo sé, mamá, pero es que no tengo ganas de hacer nada. Creo que me quedaré leyendo un rato y me echaré a dormir más tarde.

-Bueno, pues que duermas bien. Buenas noches, hija.

-Buenas noches, mamá. Buenas noches, papá.

-Buenas noches, hija.

Cuando cerré la puerta de mi cuarto mi cerebro empezó a funcionar de nuevo. Todavía guardaba alguna esperanza de que Sofía apareciese en mi ventana, así que sabía que iba a tener la vista puesta en ella. Sin embargo, sabía que eso no iba a ocurrir, y que tarde o temprano me daría por vencida.

Pero todavía no podía hacerlo. Sencillamente, era incapaz de olvidarme de ella con tanta facilidad.

Suspiré. No iba a ser fácil dormirse después de todo. Nada fácil.

CAPÍTULO 6

Descubrí que quedarme toda la noche esperando a que apareciese Sofía empezaba a ser una mala costumbre. Durante toda la semana me había asomado esperanzada al ocultarse el Sol para, minutos después, echarme sobre la cama casi llorando. Ella no iba a venir y yo no podía quedarme sin dormir noche tras noche… para nada.

Pero si las noches eran tristes y deprimentes, los días eran deprimentes y tristes. Cada día me parecía una repetición del anterior, así que, a mitad de semana, yo me encontraba totalmente desanimada.

Sofía había sido un espejismo, un espejismo estupendo, de eso no había ninguna duda, cuyo recuerdo me duraría mucho tiempo, pero tenía ya muy claro que mi relación con los vampiros, y con ella en concreto, había terminado, antes incluso de que realmente empezara. Desde luego, todavía me negaba a aceptarlo completamente, lo cual me provocaba no pocos momentos de tristeza y abandono. Sin embargo, existía aún otra cuestión que había estado posponiendo, día tras día, y que me estaba carcomiendo por dentro, hasta que por fin, el viernes, me di cuenta de que tenía que resolverla.

¿Era o no era lesbiana?

Decidí que ya había llegado el momento de descubrirlo, así que me armé de valor y busqué por internet bares de ambiente en la ciudad y, después, seleccioné dos de ellos. Aquella noche saldría sola para encontrarme a mí misma… y no sabía qué más.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que aquello fuese la mayor estupidez que había hecho nunca, pero decidí que no podía quedarme estancada. Estaba en tierra de nadie, lo cual hacia que todos los días fuesen igualmente tristes y desesperantes. Claro que salir era algo nuevo para mí, y únicamente de pensarlo, me puse muy nerviosa.

Nunca había salido de fiesta sola, pero hacerlo además en plan de ligue, por más que yo lo considerara una especie de *viaje de exploración y autoconocimiento*, me creaba una gran ansiedad. Pero no podía echarme atrás. No debía.

Así que, a eso de las ocho de la tarde, empecé a vestirme. Me puse unos vaqueros sencillos, una blusa blanca, una chaquetilla de cuero marrón que había heredado de una prima mía y que no solía ponerme nunca, y cogí algo de dinero.

-¿Dónde vas, Anika? –me preguntó mi madre desde la cocina nada más oír que mis pies no llevaban ya las zapatillas de andar por casa, sino unos tenis.

-A salir.

-¿Con Lidia y tus amigas?

-Sí, claro –mentí descaradamente. Sabía que en cualquier momento podían comprobarlo, pero era consciente de que salir por la noche, sola, no era algo a lo que mi madre estuviese acostumbrada. Era mejor no discutir.

-¿No prefieres cenar aquí? –insistió mi madre.

-Esto… no, ya comeré algo fuera.

-¿Vendrás tarde, entonces?

-Supongo que sí, pero no te preocupes, que tampoco me quedaré a ver el amanecer. Cuando vea que la cosa no da para más, me vuelvo.

Y con poco más que eso, logré escaparme de casa.

Por suerte, esta vez el camino no sería demasiado largo, ya que los bares que había

encontrado estaban todos por la misma zona y en el Centro de la ciudad, nada de la periferia, por lo que me bastaba con coger un autobús urbano. Estaba muy nerviosa, porque era de noche, estaba sola y, además, iba en busca de *a saber qué*, pero no dejé que todo ello me hiciera pensar que no debía hacerlo, y me repetí a mí misma, una y otra vez, que no pasaba nada y que, lo más seguro era que acabara tomándome un refresco y regresando de vacío a casa. Claro que en esta ocasión, no iba a tener a nadie a mi lado que me abriese el camino.

Ni tampoco a nadie que me dejase tirada.

Media hora más tarde o así, me encontraba frente a mi destino. Era una zona de bares, que empezaba a llenarse poco a poco. El autobús me había dejado en una plaza, a partir de la cual aparecían numerosas calles, y había una gran cantidad de bares apostados en casi todas las direcciones hacia dónde miraba. Pero a mí, aquellos no me interesaban, porque el que yo buscaba se encontraba algo más escondido. Empecé a andar.

Miraba a ambos lados como si todos me estuviesen vigilando, aunque sabía que no era así. No podía alejar de mí la sensación de que estaba haciendo algo que era una auténtica idiotez, pero deseché de mi mente cualquier duda y continué mi camino. Crucé la plaza y entré en uno de los callejones. Me sabía el camino de memoria porque lo había consultado en el *Google Map* varias veces. Debía seguir hasta llegar al primer cruce y, después, girar a la derecha, y así lo hice. Cuando miré, oculto entre las sombras, como si fuese un lugar secreto, se encontraba el sitio que estaba buscando. Se llamaba, *Afrodit*a, lo cual ya decía mucho de él.

Sin pensármelo más, tomé aire y entré.

La música estaba bastante alta, porque podía escucharse antes de entrar, pero lo cierto es que ni la mitad de lo que yo recordaba de la discoteca. Claro que cuando abrí las puertas también quedó claro que ambos sitios eran completamente diferentes. Aquello era un auténtico bar de ambiente, en donde la gente hablaba, bebía, reía y otras muchas cosas más, por supuesto.

A mi izquierda se encontraba la barra, bastante larga, por cierto, abarrotada de gente, con lo cual el espacio que quedaba entre ella y la pared, es decir, libre para moverse, era mínimo, lo cual proporcionaba el aspecto de que aquello estaba abarrotado hasta los topes.

Después de echar un rápido vistazo al lugar, empecé a caminar. Mientras rebotaba entre unos y otros, intentando no ser arrastrada en ninguna dirección en particular, miraba a mí alrededor. Había tanto hombres como mujeres, solos, en parejas y en grupos, y tanto *hetero* como *homo*, por lo que yo podía distinguir, e incluso algunos que no tenía muy claro de qué iban. Aquello no era algo a lo que yo estuviese acostumbrada y no pude evitar sentirme algo inquieta, pero intenté no darle demasiadas vueltas porque, al fin y al cabo, estaba allí para ver si podía formar parte de todo aquello. Continué andando, en dirección hacia el fondo, que parecía mucho más espacioso.

Y de hecho, así era.

Cuando llegué al final de la barra, el local se transformó en una sala de baile. Esta parte sí que se parecía a una discoteca, ya que disponía de una amplia pista en donde gente de todo tipo se movía a la manera habitual, es decir, como si les estuviesen dando una descarga eléctrica continua. Rodeándola, había una gran cantidad de mesas cuadradas, pequeñas, pero suficientes para dos o tres personas, si bien muchas de ellas estaban ocupadas por más de cinco o seis, pero no había lugares oscuros ni nada que se le pareciese. Todo estaba bien a la vista.

Yo miraba absorta en todas direcciones, sin saber muy bien qué hacer, hasta qué, finalmente, decidí que por el momento, podía empezar tomando algo, seguramente, lo normal para alguien que, como yo, se movía sola. Así que me di la vuelta y me acerqué como pude a la barra. No tardó en llegar un muchacho con los brazos llenos de tatuajes para atenderme.

-Una coca-cola –le dije, medio gritando. El muchacho asintió y se dio la vuelta para ir a buscarla. Mientras venía, continué explorando visualmente los alrededores.

Mirase donde mirase no había más que gente y más gente, unos hablando, otros riendo, y un buen número besándose y metiéndose mano sin complejos. Yo me sentía completamente fuera de lugar, hasta que…

-¡Hola, chica fanta!

Yo miré a izquierda y derecha hasta que me di cuenta que la voz provenía justo detrás de mí. Me giré, y me encontré con quien menos esperaba. Se trataba de la chica de la barra de la discoteca, aquella que tenía los labios y una oreja llena de piercings.

La chica que me guiñó el ojo.

-Ho-hola… ¡qué sorpresa! No te había visto.

-Yo te he visto antes, cuando has entrado en la sala de baile. De repente he mirado hacia la entrada y… ¡vaya, ahí está la chica de la discoteca del otro día! ¡Eso sí que ha sido una sorpresa!

La chica estaba superanimada y me miraba y hablaba conmigo como ambas fuésemos viejas amigas. Aquello me intimidaba un poco.

-Pues… sí, he venido a dar una vuelta.

-¿Con tus amigas?

-No, he venido sola. *Mis amigas* –dije recalcando intencionadamente la palabra *amiga* - estarán por su cuenta.

-Mejor –dijo, sonriente. Entonces me di cuenta. Estaba en un bar *gay*, hablando con una chica, así que era muy probable que ella fuese lesbiana.

¡Glup!

-Por cierto, me llamo Roberta, pero llámame Bobby. Es más sexy.

-Encantada... Bobby. Yo soy Anika.

-Mucho gusto, Anika. Tu nombre es precioso.

-Esto… gracias.

No sabía qué más decir.

-Eh… ¿no deberías estar en la discoteca, trabajando? –dije, recordando que la semana anterior estaba trabajando.

-No, qué va. Solo me llaman cuando falta alguien, pero ellos tienen ya su plantilla montada. Así que ahora mismo vuelvo a estar sin trabajo.

-Ah, entiendo. Pues lo siento mucho.

-No tiene importancia. Era un trabajo de mierda y como esos siempre me salen un montón.

-¡Oh!

Yo no sabía que decir, porque ni trabajaba, ni era una chica experimentada en eso de socializar, así que me quedé callada. Menos mal que solo unos segundos más tarde llegó el muchacho con la coca-cola, que dejó en la barra con un golpe seco, como si quisiera llamar la atención. Yo me giré hacia él y fui a sacar mi monedero para pagarle.

-Deja, yo invito. Así me gano el derecho a que me hables de tus amigas.

-Esto… no hace falta, yo…

Rápidamente sacó un billete de cinco euros y se lo dio al muchacho, antes de que yo pudiese hacer o decir nada para evitarlo.

-Gracias.

Segundos después le daba la vuelta y yo cogía mi burbujeante refresco entre las manos.

-Ven, vamos a sentarnos.

-¿No has venido con nadie? –le pregunté, pensando que a lo mejor solo se había acercado a

saludarme.

-¡Qué va! Vengo muchas veces a este sitio, pero siempre sola. Claro que no suelo irme igual –me comentó, y al decir esto último, sonrió maliciosamente y me guiño un ojo.

Comenzamos a caminar hacia la sala de baile en donde la música, como siempre, rondaba los diez mil decibelios, y al igual que había visto hacer a Rebeca la otra noche, aquella chica, Bobby, empezó a contonearse rítmicamente, aunque de alguna manera, en la tal Bobby parecía más natural. Finalmente, llegamos hasta una mesa y nos sentamos.

-Bueno, cuéntame. ¿Cómo es que has salido sola, porque no tienes pinta de hacerlo demasiado a menudo?

-Es qué es la primera vez que lo hago.

-Mmmm. Interesante.

-¿Por qué lo dices?

-Bueno, simplemente porque lo es. ¿Cómo es que te ha dado por ahí?

-La verdad… -pensé en Sofía, y en cuanto quería verla, pero aquello no era algo de lo que me gustara hablar, sobre todo con alguien a quien acababa de conocer –llevo toda la semana muy deprimida, sin ganas de hacer nada…

-Por culpa de tus amigas –añadió Bobby.

-Sí, en parte sí. La semana pasada me dejaron tirada, y me demostraron… bueno, una de ellas me demostró que yo no le importaba nada.

-Ya te dije que no tenías que hacerles caso.

-Sí, ya sé, pero es que ella ha sido mi apoyo durante mucho tiempo y yo no tengo a nadie más. Por eso he tenido una semana malísima.

-Así que has decidido salir por tu cuenta y riesgo.

-Algo así.

Mientras hablaba, me di cuenta de lo sencillo que resultaba hablar con aquella chica, quizás por lo directa que era, y porque daba la sensación de ser alguien en quien se podía confiar y con quien se podía contar. Al contrario que Sofía, no era la elegancia personificada, pero era, o al menos lo parecía, justo como se comportaba, abierta y vital.

-Y dime… -Bobby se detuvo unos segundos antes de continuar –siendo tus amigas como son, ¿de verdad no les importa que seas bollera?

Estuve a punto de atragantarme, porque en aquel momento estaba bebiendo y escuchar la palabra *bollera* no estaba en el plan. Empecé a toser y ella tuvo que darme unas cuantas palmadas en la espalda.

-Gr-gracias… no sé qué me ha pasado.

-Tranquila, ya está.

Ella no añadió nada más, sino que estaba expectante ante mi respuesta. No iba a poder librarme de ella, así que me armé de valor.

-Todavía no lo saben… ni yo tampoco.

Bobby, que hasta ese momento se había mantenido alegre, pero siempre correcta, se echó a reír, como si le hubiesen contado el chiste más gracioso del mundo.

-Pues yo no lo veo tan gracioso –le dije, irritada.

-Perdona, Anika. Es que… ¡eres tan... inocente! Hacía mucho tiempo que no me encontraba con alguien como tú.

-Supongo que querrás decir tan tonta –mi enfado iba en aumento.

-No, para nada –y entonces se puso seria -. Quiero decir, tan preciosa. No sabes lo atractiva que resulta una chica tan ingenua por estos sitios. Se nota a distancia que todavía no sabes mucho

de la vida y eso resulta… refrescante.

Vamos, que me estaba diciendo en mi cara que estaba verde. Eso ya lo sabía yo, pero escucharlo de boca de otra persona… la verdad, molestaba un poco.

-¿Y tú eso cómo lo sabes? A lo mejor estoy fingiendo –repliqué, irritada.

-No, no eres de esas –dijo con toda seguridad -. Si supieses fingir lo habrías hecho la semana pasada. Tú eres de las que muestran todo lo que tienen, todo sinceridad. Nunca podrías ser una falsa. Y eso me encanta.

Aquella conversación estaba empezando a ponerme nerviosa. Bobby era demasiado segura de sí misma para mí. De alguna manera, me recordaba a Sofía, porque también ella me había dicho que era preciosa, precisamente por mi ingenuidad, pero Bobby era demasiado agresiva.

-Mira, te voy a dar un consejo de amiga –comentó de repente.

-Está bien.

-No busques las cosas. Deja que ellas te encuentren a ti. Si no lo haces así, te puedes pasar toda la vida sin conocerte a ti misma y viviendo la vida de otra persona. Confía en mí.

Pensé en sus palabras. Tenía cierta razón, porque… ¿qué sentido tenía obsesionarse en descubrir las cosas cuando en el momento oportuno todo quedaría claro?

-Supongo que tienes razón.

-Claro que la tengo.

-Pero tú… ¿cómo supiste que eras lesbiana?

-¡Ah! Pues muy pronto, en cuarto de primaria. Estaba loca por mi compañera que se sentaba delante.

-¿Y qué hiciste?

-Pues esa es la cosa, que no hice nada. Pero créeme, fue la última vez.

Entonces, Bobby se puso en pie.

-Venga, vamos a bailar.

-Esto… ¡pero si yo no sé! Soy la chica más patosa del mundo mundial.

-Tonterías. Tú ven conmigo y haz lo que yo haga.

Alargó su mano para que la cogiera, y aunque dudando, me levanté y la agarré con fuerza. Después, me arrastró hacia la pista. Todavía no sé cómo pudimos entrar en ella, porque con tanta gente yo no era capaz de distinguir ni un solo milímetro de suelo libre, pero ella tenía mucha práctica en eso de hacerse sitio y, casi sin darme cuenta, allí estábamos las dos, en nuestra pequeña cuadrícula particular, frente a frente.

Lentamente, ella empezó a moverse sinuosamente, elevó sus brazos y, sin dejar de sonreír, me invitó seguirla. Yo la imité, torpemente, por supuesto, llevando mis caderas de un lado a otro mientras, sin poder evitarlo, apenas movía mis pies. Para mí que algo me los había pegado al suelo, como si en la Tierra hubiese de pronto gravedad veinte… por lo menos. Sin embargo, poco a poco yo lo intentaba, y algo (no mucho) conseguía.

A medida que me movía, ella aceleraba su ritmo y yo hacía otro tanto, hasta que ambas nos encontramos moviéndonos casi al unísono, las dos con los brazos levantados.

-¡Así se hace, Anika! ¡Ves cómo sabías hacerlo!

Sonreí. Nunca hasta entonces había bailado y, mucho menos, acompañada. En aquellos momentos éramos tan solo dos chicas divirtiéndonos y yo me sentí genial por ello.

Claro que los goterones de sudor empezaban a caerme por todos lados, supuse que debido a mi baja forma física, pero al mirar a Bobby me di cuenta de que ella estaba exactamente igual que yo. Bueno, igual no, por supuesto, porque había empezado a perder el control. Ahora estaba girando sobre sí misma, como si quisiese bailar con todos los que se encontraban en la pista. Yo

disminuí el ritmo de mis movimientos porque estaba absorta observándola, hasta que, finalmente, y tras completar su giro, volvimos a estar frente a frente.

En ese momento, la música cambió, como ocurre a menudo, y pusieron una canción lenta. Eso solo podía significar…

¡Problemas!

Ambas bajamos los brazos, y sin dejar de mirarme, Bobby colocó los suyos en mis caderas. Yo la imité.

Y por supuesto, empecé a respirar más fuerte de lo normal, no solo porque me faltara el oxígeno, que ciertamente ya iba escaando después de tanto ejercicio, sino porque mi mente ya estaba viendo lo que iba a ocurrir por adelantado.

Bobby fue acercándose a mí más y más, hasta que apenas unos centímetros separaban nuestros cuerpos. Sus ojos no dejaban de mirar los míos y yo me sentía como si estuviera en una nube, esperando su siguiente movimiento e incapaz de moverme ni de articular palabra alguna. Sabía lo que se avecinaba, y eso me hizo temblar. Y entonces, de repente…

Sofía.

Una imagen de ella logró adentrarse entre todas las que estaban formándose y que únicamente contenían a Bobby y a mí, y aquello fue suficiente. Automáticamente, bajé los brazos y me separé con brusquedad de Bobby. Ella dejó de bailar y se quedó muy seria mirándome, y yo, sin saber qué decir, huí de la pista de baile hasta que llegué a la mesa. Allí me esperaba el vaso con coca-cola, todavía a la mitad, y cierta seguridad. Era mi versión real de la casilla para estar a salvo del parchís.

Me senté, bebí un largo trago y, mientras intentaba controlar el ligero temblor de mis manos, observé como Bobby se acercaba, despacio, no sabía si enfadada, decepcionada, o qué. Ahora lo vería.

-L-lo siento mucho, Bobby. Creo que no estoy preparada aún.

Durante una fracción de segundo me pareció que se iba a lanzar a insultarme o algo así, pero de pronto sonrió, como si nada hubiese pasado.

-Tranquila. Esas cosas pasan –Bobby se sentó en la silla de enfrente, sin dejar de mirarme directamente a los ojos -. Pero no soy una mujer que acepte con facilidad el rechazo, así que te recomiendo que la próxima vez tengas más claro lo que quieres.

Eran palabras duras, pero entendía su frustración, y sabía que era culpa mía que ella se sintiera así.

-Lo intentaré –le dije, intentando que sonara a disculpa, pero también que había entendido el mensaje -. Quizás sea mejor que me vaya. Creo que no voy a poder seguir tu ritmo y no quiero arruinarte la noche.

-¡Tonterías! Tengo muchas noches para perder el control, pero solo una contigo… de momento.

Aquello me sonó a petición, pero decidí dejarlo pasar. Todavía debía recuperarme de la sensación de agobio que me había obligado, finalmente, a salir corriendo de la pista y sentarme.

-¿Vienes mucho por aquí? –le pregunté, intentando distraerme un poco y relajar el ambiente.

-¡Claro, es mi sitio preferido! –dijo, inclinándose hacia atrás con la silla -. Aquí nadie mira mal a nadie, ni les importa lo que nadie haga.

Entonces, volvió a sentarse bien, colocó sus brazos sobre la mesa y se apoyó en ellos.

-Por cierto. ¿Sabes que tienes unos ojos preciosos? –me dijo en un tono bastante sensual.

-Esto… gracias.

No sabía qué decir, así que bebí otro sorbo de mi refresco, que era básicamente los restos del hielo, que se había fundido. Cualquier cosa con tal de parecer ocupada.

-Te propongo algo –le dije de pronto. Había que tomar una decisión, y después de todo no estaba allí para salir huyendo -. Si me prometes no echarte encima de mí, podemos seguir bailando. Reconozco que me lo he pasado muy bien.

-Mmmm. Es una propuesta tentadora –me dijo -, pero no estoy demasiado cómoda reprimiéndome. Me parece que paso.

Aquello no me lo esperaba y me irritó.

-¿Me estás diciendo que contigo es todo o nada?

-Eso es. O estás conmigo, o yo estoy sin ti.

Estaba claro que no iba a sacar nada más en claro aquella noche. Aquella chica me ponía primero contra las cuerdas, y ahora me hacía simple y puro chantaje. Me hizo rabiar, y tuve claro entonces que habíamos llegado a un punto sin retorno. Era el final de la noche… aunque no hubiese hecho más que empezar.

Me puse de pie.

-Entonces será mejor que me vaya y así tu podrás buscarte a una dispuesta a enrollarse contigo sin que le importes lo más mínimo –dije, y me di la vuelta para dirigirme hacia la salida.

¡Por favor, diríjanse tranquilamente hacia la salida más próxima!, pensé mientras lo hacía, aunque estaba loca por echarme a correr y llegar lo antes posible a la puerta.

-¡Eh!

Su voz sonó llena de sorpresa, y escuché como arrastraba la silla hacia atrás al levantarse, pero no me volví. Había decidido salir de allí y no era el momento de echarse atrás. Sin embargo, un brazo tiró de mi muñeca y me obligó a regresar. Me encontré cara a cara con ella y, sin dudarlo un solo segundo, me besó. Sus labios empezaron a moverse alrededor de los míos y su lengua se introdujo con suma facilidad en mi boca qué, inesperadamente, no ofreció apenas resistencia, quizás porque no lo esperaba, pero también porque en el fondo lo deseaba. Quería volver a sentir los labios de una mujer, esperando en mi interior que fuesen los de Sofía, pero conformándome con los de Bobby, los cuales, por otra parte, resultaban tremendamente apasionados. No perdí el control de mi cuerpo como me había ocurrido la semana anterior, pero sí que volví a sentir el fuego ardiente queriendo salir. Cuando nos separamos un buen rato más tarde, mis ojos todavía tardaron un poco en abrirse. Entonces me di cuenta de lo que había hecho. Sabía que no había maldad en ello, que ella no me había forzado de ninguna manera, pero me sentí traicionada, porque momentos antes no había aceptado estar conmigo sin acercarse a mí, y también, al mismo tiempo, una traidora, por abandonar a Sofía, así que, en aquel momento, odié a Bobby, y también me odié a mí misma por haber dejado que ocurriera y sucumbir al deseo.

Así que la abofeteé.

No fue como Glenn Ford en *Gilda*, pero se le pareció bastante, y debió de dolerle algo, aunque no pegara demasiado fuerte.

-¡Guau! ¡Pegas bien! –dijo, tocándose la mejilla abofeteada -. Supongo que me lo he ganado, pero no me digas que no lo has disfrutado.

-Esa no es la cuestión. Cuando digo que no, es que no –repliqué -. No importa si me gusta o no, o si lo deseo. Tengo mis razones para negarme y si me valoras en algo deberías respetarlas.

-Está bien, está bien, no ha sido para tanto. Pero reconóceme al menos que te ha gustado.

Intenté calmarme. Tal y como había dicho, no había sido para tanto y, en el fondo, lo necesitaba. Con aquel beso, y aquel baile, había descubierto que al menos estar con chicas no era un problema para mí, así que debía de estar agradecida porque era a eso a lo que había venido.

Definitivamente, sí que parecía que era lesbiana.

-De todas formas –dije, esquivando la pregunta -, será mejor que me vaya. No estoy completamente segura de que haya sido culpa tuya nada más y no quiero perder el control, así que es mejor que me vuelva a casa.

-¡No te vayas, por favor! –me dijo, volviendo a cogerme de la muñeca, pero esta vez, con suavidad, y sin tirar. Cuando la miré, vi en sus ojos, no el deseo, sino necesidad y sinceridad. Sentí como Bobby quería estar con alguien, y no con cualquiera, sino *conmigo*, quizás porque yo tampoco estaba con cualquiera. Sentí que durante unos instantes había bajado sus defensas y era ella misma, la auténtica Roberta, que no deseaba estar sola, tierna y comprensiva, que se encontraba bajo la piel de la agresiva Bobby.

Cogí la mano que me sostenía la muñeca y sin soltarla, la llevé hasta mi pecho.

-No estoy enfadada, Bobby, pero no quiero crearte falsas expectativas y ya te dije antes que tampoco deseo fastidiarte la noche del viernes. Todavía tienes tiempo de buscarte a otra.

-Creo que la noche ya está bastante echada a perder.

-¿Por qué dices eso? ¡Todavía te quedan muchas horas por delante!

-Porque sé que no podré quitarte de mi cabeza, igual que tampoco podré olvidar lo que he sentido al besarte.

-Yo tampoco –y, rápidamente, completé la frase, para que Bobby no la malinterpretara -, y no lo digo a mal, de verdad, sino todo lo contrario.

Finalmente, dejé libre su mano. Era el momento de marcharme.

-¿Podemos volver a vernos? –preguntó. Sentí como si casi lo suplicara, y aquello me gustó, porque estaba viendo la mejor parte de ella, la parte en la cual dejaba de hacerse la dura para comportarse sensiblemente.

-Claro que sí –le respondí, sonriendo. Aunque no se parecía en nada a mí, de verdad que me apetecía verla y estar con ella, aunque necesitaba pensar un montón en todo aquello.

-Estupendo.

Bobby se animó de pronto, como si hubiese tenido un subidón repentino, seguramente, por mi respuesta y el modo en que se lo había dicho. Le habían dado confianza.

-Pero yo no suelo salir, mucho menos, dos días seguidos, así que, si no te importa, ¿por qué no me das tu número de teléfono y ya te llamo?

-Claro –dijo, pero lo hizo en un tono molesto, algo que no me esperaba -. ¿Y para qué iba a dártelo? Si no quieres verme más dímelo ahora y ya está. Así me ahorro el estar esperando a que me llames.

-Pero si te he dicho que te vería otra vez… y es verdad. Lo que pasa es que no sé cuándo. Mira. Yo también te dejaré el mío, y así, si por lo que sea no te llamo yo, tienes permiso para llamarme tú a mí.

Aquello pareció tranquilizarla. Yo saqué mi móvil y me preparé para pulsar los números.

-Venga, dime.

Y me lo dio.

-Te voy a llamar para que tengas mi número y veas que es de verdad.

Marqué *llamada* y casi inmediatamente comenzó a sonar una melodía que parecía salir de uno de sus bolsillos del pantalón.

-¡No sé por qué eres tan desconfiada! –le dije mientras guardaba el teléfono.

-Quizás porque ya me lo han hecho más veces.

Empezaba a darme pena. Aquella chica, que me había parecido tan segura de sí misma, ahora se me antojaba solitaria y necesitada. Sin poder evitarlo, me adelanté dos pasos y le di un

beso en los labios, uno sencillo, sin abrir la boca ni nada, sino lleno de ternura, y que prolongué durante unos segundos para que pudiese sentirlo.

-Quizás con esto te convenzas más –le dije cuando me separé de ella.

-Desde luego –y entonces se acercó a mi oído -, pero que sepas que sigo queriendo más.

No me puse nerviosa, ni me enfadé. Todo lo contrario, sonreí, porque debía estar agradecida de que alguien se interesara en mí por fin. Además, en aquellos momentos, Sofía no estaba en mi cabeza, y yo sentía que se alejaba cada vez más y más de mi vida, aunque sabía que nunca podría olvidarla del todo.

-¿Me acompañas a la parada de autobús?

-Si lo hiciera, me sentiría como si ya fuésemos novias o algo así. Mejor me quedo por aquí.

Me reí, por la ocurrencia.

-Entonces, hasta otro día.

Mientras me daba la vuelta, no podía evitar sentir pena por marcharme. Necesitaba hacerlo, pero no quería. En el fondo, me lo había pasado bien aquella noche, y había descubierto muchas cosas… para empezar, a Bobby.

Aquella noche era el principio de una nueva vida para mí.

CAPÍTULO 7

En realidad, no podía imaginarme lo complejo que iba a volverse todo. Regresé a casa relativamente temprano, a eso de las doce y media o así, dándole vueltas a lo que me había ocurrido, pero muy animada por cómo había transcurrido la noche porque por fin empezaba a conocerme a mí misma. En cuanto llegué me dirigí directamente a la cocina me preparé algo rápido para comer, un par de tostadas con margarina, y me puse un vaso con zumo. Con todo ello, me dirigí a mi cuarto. Me cambié y comí muy despacio, pensando en todo lo que me rondaba por la cabeza.

Bobby me gustaba. No igual que Sofía, desde luego, porque ella seguía pareciéndome increíble, pero sí que me atraía y, al final, había terminado por sentirme a gusto con ella. Estaba nerviosa, pero deseando volver a verla y aquella era una buena sensación.

Cuando terminé de comer, me llevé el plato y el vaso, los lavé, y en pocos segundos estuve lista para meterme en la cama. Ya no tenía ningún sentido mirar por la ventana cada noche en busca de la imagen que me había golpeado inesperadamente hacía tan solo un par de horas, porque era del todo absurdo, pero aun así, volví a hacerlo. Cuál fue mi sorpresa cuando al acercarme a la ventana y descorrer ligeramente la cortina allí estaba ella, Sofía, esperándome justo en el otro lado. Creo que se me llenaron los ojos de lágrimas casi al instante al verla y corrí para abrir la ventana.

-¡Sofía! –exclamé en cuanto la abrí, ahogando un grito.

-¡Shhhh! Si gritas y viene alguien tendré que irme –me dijo susurrando -. Lo último que necesitamos es que alguien nos oiga, mucho menos tus padres.

-Cr-creí que no te volvería a ver –le recriminé en susurros.

-Ya sé que lo creíste y lamento haber dejado que lo pensaras. Ha sido culpa mía. Supongo que no lo habrás pasado muy bien.

-Me has hecho sufrir mucho. No sabes lo mal que he estado.

En este punto ya estaba llorando como una magdalena y corría serio peligro de que el escaso maquillaje que todavía me quedaba en la cara me formase unos churretes bastante apañados.

-Vamos, no llores. He venido, ¿no?

-Sí, ¿pero por qué has tardado tanto? ¡Una semana entera! ¿Te parece bonito?

-Deberías dar gracias. A pesar de lo que te dije, he estado a punto de no regresar. Me había prometido a mí misma no volver a verte para no ponerte en peligro nunca más.

-Luego era verdad lo que te dije en el coche, que parecía que era una despedida.

Sofía miró a izquierda y derecha.

-Bueno, todo eso mejor te lo explico dentro. Como alguien me vea así esto se va a convertir en un circo.

-Bueno, pues entra.

-No puedo.

-¿Por qué no? –-le pregunté, quitándome algunas lágrimas con las manos.

-¡Creía que tenías más cultura cinematográfica! Un vampiro no puede entrar en otra casa sin tener permiso de su dueño. Hay un escudo espiritual que nos lo impide. Tienes que invitarme a pasar.

Rápidamente fui a darle permiso, pero ella continuó hablando y me quedé con la boca,

literalmente abierta.

-Recuerda que una vez que me lo des, podré entrar siempre que quiera, tanto para lo bueno y para lo malo.

-Si vas a acabar conmigo más vale que lo hagas esta noche y no sufriré más, así que estás invitada. Pasa.

Sofía entró en el dormitorio de la misma forma que entraría un gato, sigilosa, encorvando todo el cuerpo y con suma habilidad. Una vez dentro, se enderezó, y yo me eché en sus brazos, hundiendo mi rostro entre sus pechos y abrazándola con fuerza. Sentí como sus brazos me envolvían y como me acariciaba la nuca con una mano, mientras yo encontraba la calidez que siempre había necesitado a pesar de la frialdad de su piel.

No tenía ni idea de lo que sería de mí, pero al menos, en aquel momento, no quería ni necesitaba a nada ni a nadie más en el mundo.

Me sentía una persona nueva. La llegada de Sofía hizo que me olvidara de todo, incluido lo que había ocurrido aquella noche. Estar con ella se convirtió de pronto en lo único que me importaba. Lo único que quería.

-Si me hubieras avisado que ibas a venir me hubiera preparado. No me habrías visto con esta pinta –le recriminé.

-Yo no le veo nada de malo a tu pinta.

-¡Cómo qué no! –protesté -. El otro día estaba arreglada y con un vestido bonito. Hoy, en cambio, me encuentras con un pijama verde de Disney, en zapatillas, despeinada y sin nada de maquillaje para cubrirme los granos. Vamos, que estoy para tirarme a la basura.

-Te repito que no hay nada de malo en ello. En verdad estás muy bonita –Sofía me miró de arriba a abajo, y yo esperaba que las imágenes de Rapunzel del pijama no me hiciesen quedar demasiado mal. En aquel momento me sentí muy avergonzada por ello. Seguro que tenía todo el aspecto de una niña de ocho años y, estando ella, quería ser toda una mujer.

Finalmente, me rendí ante la evidencia de que no podía ser diferente a como era y me senté en la cama, mirándola fijamente. Ella todavía estaba de pie junto a la ventana.

-¿Qué? –preguntó Sofía, que me miraba fijamente a los ojos.

-Es que… estoy tan contenta de que hayas venido. De verdad que pensé que ya no te vería más. ¿Por qué no has venido?

-Por ti –me dijo, y se sentó a mi lado -. Ya es bastante complicado ser un vampiro, pero para un humano andar con uno es algo muy poco recomendable.

-Pero si tú me salvaste. No voy a correr peligro a tu lado.

-Eso no lo sabes. Mis instintos no siempre están bajo control y puede que un día te ataque y acabe contigo. Sé que más tarde o más temprano acabaré haciéndote daño y si hay algo de lo cual estoy segura es de que no quiero que te pase nada. He tardado demasiado tiempo en encontrarte.

-Me arriesgaré.

-No digas eso. ¿Ves por qué no quería venir? Estaba pensando en ti y en tu seguridad. Tú eres una insensata total.

-Será porque tú no has sufrido mientras no me has visto.

-Eso no es verdad. He pensado en ti cada noche y precisamente sí estoy aquí es porque ya no he podido resistirlo más y necesitaba verte.

Aquello casi terminó de convencerme, aunque todavía estaba un poco molesta. ¿Cómo se había atrevido a dejarme abandonada durante toda una semana?

-Si hubieses pensado en mí habrías caído en todo lo que me has hecho sufrir durante esta

semana. Ha sido insoportable.

-¿Por eso has salido esta noche?

¡Ups!

Aquello no lo esperaba, pero hasta cierto punto, era completamente lógico. Sofía debía haber llegado hacía horas, poco después de anochecer, y justo después de que yo me hubiese ido.

-No… ha sido exactamente por eso –le respondí, bajando la voz hasta que no fue más que un susurro.

-Perdona, no tengo derecho a preguntarte nada. Después de todo, ya debías creer que no volverías a verme nunca. Es normal que quisieras buscar…

-Quería salir porque… quería descubrir… algo –logré decir, interrumpiéndola.

-¿El qué?

Hablar con Sofía me resultaba muy difícil. Ya podía haber tenido poderes telepáticos o algo así.

-Quería saber si era lesbiana.

-¡Mmmm! –exclamó.

-¿Y eso qué significa? –le pregunté.

-Qué no me esperaba tu respuesta y me ha sorprendido, eso es todo.

-Verás, es que como me gustas tanto… y-yo quería saber si podía sentirme atraída por… otras chicas, ya sabes.

-¿Y es así?

Sofía hablaba sin darle importancia a lo que decía, ni tampoco un tono especial que permitiese determinar lo que había bajo aquella fría piel. Sabía, o al menos, así lo creía, que no podía importarle tan poco lo que me ocurriese o lo que yo sintiese, porque si no, no estaría allí, pero desde luego lo disimulaba muy bien.

-Todavía no lo sé con seguridad, aunque supongo que sí –y rápidamente, me giré hacia ella y añadí… -. Pero hay algo de lo cual sí que estoy segura.

-¿Y de qué se trata?

-Que no quiero que vuelvas a desaparecer porque -y antes de continuar, bajé la voz hasta que fue casi un susurro -… tú me gustas mucho.

-¿Estás segura… de las dos cosas? –preguntó ella, sin mostrar ningún tipo de emoción en su voz.

-Absolutamente –dije, reafirmándome con seguridad. No podía permitirme el lujo de perderla de nuevo y quería dejarlo claro.

-¿Y qué hay de la chica que has conocido hoy?

Aquello fue un auténtico jarro de agua fría. Allí estaba yo, diciéndole lo mucho que me gustaba y que necesitaba estar con ella cuando, de repente, sacó a relucir que yo había estado con otra chica, lo que además significaba que…

-¡Me has seguido!

-Sí. Lo siento.

-Pero… ¿por qué? ¿cómo has…

-Cómo no estabas he ido a buscarte. Tu olor es sencillamente delicioso, además de extremadamente fácil de rastrear. He llegado hasta el bar, he entrado y te he visto con aquella chica, la misma que estaba sirviendo copas en la discoteca el fin de semana pasado.

Desde luego, estaba en todo. Se había fijado en ella mientras estaba sirviendo en la barra a pesar de que seguramente la había visto solo durante una fracción de segundo y la había identificado al verla conmigo.

-Yo… me la encontré por casualidad. Seleccioné aquel bar entre varios que encontré en internet y resultó que es su bar favorito. ¡Te prometo que no había quedado con ella!

-Te creo… y lo entiendo.

-Ella estaba allí. Me reconoció, me saludó y ya nos quedamos juntas.

Yo estaba verdaderamente preocupada… ¡por partida triple! Por un lado, allí estaba Sofía, que había venido a buscarme justo el único día que yo había salido, lo cual también era mala suerte. Por otro, resultaba que aquella noche había conocido a una chica a la que le gustaba, y que tenía que reconocer que también me gustaba a mí. Y por último, Sofía lo sabía. Sabía que había estado con Bobby y, seguramente, todo lo que había pasado. Seguramente pensaría que yo me iba con cualquiera que me hiciese caso, ya fuese ella o cualquier otra, cuando en realidad, nada deseaba más que estar a su lado.

Va-ya-lí-o.

-¿L-lo viste todo? –le pregunté, con la garganta muy seca de repente.

-Sí. Estaba muy bien camuflada, por supuesto, y tuve que espantar a unas cuantas chicas interesadas, pero por suerte para mí, soy muy hábil en eso de pasar desapercibida. He de decir que me gustó mucho la parte de la bofetada.

Enrojecí de vergüenza. ¡Mira que fijarse en mí mientras me besaba otra chica!

-Bobby es una buena chica, Sofía. Me gusta y todo eso… pero no es tú.

Sofía pasó mano por mi cabello, empujándolo hacia atrás por encima de la oreja.

-Oye, yo no soy quién para criticarte. Sí quieres estar con ella, adelante. No voy a molestarme porque decidas que alguien te gusta más que yo, sobre todo si es humana. Es lo más normal del mundo.

-¡Pero si no es así! –protesté -. Tú me gustas muchísimo más. Lo que ocurre es que pensé que no volvería a verte y-y ella es una chica muy… dispuesta y… eso. Y para que conste, todo es culpa tuya.

-Lo siento mucho. Siento de veras haberte hecho daño.

-Si lo sientes, me responderás ahora a algo que necesito saber.

-Tú dirás.

-Lo necesito de verdad.

-Vale.

Tomé aire. Necesitaba valor para preguntarle directamente, pero era necesario para saber qué camino tomar.

-Quiero que me digas si te gusto y si quieres… estar conmigo.

-¿Me estás pidiendo que seamos algo así como novias, formalmente?

-Esto… s-sí, supongo que sí.

Sin poder evitarlo, bajé la vista hacia el suelo. No sabía por qué, pero hablar con Sofía me resultaba bastante más difícil que con cualquier otra persona, mucho más que con Bobby, quizás porque me importaba de verdad lo que pensara.

Entonces ella se agachó hasta situarse, en cuclillas, a mi nivel, y me alzó la cabeza empujándome suavemente por la barbilla. Cuando la miré, me di cuenta de que había lágrimas en sus ojos y no podía creérmelo. Sofía… ¿estaba llorando por mí?

-Claro que me gustas y por supuesto que quiero estar contigo. Desde que te conocí no he dejado de pensar en ti. Sinceramente, el único motivo para que no estemos juntas solo podría ser el protegerte, y ya me has dicho que prefieres arriesgarte, así que…, qué más puedo decir, salvo que… gracias.

Sus palabras llenaron mi cuerpo como si fuese una de esas infusiones que te tomas en un

frío día de invierno, y me recorrió de arriba a abajo, insuflándome una energía que no había vuelto a tener desde la noche que nos conocimos. Me eché sobre ella y la abracé con fuerza, y sentí como sus brazos me rodeaban, atrayéndome hacia su pecho, acercándome a su corazón. Sentí como nuestros pechos se acoplaban y el calor que emanaba de mi piel atravesaba la tela del pijama, primero, y su blusa después, hasta el punto de que me sentí como si estuviésemos desnudas la una junto a la otra.

Fue un abrazo que nos comprometió de forma definitiva, por lo que, cuando nos separamos, yo me sentía de otra manera. De repente el mundo entero se había convertido en nuestro hogar, para que nosotras pudiésemos ser felices sin que nadie más nos pudiese molestar.

-Te quiero, Sofía. No puedo evitarlo.

-Y yo te quiero a ti, Anika, y eso tampoco puedo, ni, a partir de ahora, quiero evitarlo. Pero no estoy muy segura de que estar a mi lado sea lo mejor, así que deberás estar siempre alerta cuando te encuentres conmigo.

-Porque eres una vampira.

-Porque soy una vampira.

-Yo no lo veo tan grave. No creo que seas capaz de morderme.

-No, si no tengo hambre.

Me puse seria.

-¿De verdad que es por eso por lo que no has venido a verme, porque tenías miedo de hacerme daño?

-He intentado pensar objetivamente en tu propia conveniencia y, durante casi una semana he logrado convencerme a mí misma de que era mucho más seguro para ti, y también lo más razonable. Pero claro, no he podido olvidarte. Así que cuando esta noche me he despertado me he dicho que hasta aquí había llegado y que al diablo con todo.

-Gracias. Has hecho muy bien. Te perdono por haberme hecho sufrir durante una semana de tortura indescriptible debido a tu ausencia.

-¡Vamos, vamos, qué no habrá sido para tanto!

-Prueba a estar una semana entera sin morder a nadie y veremos cómo te sientes.

Al oír aquello, Sofía se puso muy seria.

-Eso ni se te ocurra pensarlo. Sería capaz de hacer daño a cualquiera con el que me encontrase, incluida tú.

-Dime, ¿lo has hecho? Quiero decir… ¿te has comido a alguien últimamente? ¡Aparte de los tíos con los que acabaste cuando me conociste, claro!

Sofía no contestó, pero al dudar, me dejó claro que sí. Supongo que pensó que cuanto menos me contara sería mejor para mí, porque yo era muy joven y, por lo tanto, debía de ser fácilmente impresionable.

-¿Quién fue? Quiero saberlo.

-Como ya te dije, yo sigo unas normas muy estrictas, o, al menos, lo intento. Me basta con salir una noche, dar una vuelta por ahí… y siempre aparece algún hombre dispuesto a aprovecharse de una mujer. Además, tengo una lista que saqué de la policía hace algún tiempo y que utilizo de vez en cuando. Se trata de los violadores que viven en la zona. Cuando estoy algo necesitada acudo directamente a uno de ellos. Es más rápido y bastante satisfactorio. Como hoy quería ir sobre seguro y no llegar demasiado tarde, he buscado una víctima fácil y sin complicaciones.

-¡Oh! Y… dime, ¿tienes que matarlos necesariamente, no puedes… ya sabes, morderles un poquito y ya está?

-No, me temo que no. Cuando empezamos ya no podemos parar. Succionamos toda la sangre que somos capaces y, en consecuencia, acabamos con ellos.

-¡Vaya!

-Lo siento mucho, pero tendrás que acostumbrarte a ello si quieres estar conmigo. Quizás tu vida no vuelva a ser la misma a partir de ahora.

-Mi vida es un asco. ¿Es qué no te habías dado cuenta de que hasta que te conocí no tenía una? Encontrarte no solo es lo mejor que me ha ocurrido nunca, sino también lo único verdaderamente de interés.

-Siento oír eso, pero he de decirte que esta noche no me ha parecido así.

-Esto ha sido una excepción. Yo nunca salgo y no le gusto a nadie. Lo de esta noche no cuenta. ¿Podrías olvidarlo, por favor? Me duele pensar que me has visto con otra mujer cuando durante toda la noche no he hecho más que pensar en ti.

-¿De verdad deseas que lo olvide?

La miré directamente a los ojos, y le supliqué, desde el fondo de mi corazón y sin pronunciar palabra alguna, que así lo hiciese.

-Entonces si tú dices que no cuenta, así será entonces.

Sonreí, agradecida.

-Gracias.

-Cambiando de tema –empezó a decirme -. Además de pensar en mí, ¿qué otras cosas has hecho esta semana?

-Lo de siempre, supongo. He ido al instituto, he hecho las tareas pendientes…

-Mmmm. ¿Seguro?

Sofía lo sabía. Sabía que yo ocultaba algo que no me interesaba que supiera. Estaba claro que no iba a ser capaz de esconderle nada, ni de lo que hacía ni de lo que sentía.

¡Cachis! ¿Es que no iba a ser capaz de guardarme nada para mí?

-Bueno, también he tenido que librarme de las chicas con las que salí el viernes pasado.

-¡Ah! ¿Y qué tal te ha ido?

-Bien, supongo. No sé por qué accedí a ir con ellas. Bueno, sí qué lo sé. Porque mi amiga Lidia insistió en ello. Pero ella también me abandonó, así que por mi parte, he acabado con todas ellas, y así se lo he dicho.

-Supongo que es lo mejor.

-Ya, pero… ¡me siento tan sola! Durante el día no tengo a nadie con quien estar, y ahora tengo que esperar a que llegue la noche y hacerlo a escondidas. Es un asco.

Sofía volvió a pasar sus dedos por mi cabello, dejando que se enredara en ellos, para después deslizarse suavemente. Era muy agradable, y también, excitante.

-Para lo que hago normalmente, no me importaría para nada que me transformaras en alguien como tú –le dije, medio en broma medio en serio -. Así por lo menos podría dejarlo todo y estar contigo.

-¡Eso ni se te ocurra pensarlo!

Sofía se puso de nuevo muy seria, regañándome como lo haría mi propia madre.

-Yo era mayor que tú cuando me convertí en vampira y mi vida ya estaba echada a perder. Tú todavía tienes una vida por delante y…

-… es que me gustaría pasarla contigo.

Me puse colorada como un tomate de nuevo. Debía tener una especie de diarrea verbal porque todo lo que se me ocurría sobre ella se lo soltaba de golpe, como quien no quiere la cosa.

-¿Estás segura de eso?

-Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. ¿Es eso estar segura?

-No lo sé. Tampoco yo me había enamorado nunca hasta ahora.

Eso sí que era *fuerte*. Me acababa de decir que estaba enamorada de mí, y no solo con un simple *te quiero*, sino con todas las palabras. ¡Va-ya! Todo mi cuerpo se puso en tensión, mi corazón empezó a latir a mil por hora y de repente me entró un calor tremendo.

-Me parece que te he puesto nerviosa.

-Te puedo asegurar que así ha sido. ¿Tienes un sexto sentido o algo así para adivinar cómo me siento en cada momento?

-No, tan solo buen oído. Tu corazón se ha disparado de repente. Soy muy buena en eso de captar la presión arterial de la gente.

-Desde luego, no puedo ocultarte nada. Pero yo sigo sin entenderlo muy bien.

-¿El qué?

-El por qué te gusto. ¿De verdad que es así, aunque sea bajita y un poco gordita, y cincuenta años más joven que tú?

No debí decir todo eso. Acaba de enumerar mis principales defectos y eso nunca era buena idea.

-Lo que para ti son problemas, para mí son una bendición. Tu aspecto físico me parece encantador y el hecho de que seas más joven que yo solo hace que intensifique todavía más lo que siento por ti. Pero te lo dije antes y te lo repito ahora. Te-quie-ro.

Todo mi cuerpo se quedó de pronto sin fuerzas, como después de un día muy duro me hubiese tumbado en la cama. En este caso, mi día había durado dieciséis años, pero al fin había encontrado donde echarme. Ella era el colchón que había estado buscando durante tanto tiempo.

Automáticamente, acerqué mis labios a los suyos, cerré los ojos lentamente y un instante después, sentí que más que un beso, estaba recibiendo una declaración de amor en toda regla. ¡Qué agradable resultaba notar la suavidad de su piel! Sentí como Sofía pasaba su brazo por encima de mí y cómo me empujaba hacia ella, creando una auténtica fusión de nuestros dos cuerpos. Sus piernas se enredaron con las mías, mi vientre se acercó al suyo y de nuevo apareció la quemazón.

Bruscamente, la empujé hacia la cama sin dejar de besarla, hasta que caímos sobre ella, pero no pareció que nos importara en absoluto, porque ni yo dejé de besarla, ni ella dejó de devolverme el beso. Éramos como dos animales enzarzados en una lucha sin cuartel, pero sin vencedora ni vencida, porque al final, ambas buscábamos lo mismo, aunque lo cierto era que resultaba complicado frenarme. Sin embargo, en esta ocasión estaba algo más preparada y pude pensar un poco, en lugar de, simplemente, dejarme llevar. Me separé violentamente de ella y la observé. Yo estaba con la boca abierta, jadeando, pero ella también. No era de piedra, después de todo.

-¿Crees que soy muy atrevida?

-Creo que eres preciosa, encantadora y casi irresistible, pero no deberías abalanzarte así sobre mí, porque puede que llegue un momento en el que ya no me controle más.

-¿Y quién dice que debas controlarte? –le dije, volviendo a besarla. Fue un beso húmedo, largo, lleno de deseo, y que hizo que todo mi cuerpo se retorciese buscando el suyo. Me sentía casi como si fuese una serpiente, ondulando por la superficie de la cama, colocando mi pierna sobre las suyas e intentando alcanzarla. Pero estaba vestida. Las dos lo estábamos, aunque ella más que yo, evidentemente, porque unos vaqueros eran mucho más gruesos que un pijama.

-Creo que deberías quitarte esos vaqueros que llevas, no me dejan sentirte –le dije mientras introducía mis brazos bajo su camiseta. Nunca había hecho eso, ni mucho menos había

imaginado que se lo haría a una mujer, pero cuando sentí su espalda y mis manos empezaron a recorrer su piel, me pareció, no solo lo más natural del mundo, sino también lo más apetecible. Todas las fibras de mi cuerpo lo estaban pidiendo a gritos y, a cada segundo que pasaba, yo me volvía más desvergonzada.

-Si me los quito no habrá quien me pare –me contestó con dificultad. Estaba claro que estaba a punto de perder el control, y eso me estaba volviendo loca.

-Ya te dije antes que quién te había dicho que debías tenerlo.

-Puedo parar esto cuando quiera, ya lo sabes.

-Claro con tu fuerza sobrehumana de vampira puedes quitarme de encima en cualquier momento –dije, divertida.

De pronto, Sofía hizo un movimiento brusco y giró sobre sí misma, volteándome y colocándose sobre mí, al tiempo que yo quedaba boca arriba, totalmente indefensa. Sus manos agarraban mis muñecas, y estaba sentada a horcajadas sobre mí. Estaba completamente vencida… y me gustaba.

-Ahora soy yo quien tiene el poder.

-¿Y por qué no lo usas?

Y de pronto pasó lo que tenía que pasar. La puerta se abrió, lentamente. Seguramente sería mi madre para asegurarse de que todo iba a bien, cosa que por otra parte no sé por qué pensaba que no iba a ocurrir, a no ser que estuviésemos haciendo demasiado ruido, lo cual también podía ser. El caso es que yo solté a Sofía con brusquedad y me giré hacia la puerta. Después, inspiré varias veces, intentando recuperar la normalidad antes de asomarme.

-¿Estás despierta todavía, hija?

-Sí, mamá. Estoy leyendo un rato antes de echarme a dormir –respondí, mientras rápidamente cogía el libro que había sobre mi mesilla. Menos mal que mi madre no se entretuvo en mirarlo, porque lo había abierto al revés.

-Bueno, pero no te entretengas mucho que si no mañana estarás muy cansada.

-Ahora mismo me acuesto, mamá.

Mi madre asintió, y cerró la puerta, dejándonos de nuevo a mí y a Sofía solas.

¡Sofía! ¿Dónde estaría?

No la notaba junto a mí bajo las sábanas, así que me giré con violencia, revoloteando toda la cama.

-Sofía, ¿dónde estás? –pregunté en voz baja.

-Justo aquí debajo –dijo, asomándose desde abajo. Puesto que las sábanas tapaban completamente el bajo de la cama, era el sitio más seguro.

-Lo siento mucho –le dije -. Sabía que podía pasar, pero la verdad es que estaba pensando en otras cosas.

-Tranquila, es lo que tiene el estar en una casa que no es tuya. Por eso te decía que no era conveniente que perdiéramos el control.

-Supongo que tienes razón. Pero es que resultas tan irresistible…

-No te vayas a pensar que tú lo eres menos.

-Claro que lo soy mucho menos. Yo no tengo un cuerpo tan perfecto como el tuyo.

Sofía elevó su cuerpo y me dio un beso. Fue un beso suave, lento y tierno, y cuando se separó de mí, pensé que no sabía si iba a ser capaz de sobrevivir sin verla durante todo el día y tener que esperar a la noche para tenerla solo un poquito.

-El tuyo es más que suficiente para mí –me dijo, convirtiéndome en un flan -, pero todo lo demás tendrá que esperar.

-Supongo que tienes razón –comenté, resignada -. Pero… ¿y ahora qué hacemos? ¿Cuándo te vas? –le pregunté, sufriendo antes de saber la respuesta.

-Antes de que amanezca. Solo necesito el tiempo suficiente como para llegar a una de mis guaridas. Hasta entonces, soy toda tuya.

Sonreí, complacida. Aquella idea me gustaba.

-¿Dormirás conmigo?

-Los vampiros dormimos de día, no de noche. Pero me quedaré contigo si tú quieres, haciéndote compañía mientras duermes.

-¿Me lo prometes?

-Te lo prometo.

-¿Y mañana por la noche volverás a venir?

-Mañana vendré otra vez. En cuanto anochezca. Y todas las noches, si es eso lo que quieres.

-Gracias –le dije, sonriendo -. Eso es lo que quiero.

Entonces eché la sábana hacia abajo, me tumbé y después me cubrí con ella. Sofía se echó a mi lado y apagó la luz de la mesita. Y así, a oscuras, cerré los ojos para sentirla a mi lado. Noté como su cuerpo se colocaba tras el mío, adaptándose a mi forma, y sentí su mano acariciándome la frente suavemente, para después seguir por mi vientre. Aunque deseaba que fuese más allá, por el momento me conformé con lo que me ofrecía.

Podía esperar, siempre que supiera que ella iba a estar a mi lado el resto de mis días y que, cuando llegase el momento, estuviese dispuesta a compartir su deseo conmigo.

Y así, *esperando*, el sueño acabó por alcanzarme. Fue la primera noche que pasamos juntas y, pese a dormirme casi inmediatamente, la más bonita de toda mi vida hasta entonces.

CAPÍTULO 8

Cuando me desperté a la mañana siguiente estaba sola, obviamente, pero sabía perfectamente que no había sido así durante toda la noche. A mi lado todavía podía notar la silueta que había dejado Sofía donde se había tumbado y, pese a que su cuerpo estaba bastante frío, al tocarla aún pude notar el ligero calor que desprendía. No pude evitar pasar mi mano suavemente por encima de la sábana como si todavía fuese capaz de sentir que estaba allí. Cerré los ojos y, simplemente, imaginé que aún era de noche y ella dejaba que la acariciase. No era real… pero casi. Por desgracia, tendría que esperar varias horas hasta que pudiese hacerlo de verdad, pero era un sueño tener a alguien por quien hacerlo.

Aquella había sido la noche del descubrimiento, porque desde entonces yo sabía que Sofía y yo estábamos enamoradas y que ambas estábamos dispuestas a correr el riesgo de estar juntas, y también porque me había quedado bastante claro mis propios gustos en cuestión de sexo.

Pero precisamente, ahí estaba el problema. Bobby. No es que en aquel momento me importara menos que cuando estuvimos en el bar, pero Sofía eclipsaba a cualquiera, incluyéndola a ella. Me sentía muy mal, como si hubiese jugado con sus sentimientos, aunque, por otro lado, no me había comprometido a nada, salvo a decirle las cosas tal y como eran, así que pensé que bastaría con decirle que no iba a poder tenerlo todo de mí porque había alguien más. Decidí que aquello debía hacerlo sin más tardanza, pero, evidentemente, debía esperar a la tarde, porque dudaba muy y mucho que Bobby fuese un *animal* de costumbres diurnas. Por lo tanto, aquella mañana iba a ser mañana de trabajo. Desayunaría, limpiaría mi habitación, haría los deberes… y al final de la mañana, llamaría a Bobby para verla por la tarde. Y así por la noche, estaría preparada para recibir a Sofía.

¡Buen plan!

No hay ni que decir, que los planes no siempre salen como una los idea, pero yo tenía bastantes esperanzas de que no resultase difícil, después de todo, hablar con Bobby para poder centrarme únicamente en Sofía.

O al menos, eso creía yo.

Por supuesto, después de varias horas de trabajo, estaba agotada. Tenía todos los deberes hechos y mi habitación estaba casi como si nadie viviese en ella. Cualquier cosa con tal de no pensar. Así que, a eso de la una de la tarde, decidí que ya era hora de hablar con Bobby, así que saqué el móvil, busqué su número en la guía y pulsé *llamada*. Estaba muy nerviosa y no sabía exactamente qué iba a decir, pero aun así no me eché atrás. Cuando tomaba una decisión, nadie ni nada me hacía cambiar de opinión.

Sonó un toque… dos… tres…

-¿Sí? –La voz que me respondía era sin duda la de Bobby, pero estaba claro que la había pillado durmiendo. ¡Qué chasco! ¡Yo que había estado esperando toda la mañana para llamarla y aun así se encontraba todavía en la cama!

-Bobby, lo siento mucho. Creí que a esta hora estarías ya despierta. Soy Anika.

-¡Ah, hola Anika! No te preocupes. Es que yo hasta las dos de la tarde no suelo levantarme. La verdad es que no esperaba que me llamases hoy. Más bien pensé que acabaría haciéndolo yo.

-Es que… necesito verte. Ha… ocurrido algo y quería hablar contigo.

-Estoy muy dormida, pero eso me suena a despedida.

-Preferiría decírtelo en persona.

-¿Por qué no vienes a verme? Podemos comer juntas.

-Mmmm… no lo había pensado, pero vale. Les diré a mis padres que comeré fuera con una amiga.

-Claro, seguro que no les molesta. Te daré la dirección.

-Eh… espera. La dirección de qué, ¿de tu casa?

-Claro. ¿De dónde esperabas?

-Cr-creía que hablabas de comer fuera, en algún sitio –comenté, temblando. Si mis palabras le sonaban a despedida, las suyas me parecían una especie de encerrona.

-Aquí estaremos más tranquilas. Apunta.

Vivía en una calle que estaba por algún lugar cerca del centro, por lo que no sería difícil de encontrar. Aun así, me había puesto bastante nerviosa al saber que iba a ir a su casa. No se me había ocurrido que, dado que era mayor que yo y que trabajaba, podía vivir sola.

Me sonaba… peligroso.

-¿Lo tienes?

-Sí. Ahora busco en *google map* por dónde ir.

-Vale. Te veré en un rato, entonces.

-De acuerdo. Hasta luego, Bobby.

-Hasta luego.

Cuando colgué el teléfono, pensé que no era muy inteligente por mi parte hacer aquello. Bobby tenía muy claro lo que quería y tenía la impresión de que iba a intentar conseguirlo, costase lo que costase. Esperaba que no fuese así, porque si no, la cosa se podía poner muy fea.

Evité pensar negativamente y me dirigí en busca de mi madre para decirle que no iba a comer en casa.

Salir durante el día era más de mi estilo que durante la noche, de eso no había la menor duda, pero no me sentía nada cómoda, ni tampoco tranquila, teniendo en cuenta a dónde iba y por qué. De hecho, aunque habíamos quedado para comer, no sabía muy bien como terminaría todo aquello, y Bobby tenía ese *algo* que la convertía en una chica peligrosa; atractiva, sí, pero llena de energía que estaba deseando emplear y yo temía convertirme en su blanco.

El caso es que allí estaba yo, metiéndome en dónde no debía, porque no deseaba quedar mal. Tonterías mías, vamos. Menos mal que, al menos, durante el día, Sofía no estaba para verme hacer el ridículo. Resulta menos violento contarlo que saber que te están mirando.

No me resultó difícil encontrar su casa, y durante todo el trayecto no pensé nada más que en llamarla y decirle que me había arrepentido. Cuando llegué a su portal y llamé por el portero electrónico, todavía pensé en huir. Pero no, no podía hacerlo. No debía.

-¿Sí?

-Eh… soy Anika.

El zumbido del timbre resonó por toda la calle y yo empujé la puerta para librarme de él. O bien yo estaba más débil de la cuenta, o bien aquella maldita puerta debía de estar fabricada en acero porque pesaba una tonelada. Sin embargo, logré abrirla y entrar en el portal.

Cuando la puerta se cerró sola, todo el lugar tembló, y yo con él.

Tranquila. Solo vas a ser sincera con ella. Es lo mínimo que le debes. Comes, echas un rato hablando y te vas.

Yo intentaba tranquilizarme pero la verdad, conseguía más bien poco. Nunca he tenido psicología para eso.

El ascensor tenía pinta de tener más años que mi bisabuelo, quién quiera que fuese, así que

decidí subir por las escaleras. Eran tres pisos, así que pensé que podría soportarlo.

Pero más bien fue que no, porque cuando llegué al final, estaba asfixiada. Todo mi cuerpo se dobló en un absurdo intento por coger una cantidad extra de aire.

Nota mental: hacer más ejercicio y comer menos chocolate.

Cuando me recuperé un poco, miré a mi alrededor y, justo a mi derecha, encontré lo que buscaba. La puerta del "3ºA" estaba abierta y esperándome, así que me recompuse como pude, y me dirigí hacia ella.

-Ponte cómoda, como si estuvieses en tu casa –me dijo Bobby desde algún lugar de la casa en cuanto estuve en su interior. Cerré la puerta mientras miraba a mi alrededor, porque por dentro, no era ni por asomo lo que yo esperaba, tanto por el edificio, como por lo que hasta entonces conocía de Bobby.

Para empezar, la casa entera no estaba pintada de blanco, como quizás cabría esperar a la vista del resto, sino de un tono celeste claro, lo que le daba un toque muy animoso. La pared situada a mi derecha, hacia dónde se abría la puerta de entrada, estaba llena de fotos de Bobby junto a otras chicas, y también, junto a lo que parecía ser su familia. Estaban en marcos transparentes de aproximadamente el doble de tamaño de una fotografía normal y no solo cubrían espacio, sino que, a mi entender, mostraban una parte de la vida de Bobby que, por otra parte, no conocía. Seguramente, no habría mucha gente que lo haría.

Me di cuenta de que, en realidad, no sabía nada de ella, ni si le gustaba esto o aquello, o lo que solía hacer cuando no salía por las noches, ya fuese por trabajo o por placer. Sin embargo, aquellas fotos humanizaban totalmente a Bobby, arrojando fuera, una vez más, la actitud y el aspecto rebelde que se esforzaba por transmitir con su manera de vestir y sus formas desafiantes.

El pequeño recibidor daba directamente a un salón-comedor con una mesa central, un sofá pegado a la pared del fondo, y un montón de posters de películas clásicas (Casablanca, Centauros del desierto, Los viajes de Sullivan…). A mi izquierda había un mueble librería con un televisor no demasiado grande, en todo caso, pequeño y funcional, libros y algunas figuras decorativas de porcelana, todas ellas de gatos. Al fondo se abría un pequeño pasillo que supuse daría al dormitorio y al aseo, y a mi derecha estaba la cocina.

De la cocina precisamente salió Bobby, cortando mi respiración. Estaba casi completamente desnuda, llevando como única tela un delantal de cocina blanco y azul de cuadros. Sus pechos asomaban ligeramente por los lados y una diminuta tirilla negra indicando que debía llevar unos tanga. Noté como todo mi cuerpo se ponía en tensión y claramente a la defensiva.

¡Glup!

-¡Bienvenida! –me dijo, sonriendo maliciosamente al ver mi cara.

-Esto… gracias. Yo… ¿no estás muy poco vestida? Creí que íbamos comer.

-Quizás eres tú la que lleva demasiada ropa.

Aquello era demasiado. Tenía que poner un límite y mejor hacerlo ya.

-A ver. Creo que estás siendo demasiado… no sé, agresiva, para mi gusto.

-¿Y cómo quieres que sea? Ya te dije que yo soy una chica de todo o nada. A mí no me van las medias tintas, así que quiero que me veas tal y como soy.

-Ya, por eso quería verte, porque no merecías que te diera largas. Yo… no puedo estar contigo.

Por fin se lo solté. Bobby me había obligado a ello con su descaro, pero lo cierto es que no perdió la compostura. Todo lo contrario, hizo una ligera mueca con la boca, se dirigió al sofá, se sentó y cruzó las piernas. No era Sharon Stone… pero casi, porque ciertamente se le veía *todo*. Aquello no estaba resultando nada fácil.

-¿Y qué te ha hecho decidirte?

Tragué saliva y desvié la mirada. Verla no me hacía las cosas más fáciles.

-Cuando nos conocimos por primera vez, hace una semana, conocí a una chica. Anoche creía firmemente que no volvería a verla y, al conocerte a ti, me convencí todavía más de ello. Tú… me gustaste. De veras. Pero ella ha venido a buscarme y… y….

-Y está claro que vale más que yo –dijo, antes de que yo pudiese terminar la frase.

-No vale más que tú. Es simplemente que… creo que quiero estar con ella. Siempre lo he querido desde que la conocí. Y me parece que lo justo es que tú lo sepas, en lugar de andarme con rodeos.

-Muchas gracias –replicó, sarcásticamente -. ¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Darte las gracias por tu buena educación?

-¿Hubieras preferido que te hiciese creer que podías conseguir algo? –le dije, enfadada -. ¿Qué estuviese mareándote e inventándome excusas para no verte?

-No. Hubiese preferido ser la única para ti.

-Lo siento mucho. En este caso, *la única* es otra chica.

Finalmente, inspiró con fuerza, se levantó y se acercó a mí. Inconscientemente di dos pasos atrás, pero me detuve al darme cuenta. Quería ser fuerte o, al menos, aparentarlo. Por su parte, ella avanzó hasta situarse justo delante de mí, a pocos centímetros de distancia, y me miró directamente los ojos.

-Sé que has venido con buena intención, pero tienes que saber que me gustas y que no voy a dejar de sentir lo que siento por ti por mucho que tú lo digas.

Iba a protestar, pero no me dio tiempo. Rápidamente, cerró el mínimo espacio que había entre las dos, me abrazó con violencia y comenzó a besarme. En esta ocasión, sí que me resistí, porque estaba muy segura de mi negativa a dejarme besar, pero no pude separarme hasta varios segundos más tarde.

-Anda, pégame si quieres –me dijo, en lugar de disculparse -, pero eso no hará que dejes de gustarme ni tampoco que deje de intentarlo.

-No es necesario. Sabes que has hecho mal, pero lo peor de todo es que lo único que consigues es rebajarte a ti misma y también a mí.

-No quiero solo las migajas que me dejes, Anika. O todo o nada, ya te lo dije.

-Entonces será mejor que me vaya y no vuelva porque va a ser *nada*.

Me di la vuelta para marcharme, e incluso conseguí llegar hasta la puerta y empezar a abrirla, pero Bobby me alcanzó de pronto, empujándome contra ella y volviendo a cerrarla de un portazo. Me quedé aprisionada entre la puerta y ella, notando el calor de su cuerpo a través de mi espalda, sintiendo su aliento en mi cuello y su deseo rodeándome por todas partes. Durante unos segundos no tuve muy claro lo que iba a ocurrir y quizás ella tampoco, pero finalmente, sacó lo mejor de sí misma.

-Por favor, no te vayas.

-Creo… que sería lo mejor–conseguí decir -… para las dos.

Me sentía incómoda y amenazada estando de espaldas a ella, y lo que más quería era salir de allí y poder respirar tranquila.

-No, no lo es. La verdad es que prefiero tenerte cerca y verte, que perderte completamente.

-Entonces… tendrás que respetarme. No puedo luchar contigo todos los días.

-Lo intentaré… te lo prometo. Es sólo… que yo soy así y cuando algo o alguien me gusta, o me disgusta, no puedo evitar que se me note.

-Lo entiendo. Yo soy igual.

Aquello iba a ser lo mejor que conseguiría de ella y merecía obtener algo a cambio. Cuando abandonaba su actitud chulesca, Bobby parecía poder ser tan buena como cualquiera e incluso mejor que la mayoría y era imposible resistirse a ella. Pensé que, al menos, podía intentar ser amiga suya.

-Quizás si te separaras un poco… -comenté, intentando buscar una solución – podríamos intentar comer algo y pasar la tarde juntas.

Noté como, lentamente, Bobby se separaba de mí. Cuando me pareció suficiente, me giré. Ante nosotras había un espacio de medio metro. Respiré, algo más tranquila, aunque todavía me quedaba algo por decir.

-¿Crees que podrías ponerte algo más encima?

-Pues supongo que sí, aunque no lo tenía planeado.

-¿Te importaría mucho? –insistí.

Y se marchó hacia el dormitorio sin decir nada más, dejando que viese justamente lo que no quería ver. Sus nalgas eran blancas como la nieve y tenían una curvatura envidiable, nada que ver con las mías. Evidentemente lo hizo adrede y consiguió ponerme muy nerviosa, pero aguanté el tipo y esperé a que volviese. Cuando lo hizo, se había quitado el delantal y en su lugar llevaba ahora una chaquetilla de lana a medio abotonar que todavía dejaba bastante a la vista, pero que por lo menos era lo suficientemente larga como para ocultar todo lo que yo no quería ver.

-Lo siento pero no tengo pijama. Normalmente, o estoy vestida para salir a la calle, en bragas, o desnuda.

-No te preocupes. Así está bien.

Pensé que por su cabeza debían de estar pasando gran cantidad de cosas. Seguramente le hubiera gustado preguntarme qué pensé de ella cuando se dio la vuelta o que era lo que sentía cuando veía sus pechos a medio asomar. Sin embargo, no lo hizo, lo cual era de agradecer. Parecía que por fin habíamos avanzado algo.

Pero por si acaso, había que centrarse, y rápido.

-¿Qué hay para comer? –pregunté finalmente.

-Macarrones.

Sonreí. Los macarrones eran mi plato favorito.

-Me encantan los macarrones. Creo que podría comerlos todos los días de la semana.

-Seguramente te hartarías –comentó Bobby, riéndose -, pero al menos hoy te pondrás muy contenta, porque se me ha ido la mano y he echado pasta para todos los vecinos.

Me reí. Quizás sí que íbamos a conseguirlo.

La comida fue muy agradable, más de lo que yo esperaba, y hablamos de muchas cosas. A Bobby le encantaba hablar, sobre todo de todas aquellas situaciones por las que había pasado dejando en ridículo a otros o mostrando su rebeldía ante las normas establecidas. Por ejemplo, me contó que una vez su madre le recriminó un día que fuese vestida “de luto”, como ella decía, con el pelo engominado y lleno de piercings, y que no volvería a entrar en su casa si no se cambiaba de ropa. De eso hacía tres años ya y desde entonces, no había vuelto a verla, ni tampoco a hablar con ella.

Así era Bobby. Cuando alguien criticaba su forma de vivir, sencillamente, se olvidaba de ella.

Pero claro, eso también tenía su contrapartida. Aunque ella lo contaba todo como un logro, a mí me pareció que se sentía bastante sola. Desde luego, había más chicas como ella, pero nadie a quien pudiese considerar como amiga… o algo más. Además, me resultaba bastante sencillo abrirme a ella, siempre y cuando dejase de lado sus intenciones.

-No entiendo –le comenté en un momento dado –como no estás con nadie. No pareces una chica a la que le guste estar sola.

-Y no lo soy. Pero es que mis últimos intentos serios han sido un auténtico fracaso.

Al decir esto, fijó sus ojos en mí. Estaba retándome y echándome la culpa, pero yo no iba a caer en la trampa. La ignoré y continué como si nada.

-Entonces, ¿yo no he sido la única que te ha dicho que *no*? –le solté. Después de todo, si no tenía amigas era precisamente por comentarios como aquellos. Por suerte, yo era toda una especialista en devolver estocadas.

Bobby pareció sorprenderse, pero al cabo de unos segundos, se echó a reír.

-No, no lo has sido, para mi desgracia. Mi última conquista fue una chica un par de años mayor que yo a la que le gustaba como amante pero no me soportaba como pareja. Decía que cuando iba conmigo, todos le preguntaban si le pasaba algo malo por estar con alguien como yo.

-No lo entiendo. ¿A qué se refería?

-Pareces tonta. Pues a mi forma de vestir, al hecho de llevar pendientes en casi cualquier parte y siempre ir de negro…

-A mí me parece que no solo es una tontería, sino que no es asunto de nadie.

-¡Eso mismo le dije yo! –comentó Bobby, acercándose a mí -. ¿Y sabes qué me contestó?

-¿El qué?

-Qué ellos eran amigos suyos y no podía ignorarlos, y que si no podría vestirme de otra manera.

-¡Será imbécil!

-Lo es, te lo aseguro, pero al menos ya no tengo que aguantarla más. Sin embargo, he de reconocer que me gustaba.

Bobby se echó hacia atrás en la silla.

-Por eso estoy sola.

Desde luego, no era casualidad que estuviésemos juntas, comiendo. Ella tenía un grave problema de aceptación social, al igual que yo. Ambas, cada una a nuestra manera, éramos un par de marginadas.

-Creo que nos parecemos bastante más de lo que pensaba –le dije, finalmente.

-¿Por qué lo dices?

-Yo tampoco tengo amigas.

-Pero tienes algo que vale más.

-Eso es muy reciente… y también bastante complicado.

-El amor no es complicado. Alguien te gusta, tú le gustas a ella, y listo.

Sin poder evitarlo, esbocé media sonrisa. Si ella supiera…

-¿Por qué sonríes? ¿Es qué no es así?

-*Sí* pero *no*. Hay algunas… dificultades.

Estaba deseando contárselo, pero no podía… no debía. Aquello era nuestro secreto, de Sofía y mío, y de todos los vampiros, claro, y yo no tenía derecho alguno a revelarlo.

-Cuéntamelo –me dijo, en aquel tono tan sugerente que sabía darle a las palabras cuando le interesaba obtener algo.

-No puedo. Todavía no. Es algo bastante personal y no depende únicamente de mí.

-Bien, entonces supongo que no somos tan amigas como yo creía.

-Estoy… un poco agobiada. De repente tengo mucho que pensar, cuando hace tan solo un par de semanas era la chica más aburrida y solitaria del mundo mundial. Creo que todavía tengo que digerirlo.

-Ojalá te hubiera conocido hace dos semanas. Una chica *aburrida y solitaria* como tú era justamente lo que necesitaba.

No dije nada. No podía añadir nada ni tampoco contradecirle. De haberla conocido a ella antes que a Sofía, seguramente ahora estaríamos juntas.

-De hecho –le comenté –, te conocí a ti antes que a Sofía, lo que pasa es que tú estaba trabajando y yo… yo no sabía ni dónde ni para qué estaba allí.

Bobby soltó sonoramente el tenedor encima de su plato. Aún tenía macarrones, pero estaba claro que algo había ocurrido para que los dejara caer así.

-¡No puedo creerlo!

-¿El qué? –le pregunté, sin entenderlo.

-Lo que has dicho ahora.

-¿A qué te refieres? –insistí.

-¿Me estás diciendo que si aquella noche te hubiese dicho algo, ahora estarías conmigo?

Medité muy bien mi respuesta, porque de cómo la dijera podía depender cómo saldría de aquella casa, con una amiga o con una enemiga.

-No. En aquel momento yo no tenía tan claras las cosas como las tengo ahora. Seguramente habría salido corriendo y te habría rechazado.

-Pero no la rechazaste a ella.

-Créeme, las cosas que no te puedo contar fueron suficientes para no hacerlo.

-Me tienes cabreada e intrigada al mismo tiempo. Me están entrando ganas de conocer a esa novia tuya para ver si es tan maravillosa como dices y el por qué de ese aire de misterio que parece tener.

Sonreí. Considerar a Sofía como mi novia era algo nuevo para mí, pero fue muy agradable escucharlo en boca de otra persona.

-Me aseguraré de que así sea… en cuanto estemos algo más cómodas. Todavía estamos empezando.

-Entonces… ¡quién sabe! ¡Quizás pueda quitártela!

-Por encima de mi cadáver –le dije, y ambas nos reímos.

Al final, la tarde no resultó tan mala como preveía, debido sobre todo a que Bobby había reculado en cuanto a su actitud conmigo, aceptando, al menos temporalmente, que yo no podía ser para ella. Sabía que aquello era simplemente una especie de *tiempo muerto*, y que más tarde o más temprano, volveríamos a encontrarnos en una situación problemática, que seguramente desembocaría en una ruptura completa, pero por el momento, me sentía feliz de haber capeado el temporal y seguir teniendo a Bobby como amiga, porque, pese a habernos visto solo dos veces, cada vez opinaba mejor de ella.

Cuando me despedí de ella, aproveché en realidad que estaba terminando de recoger la mesa, y que por lo tanto no estaba a mi lado. No era cuestión de forzar las cosas.

-Creo que será mejor que me vaya –le dije.

Bobby salió rápidamente de la cocina.

-¡Tan pronto! ¡Yo pensaba que íbamos a pasar toda la tarde juntas!

-Bueno, es que para ser la primera vez que quedamos yo creo que no está mal. Me lo he pasado muy bien y no quisiera que se estropeara.

Bobby sonrió maliciosamente.

-¡Tienes miedo de mí! ¡Eso me gusta! Supongo que lo hace todo más difícil, pero me gusta.

-Sí, es más difícil, pero por eso precisamente no quiero quedarme demasiado tiempo. Podrías… ponerte nerviosa y dejarte llevar.

-Supongo que tienes razón. Pero solo dejaré que te vayas con una condición.

-Tú dirás.

-Qué nos veamos mañana.

Me reí. Salir dos días seguidos no era algo muy habitual en mí. De hecho no lo era ni salir dos veces en un mes.

-Bueno, Mañana no, pero si me llamas la semana que viene, no te diré que no.

-Supongo que tendré que conformarme con eso. Me parece que te estoy agobiando.

-Un poco, pero lo soportaré si me das algo de aire. Tú llámame y veremos que ocurre.

Y durante unos segundos nos quedamos mirándonos fijamente, como si fuese a pasar algo, hasta que yo me di cuenta de que estaba poniéndome en peligro. Entonces, me puse en marcha.

-En fin, me marcho. Gracias por todo.

Bobby mantuvo su mirada fija en mí y esbozó una mueca desafiante.

-La próxima vez lograré que te quedes más tiempo.

-Eso habrá que verlo.

Le respondí sin segundas intenciones, sin pararme a pensar demasiado en el significado de sus palabras, porque de haberlo hecho quizás me hubiese enfadado. Pero no quería separarme de ella de malos modos. No después de haber sorteado la primera parte de nuestro encuentro, y conseguir que la tarde resultara más que agradable. Ya habría tiempo para discutir y enfadarse.

Seguramente, la próxima vez que nos viéramos.

CAPÍTULO 9

Cuando llegué a casa era ya de noche y mis padres me esperaban en el salón.

-¡Hola! –dije alegremente.

-Hola, hija –respondió mi padre -. Estás que no paras, ¿eh?

-Bueno, es que he conocido a algunas chicas nuevas y me apetece estar con ellas.

-¿Del instituto? –preguntó mi madre, sabiendo exactamente lo que estaba haciendo, que no era más que ponerme límites. Lo mejor era esquivar las preguntas, pero sin mentir demasiado, así que respondí con toda la naturalidad que pude.

-No. Las conocí la semana pasada, cuando salí por la noche.

Creo que mi madre iba a seguir interrogándome, pero yo me di la vuelta y me dirigí a mi cuarto para cambiarme. En menos de dos minutos estaba en pijama y como tenía un hambre atroz y esperaba que Sofía llegase en cualquier momento, decidí salir a comer. Mi madre se me adelantó y abrió la puerta de pronto antes de que yo hubiese salido.

-Anika, hija, me gustaría hablar contigo.

Aquello sonaba grave, pero evité hacer cualquier gesto extraño y esperé. Supuse que sería una típica conversación madre-hija.

-¿De qué?

-Es qué llevas una semana comportándote de forma poco habitual.

-Bueno, he pasado por algunas fases, pero ahora estoy bien, y como he conocido gente nueva me apetece salir y todo eso.

-Pero todavía eres amiga de Lidia, ¿no?

¡Pobrecilla! Se empeñaba en mantener las cosas como estaban, de forma que ella pudiese controlarlas, cuando en realidad hacía días que estaban completamente fuera de su control... y del mío. En siete días yo había cambiado más que en siete años, pero ella todavía no lo sabía, ni yo se lo iba a decir, porque ninguna de las dos estaba preparada todavía.

-Sí, claro que sí. ¡No digas tonterías! –le contesté, intentando apaciguarla. Y sin duda alguna, tuvo ese efecto, porque mi madre pareció relajarse.

Una vez calmada, todo fue más fácil. Salí del cuarto en dirección a la cocina con mi madre pisándome los talones, pero sabiendo que había logrado una pequeña tregua que debía intentar mantener el máximo tiempo posible. Sin embargo, no tenía tiempo que perder. Rápidamente, me preparé un bocadillo de atún y un cola-cao bien frío y me los llevé al cuarto. Allí podría estar tranquila esperándola. No sabía si vendría en cinco minutos o en cinco horas (esperaba que no, ¡por favor!), pero allí estaría yo.

Me puse en la radio una de esas cadenas que emiten música retro, me senté a comer… y a esperar.

A eso de las once de la noche, cuando yo ya estaba medio dormida, escuché unos arañazos en la ventana. Corriendo me levanté de la cama, tan rápidamente que casi me caigo al enredarme con la sábana, descorrí la cortina… y allí estaba ella, mi Sofía, sonriente.

Abrí la ventana con todo el sigilo que pude, porque para mis padres aquella hora, y más en un sábado, era todavía momento de estar despiertos. Mi padre veía el partido de fútbol y mientras, mi madre, estaría esperando pacientemente a que terminase para poder ver una película y dormirse tranquilamente.

-¡Has tardado mucho! –le regañé en voz baja.

-Es que he esperado a que fuese un poco más tarde, para que cenaras.

-Entonces te perdono.

Lentamente, Sofía entró en el dormitorio y, una vez estuvo en su interior, me acerqué a ella y la besé, con naturalidad, pero con pasión. Ella me devolvió el beso con la misma intensidad y así nos mantuvimos durante varios segundos. ¡Aquel sí que había sido un auténtico beso!

-Voy a tener que llegar tarde más a menudo.

-No lo necesitas. Te besaré así siempre que quieras.

-Mmmm. Interesante.

Nos quedamos unos segundos en silencio y entonces pude escuchar la televisión de fondo. Me alarmé. No estábamos seguras.

-No estoy segura de que esto sea muy buena idea. Sigue siendo arriesgado –me dijo.

-Pues no voy a verte únicamente a través del cristal, así que tendremos que ser muy sigilosas.

-Yo puedo serlo siempre que quiera –me dijo, con un extraño brillo en sus ojos -. ¿Puedes tú?

Supuse que estaba hablando de mí y de lo que me gustaría hacer con ella, y me estaba recordando que tendría que tener paciencia. Desde luego, esa maldita palabra empezaba a hartarme. Como me quedé callada, molesta, Sofía volvió a tomar la palabra.

-¿Qué has hecho hoy? –me preguntó, y, aunque no me gustaba demasiado hablarle de Bobby, decidí hacerlo, pensando que no tenía nada que ocultar.

-He estado con Bobby. Necesitaba aclarar las cosas con ella.

-¿Y lo has hecho?

Miré a Sofía. Su rostro era una auténtica roca y no dejaba entrever, ni por asomo, lo que podía estar pasando por su cabeza. ¿Le molestaba? ¿O tal vez le inquietaba? ¡A lo mejor le daba exactamente igual! Era imposible saberlo. ¡Ahora entendía la expresión *tener cara de poker*!

-Sí. Me ha costado un poco, pero creo que le he dejado claro que hay otra persona y que por el momento no tengo sitio para ella, salvo como amiga.

-¿Conozco a esa otra? –Sofía esbozó una sonrisa, sabedora de la respuesta.

-Pues… puede ser. Es una vampira despiadada y sanguinaria, que tiene mi corazón en una mano y mi alma en la otra.

Y al decir esto me acerqué y la besé de nuevo. Fue un beso dulce, de complicidad, al que Sofía respondió de la misma manera. Era maravilloso sentir como ambas parecíamos complementarnos a la perfección.

-Me gusta la parte de tener tu corazón, pero no la de tu alma -comentó cuando nos separamos.

-Pero es verdad. Mi alma es tuya para siempre… y para lo que quieras. ¿Lo sabes, verdad?

Sofía evitó contestarme. En su lugar, retomó la cuestión sobre Bobby.

-Y dime… ¿cómo se lo ha tomado?

-Bueno, le ha costado un poco al principio, pero ya te he dicho que parece que lo ha entendido. Lo que ocurre es que ella no es de las que se rinden, así que supongo que seguirá intentándolo.

-Parece una buena chica.

-¡Pero si lo es! Lo único que ocurre es que yo solo puedo querer a una persona y esa eres tú.

-¿No tienes dudas?

-Ninguna. Y deja ya de insistir. Me gustas tú. Punto –finalmente, terminé irritada por tener que reafirmarme. Sabía lo que estaba haciendo Sofía. Ella se creía muy peligrosa, razón por la

cual no dejaba de empujarme para que estuviese con una humana, en lugar de con ella. Lo que no entendía es que eso era del todo imposible, porque ella era para mí la *única*.

Había alzado la voz algo más de lo normal y me callé rápidamente. No, no parecía que mis padres me hubiesen oído, pero debía tener más cuidado y controlar mi genio mejor.

-Oye, hoy mis padres se acostarán más tarde, así que vamos a tener que estar un buen rato bajo control. ¡No me hagas enfadar! ¿De acuerdo?

Sofía no contestó inmediatamente sino que, durante un instante, permaneció en silencio y sin hacer ningún gesto.

-Se me ocurre otra idea –dijo tras unos segundos -. Si no estás demasiado cansada, ¿por qué no salimos? Todavía no lo hemos hecho juntas. Después de todo, parece que te estás acostumbrando a la vida nocturna.

Aquella frase y el brillo de sus ojos, me hizo darme cuenta de que lo decía con toda la intención del mundo, pero su sonrisa no transmitía rencor por mi salida nocturna y el encuentro con Bobby, sino sarcasmo. Le pegué con la palma de la mano en el hombro.

-Eres mala –le dije -, pero tienes razón. Podríamos salir, aunque quizás mis padres no estén preparados.

-Haremos una cosa. Voy a bajar al portal y te llamo al móvil desde allí. Se lo dices a tus padres, te vistes y nos vamos.

-Vale –le dije, animada -. Me encanta tu plan.

-Entonces… ahora nos vemos.

-¡Espera! ¡Mi número de móvil!

-Se me olvidaba –y se echó a reír, aunque tapándose la boca con la mano para no hacer ruido -. ¿Cuál es?

Se lo di.

-Ahora mismo te llamo.

Y me guiño un ojo, antes de lanzarse por la ventana.

-¡Guau! –exclamé sin poder evitarlo, mientras la seguía con la mirada, a medida que caía. Segundos más tarde, sonó el móvil. Dejé que lo hiciera durante cierto tiempo para asegurarme de que mis padres lo habían escuchado y después lo cogí.

-¿Sí?

-¡Eres preciosa! –dijo la voz de Sofía al otro lado del teléfono.

-Yo no lo creo.

-Soy yo quien tiene que creerlo. Y además eres encantadora.

-Yo pienso lo mismo de ti.

-Anda, ve a decírselo a tus padres antes de colgarme, por sí no te dejan salir.

-Voy.

Salí del cuarto y me dirigí al salón.

-Mamá, papá, es una amiga. Dice que si podemos salir un rato a dar una vuelta por el Centro.

-Es un poco tarde, hija –comentó mi padre.

-Ya, pero es que ella no ha podido llamarme antes. Total, es sábado. Habrá gente por todos lados.

A mi padre no le hacía demasiada gracia y creo que estaba empezando a arruinar mi reputación de *chica buena*, pero a mí eso no me importaba, porque lo único que quería era estar con Sofía.

-Está bien, pero no llegues demasiado tarde, ¿de acuerdo?

-De acuerdo, gracias.

Me acerqué el móvil al oído.

-Oye, ahora nos vemos.

-Te quiero, Anika.

Aquellas palabras eran difíciles de asimilar y, sobre todo, de disimular. Noté como un temblor me recorrió de abajo a arriba e intenté contenerlo para que no se me notara, sobre todo en la cara.

-Eh… vale. Hasta ahora.

-¿Dónde te espera? –preguntó mi madre.

-En el Centro, en la fuente, donde suele quedar todo el mundo.

Y me marché a mi cuarto, resoplando. Cuando cerré la puerta, dejé que saliese todo lo que llevaba dentro. Había conocido a una vampira que estaba enamorada de mí y cada vez que me tocaba, o que me susurraba algo, aunque fuese a través del teléfono, era incapaz de pensar. No podía perder el control con tanta facilidad.

¡Olvida eso ahora y vístete rápido!, me dije. Y así lo hice. Sin complicarme mucho, volví a ponerme lo mismo que la noche anterior, unos vaqueros, pero con otra camiseta.

Cinco minutos más tarde estaba saliendo por la puerta.

-¡Hasta luego! –dije, y cerré antes de que pudiesen decirme nada más.

Bajé con prisa las escaleras (ni me molesté en llamar y esperar al ascensor, ya que a veces podía ser desesperante) y en un abrir y cerrar de ojos me encontré llegando al portal.

La cara de Sofía se asomó, curiosa, a través del cristal, y al verla yo sonreí. Era fantástico verla y cada vez me sentía como si fuese una sorpresa.

Abrí la puerta y salí.

-¿He tardado mucho?

-Demasiado. Tendrás que mejorar tu marca si no quieres que la próxima vez me vaya sin ti.

-¡Eso ni se te ocurra!

Alargué mi brazo y le ofrecí mi mano. Ella la miró, y en lugar de cogerla, giró por detrás de mí a una velocidad vertiginosa y cogió mi otra mano.

-¿Cómo has hecho eso? -le pregunté, sorprendida.

-Los vampiros somos más fuertes, más rápidos y más resistentes que los humanos normales. ¿O es que no te diste cuenta el día que nos conocimos?

-Ahora que lo dices… pues sí, pero la verdad es que ahora que me he fijado, me ha parecido… increíble. Creo que nunca me cansaré de mirarte.

Sofía se rió de mi comentario.

-Eres un cielo –me dijo, al tiempo que me daba un beso en la frente. Yo la miré, expectante, anhelando que hubiese algún beso más… y también más apasionado.

-Doctora, creo que necesito un tratamiento más fuerte. De lo contrario puede que sí que me canse –le dije, al ver que no iba a conseguir nada quedándome callada.

Sofía me miró, sonriendo con la mirada, y acercó sus labios a los míos, rozándolos primero y cubriéndolos suavemente después.

-Si te descuidas se te irá todo el tiempo delante de tu casa –me advirtió, sin llegar a separarse demasiado de mí.

-Bueno, si lo empleo así no consideraría que lo he desaprovechado.

-Anda, tonta, vámonos.

Nos cogimos de la mano y empezamos a caminar.

-¿Sabes ya a dónde me vas a llevar? –le pregunté.

-Bueno, eso depende.

-¿De qué?

-De lo que quieras hacer.

-Estar contigo. Lo demás no importa.

-Entonces… ¿qué tal el bar Afrodita? Dicen que no está mal.

Me detuve para mirar a Sofía. De nuevo tenía esa sensación de no saber si lo estaba diciendo en serio o no.

-¿Te molestó que fuese a ese bar?

-Lo cierto es que no, pero solo porque pensaste que no ibas a verme más. De lo contrario me habría sentido muy celosa. Pero ya que escogiste un lugar de esas características me gustaría ir a uno de las mías… contigo.

-¿Has ido antes?

-Sí, desde luego, aunque ha pasado algún tiempo desde la última vez.

-¿Muchas veces? –lo pregunté casi en voz baja y claramente temiendo la respuesta que podría darme. Ahora era yo quién estaba celosa.

-Tranquila, Anika. He vivido mucho, eso es todo. Pero tú eres especial, de eso que no te quepa la menor duda.

-Lo intentaré –le dije, nerviosa, pero conteniéndome -. ¿Cómo es?.

-Es una sorpresa. Sígueme.

Sofía me arrastró casi literalmente hasta un callejón, lejos de las miradas de cualquiera que pasara por allí.

-Abrázame.

Yo la miré, sorprendida y extrañada. Me estaba pidiendo que la abrazara, pero no en plan cariñoso y todo eso, sino de otra forma.

-Sofía, ¿de qué va esto?

-¡No creerás que cada vez que tengo que ir a algún sitio cojo el coche o el autobús! ¿Verdad?

-Pues… la verdad es que sí.

Sofía negó con la cabeza.

-Demasiado lento.

-Entonces, ¿cómo vas?

-Volando.

Supongo que debió notarse en mi cara, no solo la sorpresa, sino también la incredulidad. Pensé que iba a sonar bastante estúpido lo que iba a decir, pero aun así, lo solté.

-Esto… ¿quieres decir qué vas a transformarte en murciélago?

-No, tonta. Los vampiros tenemos fuerza y agilidad sobrehumana, así que, aunque no te lo creas, podemos dar saltos bastante altos y, por lo tanto, recorrer grandes distancias en muy poco tiempo. También somos muy rápidos, claro, por lo que podría ir corriendo, pero resulta bastante complicado cuando tienes que esquivar a la gente y a los coches. Además, todos se darían cuenta de que algo raro pasaba a su lado y terminarían descubriéndome, así que es mucho mejor ir a saltos.

-Yo… no sé si me gusta demasiado la idea.

-¡Bobadas! Tú abrázate a mí que yo me encargo del resto.

Con muchas dudas, decidí hacer lo que me decía. La rodeé con mis brazos y me pegué a ella lo más que pude. Estar tan pegada a ella hizo que mi corazón comenzase a latir rápidamente y, de nuevo, noté como empezaba a arderme la cara.

-¿Te pongo nerviosa? –me preguntó.

-Sabes muy bien que sí, así que no te pases de lista.

Sofía contuvo la risa mientras pasaba un brazo alrededor de mi cintura, sosteniéndome. Yo me preparé para lo inesperado.

-Tranquila. Mientras yo no te suelte no habrá peligro alguno y no pienso soltarte bajo ninguna circunstancia –me dijo, y fijó su mirada en mí de una manera que no me gustó nada. Yo sostuve su mirada durante unos segundos y, después, hundí mi rostro en su cuello.

-Lo sé –dije finalmente -. Pero aun así creo que no me va a gustar nada.

-¿Preparada?

Cerré los ojos y asentí, a pesar de que no lo estaba en absoluto. Entonces, de pronto, sentí como algo me impulsaba hacia arriba, al mismo tiempo que me empujaba también hacia abajo. El viento empezó a chocar con más fuerza contra mí y el brazo de Sofía que me rodeaba se hizo más palpable. La misma fuerza que estaba impulsando hacia arriba, cesó de pronto al poco tiempo, y noté que empezamos a caer. Yo apreté los ojos todavía más de lo que ya lo hacía, así como la mandíbula, tanto que empezó a dolerme, y sentí como mi estómago se acercaba peligrosamente a mi boca.

Unos segundos más tarde, tocábamos tierra. Las piernas de Sofía amortiguaron el impacto de tal forma que apenas sí noté el efecto del aterrizaje, pero a mí me pareció que no había sido demasiado suave.

-¿Estás bien? –me preguntó, con cierto tono de preocupación.

-Para nada. Ha sido horrible.

La risa de Sofía me enfureció. Yo lo estaba pasando realmente mal, mientras que ella se divertía a mi costa.

-Pues todavía te queda otro salto más. Aún no hemos llegado.

-¿Qué?

En ese momento, me fijé, primero en ella y, después, eché un vistazo a mi alrededor. Estábamos en lo alto de un edificio, en lo que parecía ser una terraza, a más de siete u ocho pisos de altura del suelo.

-Cr-creo que me voy a desmayar –le dije. Mis piernas flaquearon y por un momento pensé que realmente iba a caerme, pero Sofía me sostuvo. Su brazo era bastante más fuerte de lo que parecía y, sin apenas esfuerzo, retuvo mi cuerpo únicamente con él. Mis brazos seguían alrededor de su cuello, pero casi sin fuerzas. Era ella quien impedía que cayese.

-Te dije que no iba a soltarte, pasara lo que pasara, así que no tengas miedo. Cierra los ojos y cuenta hasta cinco.

-Está bien.

Cerré los ojos, y empecé a contar.

-¡Uno…

Sentí como de nuevo nos impulsábamos en el aire, y mis manos se cerraron sobre el cuello de Sofía. Yo no entendía cómo podía resistirlo, porque hasta yo me estaba haciendo daño de lo fuerte que apretaba.

-… dos…

El ascenso pareció durar una eternidad y noté como mi cabello ondulaba en todas direcciones, acariciando mis mejillas, la frente, los labios… En ese momento pensé que menos mal que no estaba lloviendo. Solo hubiera faltado eso.

-… tres…

El ascenso se detuvo igual que antes y empezamos a bajar. La bajada era más desagradable

que la subida porque la velocidad iba en aumento, en lugar de ralentizarse, y me transmitía la sensación de que estábamos cayendo sin control e íbamos a estamparnos contra el suelo.

-… CUATRO…

Yo ya no sabía dónde esconderme. Hubiera querido introducirme en el cuerpo de Sofía para sentirme segura y no ver ni sentir nada. Volar no me gustaba. Punto.

Y de pronto, aterrizamos. Al igual que antes, yo no me di cuenta del efecto de haber dado contra el suelo, porque Sofía había absorbido con sus piernas toda la fuerza del impacto.

-… y cinco!

-Bueno, ahora sí que ya hemos llegado.

La voz de Sofía pareció llegar desde muy lejos. O bien yo me había dejado mis oídos y mi cerebro en aquella terraza y estaban todavía de camino, o es que todavía no me podía creer que todo había terminado.

Abrí los ojos, la miré y bajé mis pies. El mero hecho de que tocaran suelo me alivió de tal modo, que no puede evitar que una sonrisa de felicidad aflorara en mi rostro.

-¿Qué te ocurre?

-Yo… estoy contenta de que todo haya terminado.

-Entonces es verdad qué no te gusta volar.

-No es que no me guste. Lo detesto.

-Técnicamente, ninguna de las dos lo ha hecho.

-Bueno, pues no me gusta saltar de un lugar a otro a veinte metros del suelo.

-Está bien. Te prometo que lo haremos lo menos posible. Pero es que este lugar está bastante lejos y no quería perder tiempo por el camino.

Yo murmuré algo, pero fiel a mis costumbres, lo hice en un tono tan bajo que ni yo misma me escuché.

-¿Cómo?

-No es tiempo perdido si estamos juntas.

-Anika, eres un cielo.

Y entonces se acercó a mí y me besó tiernamente en los labios. Yo todavía estaba algo mareada por el viaje, pero todo mi cuerpo pareció aposentarse de pronto en cuanto recibí el cariño de Sofía.

-A lo mejor necesito más de esos para recuperarme.

-Si esa es la medicina que necesitas me convertiré en tu enfermera particular.

Yo sonreí ante la ocurrencia y entonces miré a mi alrededor. No tenía ni idea de en dónde estábamos. Se lo pregunté.

-Oye, ¿dónde estamos?

-En las afueras de la ciudad, a bastante distancia de tu casa.

-¿Y qué vamos a hacer aquí?

-Vamos a un sitio especial.

Sofía tiró de mí y empezamos a caminar. Lentamente, nos acercamos a la salida del callejón.

-¿Y por qué es especial?

Sofía no me contestó inmediatamente, sino que seguimos andando hasta llegar al final. Entonces, me señaló hacia delante. Enfrente justo del callejón había un local. Tenía un cartel luminoso en fondo negro, en el que se leía con letras rojas, “Colti”.

-¿Es un bar?

-No exactamente. Es un refugio.

-¿A qué te refieres con un *refugio*? –le pregunté, cándidamente.

Sofía me miró.

-Es un *bar* solo para nosotros. El único en toda la ciudad.

Entonces lo entendí.

-¿Quieres decir qué es *solo para vampiros*?

-Eso es.

Miré de nuevo el local. Estar con Sofía no me daba ningún miedo, ni me provocaba ansiedad ninguna. Pero estar rodeada de vampiros, me pareció bastante arriesgado. ¿Serían todos igual de civilizados que mi Sofía?

¡Glup!

CAPÍTULO 10

Aquellas letras en rojo no me daban muy buenas vibraciones, y el nombre del local, *Colti*, no dejaba de resultarme de alguna manera desagradablemente familiar, como si me estuviese intentando decir algo.

-¿Qué significa *Colti*? –le pregunté finalmente a Sofía.

-Colmillos, en rumano.

-Ah, muy sutil –entonces lo entendí. Parecía que mi subconsciente era más despierto que yo. ¡Vaya novedad!

Sofía se rió sonoramente.

-¿Tú crees?

Entonces me llegó a mí el turno de reírme, pero inmediatamente, me puse muy seria porque pensé en la necesidad de sangre que debería tener Sofía como para tener que acabar con alguien. En muchos momentos estaría al borde de la muerte y se vería obligada a morder, aunque no quisiera hacerlo. Aquello tenía que estar devorándola por dentro.

-Sabes qué no me importaría que me mordieses si sintieses la necesidad, ¿verdad?

-No sabes lo que dices. No sería capaz de parar. Te mataría, y el remordimiento me acompañaría durante el resto de mi existencia.

-Yo creo que sí serías capaz de parar.

-Una cosa es el autocontrol y otra muy distinta el instinto. Pones demasiada fé en mí, Anika.

-Toda. No existe otra manera de hacerlo para mí.

Sofía me miró, interpretando lo que acababa de decir. Estaba ofreciéndome a ella de la única forma posible, intercambiando mi vida por la suya, de ser necesario, y supongo que ella se dio cuenta, porque sus ojos se llenaron de lágrimas y se giró hacia mí, acariciando mi mejilla.

-Sé que lo dices porque así lo sientes, que serías capaz de morir por mí, pero debes saber que por la misma razón que tú lo harías, también yo sería capaz de morir por ti antes que acabar contigo. Espero no llegar a una situación en la que tengamos que elegir quién quiere más a la otra porque entonces sé que ambas sufriremos.

-Esperemos.

Sofía acercó sus labios a los míos y ambas nos dejamos llevar por nuestros corazones. Sentí la suavidad de su piel acariciar húmedamente la mía y como nuestra respiración se sincronizaba, de forma que ambas compartíamos, no solo los mismos sentimientos, sino también el mismo aire. Sentí como si mi vida dependiese de que ella respirase y de ningún modo quería apartarme de su lado.

Estábamos interconectadas de una manera casi imposible de describir y decir que yo la quería, me resultó una forma muy simple de expresarlo. Como solía suceder en estos casos, las palabras no bastaban para poder mostrar la complejidad de todos los sentimientos que me inundaban.

-Antes de que entremos –empezó a decirme tras separarnos, incluso antes de que yo abriese los ojos y volviese a la vida -, he de explicarte algo.

-Vale.

-Algunos vampiros son *nómadas.* Es decir, no tienen un sitio fijo para vivir, razón por la cual no se atienen a ninguna regla. Esos son los más peligrosos.

-Claro, lo entiendo. ¿Habrá muchos vampiros así allí dentro?

-No suele haberlos. Los que vivimos en una ciudad o en un lugar concreto durante cierto tiempo debemos cumplir normas estrictas para no ser descubiertos y a los *nómadas* no les gustan las reglas.

-¿Y todos cazan violadores y asesinos como tú?

-De hecho, no. La mayoría se alimentan de gente normal y corriente… como tú, solo que lo hacen con mucho cuidado, sin hacer ruido ni dejar rastros. Deben ser muy discretos si quieren mantener el anonimato, no solo suyo, sino también de todos nosotros. Son personas que desaparecen sin dejar rastro y que sus amigos y familias se pasan toda la vida buscando… sin conseguir nada.

Me detuve en seco. Aquello no me gustaba nada. La filosofía de Sofía era comprensible, e incluso adecuada en aquel mundo de locos, pero matar a sangre fría a alguien que no lo merecía y castigar a un sufrimiento perpetuo a la gente que los querían… en fin, sonaba a bastante más de lo que yo estaba preparada para aceptar.

-Yo no hago preguntas –me explicó Sofía, viendo en mi cara lo que estaba pensando – precisamente para no conocer las respuestas, Anika, porque si las supiera, seguramente tendría que hacer algo y yo sola no puedo luchar contra todos. Prefiero no saber nada… y ellos, que conocen perfectamente mis preferencias, tienen la cortesía de no decirme nada tampoco.

-Mmmm… no me gusta eso –le dije.

-Te guste o no, eso es lo que hay, y si estás conmigo tendrás que aceptarlo. Por eso quiero que conozcas bien en el mundo en el que me muevo si quieres estar a mi lado.

-¿Y no correré peligro?

Sofía sonrió.

-Yo no soy la única que lleva humanos a nuestros encuentros. Ten en cuenta que muchos de vosotros tenéis una idea bastante romántica del vampirismo así que resulta extremadamente sencillo atraeros a nuestro lado. El único problema es que también nos cansamos muy rápidamente, por lo que no soléis durar mucho. Habrá más humanos, ya verás, cada uno de ellos *propiedad* de un vampiro concreto, y debes saber que el humano de un vampiro no puede ser tomado por otro…

-Ya, por cortesía.

-Exacto.

-Así qué… ¿yo soy de tu propiedad?

-No, mi vida, es al revés. Te quiero tanto que soy tuya para lo que quieras, pero es muy posible que nadie más lo entienda así.

Era increíble. Sofía podía pasar de hacerme temblar de miedo a hacerme temblar de amor. Era lo que más me gustaba de ella, qué parecía pensar tanto en mí que continuamente me decía o hacía algo que parecía demostrarme cuánto me quería.

-¿De verdad que eres mía?

-De verdad.

-¿Y nunca te cansarás de mí?

-Bueno, *nunca* es una palabra muy fuerte, pero lo que sí puedo asegurarte es que ahora mismo no me planteo mi propia existencia sin tenerte a mi lado.

Me junté todavía más a ella, apoyando mi cara a su pecho, y sintiendo como pasaba su brazo alrededor mía, hasta llegar a mi hombro.

-Entonces ya estoy lista para entrar.

-De acuerdo, pero recuerda. Este lugar está regentado por vampiros y es solo para vampiros, aunque pueden ir acompañados de humanos. Algunos saben perfectamente lo que hay, como ya

te he dicho, pero la mayoría de vosotros solo venís atraídos por la fascinación que provocamos. En otras palabras, son presas fáciles.

-Cómo la araña que teje su tela y espera a que las moscas queden atrapadas en ella.

-Muy buena comparación. En todo caso, debes dejar a las moscas tranquilas. No te entenderían y lo único que conseguirías es molestar a las arañas.

-Está bien. Creo que lo he pillado. Vamos allá –le dije.

Y acto seguido nos cogimos de la mano y nos adentramos en aquel bar de vampiros.

He de decir que, a simple vista, el *Colti* se parecía a cualquier otro bar de ambiente, incluido el único al que había ido sola. El local era bastante grande por dentro, lleno de mesas metálicas, de esas de las de toda la vida para beber o comer. De hecho, había varias personas haciéndolo, aunque me fijé en que también muchos que no tomaban nada. ¿Serían esos vampiros? A simple vista no lo parecía, desde luego.

Después de las mesas, había un espacio vacío bajo luces intermitentes, obviamente, la pista de baile, que, por cierto, no estaba demasiado abarrotada, y, al fondo, una barra larguísima, que iba de un lado a otro de la pared y que estaba completamente llena de gente.

No, definitivamente aquello no parecía un bar de vampiros, pero puesto que sabía perfectamente que sí lo era, miré con mayor detenimiento. Me fijé en las mesas que estaban más alejadas de las luces y, entonces, me di cuenta. Un chico joven estaba rodeado por dos chicas que no sería mucho mayores que él, al que besaban lujuriosamente en cuello, en su vientre y en el pecho. Bueno, besando o mordisqueando, vaya una a saber. El chaval parecía tener un color normal pero ellas… ellas estaban pálidas de más. No mucho más lejos, me fijé en una pareja. Esta vez era él quién mordisqueaba. Supongo que era una forma de ponerse a tono, algo así como los entremeses. Y así varios grupos más, a veces parejas, otras, tríos e incluso grupos de más… Bien pensado, había auténticas orgías en aquel lugar.

-¿Qué te parece? –me preguntó Sofía, sacándome de mi ensimismamiento.

-Un antro de perversión para vampiros. Aquí todos parecen estar en los entremeses.

-Supongo que sí, aunque no todos terminarán muertos. Es nuestra forma de… divertirnos, como tú bien has sugerido de alguna forma, antes de ir de caza.

-Entonces… se van a comer a otros.

-Eso es. Recuerda que ya te comenté que cuando empezamos…

-Sí, ya. No podéis parar.

-Exacto. Razón por la cual no muerden a nadie aquí. Son las normas. Además, tendrían que buscarse a otro humano con el que divertirse.

Miré a Sofía. Su mundo tenía sus cosillas, una forma de vivir… o existir, con sus propios matices.

En eso se acercaron dos mujeres a nosotras. Ambas iban completamente de negro, haciendo que su palidez resaltase todavía más. Eran… muy atractivas, la primera con aspecto rudo y seguro de sí misma y la segunda, que caminaba un paso por detrás, con aspecto más dulce y tranquilo.

-No te veía desde hacía mucho tiempo –dijo la primera de ellas como si tal cosa, sin saludar siquiera, mientras seguía caminando hasta colocarse justo delante de Sofía, hasta que apenas hubo unos pocos milímetros entre ambas -. ¿Qué has estado haciendo?

Noté como el cuerpo de Sofía se ponía rígido repentinamente, como si de pronto hubiese entrado en estado de alerta.

-No mucho, la verdad. Solo he cambiado un poco de ambiente.

-Sí, eso me dijeron.

Y entonces cogió su rostro entre sus manos y la besó apasionadamente. Todo mi cuerpo se puso automáticamente en tensión y mi primera intención fue separarla de Sofía y darle una buena bofetada. Sin embargo, me lo pensé mejor. En cuanto miré a Sofía me di cuenta de que ella me miraba de reojo, seguramente, preocupada por mí, y que no estaba respondiendo al beso para nada. Me relajé. No podía controlarlo todo, pero sí confiar en el cariño que Sofía me profería y en su capacidad para conocer su propio mundo y saber cómo reaccionar. Después de todo, yo no estaba en disposición de ganar ninguna batalla en aquel lugar. Ella, en cambio, estaba en su ambiente. Tendría dejarme guiar por ella. Así que, en lugar de hacer nada, apreté con más fuerza la mano de Sofía y sentí como ella a su vez aumentaba ligeramente la presión sobre la mía. Evidentemente, se daba cuenta de lo que yo sentía, y eso terminó por convencerme para no hacer ni decir nada.

Cuando finalmente la chica se separó, yo estaba ardiendo por dentro. Me habría gustado arrancarle todos los pelos y arañarle la cara, aunque después me hubiese desgarrado la garganta, pero me contuve.

-Veo que mis besos ya no tienen el mismo efecto que antes.

-En realidad nunca tuvieron demasiado y me temo que ahora la competencia es demasiado fuerte para ti –Sofía respondió secamente, con dureza y determinación. Entonces la chica giró la cabeza para mirarme, lentamente, mientras baja sus brazos hasta situarlos de nuevo a ambos lados del cuerpo. Me recorrió de arriba abajo, con cierta mirada de desprecio, diría yo, hasta acabar en nuestras manos, que permanecían juntas. Aquello debió de ser lo *más de lo más*, porque entonces ya no pudo mantenerse callada.

-¡No me digas qué es por esto!

Aguanté. No debía explotar.

Recuerda que estás tratando con vampiras sedientas de sangre. No-las-provoques, me dije a mí misma.

-Yo no tengo que decirte nada, Gretchen, salvo que ella está conmigo y yo con ella.

Entonces la tal Gretchen se encogió de hombros, recuperando la compostura como si le diese lo mismo todo aquello, y dio dos pasos hacia atrás para acercarse a la otra muchacha.

-A lo mejor podemos hacer un pequeño intercambio.

Entonces me di cuenta. La otra muchacha era humana, solo que se había esforzado por parecer una vampira. Iba maquillada para aumentar su palidez, pero no podía ocultar una cierta tristeza en su mirada y una insultante sumisión ante la vampira.

-Me temo que eso no va a ocurrir –respondió Sofía a su sugerencia -. Discúlpanos, Gretchen.

Sofía tiró de mi mano y yo no pude evitar lanzarle una mirada furiosa a la vampira mientras las esquivábamos, antes de continuar adentrándonos en el interior del local.

-Siento mucho que hayas tenido que ver esto –me dijo en cuanto estuvimos a cierta distancia de ellas.

-¿Quién era?

-Una… amiga. Estuve con ella durante algún tiempo.

-¿Ya no?

-Ya no.

Nos sentamos en una mesa que estaba no demasiado lejos de la barra, pero lo suficiente como para tener cierta intimidad.

-¿Qué ocurrió entre las dos? Porque ella no parece que lo haya superado.

-Gretchen no tiene ni ha tenido nunca una pizca de moralidad –comenzó a explicarme -. Le

da lo mismo cazar a unos que a otros y su vida es una montaña rusa llena de orgías desenfrenadas de sangre y sexo. Para mí eso valió durante cierto tiempo, pero nada más. Ella necesitaba una compañera con la que compartirlo y yo… yo necesitaba estar con alguien que me llenase. Me sentía sola.

-No te imagino sintiéndote sola –le dije, sintiendo lástima y sufriendo por ella.

-Siempre lo he estado… hasta que te encontré. Por eso valoro tanto que estés conmigo, siendo yo lo que soy.

-¿Es… peligrosa?

-Mucho. Pero respetará la tradición. Otros se le echarían encima, no solo yo, y eso es algo que no se puede permitir. En este bar está prohibido morder y afuera tendría que quedar en secreto, lo cual es bastante complicado, ya que somos muy pocos y por lo tanto, todo se acaba conociendo.

-Entiendo.

-Y ahora, olvidémonos de ella. ¿Qué quieres comer?

-¿Qué tienen?

-Bueno, pues la típica comida humana. Hamburguesas, patatas fritas y ese tipo de cosas.

-¿Vosotros podéis comer?

-No serviría de nada. No podemos asimilar la comida, ya que nuestras células están en realidad muertas, aunque podemos disfrutar de los sabores. Pero no es precisamente lo que más nos gusta.

La palabra *muerta* no era precisamente de las que más me gustaban, así que me di cuenta como en mi cara se formaba una pequeña mueca de desagrado, antes de que pudiese contenerla.

-Lo siento, no debería haberlo dicho así. He sido demasiado… cruda.

-No importa. Tengo que acostumbrarme a lo que es, me guste o no. Es que para mí tú no estás muerta en absoluto y oír como hablas de esa manera… no sé, no me gusta.

-Perdóname.

-Perdonada. Entonces… ¿me puedes traer una hamburguesa y un refresco, por favor?

-Inmediatamente.

Sofía se inclinó hacia delante para darme un beso que me supo a gloria y después se levantó para dirigirse hacia la barra y traerme lo que había pedido.

Yo me dediqué a examinar de nuevo el local, esta vez, con mis ojos más acostumbrados la oscuridad y, por lo tanto, esperando descubrir más cosas. Sin embargo, a los pocos segundos, algo se interpuso entre mí y el resto del lugar, una sombra, que me obligó a mirar hacia arriba para identificarla.

-¿Eres humana, verdad? –me preguntó.

Se trataba de una chica mayor que yo, de unos veinte años, morena y vestida con unos vaqueros, zapatillas, una camiseta y cazadora negra. Estaba muy animada y enseñaba unos dientes blancos como el marfil.

-Eh… sí. ¿Y tú?

-También.

Y se sentó en la silla de Sofía.

-Me llamo Tania.

-Anika. Esto… ese sitio está ocupado.

-¡Oh! Yo me voy ahora, no te preocupes. Es que te he visto al entrar y como me has parecido humana y tenía ganas de hablar con alguien humano me he acercado. Dime, ¿no te encanta estar rodeada de tantos vampiros? ¿A qué es genial?

-Pues la verdad es que no especialmente.

-Pues a mí me parece *guay*. Ya casi me estoy imaginando a mí misma, igualita que Bella Swann. Claro que mi vampiro no es tan atractivo como lo es el suyo, pero seguro que puede hacer más cosas, tú ya me entiendes.

Desde luego aquella chica estaba loca de remate. Debía de ser una de las que me había hablado Sofía, que se pirraban por todo lo que tenía que ver con vampiros. Sin embargo, daba la impresión de que la pobrecita no sabía realmente en qué mundo se había metido. Intenté ayudarla.

-¿Tú estás con un vampiro?

-Sí. Se llama Jeremy. Es aquel que está allí, cerca de la puerta, charlando con otros dos.

Miré hacia la puerta y entonces lo vi. Era un chico mayor que los otros dos, moreno y con el pelo liso y largo, recogido en una coleta. Daba el aspecto de ser sudamericano o algo así, salvo por la habitual blancura de piel.

-¿A qué es guapo?

-Eh… supongo que sí –dije, sin saber muy bien que más añadir. A mí el tal Jeremy no me parecía atractivo en lo más mínimo, pero claro, para mí, Sofía era inigualable.

-¿Tú estás con una vampira, no?

-Sí, se llama Sofía. Pero… yo no estoy como tú crees.

-¿A qué te refieres?

Ahí era dónde iba a estar el problema. ¿Cómo podía explicarle a una persona así que estaba viviendo una mentira, o que al menos, podía ser así?

-Verás, Sofía y yo nos queremos.

-Y Jeremy y yo también.

-¿Estás segura de eso?

-Por supuesto. ¿Tú no?

Dudé. Yo estaba segura, pero me pregunté si a ella le podía ocurrir lo mismo que a mí, o al menos, verlo de la misma manera.

-¿Te ha dicho Jeremy que no se puede transformar a nadie en vampiro solo con morderle?

-Sí. Me ha contado que hace falta que sustituya toda mi sangre por la de un vampiro, que solo así podría convertirme. Y lo va a hacer… -dejó de hablar para lanzar una risita nerviosa -… en cuanto yo se lo pida.

-Tania, yo no estar…

-Bueno, no me entretengo más que tengo que irme. No me gusta dejarlo solo demasiado tiempo. ¡Nos vemos!

Y entonces se levantó y se marchó, dejándome con la palabra en la boca. Yo la miré mientras se alejaba de mí y se acercaba a su trágico destino, porque aunque no conocía a Jeremy, sí me había dado cuenta de que ella no estaba con él porque estuviese enamorada, como yo, sino por su fascinación por los vampiros. Aquella no era una buena idea. Y yo… no sabía cómo avisarla.

En aquel momento llegó Sofía y me puso delante un plato con una jugosa hamburguesa y un refresco de naranja.

-Has tenido compañía, ¿no?

-Sí. ¿Ves a aquella chica de allí? –le dije, señalando a Tania, que echaba sus brazos alrededor del cuello de Jeremy.

-Sí. Parece estar con Jeremy.

-¿Lo conoces?

-Ajá. Mejicano. Agradable y, hasta cierto punto, respetuoso con las normas. Seguramente no la aguantará durante mucho tiempo, pero tampoco se aprovechará de ella inmediatamente.

-Es que estoy segura de que la va a matar.

-Después de un tiempo, desde luego que lo hará. Pero nosotras no podemos intervenir.

-¡Lo haces cuándo seleccionas humanos!

-Esto es territorio neutral, ya te lo he dicho. No puedo atacarlo sin tener una razón. Por lo que sabemos, podría estar con ella esta noche y mañana simplemente dejarla ir. No puedo intervenir. Es… demasiado peligroso.

-Pero…

-Precisamente por eso suelo mantenerme alejada del resto de vampiros. Ya te lo advertí, Anika.

Cierra la boca, me dije. Estaba claro que no iba a ganar aquella batalla y que debía aceptar la situación tal y como estaba.

Pero no me gustaba nada de nada.

-Mira –empezó a decirme mientras yo cogía la hamburguesa con las dos manos y le pegaba un bocado con rabia -. Fuera, en la calle, todos tenemos nuestras preferencias y nuestras normas de conducta, y si alguna vez me encuentro con un vampiro alimentándose de una mujer, no te quepa la menor duda de que me enfrentaré a él. Pero no aquí ni ahora. Esto es…

-… terreno neutral, ya lo sé.

Claudiqué. Ella tenía razón, después de todo.

-Está bien. Supongo que llevas razón –le dije, finalmente.

-Lo siento.

-No te preocupes. Está claro que todavía no me he adaptado. Pero lo haré, confía en mí.

Nos quedamos un par de minutos en silencio, yo dudando en si conseguiría hacerme a la idea y ella examinando todos mis gestos, consiguiendo que me sintiese incómoda, hasta que a mí se me ocurrió algo que decir.

-¿Sabes que te quiero, verdad? Quiero decir… a pesar de que seas vampira.

-Lo sé. Y yo también a ti.

Yo liberé una mano de la hamburguesa y se la tendí a Sofía, que no tardó en cogerla. No importaba lo que hubiese a nuestro alrededor, lo importante era que ambas permaneciéramos juntas. La miré, embelesada.

-Anda, come o se te va a enfriar.

-¿Y quién dice que una hamburguesa fría no esté buena? –repliqué, pero le di un buen mordisco. Mientras masticaba, recordé a Gretchen y me di cuenta de que yo nunca sería como ella. ¿Por qué entonces se empeñaba Sofía en estar conmigo? ¿Qué diferencia había? Sí, sabía que le gustaba mi inocencia, mi manera de ver las cosas, pero en el fondo me seguía costando creerme que eso fuese suficiente.

-Sigo sin entenderlo –dije finalmente en voz alta, una vez hube conseguido tragarme el trozo de hamburguesa que se empeñaba en no querer bajar.

-¿A qué te refieres? –preguntó, desconcertada, Sofía.

-Todavía no entiendo por qué estás conmigo, en lugar de con otra vampira u otra mujer con más rodaje que yo. No es que quiera que me adules y todo eso. Es simplemente que me miro al espejo y no logro ver nada especial en mí.

El rostro de Sofía permaneció como una estatua de piedra, pero algo me dijo que mi pregunta no le había atravesado como si nada. Percibí una ligera sobretensión en su mandíbula y, también, un ligero fruncimiento en la frente, lo cual me hizo deducir que, o bien le había

molestado o, como poco, se sentía preocupada por mis estúpidos y deprimentes pensamientos.

-Creo que necesitas que te aclare algo –me comentó Sofía.

-Sí, creo que sí.

-Llevo muchos años existiendo con esta apariencia y, aproximadamente, cada década me cambio de lugar para no despertar sospechas. Me voy de la ciudad, cambio de nombre y todo eso. Así nadie tiene tiempo de sorprenderse por lo bien que me mantengo. En cada ciudad empiezo de nuevo, aunque tenga unas ciertas costumbres, sobre en lo que se refiere a la caza.

Al escuchar la palabra *caza* me estremecí. No terminaba de acostumbrarme a ella.

-Pero nunca hasta ahora me había encontrado con alguien que me llenara lo suficiente como para plantearme el estar con ella más tiempo del que debiera. Así eres tú. Has logrado que no desee nada más que permanecer contigo.

-Pero has debido de conocer a mucha gente en todo este tiempo, a hombres y mujeres interesantes.

-Sí, por supuesto, pero aunque no te lo creas, y pese a que cada uno de ellos ha sido diferente, nadie, ni hombre ni mujer, ha conseguido traspasar esta especie de coraza que tengo, que me protege de todo y de todos… salvo tú.

-¿Por qué?

-Sencillamente, porque eres sincera y generosa, y estás llena de vida, una que ni tan siquiera yo tuve cuando fui joven. Supongo que por eso me gusta tanto estar a tu lado. Completas una parte de mi vida que hasta ahora era un oscuro recuerdo, iluminándolo de tal manera que todo parezca bello cuando me encuentro contigo. Lo que tú me has dado… nunca podrás comprenderlo del todo, pero al menos tienes que creerme cuando te diga que es superior a cualquier otra cosa.

-Creo… -empecé a decir, con dificultad, medio llorando de felicidad, intentando hablar y tragar al mismo tiempo –que ya no necesito que me expliques nada más. Me has convencido.

Sofía sonrió.

-Me alegra que por fin lo hayas hecho.

-Casi me da miedo preguntar pero, dime, ¿cuánto tiempo llevas por esta zona?

-Seis años.

-Así que todavía no tienes que marcharte.

-No inmediatamente, y en este momento, desde luego, no tengo ninguna prisa.

Sofía se inclinó sobre la mesa, acercándose a mí.

-Además, ahora tengo que cuidar de ti, así que no puedo irme a ningún otro lado. Te necesito. Ahora, tú eres toda mi vida.

Si hubiese sido un helado me habría derretido completamente. Sofía me producía ese efecto porque con cada una de sus palabras me demostraba lo mucho que me quería. Lo que ella no sabía era cuanto la quería yo y cuánto la necesitaba. Decidí que me encontraba demasiado lejos, así que me levanté, arrastré la silla hasta colocarla junto a la silla y después me senté, a su lado. Entonces, me incliné, la abracé y la besé. No sé durante cuánto tiempo, ni me importa, igual que tampoco sé lo que ocurrió a nuestro alrededor mientras nuestros labios estuvieron juntos, ni cuantas canciones sonaron sin que yo me diese cuenta. Lo único que sé es que el tiempo se me hizo corto, y que no me hubiese separado de ella jamás. Por desgracia, todo tenía un límite y de nuevo corría peligro de traspasarlo, así que como no era cuestión de hacerlo en público, tuve que detenerme. Estaba perdiendo la vergüenza, pero no tanto.

-Creo que cada vez lo haces mejor –me dijo Sofía – y con cada beso me doy cuenta de lo ardiente que eres. Esto promete.

-Ya lo sabrás… pronto, espero.

Sofía me acarició la mejilla y de nuevo volvimos a besarnos, haciendo que todo desapareciera a mi alrededor.

CAPÍTULO 11

La noche estaba resultando fascinante, no solo porque me había adentrado un poco más en el mundo de Sofía, cosa que deseaba más que nada en el mundo para así lograr acercarme a ella todo lo posible, sino también porque cada minuto que pasaba junto a ella me convencía más y más de cuánto la necesitaba y de lo mucho que yo le importaba.

Sin embargo, las preguntas se agolpaban en mi cerebro y yo necesitaba conocer, no solo lo que podía ver, sino aquello que todavía me ocultaba conscientemente por temor a que no me gustara o, simplemente, para evitar agobiarme con tanta información.

Quería que Sofía me pusiera más al día sobre cómo vivía y qué era lo que hacía cada noche, para así sentir que mi vida y la suya discurrían juntas, porque hasta entonces, yo sentía que ambas existíamos en dos mundos diferentes, separados por doce horas de diferencia.

Así que seguí preguntando.

-Se me ha ocurrido… me dijiste que no podía darte la luz del Sol, ¿pero duermes?

-¡Desde luego! De hecho, es una de nuestras debilidades. En cuanto se va la luz del Sol, nuestro cuerpo desfallece y rápidamente perdemos la conciencia hasta el punto de que no somos capaces de recuperarla hasta que anochece. Es muy raro que alguno de nosotros se despierte antes de tiempo. Tendría que deberse a algún estímulo muy fuerte, como algo que hiciera peligrar nuestra existencia. De otro modo, permanecemos aletargados durante todo el día y estamos completamente indefensos durante esos momentos. Por eso lo más importante para nosotros es tener un lugar seguro.

-Entiendo. Y tú descansas… en la cama, ¿no?

-¿Me estás preguntando si duermo en un ataúd? –Sofía se rió -. Claro que duermo en la cama. Los ataúdes son para las películas y, entre tú y yo, seguramente bastante incómodos. Lo que yo hago es bajar todas las persianas, cerrar la puerta con llave y meterme bajo las sábanas. Es lo más seguro. Sin embargo, cada uno tiene sus propias rutinas y costumbres. El caso es estar protegidas ante cualquier posible rayo de luz solar que pudiese alcanzarnos.

-Me da un poco de miedo por ti. No sé si eso será lo suficientemente seguro.

-Lo es, tranquila. Llevo muchos años haciéndolo de la misma manera y nunca me ha ocurrido nada.

El tiempo le había enseñado a protegerse, a encontrar un modo de vida adecuado, pero no le había dado a alguien como yo. ¿Sería posible que en cambio yo hubiese conocido al amor de mi vida, pese a haber vivido relativamente poco? Esperaba que sí y yo no deseaba otra cosa que permanecer a su lado… para siempre, pero las veces que había sacado el tema, Sofía se había cerrado completamente.

Pese a todo, volví a intentarlo, aunque lo hice desde una óptica ligeramente distinta.

-Bueno. Háblame de cómo te transformarte. ¿Cómo se hace?

-No.

-¿Cómo que no?

-Creo que es muy pronto para tratar ese tema. La transformación exige muchas cosas. Tendrías que decir adiós a tu familia, a tu vida tal y como la conoces, y durante años podrías comportarte como alguien totalmente diferente a como eres ahora. No estamos preparadas, ninguna de las dos.

-¡Pero es que yo quiero estar contigo!

-Y lo estarás, pero en tu forma humana… por el momento.

-Entonces vamos a tener que buscar una manera de que podamos pasar más tiempo juntas, porque este arreglo de verte solo por la noche me vale hoy, pero mañana puede que no sea suficiente.

-Mmmm. Tomo nota. Ya pensaré en algo.

-¿Me lo prometes?

-Te lo prometo.

-Gracias. Es solo que necesito pasar más tiempo contigo.

-Lo entiendo, porque a mí me pasa lo mismo.

-Entonces no vuelvas a dejarme sola ni una sola noche más.

-Te lo aseguro… salvo cuando vaya de caza. Esa noche es mejor que no te vea, porque cuando tenemos hambre, podemos transformarnos en seres muy peligrosos. No me gustaría perder el control delante de ti.

-En primer lugar, ya te he visto cazar antes. Y en segundo, ya te dije que no creo que fueras capaz de morderme –le dije.

-No es solo por eso.

-Entonces, ¿por qué es?

Sofía agachó la mirada. Parecía… avergonzada, y aquello era algo que todavía no había visto en ella.

-No me gusta la idea de que veas como un animal sediento de sangre y desesperado.

-Cuando nos conocimos, no me pareciste eso para nada.

-Aquello fue diferente. Tenía hambre, pero lo hacía por un motivo muy distinto. Además, todavía no te conocía ni estaba completamente segura de mis sentimientos hacia ti. Ahora que sé cuánto te quiero, no deseo que veas esa parte de mí.

Rápidamente, agarré sus manos entre las mías.

-Esa parte de ti es tan importante como el resto. ¡Convéncete de una vez! Tú eres todo el conjunto, indivisible, y cuando me fui contigo tomé la decisión de aceptarte como eras, en lo bueno y en lo malo.

¡Ay! Aquello había sonado como una proposición de matrimonio, y sin poder evitarlo, me subieron los colores a la cara.

-Te has puesto colorada. ¿Qué ha pasado?

-Nada, nada –repliqué sin perder tiempo -. Olvídalo. Ha sido algo que he dicho.

-¿Tienes miedo de contármelo?

-Es que… me da mucha vergüenza.

Sofía acercó su rostro a escasos centímetros del mío y utilizó toda su capacidad de persuasión, lanzando sus palabras en un susurro casi inaudible, pero sensual e irresistible.

-Dímelo.

-Es que… tal y como lo he dicho… me ha sonado como la frase que se dice durante la ceremonia de matrimonio.

Sofía no sonrió, sino que su boca permaneció impasible. Pero sus ojos no. En ellos me descubría mi misma siendo abrazada, acariciada y cuidada, como nunca lo había sido. Tenía miedo de hacer suposiciones, pero se me ocurrió que, tal vez, para ella, mi explicación hubiese sido un nuevo peldaño en la escalera que conducía hacia nuestra vida juntas.

Era o eso, o que se estaba riendo por dentro y no quería que yo me diese cuenta.

-Nunca podré cansarme de escucharte si sigues diciéndome esas cosas –me dijo, tiernamente -. No sé cómo lo haces, pero pese a todo lo que he vivido, nunca he conocido a nadie

como tú. Eres sencillamente adorable.

¡Mantequilla derretida de nuevo!

Yo no estaba hecha para esto. Bastaban cuatro palabras dulces para perderme y olvidarme de que había un mundo más allá de nosotras dos.

Por supuesto, volvimos a besarnos, porque… ¡yo sí que nunca me cansaría de sentir sus besos y como me envolvía entre sus brazos!

Después de un nuevo momento de intimidad entre ambas, y una vez logré recuperar la conciencia, volví a observar el Colti en su conjunto. Poco a poco el lugar se había ido llenando y había un ambiente de fin de semana como el de cualquier otro lugar. Sin embargo detecté, pues en aquel momento ya estaba bastante entrenada en ello, que el número de vampiros también había crecido alarmantemente.

-Oye, aquí hay bastantes vampiros –comenté como si no tuviera importancia, intentando no parecer alarmada -. ¿Son todos los que hay en la ciudad?

-Pues… seguramente –me respondió, mirando a su alrededor -. Faltan algunos, que yo recuerde, pero sí que están la mayoría.

Miré hacia la pista de baile. Gretchen y la chica-que-simulaba-ser-una-vampira bailaban frenéticamente. La vampira parecía estar descontrolada, como si hubiese esnifado algo, pero a la chica yo seguía viéndola triste.

-¿No te parece –le dije finalmente a Sofía, en voz baja –que la chica que acompaña a Gretchen está muy triste?

-Sí, yo también me he fijado. Si te digo la verdad, no creo que Gretchen la aguante durante mucho tiempo más. Se cansa pronto de ellas. Para ella un humano es incluso menos que una mascota.

-Y… ¿no crees que ella podría venirse con… con nosotras?

Sofía me miró, desesperada.

-¿Y no quieres también llevarte al resto de los humanos del local?

-No, claro que no –dije, impacientándome.

-Entonces, ¿por qué quieres salvarla a ella? No sé qué puede tener de especial. Además, al igual que muchos otros, seguramente ha sido ella quien voluntariamente se metió en esto.

-Sí, todo eso ya lo sé, pero respóndeme. ¿Sería legal que fuese yo quien le pidiera que viniese con nosotros?

Sofía se lo pensó durante unos segundos y mientras tanto, yo permanecí expectante. Aquello no sería exactamente romper las normas, puesto que yo no estaría robándole nada a un vampiro ya que, para empezar, no lo sería si ella daba su consentimiento..

-Gretchen es una enemiga poderosa y cruel –me dijo finalmente Sofía -. No creo que sea inteligente enfrentarse a ella, aunque las normas de cortesía no dicen nada sobre que un humano le robe a otro humano a un vampiro. Solo sería… una locura.

Sonreí. Había una posibilidad, después de todo.

-Pero, ¿por qué ella? –me preguntó, nerviosa.

-No quiero que muera, Sofía. Me da muchísima pena. Cuando la miro, no veo más que tristeza, y, por lo tanto, yo no diría que está con Gretchen porque quiere, sino porque no tiene fuerzas para dejarla. Quizás lo único que necesite sea un pequeño empujón y, al menos, me gustaría intentarlo. ¿Me dejas? ¿Me apoyarás?

Sabía que era una decisión difícil y que me estaba metiendo en camisa de once varas, pero sentí que era mi obligación. No me hacía ninguna gracia poner a Sofía en una posición incómoda, pero creía que ella podría aguantarlo… por mí.

-Sí –dijo finalmente -. Pero tienes que comprender que puede que nos metamos en problemas y que yo no puedo defenderte durante toda la noche y todo el día. En cualquier momento ella podría hacerte una visita y…

-… acabar conmigo, sí, lo sé. Pero…

-Ve. Gretchen no te hará nada aquí.

Terminé con mi hamburguesa en dos bocados y me levanté. Estaba muy nerviosa. Mientras me dirigía lentamente hacia ellas, pensé que lo que iba a hacer era una locura. Quitarle la novia a alguien era ya, de por sí, motivo suficiente para recibir una buena reprimenda, pero si además se lo hacía a una vampira… podía significar mi muerte prematura.

Pero es que… *no podía*. Aquel rostro parecía totalmente fuera de lugar, lleno de sufrimiento, repleto de angustia. Yo no era una salvadora de humanos, pero aquella chica… su rostro me había llegado al alma.

Cuando llegué a donde estaban ellas, Gretchen se detuvo en seco, se giró y me miró fijamente. Yo, en cambio, solo miré a la muchacha, que también había dejado de moverse y se mantenía cabizbaja y expectante.

-¿B-bailas conmigo? –le dije, tendiéndole una mano.

-Ella es mía –comentó Gretchen en un tono que solo nosotras pudiéramos oír.

-Para mí eso no está tan claro –le solté, con toda la chulería que fui capaz de reunir -. Quizás deberíamos dejar que ella lo decida, ¿no? A lo mejor prefiere a una humana antes que a una vampira degenerada.

En sus ojos pude ver el fuego del odio. De haber podido, estoy segura de que me habría matado allí mismo. Claro que después de hacerlo, estoy segura de que mi Sofía le habría arrancado la cabeza de cuajo. Y si no lo hacía ella, quizás lo haría cualquiera de los otros vampiros de la sala. ¡Vamos, una auténtica sangría! Por eso estaba segura de que no haría nada.

O al menos, con eso contaba.

De todas formas, durante unos segundos no las tuve todas conmigo y estuvimos en una especie de *guerra de nervios* para que de qué estábamos hechas.

Y en aquella ocasión, gané yo.

En lugar de matarme, Gretchen sonrió burlonamente, dejando entrever sus blancos dientes, y sus colmillos.

-*Adele*, cariño. ¿Qué es lo que prefieres, marcharte con esta *vulgar* humana o quedarte conmigo?

Por fin la tal Adele elevó la cabeza y me miró. Lo hizo durante un buen rato, antes de mirar a Gretchen, que esbozaba su mejor y más tierna sonrisa, que por otra parte, a mí me pareció de una falsedad increíble.

-Estoy cansada. Si no te importa, creo que me iré con ella.

La sonrisa de Gretchen desapareció de pronto, volviendo el semblante de odio que había visto segundos antes. Por un momento pensé que se iba a abalanzar sobre las dos. Por si acaso, cogí a Adele de la mano y tiré de ella hasta colocarla detrás de mí.

-¿Ocurre algo?

Era Sofía, que se había acercado hasta nosotras y hablaba desde detrás mía. Ahora me sentía más segura.

-Parece que no puedes controlar a tu *mascota.* Quizás tenga que hacerlo yo.

-Ella es libre de elegir con quién ir y a dónde, al igual que la tuya. Quizás deberías plantearte por qué tu capacidad de persuasión no ha sido suficiente en esta ocasión para retener a tu amiga.

-Claramente se debe a que tú te has ocupado de distraer mi atención. No sé qué estarás haciendo pero estás rompiendo las normas.

-No que yo sepa porque yo no he intervenido en esto. Anika ha sido quien se ha acercado a vosotras, no yo, y las normas solo son válidas entre vampiros, no entre humanos.

Gretchen, enfurecida, miró a todos lados buscando apoyos, y aunque muchos la miraron, nadie habló para darle la razón. Entonces me miró de nuevo. Había fuego en sus ojos. Yo me obligué a no moverme y a no dudar ni tan siquiera un poco, pero no tenía ni idea de lo que iba a pasar. ¿Habría un baño de sangre después de todo? Lo único de lo cual estaba completamente segura era de que todo mi cuerpo amenazaba con temblar sin control y que, de haber podido, habría salido *zumbando* de aquel lugar.

Finalmente, Gretchen pareció relajarse, aunque no completamente. Supongo que se dio cuenta de que no era ni el lugar ni el momento para luchar, porque nadie le iba a dar la razón.

-Esto no quedará así, *A-ni-ka* –y cuando dijo mi nombre lo hizo recalcando cada una de sus sílabas, amenazadoramente -. Te prometo que no me olvidaré de ti.

-Sí que te olvidarás –le repliqué, mostrando mayor seguridad en mí misma de la que en realidad tenía -. Si no sabes perder delante de una humana es que no vales demasiado entre los tuyos, así que te sugiero que no intentes hacer algo para lo que no estás preparada. Recuerda que yo no estoy sola y que entonces sí que tendrías que *romper las normas*.

Estábamos siendo observados por todos los del local, en silencio, discretamente, pero pendientes de cada uno de nuestros movimientos, y yo estaba convencida que preparados para saltar. Yo no era demasiado interesante pero en cambio estaba segura de que Gretchen se había convertido en alguien indeseable.

Finalmente, Gretchen volvió a adoptar su mueca burlona.

-Reconozco que eres valiente, *niña*. Vales bastante más de lo que yo pensaba y de lo que Adele significa para mí. Espero que la disfrutes tanto como yo lo he hecho. Ya nos veremos.

Y se marchó, caminando sinuosamente, como una serpiente, y de alguna manera, yo estaba segura de que no sería aquella la última vez.

Todos parecieron relajarse, mientras que mi cuerpo, en cambio, se echó a temblar, liberado del control que había ejercido sobre él durante la discusión. Si no caí al suelo fue porque Sofía, sutilmente, me cogió de un brazo antes de que ocurriese. Después, me recompuse lo suficiente como para volver a la mesa. Adele nos siguió y se sentó con nosotras.

-¿Estás bien? –le preguntó Sofía.

-Sí. Gracias por… ayudarme.

Lentamente, fui recuperando el dominio de mí misma, hasta el punto de que logré hablar.

-¿Y tú, Adele? ¿Estás bien?

-Sí, pero… tengo… quizás debiera ir a buscar a…

-¡Eso ni se te ocurra! –le interrumpí -. Eres libre. Deja que se busque a otra a la que torturar.

-Ella no se rendirá. No dejará que me vaya.

-No permitiremos que te haga nada –le aseguré, quizás demasiado optimista.

-No podréis evitarlo. Sabe dónde vivo. Sabe dónde vive mi familia. Mañana volveré a estar a su lado aunque no lo quiera.

Yo miré a Sofía, desesperada, en busca de alguna ayuda. Sospechaba que Adele estaba en lo cierto y temía por ella, pero es que, además, no me había jugado el tipo para nada. ¡No quería irme con las manos vacías!

-Mira, yo no sé si le interesarás tanto como perseguirte, pero a lo mejor deberías desaparecer, marcharte a otra ciudad o algo así –le sugerí.

Adele me miró como diciendo que aquello no era posible.

Así que después de todo, lo que había hecho no había servido para nada. Me había ganado una enemiga feroz, y para qué.

-Venid conmigo… las dos –dijo Sofía, levantándose.

Adele y yo nos pusimos en pie y la seguimos en dirección a la salida. Sofía lideraba la marcha, abriéndonos paso entre vampiros y humanos, que nos observaban con curiosidad mientras salíamos. Ninguno saltaría sobre nosotros, de eso estaba completamente segura, pero tuve la desagradable sensación de que habíamos dejado de ser bienvenidos. Pero el mayor problema era que no tenía muy claro lo que nos esperaba fuera.

-¡Sofía!

Todas nosotras nos volvimos. Jeremy, el mejicano, acababa de llamar a Sofía, dejando a su mascota, Tania, a un lado.

-Esperadme en la puerta un momento –nos dijo Sofía, mientras ella se acercaba a Jeremy. Nosotras continuamos hasta llegar a la puerta, pero yo no dejé de mirar a Sofía y a Jeremy. Hablaban como viejos amigos, Jeremy muy sonrientemente y Sofía, de manera muy serena. Después de un par de minutos de conversación, ambos se despidieron amistosamente, Sofía se giró y vino hasta dónde estábamos.

-¿Qué ha pasado? –le pregunté.

-Increíble –respondió Sofía, sin mirarme ni dar más explicaciones. Entonces, Sofía nos empujó a Adele y a mí hacia fuera, con decisión, y una vez en el exterior, se giró hacia nosotras. Primero me miró a mí, claramente enfadada, y después a Adele.

-Ahora es cuando estáis de verdad en peligro las dos. Adele. Necesito saber *ya* si quieres que te ayudemos o no, porque no pienso dejar que Anika arriesgue su vida si tu no vas a esforzarte. Así que… dímelo ahora.

Por supuesto, no iba a dejar que Sofía dijese eso sin añadir que estaba dispuesta a ayudar a Adele en lo que pudiese, pero no me dejó. Antes de que un solo sonido saliese de mi boca, ella ya estaba hablándome.

-¡… y a ti no se te ocurra decir nada! No sé cómo he sido capaz de dejarte hacer lo que has hecho. No tienes ni idea de lo que has conseguido con tu numerito de ahí dentro.

-¿Qué numerito? Tan solo he intentado ayudar a Adele…

-Has desafiado a una vampira y la has dejado en evidencia. Es verdad que la has ayudado, porque ahora su objetivo no es Adele, sino que lo eres tú. Es a ti a quien debe conquistar para resarcirse y que su reputación no quede por los suelos.

-… qué es donde debe estar –repliqué, enfadada - ¿Y qué hay de Jeremy? ¿Qué quería?

-Quería que te vendiera. Le has impresionado tanto que me ha dicho que deseaba tenerte a su lado.

Mis ojos se abrieron como platos. ¡Me habían intentado comprar! ¡Ni que fuese una esclava en exposición!

-Menos mal que te pedí que no intervinieras –continuó diciendo enfadada Sofía -. Ahora todo el mundo sabe quién eres y, lo que es peor, todos están interesados en tenerte.

Sonreí, nerviosa. Aquello era de lo más inesperado. Sofía me miró, visiblemente enfurecida, pero se giró inmediatamente hacia Adele.

-¿Y bien?

-Quiero irme. Quiero escapar.

-Está bien. Entonces… este es el plan. No paramos para nada. Nos marchamos directamente al aeropuerto y te sacamos un billete para cualquier sitio. Te daré dinero para que puedas

subsistir un tiempo pero después tendrás que valerte por ti misma. Nada de llamadas a casa. Nada de mensajes ni correos electrónicos a nadie que conozcas. Si quieres sobrevivir, y que también lo haga tu familia, tu vida como la conoces termina hoy.

-De acuerdo –dijo Adele, llena de tristeza -. Lo entiendo y os lo agradezco… a las dos.

-Vamos, entonces.

Con Sofía abriendo la marcha, caminamos hasta llegar a una vía principal. Entonces, Sofía se acercó a la carretera y esperó hasta que apareció un taxi. Levantó el brazo, y el coche se detuvo justo a nuestro lado. Sin decir ni una palabra, entramos una detrás de otra, primero yo, luego Adele, y por último Sofía.

-Al aeropuerto. Terminal nacional.

-Enseguida -. El taxista no se entretuvo en mirarnos. En cuanto Sofía le dijo el destino, arrancó sin mayor dilación.

Permanecimos calladas durante un buen rato, hasta que por fin, yo me decidí a intentar saber algo más sobre Adele.

-¿Eres de aquí?

Asintió, sin decir nada.

-¿Dónde vives exactamente?

-¿Conoces los edificios que están justo enfrente del Parque?

-¿Los rojos?

-Sí, esos. Pues ahí vivo… o vivía –suspiró -. No sé si voy a poder hacer esto.

-¡Tonterías! –dijo Sofía sin ni tan siquiera mirarla. Estaba pendiente de todos los coches que pasaban a nuestro lado, y de cuánto ocurría a nuestro alrededor, como si esperara que alguien apareciese para detenernos. -. ¡Debes hacerlo sí o sí, salvo que quieras morir, porque eso es lo único que vas a conseguir si te quedas!

-Pero es que… tengo miedo. ¿Cómo voy a abandonar a mis padres? ¿Dónde voy a ir?

-Mira –empecé a decirle -. Si te quedas, Gretchen acabará contigo, e incluso que puede que con tu familia. Iba a hacerlo de todas formas, así que por lo menos ahora tienes una oportunidad. Además, de esta manera, ellos estarán a salvo y tú también. Puedes llamarlos cuando aterrices y decirles que estás a salvo, y más adelante, explicárselo de alguna forma.

-No quiero que te preocupes por nada, Adele –añadió Sofía -. Voy a darte una tarjeta de crédito. En ella hay suficiente dinero como para que empieces a buscar algo por ti misma. Cómprate algo de ropa en cuanto llegues y búscate un lugar en donde vivir, algún sitio barato que alquilar. Después, con el tiempo, un trabajo. Es mejor dejarlo todo ahora voluntariamente que lo que estabas dispuesta a hacer antes de conocernos.

Adele empezó a llorar.

-Ella m-me prometió transformarme y quedarse conmigo para siempre.

-Todos lo hacen, pero ninguno de vosotros lo consigue –las palabras de Sofía eran duras, pero sonaban completamente sinceras. Aquello me dio que pensar, porque al contrario de lo que había oído de boca de la chica que se había sentado a la mesa y de Adele, Sofía no solo no me había prometido transformarme, sino que además, se había mostrado frontalmente opuesta a ello. Sonreí para mis adentros, porque eso significaba que no estaba conmigo simplemente por *estar*, sino porque quería, y yo no era fruto de un capricho pasajero, sino algo más serio.

Mi caso era claramente diferente al de los demás y, sin darme cuenta, suspiré, aliviada y feliz.

Al cabo de media hora más o menos, llegamos al aeropuerto. El taxi nos dejó en la terminal y nos bajamos con decisión. Después, nos dirigimos directamente a uno de los mostradores.

-Quedaros aquí y ni se os ocurra moveros.

Yo asentí. Estábamos justo delante de una muchacha que hizo ademán de atendernos, pero que al darse cuenta de que no estábamos allí para eso, agachó la cabeza y se puso a escribir algo. Sofía, mientras tanto, se acercó a un mostrador que había a poco menos de cinco metros de allí. Un par de minutos más tarde vino con varios billetes de avión.

-Vamos.

La seguimos hasta una de las puertas de embarque, la número once. Parece que los pasajeros se estaban poniendo en marcha, así que Sofía se volvió hacia Adele y le entregó un billete, quedándose ella con otros tres.

-He sacado cuatro billetes a cuatro sitios diferentes, todos a mi nombre, Sofía Veneloix –me sobresalté al oír el apellido de Sofía, hasta entonces desconocido para mí -. Tú te vas en el avión que sale dentro de unos minutos. Anika no necesita saber a dónde. De esa forma, nadie más que tú y que yo lo sabremos –metió la mano en un bolsillo y extrajo una tarjeta de crédito que también le dio -. Esta es la tarjeta. Como ya te comenté, hay suficiente para empezar de nuevo. Hazlo. Pero no vuelvas a esta ciudad nunca… si quieres seguir con vida.

Adele nos miró, primero a Sofía y luego a mí. Entonces se giró y me abrazó con fuerza. Yo tardé en reaccionar pero, finalmente, le devolví el abrazo.

-Gracias. De verdad… muchas gracias.

Después miró a Sofía, se giró, y se marchó corriendo. La vimos mientras entregaba su billete y caminaba por el túnel de acceso, y le sonreímos cuando volvió la cabeza hacia nosotras. Parecía feliz, y aliviada. Parecía vivir otra vez.

-Dime, ¿no te sientes mejor? –le pregunté a Sofía, cogiendo su mano.

-Por ella… desde luego, pero a nosotras nos esperan momentos difíciles. Gretchen no es alguien que se rinda fácilmente.

-Pero ha merecido la pena.

-Pregúntamelo en otro momento –comentó malhumorada.

-Y además me he enterado de cuál es tu apellido –le dije, ignorando su comentario.

-No cantes victoria todavía. Uso varios apellidos.

-Total, que no es el tuyo de verdad –dije fastidiada.

-No.

-Pues vaya. ¿Me lo dirás algún día?

-Puede… si sobrevives.

Yo decidí ignorar su comentario. Me estaba pareciendo que era bastante exagerada. En ese momento, vi de reojo como Sofía miraba su reloj.

-Supongo que ya es hora de que te lleve a tu casa.

La miré con tristeza.

-No me apetece nada. Siento como si no hubiese pasado contigo más que unos pocos minutos.

-No me mires a mí. Tú nos has metido en esto y a cambio has acortado nuestra noche.

-En eso tienes toda la razón.

-Y por cierto, no me ha gustado nada la forma que has tenido de enfrentarte a Gretchen ¿Pero en qué estabas pensando? ¡Solo eres una mortal corriente!

-No iba a hacerme nada dentro del local. Por eso me puse chula.

-Pero sí que puede hacértelo fuera y en cualquier momento y lugar. A partir de ahora tendremos que ser muy precavidas durante las horas de oscuridad porque podría ir a por ti.

-Pues sí que es rencorosa.

-No lo sabes tú bien –Sofía resopló -. ¡Ufff!. Va a ser muy duro protegerte a todas horas.

-¿Significa eso que te veré más a menudo? –le dije, sonriendo. En aquellos momentos estaba tan exultante que no era consciente del peligro que se cernía sobre mí. Yo tan solo quería estar con ella, y si debido a todo aquello iba a verla más, pues la verdad, de haberlo sabido lo habría hecho antes.

-Anda, vámonos –me dijo, sin responderme, tirando de mí en dirección a la salida.

CAPÍTULO 12

La vuelta a casa no la hicimos volando, *menos mal*, sino en taxi, y después paseando. Tardamos mucho más, pero resultó bastante más agradable.

Yo fui callada durante la mayor parte del camino de vuelta, pensando un poco en todo lo que había ocurrido. Aunque finalmente habíamos tenido que marcharnos apresuradamente, no había sido, para nada, una noche desaprovechada. Todas las horas que pasaba junto a ella eran como una brisa de aire fresco para mí, que me alejaban de la deprimente vida que había conocido hasta ahora y me acercaban a una nueva, todavía enigmática y algo desconcertante, pero también envolvente. Me sentía extrañamente fascinada por el nuevo mundo que estaba descubriendo, pero, sobre todo, estaba muy enamorada, y quería demostrarlo en todo momento. Cuando llegamos al portal, me decidí por fin a preguntar lo que me había estado preocupando durante el camino de regreso.

-¿Te he avergonzado mucho hoy? Creo que te has enfadado mucho conmigo.

-No es eso… *exactamente*. Estoy muy impresionada y muy orgullosa de ti. Eres muy valiente…. pero también muy impetuosa. Debes controlarte más, porque en el mundo de los vampiros, la impaciencia puede pagarse cara. Por eso me he enfadado. Si te ocurriese algo, yo… no me lo perdonaría jamás.

-Lo siento –dije, con humildad -. Es que era superior a mis fuerzas. Aquella pobre chica triste y desesperada, condenada a morir a manos de una caprichosa vampira… Sencillamente, no pude aguantarlo. De todas formas, no es verdad que sea valiente, sino más bien, todo lo contrario. Hay muchas cosas que no me atrevo a decirte.

-¿Como cuáles?

La miré a los ojos. Ella siempre me daba esos segundos que yo necesitaba para armarme de valor y colocar mis sentimientos por encima de lo que me decía mi cerebro, y yo lo apreciaba.

-¿Te importaría… besarme? –le supliqué.

Lentamente, Sofía acercó su rostro al mío y, con extrema delicadeza, apartó los cabellos que tenía delante de los ojos y enredados después de una noche movida. Yo empecé a temblar de pura excitación ante lo que se me avecinaba y cuando vi que abría sus labios y empezaba a cerrar el mínimo espacio que había con los míos, cerré los ojos y me dejé llevar. Parece mentira, pero ya casi me había olvidado de lo que era sentirla y recibí su beso como una auténtica colisión de trenes, teniendo que esforzarme para soportar tanta impetuosidad.

Yo esperaba a una Sofía cuidadosa y tierna, y en cambio me encontré a alguien que me deseaba tanto como yo a ella. Sus labios cubrieron los míos una y otra vez, deslizándose con suavidad, pero también con decisión, e invitándome a abrazarla, a empujarla hacia mí. Éramos dos fuerzas desatadas que luchaban por dominar una a la otra, descontroladas, poderosas, insaciables. Yo movía mis manos por su espalda hasta que encontré un lugar por el que introducirlas bajo su ropa, y entonces, comencé a apretar su piel, gélida pero llena de vida, mientras mi boca no era capaz de mantenerse quieta y besaba, mordía y chupaba la suya, para desviarse segundos más tarde hacia su cuello, su barbilla… Estaba sencillamente extasiada.

Claro que ella tampoco se quedaba manca.

Sus labios intentaban seguir a los míos, que se movían desbocados, pero sus manos habían tomado la delantera y avanzaban por mis muslos, subiendo con rapidez.

Fueron unos momentos de máxima intensidad en los que nos olvidamos por completo de

dónde estábamos y quiénes éramos. Sin embargo, todo llega a su fin, y en el momento que abrimos los ojos para situarnos, nos dimos cuenta de que no podíamos seguir así, haciendo aquello, y menos allí. Ambas estábamos jadeando y de haber sido más pronto, habríamos servido de espectáculo gratuito para los transeúntes. Por suerte para nosotras, era tarde y no había nadie, y, lentamente, conseguimos que nuestros cuerpos se relajaran, aunque, yo no sé ella, pero mi necesidad no disminuyó en absoluto.

-C-creo que te necesito. No s-sé cómo voy a aguantar sin ti –le dije, dejando escapar las palabras en forma de plegaria.

-No creas que yo estoy mucho mejor que tú.

-¿Y si me das quince minutos y… ya sabes, subes por la ventana?

-No debería. Si tus padres nos descubren sería un desastre.

-Lo que será un desastre es sí ahora me dejas así –le dije, y me acerqué de nuevo para besarla. A nada que nos tocáramos, todo mi cuerpo despertaba y se ponía en alerta roja. Era el momento.

-No –dijo Sofía, separándose de mí, no sin esfuerzo –. No podemos hacer eso.

-Di mejor que no quieres –le dije, enfadada, pero sobre todo, muy frustrada.

-¿De verdad crees eso?

Agaché la cabeza, avergonzada. Claro que no lo creía. Sabía, sentía, que ella estaba igual que yo.

-No. Y no quería decir eso.

-Lo sé. Creo que ya voy conociéndote un poco como para darme cuenta de que a veces tus palabras van bastante por delante del resto de tu cuerpo.

La miré. Ella era preciosa y yo no; ella tenía una paciencia infinita y yo ninguna; ella era inmortal y yo, una simple humana. No nos parecíamos en nada y, sin embargo, ambas queríamos lo mismo. Tenernos la una a la otra.

-Lo siento, pero tendremos que esperar un poco más.

-Pues no sé si podré –reconocí, más quejándome que ablandándome -. ¿Vas a subir o no?

Se lo pregunté irritada y no solo por la frustración que sentía en mi interior, sino también por ser tan joven, vivir en casa de mis padres y no poder disponer de mi propia vida…

… para estar a solas con ella, mi novia vampira.

-Solo si me prometes que te contendrás.

-Te lo prometo –le dije a regañadientes.

Abrí la puerta del portal y entré.

-*Vaya rollo* –murmuré antes de cerrar la puerta.

La casa estaba a oscuras. Estaba claro que mis padres se habían acostado ya, aunque, seguramente, mi madre permanecía al acecho, esperando mi regreso. Procuré no hacer demasiado ruido (tampoco hacía falta desvelarlos), pero sí el suficiente como para que mi madre se diese cuenta de que había regresado, y me dirigí directamente a mi cuarto.

Por supuesto, en cuanto encendí la luz y miré hacia la ventana, allí estaba ella, mi Sofía, esperándome. Rápidamente cerré la puerta y me fui a abrirle la ventana.

-¿Puedo decirte algo antes de que entres? –le dije en voz muy baja.

-Claro.

-Te quiero con locura.

-Y yo estoy loca por ti.

Sofía se inclinó hacia dentro y acercó sus labios a los míos. Cada vez que los sentía, me sorprendía su suavidad, que comparaba con el roce de una pluma. Era sencillamente maravilloso.

-Perdona por haber gruñido abajo. Es que…

-No te preocupes. Lo entiendo. A mí me pasa lo mismo, solo que he tenido más años para prepararme.

-Bueno, de todas formas, eso ya no importa. Ahora entra y dame algo de tiempo para cambiarme.

-Tranquila. Lo tienes.

Miré la hora en el despertador. La una y veinte de la madrugada. Todavía tenía seis horas por delante para dormir… junto a ella, aunque sabía que no iba a poder hacerlo. De todas formas, tenía que organizarme. Lo primero que hice fue ponerme el pijama, ignorando que Sofía estaba justo detrás de mí. Respetuosa hasta el final, no dijo ni una palabra mientras yo me cambiaba, lo cual me facilitó mucho la tarea. Después de todo, nadie excepto mis padres me había visto nunca desnuda. Pero yo seguí con lo mío y salí en silencio para hacer una visita al cuarto de baño. Cuando regresé, ya preparada, cerré la puerta y me acerqué a ella, esperando cogerla por sorpresa, y la abracé por la cintura y apoyé mi mejilla en su espalda. Yo sabía que me había oído, pero no se movió ni un milímetro y, simplemente, cruzó sus brazos sobre los míos.

-Has tardado mucho –me dijo.

-Cómo se nota que no eres humana. Tenemos que hacer muchas cosas antes de acostarnos.

Sofía se giró y pasó sus brazos alrededor de mi cuello.

-Es verdad que hace mucho tiempo de eso, pero creo que podré recordarlo a través de ti.

-Entonces tendrás que estar pendiente de mí todo el tiempo. Así aprenderás más rápidamente.

-Esa es la idea –dijo sonriendo. Acercó su rostro al mío, y nuestros labios se unieron en una comunión casi perfecta. Aún con los ojos cerrados, sentía que casi podía ver a Sofía abrazándome y besándome, y notar la presión de sus brazos, que me atraían hacia ella y aumentaban el deseo de querer adentrarme en su mente y en su cuerpo.

Fueron unos momentos en los que solo quería sentirla, notar su cuerpo y acariciar sus labios con los míos.

-Creo que podría acostumbrarme a esto –le dije, entre susurros, una vez nos hubimos separado.

-Yo diría que ya lo has hecho.

Sin poder evitarlo, un bostezo se escapó de mi boca.

-Estás cansada. Lo entiendo.

-No, no lo estoy.

-Sí que lo estás. Es muy tarde y todavía no estás habituada a trasnochar tanto.

-A lo mejor debería cambiar mis hábitos de sueño si quiero quedarme más tiempo contigo. Quizás debería echar una buena siesta todas las tardes.

-Supongo que no sería una mala idea, pero ahora… ¿por qué no te acuestas?

-Es que…

-¡Ya vamos a empezar! –Sofía me regañó, pero en su rostro se reflejaba un fastidio simulado, porque rápidamente esbozó una sonrisa. Disfrutaba con mis gruñidos, cuando eran fruto de lo mucho que deseaba estar con ella.

-Está bien, me iré a la cama.

-Así se hace. Y yo me quedaré a tu lado, acariciándote hasta que te duermas.

-Eso me gusta.

Pensé entonces que Sofía debía de esforzarse mucho por mí, porque para ella, quedarse toda la noche sin hacer nada, a mi lado, mientras dormía, era casi como si yo me quedase quieta todo

el día delante del televisor. Aquello no era justo.

-Pero tienes que prometerme una cosa –le dije entonces.

-Tú dirás –respondió Sofía, intrigada.

-Que cuando me haya dormido tú te marcharás.

Sofía sonrió.

-¿Por qué? ¿Tienes miedo de que me aburra?

-No quiero que pierdas el tiempo. Estoy segura de que se te ocurrirán muchas cosas que hacer mejor que quedarte sin hacer nada.

-No se me ocurre nada mejor que hacer que estar a tu lado, observándote mientras duermes. Te aseguro que es una delicia.

-Te lo pido por favor. No quiero que pases otra noche aburrida por mi culpa.

-¡Pero si yo no me aburro! ¿Es qué todavía no entiendes cómo es la vida de un vampiro?

-Mmmm… supongo que no.

-Métete en la cama y te lo contaré.

Hice lo que me dijo y me sentí como una niña pequeña siendo arropada por su madre, con la salvedad de que lo que yo sentía por Sofía no se parecía en nada a lo que sentía por mi madre.

-Verás –comenzó a explicarme -. Los vampiros llevamos una vida que se basa en tomar la vida de otros, y no me refiero únicamente a la sangre.

-¿A qué entonces?

-Solo somos capaces de sentirnos vivos de verdad cuando tenemos a alguien a nuestro lado que lo está. Por eso nos rodeamos de humanos tanto como podemos. Y por eso, cuando te observo mientras duermes, cuando sonríes, o simplemente cuando me miras, me siento más viva que nunca, aunque tú no te des cuenta. Es… cómo ver una película que no te deja respirar ni un solo instante por si te pierdes algo interesante.

-¿Me estás diciendo que soy como una película de terror? –pregunté, divertida.

-De terror no. De intriga. Y una muy buena, he de añadir, en la que cualquier cosa que ocurre es tremendamente interesante y reveladora.

De nuevo Sofía me había dejado sin palabras. Qué podía añadir a aquello, salvo reconocer mi derrota.

-¿Y dime, qué te revelo yo? –conseguí preguntarle entre bostezo y bostezo.

-¿Si te lo digo cerrarás los ojos y te echarás a dormir?

-Hecho.

-Una belleza inimaginable, tan deslumbrante que es imposible no fijarse en ti.

Sonreí, agradecida, y cerré los ojos.

-Gracias, Sofía… mi querida Sofía.

Sentí como mi mano se cogía a la suya, y sus labios besando mi mejilla. La delicia de su piel, fría, pero para nada muerta, me llenaba de vida y me cubría con un manto invisible de felicidad indescriptible. Era lo más maravilloso del mundo.

Segundos después, caí en un profundo sueño, quedándome con sus dedos acariciándome la frente como último recuerdo.

No sé en qué momento me dormí, pero evidentemente, amanecí sola. Miré a mi alrededor y palpé en toda la cama. Incluso miré debajo como una tonta, solo para asegurarme de que ella no estaba conmigo. Lo que sí había era una nota bajo la almohada. Escrito en un pequeño trozo de papel, Sofía había puesto: “Hasta mañana por la noche. Te quiero. S.”

Besé la S escrita en el papel, para después apretarlo contra mi pecho, henchida de una euforia desconocida para mí. Aquella mañana yo era la mejor versión de Anika y quería que se

me notase, así que puse en marcha con todo el ánimo que pude.

Sabía que mi madre me observaría todo el rato y que estaría a punto de saltar para preguntarme qué me pasaba y por qué me encontraba así, pero tuvo el buen gusto de ser paciente y esperar. Ni siquiera pareció molesta por haberme levantado a las once de la mañana. Supongo que consideró que era normal tras una noche de fiesta. Lo cierto es que estaba muy cansada. Después de todo, Sofía tenía razón al decirme que no estaba acostumbrada a trasnochar tanto y, mucho menos, a tener tanta actividad social.

Por lo demás, el domingo transcurrió sin demasiada emoción. Recogí mi cuarto, repasé algunas cosas por si al día siguiente me preguntaban en clase y, en general, me preparé para una nueva semana en el instituto que, como venía siendo habitual, no prometía ser demasiado emocionante, sino más bien todo lo contrario. De repente me había dado cuenta de que vivía de noche y moría un poco cada día, mientras esperaba a que se pusiera el sol. Menos mal que Sofía me reanimaba cada vez que llegaba y todo mi cuerpo se electrificaba con sus besos y sus miradas, haciendo que mi corazón latiese de nuevo.

Solo la llegada de la noche prometía traer algo de interés y por eso me preparé a conciencia. Al contrario de lo que solía hacer, me estaba empezando a acostumbrar a cenar sola en mi cuarto, y sabía que eso estaría despertando sospechas en mis padres.

Pero me daba igual.

Lo primero era lo primero. Es decir, Sofía.

Aquel día el Sol se ponía a las siete cuarenta y ocho minutos, porque me había entretenido en mirarlo en internet. Teniendo en cuenta que mi ordenador era una auténtica patata, aquello era todo un éxito. El caso es que, a las siete y cuarenta minutos ya estaba yo con mi cena preparada, fría, por supuesto, para no tener que preocuparte por ella, con la radio puesta para disminuir las posibilidades de ser escuchadas y pendiente de la ventana.

Recordé la noche anterior y todo lo que había ocurrido. Había muchas cosas en las que pensar. Sofía, Adele, Sofía, vampiros, Sofía… en fin, qué no se me iba de la cabeza lo que había experimentado aquella noche, y no me refería al miedo que había pasado mientras salvábamos a Adele de los colmillos de Gretchel. De pasada recordé que también había visitado a Bobby, pero me pareció una imagen tan lejana, que casi no la identifiqué como de hacía tan solo unas horas, sino como si me hubiese ocurrido hacía años.

Increíble.

Me agobiaba un poco que no me podía quitar de encima el cúmulo de sensaciones que nublaban todo mi sentido común y me preguntaba hasta qué punto lo habría hecho realmente. ¿Estaba obsesionada con todo aquello, tan novedoso para mí, del mundo de los vampiros, y con el hecho de que tener a una como novia, o por el contrario, todo era justo lo que parecía, la consecuencia de querer a alguien, cuyas características… digamos *especiales*, eran en cierta forma lo de menos?

A veces no lo tenía muy claro.

Pero lo que sí tenía claro era que estaba enamorada de Sofía, pero que *muy enamorada*, y aquello me hacía sentir… sencillamente *genial*.

En medio de todos esos pensamientos, un golpe seco en la ventana llamó mi atención. Había sido muy suave, pero no me lo había imaginado, de eso estaba bien segura. Mi corazón dio un vuelco esperando ver a Sofía, pero cual sería mi sorpresa cuando descorrí la cortina y distinguí la figura que apareció frente a mí.

Gretchen.

Estaba sonriente, con la boca semiabierta, mostrando sus colmillos. Inconscientemente, di

dos pasos hacia atrás, sobresaltada, no solo por su aparición sino por el amenazador aspecto que mostraba.

-Hola, Anika –dijo a través del cristal. Su voz me llegó amortiguada, pero lo suficientemente clara como para entenderla y captar que su tono intentaba resultar seductor, quizás lo suficiente como para hacerme salir o invitarla a entrar.

No sabía si los vampiros tenían algún tipo de poder para controlar la voluntad de los demás, tal y como aparecía en las películas, pero no me apetecía nada averiguarlo, así que eché la cortina y bajé la persiana.

-No podrás librarte de mí, Anika –dijo desde el otro lado.

Aquello me encendió. Ella me asustaba, sin duda, pero no iba a dejar que lo supiese y, mucho menos, que me atemorizara en mi propia casa, así que volví subir la persiana y a descorrer la cortina.

Seguía en la misma postura que estaba hacía unos segundos, y me lanzaba la misma mirada desafiante y llena de rabia, oculta tras su sonrisa. Recordé entonces que no podían entrar a menos que la invitara y decidí mostrarme más valiente de lo que me sentía. Abrí la ventana, pero permanecí a una distancia prudencial, alerta, pendiente de cada palabra que dijese fuese a permitirle entrar sin darme cuenta.

-Me parece que no te das cuenta de lo que estás haciendo –le dije. Ella no se lo esperaba y se echó ligeramente hacia atrás. Después, empezó a sonreír, satisfecha con el hecho de que quizás hubiese una posibilidad para entrar.

-No, no te hagas ilusiones –le dije, cortándole el rollo -. Aquí no hay sitio para ti y, si continuas molestándome, tampoco lo habrá ahí fuera. Sofía acabará contigo en un abrir y cerrar de ojos.

-Estás muy segura de ella.

-Estoy *completamente* segura y ya conozco cómo se las gasta. No te recomiendo que te enfrentes a ella.

-Yo también la conozco. También la he visto cazar y devorar… y hemos tenido nuestros momentos. ¿No te ha hablado de ellos?

Si lo que intentaba era molestarme, estaba haciendo un buen trabajo. Imaginar a Sofía junto a otra mujer era ya bastante difícil como para encima añadirle la presencia de aquella vampira desgraciada y carente de principios. ¡Mierda! La odiaba tanto que por un momento incluso pensé en invitarla a entrar para aporrearle la cabeza contra la pared… cosa que evidentemente, no hice.

En lugar de ello, me limité a morderme la lengua y permanecer callada.

-No soy muy amiga de contar *chismes* –le respondí.

-Ya, bueno, supongo que no te habrá contado todos los detalles porque–continuó diciendo -, claro está, no es algo apto para menores y tú todavía eres una chiquilla.

Ahí tenía yo una oportunidad de responder y decidí aprovecharla.

-Esta chiquilla ha sido capaz de arrebatarte a tu novia humana sin demasiado esfuerzo, a pesar incluso de tus encantos vampíricos. Supongo que con la edad habrás perdido facultades. Eso es algo que no perdona a nadie, ni siquiera a ti.

-Mis facultades están muy por encima de ti y esa ingenua vampira tuya. No obstante, he de reconocer que me tienta comprobar hasta qué punto quiere defenderte. Quizás no le importes tanto como tú crees.

-Yo no lo creo. Lo sé. Y en todo caso, lo interesante sería ver cuánto tarda en descuartizarte.

-Vaya, vaya, sí que eres arrogante, *niña malcriada*. Tienes potencial, eso te lo concedo. Quizás podrías resultar divertida. Estoy segura de que si vinieses conmigo podría enseñarte más

cosas que tu querida Sofía.

-Ni en sueños. Confórmate con seguir existiendo en esa miserable vida que llevas. Ahora lárgate a buscarte a otra a quien asustar.

Eché la cortina de nuevo y me dejé caer en la cama, intentando olvidarme de su presencia, pero pensando que Gretchen no iba a cansarse y que a lo mejor tendríamos que acabar con ella, antes de que ella lo hiciese con nosotras, y aquello sí que era un auténtico problema.

Cuando llegó Sofía unos diez minutos más tarde y se lo conté, no le hizo demasiada gracia.

-Ya me imaginaba algo por el estilo. Gretchen se ha tomado muchas molestias para hacerte este numerito.

-No entiendo –dije, sin alcanzar a comprender a qué se refería.

-Verás. Para empezar, tuvo que seguir tu olor nada más salir del *Colti*, para que no fuese demasiado tarde y perderlo. Después de localizar dónde vivías, se marchó a su refugio y se dispuso a dormir antes incluso de anochecer, con las persianas completamente levantadas para conseguir despertarse justo en cuanto se fuese el Sol y poder disponer de unos minutos antes de que yo llegase.

-Vaya.

-Así que tenemos un buen problema, porque no es de las que suele soltar a una presa en cuanto le echa el ojo. Es mala hasta la mismísima médula.

-¿Y qué vamos a hacer?

-No lo sé todavía. Lo que tenga pensado para ti no lo llevará a cabo inmediatamente porque antes quiere hacerte sufrir, pero ten por seguro que algo se le ocurrirá. Para empezar, tendrás que ser más precavida.

-¿A qué te refieres?

En ese momento la puerta de mi habitación comenzó a abrirse, y en abrir y cerrar de ojos, Sofía desapareció de mi vista, mientras que yo me giraba rápidamente y me tumbaba en la cama.

Mi madre se asomó con naturalidad fingida.

-¿Has terminado de cenar, hija?

-Sí mamá, ahora iba a llevar las cosas. Es que estaba algo adormilada escuchando la radio.

-¿Esas voces eran la radio? Pues la tienes muy fuerte. Bájala un poco.

-De acuerdo, mamá, ahora lo hago.

Mi madre entró y recogió el plato y el vaso vacío. Miró a su alrededor como si buscase a alguien, al igual que yo, solo que en mi caso por pura curiosidad, porque no tenía ni idea de en dónde se había escondido Sofía.

-No te acuestes muy tarde que mañana hay clase.

-Está bien, mamá.

Cuando hubo salido, me senté en la cama y esperé.

-¿Sofía? –susurré.

-Aquí arriba –dijo su voz. Yo miré hacia arriba… y ahí estaba, en el techo, cogida como una auténtica garrapata.

-¿C-cómo lo haces? –pregunté, sorprendida.

Sofía se dejó caer justo al lado de la cama, adoptando una postura *cuasi* felina, amortiguando cualquier tipo de ruido. Después se levantó y se sentó junto a mí pero en el lado más próximo a la ventana y también el más alejado de la puerta.

-Los vampiros somos depredadores natos. Todo nuestro cuerpo está adaptado para la caza y disponemos de capacidades que superan enormemente a las de un humano. Por ejemplo, podemos trepar y adherirnos a las superficies con extrema facilidad, como ya habrás podido

observar, gracias a nuestras uñas, que son tan fuertes como el mismo acero.

-¡Caray! –exclamé, y recordando nuestra conversación, volví a centrarme en lo que verdaderamente importaba -. Bueno, me estabas diciendo que debía ser precavida. ¿A qué te refieres?

-Para empezar, nada de salir sola después de anochecer, sea donde sea, aunque se trate de ir a comprar. Te lo prohíbo.

-Hecho.

-Yo vendré todas las noches para comprobar que todo va bien y a echar un vistazo por los alrededores. Igual que puedo captar tu olor, también puedo hacerlo con el suyo, así que podría incluso rastrearlo hasta su guarida.

-Eso me gusta.

-Pero ella también es capaz de hacerlo, así que cuando venga, me aseguraré de ir a un lugar diferente cada noche. Podría sabotearme mi refugio, aunque conociéndola, creo que yo no soy un objetivo para ella, como no sea a través de ti. En realidad, creo que lo que más le gustaría es hacerme daño haciéndotelo a ti.

Y antes de que pudiera añadir algo a aquello, continuó hablando.

-Como ella también será prudente, sería inútil buscarla… por el momento. Aunque ambas sabemos lo que nos gusta, así que, seguramente, nos encontraremos tarde o temprano.

-No quiero que te arriesgues por mí –le pedí, preocupada por su seguridad. Para mí ella era más importante que yo misma.

-¿Es qué se te ocurre otra razón por la cual hacerlo?

-Supongo que no.

-Entonces cállate.

Sonreí. Me encantaba ser protegida por Sofía. Era una prueba más de cuánto le importaba. Sin poder evitarlo, la abracé.

-Sé que me protegerás, así que no estoy preocupada. Pero protégete tú también, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Nos dimos un beso y a pesar ser pronto, no tardó en invadirme el sueño. A su lado, el tiempo no tenía el mismo valor, y cada minuto que estaba junto a ella, se me hacía largo y escaso al mismo tiempo.

-Anda, vete a dormir –me dijo.

-Sabes que no quiero hacerlo –repliqué. Sentía que era aún demasiado temprano.

-Tu cabeza puede que diga que no, pero el resto de tu cuerpo no opina igual. Te aconsejo que le hagas caso.

A regañadientes, no tuve más remedio que acostarme, aunque lo hice abrazada a ella y, para asegurarme de que todavía no se iría, empecé a hablarle de mi penosa vida. Le hablé de mis temores, los insignificantes problemas con las chicas del instituto y de lo poco que me gustaban algunos profesores.

-Parece que tienes una vida de lo más entretenida –me comentó Sofía en cierto momento.

-Si crees eso es que no me has entendido. Todo es absurdo y sin sentido. Sé que tengo que estudiar y todo eso, pero es que… me aburre la gente. Todos están preocupados únicamente en conseguir una especie de estatus social, y cuando algunos de nosotros no encajamos en su idea de lo que debe ser, nos apartan e insultan continuamente. Es un asco.

-Entiendo. Entonces lo que te molesta es que te dejen de lado.

-No, para nada. Lo que me molesta es que no me acepten como soy. Que para ellos todo sea

blanco o negro, sin tonos intermedios.

-Y tú eres un tono intermedio –dijo Sofía.

-Sí. Muy intermedio.

-Pues eres mi color favorito.

Aunque sabía que apenas podía verme en la oscuridad, la miré y sonreí. Tenía sueño y estaba bastante cansada, pero escuchar las palabras de cariño que me decía Sofía siempre me reanimaban.

-No dejes nunca de decirme cosas así –le pedí, mientras me abrazaba a ella.

-Te aseguro que así será. Ahora, duérmete, cariño –me dijo, mientras una de sus manos me acariciaba la frente con ternura.

-En ello estoy –murmuré, mientras cogía su mano entre las mías y me dejaba arrastrar por el sueño profundo, sintiéndome completamente segura a su lado.

CAPÍTULO 13

Aquel lunes fue el primero en el que al despertarme me sentía plenamente satisfecha por el fin de semana que había pasado. Parecía que después de todo, por fin tenía una vida más allá del instituto y eso me hacía sentir… estupendamente, la verdad.

Estaba completamente abstraída mientras me vestía, desayunaba y preparaba las cosas. Mi madre lo atribuiría, esperaba yo, al habitual amodorramiento de estar recién levantada, pero yo empecé a darme cuenta de que antes o después tendría que olerse algo. Mi madre sería todo lo pesada que yo quisiera, pero no era tonta.

Sin embargo, yo todavía me sentía invulnerable ante ella o cualquier otra persona porque por el momento había conseguido tener un mundo privado desconocido para todos aquellos que me rodeaban, lo cual me daba una gran seguridad y satisfacción. Así, mi mente se entretenía, involuntariamente pero con todo mi beneplácito, divagando con imágenes de Sofía paseando a mi lado, besándome, abrazándome y un sinfín de cosas más. *Fantasías de adolescente,* habría dicho hace unas cuantas semanas, pero ahora… ¡todo era posible!

Mientras me dirigía a clase sentía que el instituto y todo lo que hasta entonces me había parecido tan importante, era de lo más absurdo, insípido y completamente aburrido, tal y como le había dicho a Sofía la noche pasada. Ya no me interesaban las clases, ni los cotilleos con las compañeras… de lo cual, por otra parte, tampoco solía tener mucho, ni me importaba lo que dijeran de mí *Repabe*. Sabía que todo lo que el día no *era* para mí, sí lo sería la noche y con esa idea pensaba sobrevivir. Con eso y también con el recuerdo de Sofía la noche anterior, a mi lado, acariciándome mientras dormía.

Su aroma permanecía en mi recuerdo, tan nítidamente que casi podía olerlo a cada instante. Cada bocanada de aire que inspiraba se convertía así, automáticamente, en una nueva ocasión de saborear la piel de *mi vampira* y un nuevo viaje a todo un mundo de sensaciones.

Con todo ello, sentía que me encontraba a otro nivel, diferente al que había llevado hasta entonces, pero también con respecto a las demás. Pensé que entendía un poco mejor los conceptos de vivir y morir, y que era… un poco más madura. Esperaba que todo ello me diese también la fortaleza suficiente como para soportar cualquier ataque o problema que pudiese surgir, porque, evidentemente, dudaba mucho de que la cosa fuese a quedar así. Rebeca siempre tenía la última palabra en todo y yo no debía confiarme en que eso fuese a cambiar.

Aquel lunes, todo pareció ir bien al principio. Las mismas clases de siempre, más rutinarias y aburridas que nunca, pero nadie cerca intentando hacerme daño, ni siquiera durante los cambios de aula. Pero todo cambió durante el recreo. Mientras estaba comiéndome mi sándwich de queso y margarina, Lidia se me acercó inesperadamente.

-Hola.

-Hola –le respondí, sin apartar la vista de mi comida. En aquellos momentos tenía tal subidón que no me interesaba en lo más mínimo lo que pudiese querer, aunque sí que estaba sorprendida de que hubiese venido a hablar conmigo. De todas formas, todavía tenía muy reciente en mi memoria lo que había ocurrido en la discoteca. Podía perdonar… pero no olvidar.

-Yo… quería hablar contigo.

-Pues hazlo.

Estaba siendo muy antipática y lo sabía, pero es que su comportamiento había dejado mucho que desear. Me había abandonado y, además, había demostrado que pensaba de mí lo

mismo que las otras. Se había puesto a su nivel y a mí, por debajo de ellas. Yo me sentía humillada y engañada y eso no podía desaparecer así como así.

-Es que quería pedirte p-perdón por lo de la noche del sábado. Yo… no sé qué me pasó.

-Lo que te pasó es que por fin dejaste claro del lado de quién estabas –repliqué con dureza. No estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer con tanta facilidad -. Al final, no parece que haya mucha diferencia entre las otras chicas y tú.

-No, no fue eso –Lidia elevó el tono de voz y yo miré a mi alrededor para ver si a alguien le había llamado la atención, pero no fue así -. Es que… tú siempre eres tan negativa y te quejas por tantas cosas… ¡Yo también pasé por lo mismo que tú y lo solucioné!

-Lidia, no lo solucionaste para nada, si sigues saliendo con chicas estúpidas como esas. Son falsas, son ruines, y te volverán la espalda cuando tú necesites su ayuda. Yo contaba contigo y lo que no esperaba era ni que me dejases sola, ni mucho menos que me dijeras que podía *esperar sentada a que viniera alguien*. Bueno, pues al final sí que vino y no me quedé sola.

-Lo sé. Te vi con aquella chica… cuando os marchasteis.

¡Sorpresa! Lidia tenía un secreto. Ahora sólo era cuestión de tiempo que las demás lo supieran, y de que se corriera la voz en el instituto de que era una lesbiana. Ge-nial. Ya me veía etiquetada como marimacho para los restos.

-¿Era amiga tuya? –preguntó tímidamente.

-Lo es ahora –dije, esperanzada de que aún hubiese una oportunidad de mantener mi pequeño secreto y de que no se hubiese fijado demasiado en nosotras.

Suspiré. Aquello tampoco era justo. Lidia había sido mi apoyo durante mucho tiempo y, en cierta forma, no se merecía que la dejase de lado de mala manera. Al menos, le debía eso, así que lancé un largo suspiro de resignación.

-Mira. Te perdono, ¿vale? Supongo que esperaba más de ti y que tú te cansaste de estar siempre al lado de una perdedora. Siempre es más fácil ir al lado de los victoriosos y lo entiendo. Me hiciste mucho daño, pero ya está olvidado. Quiero decir, que se acabó y no voy a darle más vueltas.

-Entonces… ¿seguimos siendo amigas?

-Siiií, seguimos siendo amigas –dije de forma algo cansina -. Lidia me abrazó con fuerza y eso era lo último que me esperaba. Supongo que ella también me necesitaba, más de lo que le gustaba reconocer, así que le acepté el abrazo, e incluso se lo devolví.

-Bueno, y cuéntame. ¿Quién era esa chica?

Pero surgió el problema. ¿Debía confiarme a ella, o era mejor mantener las distancias? Decidí esto último. Lidia había demostrado ser débil y yo no tenía ganas de expandir mi forma de ser por allí y convertirme en el centro de todas las habladurías. Tenía que ser… diplomática.

Justo lo que yo no era, para mi desgracia.

-Bueno, se acercó a mí cuando me levanté de dónde estaba sentada y me invitó a dar una vuelta. Las dos estábamos solas.

-¡Oh! ¿Y…?

-Y… nada. Estuve con ella un rato, hablamos y después nos fuimos a dar una vuelta por ahí. Estuvo bien.

-¿Y por qué no volviste con nosotras después?

-Vosotras estabais bastante ocupaditas, ¿no lo recuerdas? –sin darme cuenta, había vuelto a salir todo el rencor que llevaba dentro. Estaba que saltaba a la primera.

-Vale, vale, no digo nada. Me alegro que no te quedaras sola, de todas formas.

-Ya, bueno, problema resuelto entonces.

Entre las dos se creó un extraño e incómodo silencio que apenas duró unos segundos, pero que pareció eterno. Supongo que Lidia esperaba que le preguntase sobre el chico y que cotilleáramos un poco, pero es que no me apetecía. No me interesaba saber nada sobre ella, porque entre otras cosas, ya no sentía que entre las dos había confianza suficiente. Estaba claro que las cosas entre las dos no estaban igual que antes. Apreciaba a Lidia, pero había perdido demasiados puntos y, con Sofía en mi vida, no tenía ganas de dejar sitio para nadie más.

-Perdona que te diga esto –dijo finalmente Lidia, rompiendo el silencio -, pero es que cuando os vi marchar, aquella chica y tú ibais cogidas de la mano.

¡Ups! Pues sí que estaba fijándose en mí. ¡Ya podía haberse interesado antes en lo que me pasaba, porras!

-Así es –le dije, conteniéndome todo lo que podía.

-Tú y yo nunca nos hemos cogido de la mano, y eso que somos... quiero decir, que hemos sido buenas amigas desde hace tiempo.

-Bueno, cada una expresa sus sentimientos de una manera distinta. *Esa chica*, como tú la llamas, me cogió de la mano para que fuese con ella porque vio que estaba medio llorando. Llámalo *sentimiento de protección maternal*, si quieres.

-Mmmm… bueno, supongo que podría ser por eso, porque de lejos parecía bastante mayor. Por lo menos debía tener veinticinco años o así.

Yo decidí seguir con mi sándwich, que ya estaba en las últimas, aunque se me estaba empezando a atragantar con tanta conversación y notaba como mi *Anika rabiosa* luchaba por salir al exterior. No me gustaba no expresar lo que sentía y andarme con rodeos.

Aguanta, aguanta. No te conviene saltar y enfadarte con ella, sobre todo ahora que habéis hecho las paces.

-No sé por qué le das tanta importancia a todo–logré decir.

-Perdona, Anika…

-¿… y ahora qué te pasa? –salté, irritada -. ¿Por qué preguntas tanto y por qué te parece todo tan extraño?

-Pues porque tú nunca has sido así. Nunca te has ido con alguien que no conoces, ni le has cogido de la mano a nadie.

-Pues mira, a lo mejor tenía que haberlo hecho antes, porque he de reconocer que desde entonces todo me va mejor.

-¡O sea que estás mejor con esa chica que conmigo! ¿Prefieres estar con ella?

-Esa chica tiene nombre. Se llama Sofía. No hables de ella como si fuese algo malo.

-Yo no estoy diciendo que sea malo. Sólo digo que es… diferente… que tú actúas como si fueses diferente.

-Así me siento desde que la conocí, por suerte, porque estando con vosotras no he hecho más que sentir pena de mi misma. Ahora por fin tengo una oportunidad para ser feliz.

-¿A qué te refieres?

Y llegamos por fin a ese punto en el cual todo mi cuerpo me pedía a gritos contarle lo que sentía, contarle al mundo entero que por fin me gustaba a mí misma y que no me importaba en absoluto lo que pensasen los demás, pero… ¿sería capaz? ¿Acaso sería peor hacerlo que callar?

A la porra.

-Lidia, quiero que entiendas esto. Te aprecio mucho y todo eso, y has sido muy buena conmigo, pero ahora mismo, lo único que me interesa es estar con ella. No es que tú no me importes, pero me resulta muy difícil pensar en nadie más, porque yo… verás… ella me gusta. Me gusta… mucho.

Por fin lo solté. Y después de decírselo, ya no podía parar, así que terminé de explicárselo.

-Estoy loca por ella y ella también lo está por mí, así que en estos momentos no dispongo de tiempo para nadie más y lo cierto es que tampoco me apetece demasiado compartirlo con alguien que no sea ella.

Que fuese lo que tuviera que ser. Ya estaba harta de comportarme como no era e intentar camuflarme entre los demás. Si se molestaba, que se molestara. Me daba igual.

Lidia se echó dos pasos hacia atrás y en su cara se reflejó el rechazo por lo que acababa de decir. En ese momento quedó claro que no iba a aceptarlo de buen grado, pero por mi parte, ya no había marcha atrás.

-¡Eres… lesbiana! –exclamó, bajando la voz para que nadie lo oyese.

-Yo… ¡oye! No sé si soy lesbiana, pero ella me gusta, me gusta mucho. Ella no sólo no me dejó sola como *otras*, sino que además me ayudó cuando… cuando me metí en apuro por culpa vuestra, y después se quedó conmigo. No le importó que me sobrasen varios kilos, ni tampoco que no fuese a la última. Sofía ha sido capaz de mirar en mi interior y ver más de lo que nadie ha podido descubrir jamás, incluida yo misma. Y en cuanto a ser lesbiana, no creas que no he pensado sobre ello, pero he mirado a todas las chicas del instituto con las que me he cruzado y en realidad no siento nada por ninguna de ellas, pero es que tampoco lo siento por ningún chico, así que he llegado a la conclusión de que no se trata de eso. Simplemente, me he enamorado y ha resultado ser de una chica en lugar de un chico.

-¡Eres una lesbiana! –ella seguía anclada en lo suyo -. Y yo… he estado contigo… todo el rato…

El cerebro de Lidia debía de estar lanzándole montones de recuerdos que tenía junto a mí, abrazándonos, yendo al servicio juntas, haciéndonos confidencias… y me daba la ligera impresión de que no lo estaba llevando demasiado bien.

-Te acabo de decir…

-Sí, sí, sí, ya he oído lo que me has dicho, que te gusta esa chica y nadie más. Pero eso no significa que no lo seas.

-Tampoco que lo sea. Es que sólo me gusta una persona. Ella. Y cuando la beso…

-¡Puajj!

La cara de asco de Lidia y su expresión acabaron conmigo. Definitivamente, si eso era con lo que iba a tener que luchar tras reconocer que me gustaba una chica, no sólo iba a estar sola, sino que los días se iban a hacer interminables.

-Lidia, tienes sólo dos opciones –decidí decirle finalmente -. O bien me aceptas tal y como soy y entonces podremos seguir siendo buenas amigas como hasta ahora, aunque no nos veamos tanto como antes, o ya te puedes ir al diablo porque yo no voy a cambiar ni a dejar de sentir lo que siento sólo porque a ti no te parezca bien. Y tienes mi permiso para ir corriendo a decírselo a Rebeca y compañía porque me da igual. Pero ten cuidado con lo que decidas, porque puede que no volvamos a hablar *nunca* jamás.

Lidia tomó su decisión en un abrir y cerrar de ojos. Sin añadir ni una palabra más, ni pestañear siquiera, se giró y entró en el edificio principal, dejándome sola y a mi suerte. Estaba claro que iba a tener que gestionar aquello por mi cuenta y riesgo, y además, desde aquel momento, enfrentarme a *Repabe*, porque si de algo estaba segura era de que al día siguiente, o aquella misma mañana inclusive, tanto ellas como el resto del instituto ya estarían al tanto.

Casi no me di cuenta cuando el timbre sonó porque en aquellos momentos, no sólo me sentía más sola que nunca, sino que además, odiaba a todo el mundo. Odiaba la hipocresía de los demás, el concepto de amistad que vendían cuando en realidad, por dentro, sólo se preocupaban

por ellas mismas, y, sobre todo, odiaba a Lidia, más incluso que a *Repabe*, porque finalmente se había quitado la máscara, mostrando una personalidad pobre y traicionera. Era una *falsa*.

Al diablo ella y al diablo todas las demás, mientras yo tuviera a Sofía a mi lado.

¡Ojalá estuviese ahora mismo a mi lado!

Por suerte, el resto de las clases transcurrieron sin novedad, pero eso no evitó que cuando llegué a casa, a eso de las tres de la tarde, todo mi optimismo hubiese sido sustituido por irritación y todo mi ánimo estuviese por los suelos. Así y todo, hice lo posible por no mostrar demasiadas emociones. Comí esquivando las miradas de mi padre y las preguntas de mi madre, y me fui directamente a mi cuarto. Necesitaba pensar. O mejor, necesitaba a Sofía, pero para eso todavía quedaban unas horas. De haber sabido exactamente dónde estaba su casa o refugio, como quiera que ella lo llamara, me habría ido directamente allí. Pero en lugar de eso, debía esperar allí, encerrada, hora tras hora, sin nada que hacer.

Era sencillamente desesperante.

-¡Anika! –la llamada de mi madre desde el salón me distrajo de mis cavilaciones. Eran exactamente las cuatro y media de la tarde -. ¡Teléfono!

Aquello no podía ser bueno. Nadie me llamaba nunca, salvo Lidia, y dudaba mucho que después de nuestra conversación hubiese decidido disculparse y cambiar de opinión. No. Debía de ser alguien peor.

Y yo ya sospechaba de quién se trataba.

Lentamente me arrastré hasta el salón, en donde mis padres estaban viendo la televisión. Todos los días se sentaban a digerir la comida viendo no-sé-qué serie que echaban después de comer. El teléfono estaba apoyado en la superficie de la pequeña mesita en donde se encontraba, justo a la entrada. Lo cogí, a sabiendas de lo que me esperaba, pero es que no había huida posible.

-¿Sí? –pregunté, de mal humor.

-¡Anika, hola! ¡Qué me han dicho! ¿Qué te has convertido en lesbiana? –efectivamente, yo tenía razón. Era Rebeca. ¡Cómo si no lo supiera! ¡Maldita fuera Lidia y toda su falsa amistad! ¡Cómo me fastidiaba tener razón! -. ¡No podía creérmelo cuando me lo dijeron! ¿Cómo ha sido eso?

¿Convertido? ¿Qué se piensa que es esto, una especie de moda pasajera? No se puede ser más idiota.

-Rebeca, ¿puedes hacerme un favor? –le pregunté, intentando adoptar un tono de indiferencia.

-Claro, Ani, lo que quieras –comentó animadamente.

-¡Pier-de-té!

Y colgué.

Miré a mis padres, que me observaban con los ojos muy abiertos. Había llegado el momento de confesárselo a ellos. Era mucho mejor eso que enterarse a través de la madre de alguna compañera de clase que se encontrasen por la calle.

-Mamá, papá... tengo que contaros algo.

Los dos se pusieron muy tensos y completamente derechos en el sofá.

-No es… algo malo, tranquilos. Al contrario, es muy bueno… al menos para mí, pero es… diferente.

-¿Qué es hija? ¿Qué ha pasado? –mi madre estaba empezando a ponerse muy nerviosa.

-No es nada grave, ya os lo he dicho, pero es que…

Las palabras no me salían. Me había resultado mucho más fácil con Lidia, pero eso era

porque estaba enojada. Ahora estaba tranquila y, tal y como me iba el día, no esperaba la mejor de las reacciones posibles por parte de mis padres. Mi mundo secreto estaba derrumbándose y a la vista de todos, y no me hacía ninguna gracia. No quería que me miraran de una manera diferente.

-Sea lo que sea, hija, puedes decírnoslo –me animó mi padre.

Tenía la boca seca y pastosa, y el estómago cerrado. Era el momento, pero mi cuerpo se revelaba contra ello.

-Bueno, pues allá va. He conocido a alguien que me gusta. Me gusta de verdad. Creo… creo que estoy enamorada.

Mi madre suspiró y cerró los ojos aliviada, llevándose incluso la mano al pecho. Mi padre, en cambio, continuó expectante, esperando algo más. Tuve la sensación de que él sabía que mi historia tenía una segunda parte.

-Hija, por un momento me has asustado –dijo mi madre, recuperada del susto inicial.

-Es que… hay más.

Mi madre volvió a ponerse derecha como un bastón y sus ojos se abrieron tanto que parecían dos discos de *dvd*.

-¿No estarás… embarazada?

Mi madre lanzó la pregunta que parecía atemorizarla, y debió notar en mí que no se trataba de aquello. Como no me lo esperaba, puse una cara rarísima y me eché ligeramente hacia atrás.

-No, no, para nada. No se trata de eso.

-¿Entonces qué es?

-Bueno. Es que…e-estoy enamorada… pero de una chica.

Bueno, ahora fue mi padre quien suspiró. Me pareció que para él eso no era muy importante y aquello me calmó. En cambio, mi madre, explotó.

-¡Pero qué estás diciendo! ¿Qué te gusta una chica? ¡Una chica! ¿Pero cómo… ?

-Espera un momento, mamá –le dijo mi padre, intentando tranquilizarla.

-¡Cómo que espere! ¿Qué significa qué *espere un momento*? ¿Es qué no te das cuenta de lo que significa que a tu hija le guste otra chica?

-Sí, claro que me doy cuenta. Significa que nuestra hija ha encontrado por fin a alguien que le gusta de verdad. ¿No es eso, hija?

-Sí –respondí rápidamente -. Eso es.

-¿Y fue con ella con quien te fuiste ayer?

-En efecto

-Bueno, pues no te preocupes. No hay nada de malo en estar con la persona que te gusta.

-¡Por supuesto que sí hay algo malo, papá! Es una chica, y eso… no es normal –replicó mi madre.

-¿Por? –dijimos mi padre y yo a la vez.

Mi madre no supo que responder.

-Mamá, ¿tú sabes lo que estoy pasando en el instituto? Se lo he contado hoy a Lidia y no sólo ha dejado de hablarme, sino que ya lo ha ido chismorreando por ahí. Era Rebeca quien acaba de llamarme, con su habitual tonillo de burla, y, por lo tanto, mañana seré el blanco de todas las miradas y todos los cotilleos, porque ya estará en boca de medio instituto –resoplé. Estaba hablando atropelladamente y me faltaba el aire -. Os lo he contado porque no quería que os enteraseis por ahí al hablar con otras madres, pero como dice papá, no hay nada malo en lo que he hecho y por supuesto no voy a dejarlo. Nunca había sido tan feliz como lo soy ahora. La quiero y ella me quiere a mí, y no hay nada mejor que eso.

Mi madre se quedó completamente callada. Sabía que yo tenía carácter, pero no me había visto usarlo de esta manera.

-¿Cuándo podremos conocerla? –me preguntó finalmente mi padre, recuperando un tono normal en un intento de reconducir la conversación.

¡Si no sé dónde vive, cómo voy a saber cuándo vais a conocerla!

-Hablaré con ella y veré lo que puedo hacer –les dije finalmente -. Siempre está muy ocupada.

-¡Dinos al menos su nombre! –exclamó mi madre, que estaba claramente descolocada.

-Sofía.

-Mmmm. Sofía –repitió mi padre, pensativo -. Pues dile, por favor, a Sofía, que estaríamos encantados si viniese a comer o a cenar un día de estos. ¿Se lo dirás, por favor?

-Sí, claro. En cuanto la vea –le respondí, riéndome por dentro al pensar que, evidentemente, tendría que ser a cenar.

En ese momento, volvieron a llamar al teléfono, pero esta vez, a mi móvil. Lo tenía en el bolsillo, así que lo saqué. Sofía no podía ser, así que debía tratarse de…

-Hola, Bobby.

-Hola, Anika. ¿Cómo vas?

Mis padres me miraban sin apartar la vista ni un milímetro de mí, algo que estaba empezando a agobiarme.

-Pues… *voy*. Estoy en casa, resolviendo una cuestión familiar.

-¡Ufff! Pues lo siento mucho, chica. Eso suena fatal. Cada vez que he tenido que hacer algo así he terminado mandando a la mierda a alguien y saliendo de casa dando un portazo.

-Sí, qué me vas a contar –dije, intentando no comunicar demasiado a mis padres -. De todas formas, parece que no me va mal del todo. ¿Y tú qué tal estás?

-Bueno, pues he tenido suerte. Me han llamado para trabajar en un local durante un par de semanas y empiezo esta noche. Te llamaba por si te apetecía pasarte.

-Imposible. Mañana tengo clase y no puedo salir de noche.

-Pues vaya tela. Si no te veo, ¿cómo voy a conseguir ligar contigo?

-Bobbyyyy… -le dije, remarcando su nombre. Al mismo tiempo, comencé a dirigirme hacia el cuarto.

-Ya, ya. Ya lo sé. Pero te dije que no iba a dejar de intentarlo.

Estaba empezando a agobiarme. Primero Rebeca, después mis padres, y ahora Bobby. Esto era acoso y derribo.

-Pues vas a tener que hacerlo –le repliqué, bajando la voz mientras abría la puerta de mi cuarto y me encerraba en él -, porque yo ahora estoy con alguien, como ya te dije. Además, de lunes a jueves estoy muy liada con las clases y a mis padres le daría algo si saliese también entre semana. Podemos vernos por la tarde si no tengo tareas, pero no por las noches.

-Oye, guapa, me lo estás poniendo muy difícil.

-Todo lo que puedo… sin pasarme –le dije suavemente. No quería enfadarme con ella, ni tampoco despreciarla. No tenía motivos -. Soy menor de edad, recuerda.

-Está bien. Tomo nota. Entonces, ¿qué tal mañana por la tarde?

Estaba insistiendo tanto que al final, claudiqué.

-Está bien, está bien. Mañana por la tarde.

-Estupendo. ¿A las cinco?

-A las cinco está bien. ¿En dónde?

-Mmmm…. En el centro, en la estatua grande del parque. ¿La conoces?

-Sí, claro.

-Vale, pues entonces, nos vemos mañana.

-Esto… Bobby, ¿pero qué vamos a hacer?

-¡Mañana te lo digo…! Hasta mañana.

-Hasta mañana, Bobby… y mucha suerte esta noche.

Cuando hube colgado, lancé el móvil en lo alto de la cama y resoplé. Me sentía como si hubiese peleado en tres batallas seguidas, una detrás de otra, y lo peor de todo era que no sentía que hubiese ganado ninguna de ellas. Ante Bobby, había terminado rindiéndome y mañana tendría que volver a defenderme de ella. Era una auténtica bomba de relojería que podía explotarme en cualquier momento.

Por su parte, Rebeca, se encargaría de que mi vida en el instituto fuese poco menos que un infierno. Y en cuanto a mis padres… aunque mi padre parecía habérselo tomado bastante bien, con mi madre la cosa no estaba igual.

Total, que de victoriosa nada.

Y me retrepé en la cama, agobiada por todo lo que se estaba acumulando a mi alrededor.

La vida puede volverse a veces muy complicada.

CAPÍTULO 14

La tarde avanzó lentamente, sobre todo porque yo no tenía ganas de hacer absolutamente nada, salvo ver a Sofía, y esperar a que se pusiera el sol y ella apareciese al otro lado de la ventana se convirtió en casi una obsesión. Además, el día había sido duro y necesitaba estar con ella, contarle todo por lo que había pasado y desahogarme.

Sin embargo, el sol se puso, la noche cubrió toda la ciudad, y ella no apareció. Quince minutos más tarde, ya estaba desesperada. ¿Dónde está? ¿Por qué tarda tanto? ¿Cuándo va a llegar?

Era demasiado exagerada, lo sabía, porque entre que se despertaba, se vestía y venía, media hora no era nada. Sin embargo, no podía evitar tener la extraña sensación de que no se trataba de un retraso normal. Sabía, sin conocer cómo ni por qué, que Sofía iba a llegar tarde debido a algún asunto importante.

De pronto, el teléfono sonó. Se trataba de un mensaje de texto. Me dirigí a la mesilla y lo cogí.

Era de Sofía.

Ávidamente, lo abrí y lo leí, y solo había una palabra:

"¡Sorpresa!"

En ese momento, mientras todavía estaba intentando comprender el significado del mensaje, sonó el portero electrónico. Todavía con el teléfono en la mano y casi como si estuviese hipnotizada, me acerqué a responder.

-¿Sí?

-Hola.

La voz de Sofía me impactó de tal forma que no sólo aumentó toda la temperatura de mi cuerpo, sino que mis músculos se tensaron, y mi cerebro pareció quedarse completamente en blanco.

-¿Anika? Soy Sofía.

-S-Sofía, ¿q-qué haces?

-Venir a verte. ¿Vas a abrirme la puerta o tendré que subir por el método acrobático?

Rápidamente mi dedo pulsó el interruptor que abría la puerta, y escuché como la empujaba y después la cerraba.

¡Lo último que yo me esperaba!

-¿Anika? –mi madre estaba llamándome desde la cocina. Evidentemente, ya sospechaba lo que ocurría. Menos mal que al menos había tenido la oportunidad de hablar con ellos antes de que apareciese, porque si no, el golpe habría sido tremendo.

-E-es Sofía. Está subiendo.

El rostro de mi madre era indescifrable para mí. No sabía si estaba furiosa, decepcionada, humillada, o todo junto. En la conversación que habíamos tenido, había quedado claro que para ella, que yo estuviese con una chica era toda una sorpresa difícil de digerir, así que desconocía si terminaría por aceptarlo del todo. Por otro lado, mi padre, en cambio, se levantó con toda la naturalidad del mundo, completamente ajeno a los sentimientos encontrados de mi madre.

-¿Está la cena preparada? –le preguntó.

-Aún queda un rato.

-Entonces, ¿por qué vas poniendo otro plato, a ver si a Sofía le apetece quedarse a cenar?

Mi madre se metió rápidamente en la cocina, quitándose de la zona de peligro. Mientras, mi padre me miró, poniendo cara de *qué-le-vamos-a-hacer*.

En ese momento, llamaron a la puerta, y yo casi me caí al dar la vuelta para ir a abrirla.

Pensé en aquel momento en la extraña sincronización entre las dos. Aquel día yo les había hablado a mis padres de ella y, precisamente entonces, por algún motivo, había decidido presentarse en casa.

Muy oportuna.

En todo caso, en cuanto giré el pomo y abrí, buena parte de mis preocupaciones desaparecieron porque delante de mí se encontraba la chica a la que yo quería, que por otra parte, y eso sí que no se lo iba a decir a nadie, era una vampira. Sofía estaba sonriente e iba vestida como nunca la había visto. En lugar de unos simples vaqueros, llevaba un vestido de tiras negro y se había puesto hasta un sujetador. Estaba guapísima. Y debió de notárseme en la cara, porque ella se echó a reír.

-Ejem. ¿Necesitas que dé una vuelta?

-Eh… no, no, yo… pasa –conseguí decirle. Era evidente que todavía no me había recuperado de mi sorpresa inicial y que necesitaba unos momentos.

De todas formas, cuando estaba pasando por delante de mí no puede quedarme callada.

-¿Qué es lo que estás haciendo aquí? –le pregunté por lo bajo.

-Verte. He decidido que hacerlo a escondidas es peligroso. De esta forma podemos estar juntas sin temer que nos descubran –me respondió en un tono lo suficientemente bajo como para que sólo yo lo oyese -. Lo decidí anoche.

-Entonces, ¿por qué has tardado tanto?

-No ha sido fácil elegir qué ponerme para conocer a tus padres. Solo hay una primera vez.

Y tras decir esto, me guiñó un ojo. Yo no sabía si se refería a lo de conocer a mis padres o a otra cosa, pero no me dio tiempo a decir nada. Sofía terminó de entrar en la casa, yo cerré la puerta y, entonces, me di cuenta que delante de nosotras estaba mi padre, justo donde terminaba el pasillo.

-Eh… papá, esta es Sofía, la chica de la que os he hablado antes.

¡Cómo si no lo supiera!

Sofía me miró, sorprendida, y a continuación se dirigió hacia mi padre.

- … Sofía, este es mi padre.

-Mucho gusto Sofía.

-El gusto es mío, señor.

-Pasa al salón, si quieres.

Sofía empezó a caminar hacia el salón, no sin lanzarme antes una nueva mirada tranquilizadora que seguramente pasaría desapercibida para cualquiera menos para mí.

Al pasar por delante de la cocina, me acordé de mi madre.

-Eh… mamá –la llamé. Mi madre estaba fregando algunas cosas, se secó las manos y se acercó a nosotras -. Esta es Sofía.

-Mucho gusto, señora –dijo Sofía, con exquisita educación, lo que le permitía crearse un aura de irresistible atractivo. ¿A quién no iba a gustarle mi Sofía?

-Encantada de conocerte, Sofía. Anika nos ha hablado muy bien de ti.

-Eso espero –comentó, sin dejar de sonreír. La verdad es que era difícil no claudicar ante una sonrisa como aquella.

-¿Te apetece cenar con nosotros? –le preguntó. Yo estaba expectante.

-Es que he quedado con unas amigas para dar una vuelta y tomar algo fuera, y esperaba que Anika viniese –Sofía se giró para mirarme -. No te lo había dicho antes porque acabo de salir ahora del trabajo.

¿Trabajo? ¿Qué trabajo?

-¿En qué trabajas, Sofía? –mi padre entró en acción.

-En un videoclub.

-¿Y te va bien?

-Bueno, no es demasiado cansado, pero lo malo es que hasta que no cierra el local mi jefe no me deja marcharme –respondió -. Por suerte hoy he podido irme un poco antes porque la cosa estaba bastante tranquila.

Aquella historia sonó tan veraz que hasta yo me lo creí. ¡Menuda facilidad para inventarse una vida! Yo estaba alucinando en colores.

-Sí, así suele ocurrir –comentó mi padre. Después, se giró hacia mí -. Anika, puedes marcharte, pero no vuelvas muy tarde, ¿de acuerdo? Recuerda que mañana hay clase.

-De acuerdo.

Mi madre pareció querer decir algo, pero de pronto se lo pensó mejor y permaneció callada. Era una situación difícil para ella.

-Iré a cambiarme –dije, y me marché a mi cuarto. Aunque me dirigí hacia él lo más tranquilamente posible, en cuanto hube cerrado la puerta todo mi cuerpo se disparó. Mis piernas me llevaban de la cama al armario y después a la cama de nuevo. La ropa caía alrededor mía frenéticamente, primero la que me iba a poner y, después, la que estaba quitando. Finalmente, tras una carrera alocada de dos minutos y medio, estaba lista. Había decidido ponerme un vestido verde que hacía años que no me ponía y que por suerte todavía me entraba, muy parecido al azul, pero con un problema. El ensanchamiento de mis caderas había acortado todavía más su longitud y en lugar de llegar a las rodillas apenas alcanzaba a cubrir mis enormes muslos. Lo peor era que para acompañarlo, no tuve más remedio que volver a ponerme los zapatos de tacón. Al menos estaba bastante presentable, aunque no tanto como Sofía.

Salí de mi habitación y me dirigí al cuarto de baño, para lo cual tenía que pasar por el salón. Sofía estaba sentada en el sofá junto a mi padre, y ambos conversaban animadamente. Los ojos de Sofía me miraron brevemente y yo hice lo mismo con ella, mientras continuaba mi camino. Tenía que cepillarme los dientes y echarme desodorante, así que no perdí tiempo. Un minuto más tarde, aparecí en el salón. Tiempo record.

-¡Estoy lista!

-Has sido muy rápida –comentó Sofía, poniéndose en pie y sonriendo -. Vámonos, entonces.

-Hasta luego, papá. Hasta luego mamá.

-Hasta luego, hija –dijeron primero mi padre y luego mi madre, cuyos ojos sentí intensamente en mi cuello acompañando mi marcha.

Sólo cuando hube cerrado la puerta pude respirar tranquila.

-Estás muy guapa –me dijo Sofía, sin dejar de sonreír.

-Lo que estoy es agotada. Espera a que te lo cuente. ¡Hoy ha sido un día muy duro para mí! Primero el instituto, luego mis padres y ahora apareces tú por sorpresa… espero que la noche que me tienes preparada sea más tranquila.

-Pues… me parece que no mucho.

Llamé al ascensor, que no tardó más de un par de segundos en aparecer, por lo que debía estar muy cerca. Era uno de esos ascensores superautomáticos en los que puedes pulsar varios

pisos a la vez. Entramos, y pulsé la planta baja.

-Oye, me tienes que contar cómo se te ha ocurrido eso del videoclub. Hasta yo me lo he creído.

-Bueno, pensé en algo sencillo, que pudiese permitirme estar ocupada la mayor parte del día, y como acabo de pasar por delante de uno… pues se me ha ocurrido. Espero que tu padre no tengo demasiado interés en alquilar una película.

-Por eso puedes estar tranquila –le dije, al tiempo que el ascensor llegaba a la planta baja y se abrían las puertas. Mientras salíamos del ascensor en dirección al exterior, pensé que mis padres no estaban precisamente a la *última* -. Lo más sofisticado que manipulan mis padres son las bombillas y la última película que alquilaron creo que fue *El último mohicano* en beta.

-¡Jajaja! –río Sofía -. Entonces estoy a salvo, de eso no hay duda.

La brisa nocturna me hizo sentir estupendamente. Cerré los ojos, aspiré con fuerza, y me agarré al brazo de Sofía.

-Gracias por venir –le dije, y al mirarla me di cuenta de que únicamente la veía a ella. Nos giramos para colocarnos la una frente a la otra y me puse ligeramente de puntillas para besarla. Nos abrazamos y, casi de inmediato, en cuanto nuestros labios se pusieron en contacto, todo mi cuerpo se tensó y, en mi interior, despertó el fuego que últimamente amenazaba con vencer mi resistencia y empujarme hacia una voracidad impensable para mí hasta hacía dos semanas. Nuestras bocas se encontraron y vencieron con facilidad las mínimas defensas que ofrecían, invadiendo cada una la de la otra durante casi una eternidad. El tiempo de nuevo pareció detenerse a nuestro alrededor. La gente había dejado de andar, ya no había ya coches circulando y el aire que respirábamos estaba, no fuera, sino dentro de nosotras. Mis manos la empujaron por la espalda hacia mí y noté como las suyas buscaban mi cuello y mi cintura para atraerme a su vez hacia ella.

Cuando momentos más tarde nos separamos, mis ojos tardaron en acostumbrarse de nuevo a la luz de la luna y mis labios habían arrastrado el sabor de los suyos de tal forma que tardé en darme cuenta de que ya no estaban junto a los míos. Al verla, me di cuenta de que ella parecía estar sintiendo algo parecido, porque su rostro no parecía otra cosa que querer quedarse junto al mío. Por fin, Sofía fue capaz de hablar.

-De nada. Veo que la forma en que me recibes mejora cada día.

-Lo intento –dije, sonriendo.

-Si lo intentas más vamos a tener problemas.

-Eso espero –le comenté, colocando mis brazos alrededor de su cuello como si quisiera recolgarme.

-De todas formas –añadió entonces Sofía -, no te acostumbres mucho. Ya mismo tendré que ir de caza.

-Lo soportaré… y te esperaré con impaciencia.

En aquellos momentos parecía que nada podía obligarme a dejar de mirarla a los ojos y a hacerle sentir cuánto la deseaba. Y supongo que lo estaba consiguiendo, porque podía notar como temblaba, y su respiración se hacía más fuerte.

-A propósito –empezó a decirme, rompiendo el momento -. ¿Cómo ha sido eso de hablarle sobre mí?

La solté. Teníamos que empezar a andar, aunque no tenía demasiadas ganas, y mientras lo hacíamos, le conté lo de Lidia y que Rebeca había llamado.

-… así que no había ningún motivo más para ocultarlo. Mejor decírselo ya.

-Sí, has hecho bien. De esta forma podremos vernos con más frecuencia. Has sido muy

valiente. Gracias por hablarles de mí. Yo había pensado decirles sólo que era amiga tuya.

-De nada –respondí. Y al decir lo de *amiga* me acordé de Bobby -. Esto… me ha llamado Bobby.

-¿Y?

-Me ha obligado a quedar con ella mañana a eso de las cinco. No tengo ni idea de para qué.

-Pues seguramente, para hacer un nuevo intento de conquista.

Sofía hablaba casi con indiferencia, como si lo que estuviese contándole no tuviera que ver conmigo. Me estaba dando cuenta de que para expresar algo que la molestaba, adoptaba esa actitud. Así que en aquellos momentos, era evidente que le molestaba la insistencia de Bobby.

-¡Pues no tiene nada que hacer, te lo aseguro! –le aseguré.

-Claro que no –dijo Sofía, sonriendo y mirándome de reojo -. No estoy preocupada.

-No lo estés, pero si tardo en llegar a casa, espérame, por favor.

-Bueno, quizás debiera aprovechar e irme de caza. Así estaré más tranquila.

-Esa… quizás sea una buena idea –le dije, pero a regañadientes, porque si eso significaba que no la vería aquella noche, no me hacía ninguna gracia -. Pero si vas de caza… ¿no te veré mañana?

-Bueno, si dejas la ventana abierta, puede que me acerque a darte un beso de buenas noches.

-Sí, por favor –le dije, y lo hice con tanta alegría que me dio una vergüenza terrible y, sin poder evitarlo, me puse colorada.

-Entonces, decidido. Mañana por la noche, si sientes algo en una de tus mejillas, seré yo, así que ni se te ocurra gritar.

-Para nada. En todo caso, me daré la vuelta para no dejar que te vayas.

Esa idea me gustaba mucho más, aunque sabía que, seguramente, yo estaría dormida y ni me enteraría, aunque si ella decía que iba a venir, estaba cien por cien segura de que lo haría.

-¡Oye! –le dije de pronto, una vez solucionado la cuestión de la noche siguiente -¿Y es verdad que hemos quedado con alguien? –le pregunté, mientras echábamos a andar.

-Sí, esa parte sí que es verdad.

-Cuéntamelo.

-Bueno, aunque los vampiros solemos ser solitarios, muchos de nosotros solemos agruparnos en pequeños grupos que se protegen entre sí, cazan juntos y conviven durante cierto tiempo. Creo que ha llegado el momento de presentarte al mío.

-Vaya. Entonces es algo así como tu familia.

-Bueno, esa es una forma de verlo, aunque en realidad es sólo una unión de conveniencia, si bien es cierto que todas nos respetamos mucho entre nosotras.

-¿Has dicho *todas*? ¿Sólo hay mujeres?

-En mi grupo sí.

-Pues no sé si sentirme celosa.

-Mmmm. Eso me gustaría. Demostrarías lo mucho que significo para ti.

-Eso ya deberías saberlo. Lo que me gustaría es dejárselo claro a ellas.

Sofía se echó a reír.

-Me encanta, Anika. Sólo tú me haces reír así.

-Pues yo no le veo la gracia. Seguro que ellas son guapísimas y despampanantes como tú y que yo no tengo nada que hacer.

-Son parecidas a mí, de eso no hay duda, pero entre ellas y tú no hay comparación posible. Tú las ganas por goleada.

-Sigo sin entender por qué.

-No tienes que entenderlo, sólo creerme. Ellas son amigas mías. Tú eres mi amor. Son dos cosas diferentes.

Miré a Sofía sin dejar de andar, pero de repente me sentí como si viajara en una nube y mis pies apenas tocasen el suelo. Flotaba sobre sus palabras y las sentía como si formasen una alfombra mágica capaz de llevarme junto a ella a donde fuese.

-Creo que te he desarmado otra vez, ¿verdad? –me dijo.

-Desde luego.

-¡Y yo que eso tampoco lo entiendo muy bien! –comentó, sonriendo -. Supongo que también tendré que aprender a creérmelo. ¿Por cierto, quieres andar o volar?

-¿De verdad quieres qué te responda?

-No –dijo conteniendo una sonrisa -, creo que no hace falta. Iremos en taxi. Últimamente el coche me está dando algunos problemas así que prefiero utilizarlo poco.

-Buena idea.

-Sólo una advertencia –Nos paramos delante de una parada de autobús y esperamos a que pasara un taxi por delante para llamarlo -. Puede que no les guste que sepas en dónde está nuestro lugar de reunión y entre eso y que eres humana, puede que alguna reaccione más fuertemente de lo normal. Ignóralas. A la larga se acostumbrarán, pero debes darle el derecho a reaccionar. Yo me encargo de todo pero será más fácil si les demuestras paciencia y respecto por sus opiniones.

-Entendido.

En ese momento vimos un taxi acercándose a nosotras y Sofía levantó el brazo. El taxi se acercó a la acera y en cuanto se detuvo, Sofía me abrió la puerta para que entrara, y en un instante, nos encontramos de viaje, de nuevo hacia un lugar desconocido para mí.

Nunca había oído la calle que le dijo al taxista, pero tampoco me importó mucho. Me eché sobre el hombro de Sofía, cerré los ojos… y me dejé llevar.

Cuando el taxi se detuvo, nos bajamos, y una vez el coche hubo desaparecido de nuestra vista, decidí romper el silencio con más preguntas.

-No lo entiendo bien. ¿Qué beneficios obtienes de estar con un grupo, si cada una de vosotras va a lo suyo?

-Protección. El mundo de los vampiros es despiadado y matar a una de nosotras puede ser una diversión para muchos. Estando juntas, nos guardamos las espaldas modo. Cuando tú y yo nos vimos en la discoteca, en realidad yo no estaba sola. Ellas también estaban allí conmigo.

-¡Oh! Pues yo no las vi.

-Porque saben pasar desapercibidas cuando quieren. Aquel día íbamos juntas porque habíamos oído que había nuevos vampiros en la ciudad y preferimos ir sobre seguro.

-Entiendo. Y desde entonces, ¿has estado alguna vez más con ellas?, porque últimamente pasas mucho tiempo a mi lado.

-Durante la semana que no te vi sí, pero no después. Necesitaba… alejarme un poco de ti.

Noté como, al decirme eso, Sofía me miraba, esperando mi reacción, y su rostro adquiría ese gesto sombrío que ya le había visto en alguna ocasión. Sin embargo, no había nada que reprochar, así que me agarré con fuerza a su brazo, y le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa, aliviada, y continuó hablando.

-Por eso quiero ir a verlas, por si hay novedades… y comentarle las nuestras. Es por eso que también quiero que vengas conmigo. Necesito que comprendan nuestra situación.

-¿Crees que les gustará?

-¿La verdad? No estoy segura. Los vampiros somos, por naturaleza, egoístas. Muy pocos

nos ayudamos en alguna ocasión – Pese a que Sofía me estaba explicando muchas cosas, yo tenía la impresión de que no decía todo lo que le pasaba por la cabeza. Me parecía que, por primera vez, estaba asustada. Seguramente, era más preocupación que otra cosa. Por mí, por supuesto, porque en el fondo, ella no era el problema, pero quizás también porque estar conmigo podría suponerle un cambio radical en su estilo de vida. En aquel momento, yo era una carga. Ojalá tuviese fuerzas suficientes como para cargar conmigo, porque yo no deseaba alejarme de ella.

-Hemos llegado.

Sin darme cuenta, nos habíamos echado a caminar. Yo sólo tenía ojos para mi Sofía, pero ella me había ido guiando hasta el lugar de encuentro que, al contrario de lo que yo esperaba, no era el *Colti* ni ningún otro bar, sino una especie de tienda, *El elfo y el enano.* Era un nombre extraño, pero cuando miré el escaparate lo comprendí. Era una tienda de rol y, seguramente, en ella se reunía gente para jugar a *El Señor de los Anillos, Warhammer* y, por supuesto, *Vampiro: Mascarada* y *Hombre Lobo*. ¡Qué mejor sitio para pasar desapercibidos que ser identificados como friquis con aspecto de vampiro!

Sonreí, satisfecha tanto de su idea como de mi deducción.

-Me gusta tu sitio de reunión.

-Fue idea de Paula, una de las chicas. Siendo vampiras, podemos simular que jugamos a serlo. ¡Quién podría hacerlo mejor que nosotras!

-¡Muy inteligente!

Sofía empujó la puerta, y entramos.

La tienda era una mezcla de librería y local de juegos. A la derecha, nada más entrar, estaba el mostrador, lleno de cartas de juegos de rol y dados de tropecientas caras. En la pared, quedando a la espalda de cualquiera que atendiese a alguien, había un mueble vitrina con un montón de figuras de diferentes tamaños para pintar de orcos, enanos, elfos, gigantes, y un largo etcétera de bichos y monstruos típicos de *Dragones & Mazmorras*.

Enfrente del mostrador, a la izquierda, empezaba un desfile incesante de libros y cómics, tantos que era imposible fijarse en uno en concreto. No había nadie en esta sección, por lo que pasamos rápidamente de largo, justo para encontrarnos con una mesa central llena de más cómics, pero esta vez, viejos, de todos los tipos habidos y por haber.

Esquivamos la mesa y, tras ella, había una pequeña cortina semitransparente, en donde diversas sombras evidenciaban que había varias personas tras ella. Sofía la apartó con facilidad y, de repente, el local se transformó en un sitio de juego. Había cuatro mesas de gran tamaño dispuestas paralelamente unas a otras, alrededor de las cuales estaban sentadas varios jóvenes (y no tan jóvenes) hablando, lanzando dados y apuntando cosas en hojas de papel.

-Hola, Jorge –dijo Sofía. Uno de los jugadores, con más exceso de kilos que yo y con pinta de no hacer más ejercicio que el de lavarse los dientes tres veces al día, se giró hacia ella.

-¡Hola, Sofía! ¡Hace días que no te veía por aquí!

-Sí, es que he estado ocupada. Esta es Anika. Anika, este es Jorge, el dueño del establecimiento.

-Encantado, Jorge –le dije.

-Es un placer. Mi casa es tu casa.

-Gracias –le dije, sonriendo. Era simpático, y parecía no meterse en los asuntos de los demás, lo cual era de agradecer.

-¿Han venido las chicas? –preguntó Sofía.

-Sí, están en el reservado…. ¡Eh! ¡Esa tirada no es válida! ¡Debes esperar a que el *master* te dé permiso!

El pobre Jorge no podía estar en dos cosas al mismo tiempo, y estaba claro que la partida se le iba de las manos si hablaba con nosotras, así que nos quitamos del medio.

-Gracias –le dijo Sofía, girándose y empezando a caminar hacia donde había señalado.

-Gracias, Jorge –le dije yo.

-¿Eh? De nada, de nada.

Sonreí. Me caía bien el tal Jorge.

Delante de nosotras había otra cortina, aunque ésta era más opaca que la anterior. Llegamos hasta ella y Sofía la descorrió lentamente.

Ante nosotras aparecieron cuatro vampiras, a cada cual más bella que la anterior, sentadas a una mesa en la que había hojas, lápices y varios libros de rol. Sin embargo, ninguna de ellas jugaba. Estaban todas *cuasi petrificadas*, como si formaran parte del mobiliario.

Cuando entramos en el reservado, me empujó ligeramente con el mismo brazo al que yo estaba agarrada, obligándome a dar dos pasos hacia dentro, y después corrió de nuevo la cortina.

Todas las vampiras me miraban fijamente, aunque sin evidenciar emoción ninguna. Yo no sabía que decir así que, sencillamente, no dije nada. Tan sólo esperé.

-Esta es Anika. Estamos juntas.

Sofía lo dijo con sequedad, en un tono deliberadamente neutro, como si le importara un pimiento lo que opinasen.

-Así que es verdad lo que hemos oído –dijo una de ellas. Yo la miré directamente a los ojos y había fuego en ellos. Morena, de piel negra, con el pelo corto y rizado, parecía querer mostrarse como la líder del grupo.

-Supongo que sí –replicó Sofía.

-Sabes que la *comunidad* no está contenta con tu decisión.

-A la comunidad no le importa lo que yo haga. Lo único que le interesa es tener a Gretchen contenta y te aseguro que eso me da completamente lo mismo.

-No fue demasiado inteligente por tu parte –comentó otra vampira, una rubia famélica con el cabello largo y ojos azules.

Supuse que se refería al enfrentamiento que tuvimos ella y yo y a cómo me defendió Sofía, pero aquello no era justo. El problema lo generé yo y, bajo mi punto de vista, Sofía no fue responsable de nada. No podía callarme y dejar que ellas pensaran lo contrario.

-Fui yo quién se enfrentó a Gretchen y, por tanto, Sofía no tiene nada que ver en ello, así que, si tenéis algo que decir, decídmelo a mí. A ella dejadla en paz.

En cuanto hube dicho aquello, todas, incluida Sofía, me miraron, y esta vez me pareció percibir un atisbo de emoción en ellas, sorpresa, concretamente, aunque el rostro de Sofía fue el único que logré descifrar con toda seguridad. Tenía una cara de estar diciendo, *vaya, ya has tenido que abrir la boca*.

Sin embargo, el efecto no fue el esperado. Las cuatro vampiras se echaron a reír.

-Vaya con la humana, sí que es peleona –dijo la vampira del pelo rizado -. No me extraña que Gretchen se enfadara con ella.

-Por mí puede irse al infierno –completé, dejando clara mi postura -. No iba a dejar que se llevara a aquella chica por simple diversión.

-Niña, tú no sabes en el lío que te has metido. Esa vampira te buscará hasta el fin del mundo para humillarte y hundirte, después beberá tu sangre y arrojará los restos de tu cuerpo a las alcantarillas –desde luego, la vampira me había descrito mi futuro con una claridad tal que me tembló todo el cuerpo. Si lo que pretendía era asustarme, había hecho un buen trabajo -. Debe hacerlo para recuperar la reputación que le arrebataste cuando su *mascota* se fue contigo.

-Por cierto –preguntó de pronto la rubia -, ¿en dónde está?

-Eso no es de vuestra incumbencia –intervino Sofía -. A estas alturas, la chica ya estará lejos de aquí y tendremos que enfrentarnos a la ira de Gretchen nosotras solas, en su lugar.

-*Nosotras* no. *Tú* lo harás –dijo otra vampira, con el cabello negro y muy corto -. No estamos seguras de que sea asunto nuestro defenderte.

Por un momento me deprimí, porque Sofía iba a perder a aquel grupo por culpa mía. Pero instantes después, pensé que no era justo, que no se podía vivir permanente alejada de todo y de todos sin defender algo en lo creías. El problema era que aquellas vampiras ya no creían en nada que no fuese ellas. ¿Sería capaz de hacerles cambiar de opinión? Por los menos, no iba a dejar de intentarlo.

-No conozco muy bien a Gretchen –empecé a decirles -, pero me da la impresión de que aun siendo cuatro, le tenéis miedo. No sabía que los vampiros tan cobardes.

Aquello debió ser muy fuerte, porque todas se levantaron a la vez, como impulsadas por un resorte. Fue verdaderamente amenazador.

-*Niña* –me dijo la *jefa* del grupo -, tienes una lengua muy larga. Quizás deberíamos cortártela.

-Por encima de mi cadáver –dejó claro Sofía.

-Y el de ella por encima del mío –dije yo, asegurando así que ambas estábamos juntas.

-Ya veo que ambas estáis juntas en esto –continuó diciendo -. Entonces supongo que tendremos que decidir si os aceptamos o no dentro del grupo.

-Eso es –dijo Sofía -. Debéis decidir. Estáis en vuestro derecho de querer guardaros de cualquier peligro y expulsarme del grupo, pero si me aceptáis, también lo hacéis con ella. O ambas o ninguna.

-¿Y por qué no la transformas? –dijo la última vampira, que había permanecido callada hasta entonces. Tenía una media melena castaña y un rostro bastante menos fino y más endurecido que el resto.

-No –corrió a decir rápidamente Sofía -. Es demasiado pronto. Se quedará en su forma humana, al menos por el momento.

-Está bien –dijo la *presunta* jefa de las vampiras, sentándose. Todas la imitaron, incluidas nosotras. Sofía me alcanzó otra silla, y ambas tomamos asiento -. Entonces decidamos. ¿Cómo te llamas, niña?

No era posible que lo hubiese olvidado. Seguramente, formaba parte de una estrategia para intimidarme, pero no lo iba a conseguir.

-Anika –respondí sin miedo –, y eso de *niña* sobra.

-Está bien, Anika. Yo soy Paula. Esta de aquí (la rubia) es Teresa, Sandra (la del pelo negro y corto) y Patricia (la de la media melena).

Yo asentí para indicar que me había quedado con los nombres, y miré a Sofía. No pestañeaba, ni movía un músculo. Estaba… expectante.

-La cuestión es muy sencilla –Paula continuó con su exposición. Se notaba que se le daba bien eso de dirigir -. O bien incluimos a Anika en nuestro grupo y la protegemos, al igual que lo hacemos entre nosotras, o, por el contrario, nos mantenemos al margen y ambas se quedan por su cuenta y riesgo.

La *cuestión*, como la habían llamado, sería muy simple, pero… ¿y la respuesta? Yo no quería que expulsaran a Sofía, y tenía toda la pinta de que así iba a ser. Menudo grupo de vampiras pijas. Si eso eran amigas, mejor no tenerlas.

De todas formas, formaban parte de la vida de Sofía y me sentía mal porque tuviesen que

tomar aquella decisión.

-Decidáis lo que decidáis –empecé a decirles, armándome de valor -, tenéis que saber que de haberos conocido, seguramente me lo habría pensado dos veces, pero es que Sofía todavía no me había hablado de vosotras. No me había dicho que ya tenía una *familia*. Por nada del mundo os habría puesto en peligro de haber sabido que existíais.

Tras añadir esto, me agarré con más fuerza al brazo de Sofía y miré una por una a todas, mientras contenía las lágrimas que luchaban encarnizadamente por salir al exterior, e intentaba discernir cuál iba a ser su respuesta. Pero al igual que Sofía, su rostro era pura roca. ¿Por qué las vampiras eran todas tan inescrutables?

Suspiré para mis adentros, y me mordí los labios mientras esperaba aguantando la respiración.

CAPÍTULO 15

Yo esperaba que una decisión así tardaran en tomarla, discutiendo, argumentando a favor o en contra… vamos, negociando de alguna manera. Pero no. Cada una tomó su propia decisión a su manera, interiormente, y lo único que hicieron después fue comunicárnosla a las demás.

Patricia fue la primera en hablar.

-Quizás sea porque soy más joven que vosotras, pero a mí me parece que nadie me va a hacer temblar de miedo, se llame Gretchen o el mismísimo Drácula. Por lo tanto, yo voto porque ambas se queden y defendamos lo que es nuestro. Anika hizo lo que cualquiera habría hecho en sus circunstancias, algo que ya hemos olvidado porque llevamos demasiado tiempo entre vampiros, pero que en el fondo creo que sentimos. Como Anika ha dicho, somos una familia, y la familia nunca se da la espalda. Por supuesto, aquella que deseé marcharse y escindirse del resto del grupo será libre de hacerlo, pero las que nos quedemos, al menos en lo que a mí se refiere, defenderemos lo que es nuestro, con uñas y colmillos. Yo me quedo.

Aquellas palabras tuvieron un efecto balsámico en mí, relajando cada una de las fibras de mi ser y despertando una confianza que ya tenía perdida. Había posibilidades, después de todo.

-Desde luego, eres muy joven –empezó a decir Sandra -, o de lo contrario, no hablarías así. No recuerdo cuando fue la última guerra vampírica en la que participé, pero no te recomiendo que presencies ninguna. No hay piedad; sólo sangre y muerte. No, yo por mi parte prefiero permanecer neutral. Si me atacan, responderé, pero no me arriesgaré a un ataque sólo por el capricho de una vampira. Lo siento, Sofía.

¡Uffff! Aquello fue toda una declaración, que sin duda, dejaría huella en el resto. Sofía respondió únicamente con un asentimiento de cabeza, como si no le diese ninguna importancia y lo esperase, pero yo sí que se la di. Sandra defendía lo suyo y, bajo mi punto de vista, un comportamiento tan egoísta no debería tener cabida en un grupo. Quizás fuese el fin de aquel grupo, fuese cual fuese el resultado. De momento, en lo que a nosotras se refería, había un empate técnico.

-Creo que ambas tenéis razón, y ambas estáis equivocadas al mismo tiempo –empezó a explicar Teresa -. A mí tampoco me gusta que nadie me diga lo que tengo o no tengo qué hacer y esa es razón suficiente para luchar. Ahora bien, hacerlo por un capricho es otra cuestión. Pero creo que Sofía y Anika están juntas, no por algo pasajero, sino más profundo. Cuando os miro –dijo volviéndose hacia nosotras -, no puedo evitar pensar que hay un lazo entre vosotras que va más allá de lo que puede verse a simple vista. Creo que Anika te quiere, Sofía, y que tú la quieres a ella, y si en algo apreciamos a Sofía, las dos merecen nuestro apoyo y nuestra ayuda.

Teresa hizo una pausa, y se giró entonces hacia las demás.

-Quizás para nosotras el tiempo sea algo relativo y estar junto a alguien dos, tres o diez años signifique poco, pero para Anika no es así, y pienso que para Sofía tampoco, porque está dispuesta a luchar e incluso morir por ella. Y si estamos juntas es porque queremos luchar por ser como somos y por aquello que nos importa, o de lo contrario, no tendría ningún sentido. Así que yo voto por luchar. Yo también me quedo.

Sin poder evitarlo, sonreí. Teresa había dado en el clavo. Yo pensé que nada más podía decirse, pero aún quedaba Paula. Claro qué, ¿y sí votaba en contra y había un nuevo empate? ¿Qué ocurriría?

Todas nos giramos hacia ella.

-Bien –comenzó a decir -, como la pelota está en mi tejado, hablaré ya. Mi decisión ya la tenía pensada antes de que hablarais cada una de vosotras, pero creo que ahora estoy más segura que antes. Como grupo somos fuertes; como individuos no somos nada. Hemos llegado a un punto en el cual todas necesitamos formar parte de algo y creo que eso exige sacrificios. Hemos vivido mucho, más de lo que deberíamos. Es tiempo que nos han regalado. Yo estoy dispuesta a luchar, si es necesario, e incluso a morir, por una buena causa, y esta me parece que lo es.

Respiré, tranquila, y, sin poder evitarlo…

-Muchas gracias –les dije, sin poder controlar las lágrimas. Todas se volvieron entonces hacia mí y yo me pegué todavía más a Sofía, que me envolvió en su brazo, pasándolo por detrás de mi hombro.

-Gracias, chicas. Creo que estar con vosotras es lo mejor que me ha ocurrido en años y ahora estoy segura de que por fin tengo una familia.

Sofía dijo estas palabras con todo el convencimiento de que había superado el principal obstáculo para salir adelante en medio de todas las dificultades que nos aguardaban. Sin embargo, yo me fijé en que Sandra no había añadido nada a lo dicho por ella. En aquel momento no le di importancia y supongo que pensé que ella se plegaba a los deseos de las demás, pero lo cierto es que no tenía ni idea de si iba a quedarse con nosotras o no, y si iba a luchar a nuestro lado. No tuvimos que esperar demasiado.

-Entonces yo también me quedaré –dijo entonces Sandra -, aunque sea para ser la única que tiene sentido común entre tanta locura romántica.

Todas sonreímos, agradecidas. Sandra era bienvenida, sin duda alguna.

-Bueno, Sofía –dijo entonces Paula -. ¿Qué tal si nos cuentas ahora lo que ocurrió exactamente con Gretchen? Solo sabemos lo que se va diciendo por ahí.

Sofía lo hizo, con todo lujo de detalles, indicando tanto mi indignación como la humillación que recibió Gretchen, las amenazas que me profirió y cómo habíamos quitado a Adele del mapa (sin decir a dónde se había ido, por supuesto). Durante los diez minutos que duró la historia, ninguna de ellas abrió la boca para decir nada ni le interrumpió de ningún modo. Sólo cuando hubo terminado, Teresa habló.

-Gretchen no se rendirá. A estas alturas ya sospechará que nos tiene a todas en contra de ella y formará su propio grupo para poder alcanzar a la *niña* con la mayor facilidad posible. Tendremos que prepararnos y buscar todos los apoyos que podamos.

-Transfórmame –dije de pronto, girándome hacia Sofía -. Una vez sea vampira ya no será una amenaza para mí.

-No –Sofía se negó en redondo una vez más -. Ese no es un camino que debas tomar… todavía.

-Seguramente sea lo mejor –añadió Sandra, espoleada por la posibilidad de evitar la lucha -. De esa forma, las normas la protegerían.

-No. Y es mi última palabra. Anika no será transformada por el momento. Es demasiado joven. Además, ahora mismo ella no me preocupa. Está segura en casa y sabe del peligro que supone salir de noche.

-También corre peligro de día –señaló Patricia -. Gretchen podría acumular todo un ejército de *esclavos* que la atacaran por sorpresa mientras esperamos a que ocurra por la noche.

-No había pensado eso –reconoció Sofía.

-No lo entiendo –comenté yo, que me había perdido completamente -. ¿Qué queréis decir con eso de *esclavos*?

-Humanos controlados por Gretchen que harían lo que ella les dijera y que, por lo tanto,

podrían ir contra ti o de tu familia durante el día –me explicó Paula -. Los vampiros atraemos a los humanos y podemos manipularlos a nuestro antojo si queremos. Podrían ser una amenaza.

-Ese no es su estilo –afirmó Sofía -. A ella le gusta *jugar con la comida* antes de acabar con ella.

-Entonces no los lanzará de golpe contra ella –puntualizó Patricia -. Si acaso, lo hará de uno en uno o en pequeños grupos. Bastará con colocar a alguien de los nuestros a su lado.

-¿Tenemos a alguien? –preguntó Sofía.

-Yo sí –dijo Patricia, que sonrió, satisfecha -. Hay una chica a la que ayudé en una ocasión con el cerdo de su marido y que me estará eternamente agradecida. Ha practicado artes marciales, así que podría protegerla en caso de necesidad.

-¿Qué es eso de *una de las nuestras*? –pregunté. Estaba empezando a perderme con tantos planes.

-Ayudamos a muchas mujeres –me explicó Sofía -, y muchas de ellas saben lo que somos. Así, aunque no desean ser como nosotras, nos prestan ayuda ocasionalmente para resolver los problemas de otras.

-Creo que estáis exagerando –les dije. Me estaba empezando a agobiar con tanto preparo -. Yo no soy tan importante.

-Lo eres desde el momento exacto en el que humillaste a Gretchen, niña –dijo Sandra, con rencor. Yo la miré con ira en los ojos y no me importó que se me notara en lo más mínimo.

-¿Queréis que contacte con ella? –preguntó Patricia.

-Hazlo –respondió Sofía. Acto seguido sacó una agenda pequeña y un bolígrafo de un bolsillo, anotó algo en una hoja, la arrancó y se la dio a Patricia -. Aquí está la dirección de Anika y su teléfono. Que la proteja a partir de mañana mismo.

-Hecho.

Patricia lo recogió y se lo guardó en un bolsillo del pantalón.

-Cuando hables con ella –me dijo Sofía -, dile cuáles son tus costumbres, a dónde vas y cuándo. Deja que esté contigo en todo momento.

-Pero…

Sofía no dejó que me quejara. En su lugar, continuó la charla con las demás.

-¿Qué más? –preguntó Sofía.

-Ahora mismo no se me ocurre nada más –comentó Paula -. Lo principal es sondear a otros vampiros, a ver qué opinan de todo esto. Dudo mucho que quieran una guerra, así que habrá pocos partidarios, sobre todo en cuanto se sepa que nosotras defenderemos a tu Anika.

-De acuerdo, entonces –Sofía se levantó de la silla, y las demás la imitaron. Yo me levanté también, imitándolas a todas ellas -. Nos veremos mañana con todas las novedades que haya.

Sofía hizo ademán de marcharse, pero yo la retuve, tirando ligeramente de su brazo.

-Espera.

Patricia, Sandra, Teresa y Paula estaban casi camino de la salida cuando me escucharon, y se volvieron hacia mí al mismo tiempo.

-Quiero daros de nuevo la gracias a todas, incluso a ti, Sandra, aunque no estuvieras de acuerdo con el resto. Sé qué no queréis que os ocurra nada y que luchar por una desconocida no es la mejor manera. Sin embargo, y aunque no os conozca, sabed que a partir de ahora, para mí sois mi nueva familia, y no lo digo en sentido figurado. Aunque no tenga nada que daros, os quiero como si fueseis mis hermanas mayores y haré todo lo posible por no defraudaros ni meteros en demasiados problemas… a partir de ahora, al menos.

Paula y Patricia sonrieron, seguramente, agradecidas por mis palabras, o satisfechas por

sentir que yo merecía la pena. Teresa, en cambio, no cambio el gesto pétreo de su rostro, pero me daba la impresión de que era su forma de ser. Sandra hizo una mueca extraña. Extraña porque no logré descifrar si se trataba de una sonrisa o bien de una muestra de asco. Ahí quedó. Preferí ser positiva y pensar que no opinaba tan mal de mí como podría pensarse en un principio.

Después, todas salieron, una tras otra, del reservado. Sofía, en cambio, se quedó mirándome fijamente.

-¿Qué miras?

-A ti. Desde que te conocí hace dos semanas has madurado mucho.

-También yo lo he notado. Supongo que es algo obligado con todo lo que está ocurriendo, ¿no?

-Supongo que sí, pero creo que echo de menos a la Anika ingenua de antes.

Me acerqué a ella y la abracé

-No lo hagas. Soy la misma de siempre, sólo que cuando tengo que ponerme seria, lo hago.

Me apoyé ligeramente sobre los dedos de mis pies, levantándome unos centímetros, y la besé en los labios. Durante cinco segundos, una vez más, no hubo ni vampiros, ni sangre, ni miedo. Sólo Sofía y Anika. Solas las dos con nuestro amor. Cuando nos separamos, nuestros ojos se cruzaron y sentí como atravesaban mi piel, mis músculos, y hasta mis huesos, llegando hasta lo más profundo de mi ser. Desconozco si a ella le ocurría lo mismo, pero para mí, era un momento único, porque por un momento, me sentí como si ambas fuésemos una sola persona. Además, durante este cruce de miradas, a pesar de haber transcurrido sólo unos segundos, yo los sentí como si hubiese pasado toda una vida. Sentí que todo el Universo se había movido a mi alrededor, mientras que yo había permanecido completamente estática, pendiente únicamente de ella. Entonces, Sofía me sonrió y yo le sonreí a ella, feliz de estar a su lado. Cogió mi mano con suavidad y salimos.

Fuera todo me pareció diferente. De repente, todo lo que me preocupaba había desaparecido. Sofía seguía estando en su grupo, del cual ahora yo formaba parte, y no sólo eso, sino que a partir de ahora, no estábamos solas.

Por desgracia, aunque mi mente se sentía en paz, no podía decir lo mismo del resto de mi cuerpo, y nada más salir de la tienda, mi estómago empezó a rugir.

-Me parece que tu estómago está intentando decirte algo.

-Sí, que cómo no vuelva ya a casa mis padres me van a castigar un año sin salir.

-¡Qué exagerada eres! –exclamó Sofía, riéndose.

Volví la cabeza para mirarla. Yo estaba sonriente y me encontraba como si estuviese en una nube, pero de pronto Sofía se detuvo en seco y yo lo noté. Me di cuenta de que había detectado algo extraño, porque estaba… como más pendiente de sus sentidos, intentando percibir algo que yo ni siquiera intuía.

-No estamos solas.

Sofía permanecía quieta en mitad de la calle, y casi hubiera podido decir que estaba *olfateando*. Supuse que, para ella, esa era su manera habitual de captar información de su entorno, puesto que sus sentidos eran muchísimo más agudos que los míos.

-¿A qué te refieres? –pregunté, sintiendo de pronto un escalofrío.

-Hay… otro vampiro.

-¿Alguien conocido?

-No. Es completamente desconocido para mí… y está de caza. Puede captar su agresividad desatada, su hambre insaciable y la voracidad de su alma. Es… peligroso.

Sofía me miró, preocupada.

-¿Las chicas? –pregunté, acordándome de ellas y pensando que podíamos pedirles ayuda.

-Estarán ya muy lejos. Tendremos que enfrentarnos a él.

-¿Crees qué lo habrá enviado Gretchen?

-Lo veremos muy pronto. Pégate a mí y haz lo que yo te diga. Le haremos frente juntas.

Y comenzamos a andar apresuradamente. Nos metimos por uno de los callejones que había, una calle larga y oscura, como muchas otras, con olores diversos y muchas esquinas en donde ocultarse.

-Mantente siempre detrás de mí y pase lo que pase no me sueltes. Si tenemos que salir huyendo tendré que saltar así que cuando te lo indique, te agarras a mi cuello con fuerza y te dejas llevar.

-Vale… pero me estás asustando.

-De eso se trata. Los vampiros no somos todos iguales. Algunos son discretos… pero muy peligrosos, y este me parece que, o bien no hace muchas distinciones entre sus víctimas o, en el peor de los casos, sólo te quiere a ti.

Entonces torcimos en una calle, y lo vimos. Mis ojos, cada vez más acostumbrados de lo habitual a la oscuridad, eran capaces de detectar movimientos en las sombras que antes ni tan siquiera sabía que existían, así que cuando nos detuvimos en mitad de la calle yo ya sabía que había alguien agachado.

La sombra se puso tensa y entonces, con la agilidad de un gato, se puso en pie y comenzó a dirigirse hacia nosotros, primero con rapidez y, cuando ya estuvo lo bastante cerca, muy lentamente, hasta que la luz de la luna le dio facciones a su rostro. Era un hombre joven, rubio, con aspecto jovial. Me recordaba a uno de esos niñatos que forman las bandas de música actuales, siempre sonriente, siempre con aspecto de querer ayudar y tener buena conciencia.

Pero en el fondo yo sabía cómo era; *percibía*, la maldad en él.

-¡Vaya! ¡Y yo que creía que era el único en esta zona! No sabía qué había alguien más por aquí.

-Ni yo tampoco. Por cierto, este es *mí* territorio.

-Claro, perdona. La verdad es que estaba de paso y me he parado a tomar un tentempié. Espero que no te moleste.

Entonces me fijé en que en el suelo, justo en donde lo habíamos visto agachado, había un cuerpo. Su víctima. Mi garganta decidió no tragar la saliva que le había enviado, mientras mis ojos no dejaban de contemplar lo que ya no era más que un cadáver. No lograba distinguir si era hombre o mujer, joven o viejo, pero evidentemente, ya estaba muerto.

-Sí me molesta. Soy yo quien decide con quien acabar y con quién no en esta zona.

Entonces se fijó en mí y sus ojos se abrieron como dos platos. Quizás todavía tuviese hambre y mi presencia lo alterara.

-Veo que de hecho ya has decidido. ¿Es para después? –parecía divertido de mi presencia, e incluso hubiese dicho que pretendía solicitar una degustación, aunque fuese sólo por educación.

-Ella no está en el menú.

-Comprendo. Entonces es sólo tú mascota.

De repente empecé a temblar. Aquel vampiro no era como Sofía, ni tan siquiera como Gretchen. Daba auténtico miedo, quizás porque parecía capaz de hacer cualquier cosa, y eso me aterrorizó hasta tal punto que incluso empecé a marearme. Pero no, no podía perder el control, porque en cualquier momento quizás se desataría el infierno y Sofía debía contar conmigo, y no llevarme como si fuese un lastre.

-Parece que tu mascota se está sintiendo mal.

Sofía me miró de reojo y yo recuperé la compostura rápidamente.

-Estoy bien. Por mí puedes acabar con él –añadí.

Sofía desvió su mirada hacia el cuerpo en el suelo y, después, la fijó en el vampiro. Entonces debió darse cuenta, al igual que yo, de que sus ojos se habían oscurecido, señal de que se estaba preparando para el ataque.

-Creía que Gretchen los sabría escoger. Debe estar desesperada –Sofía lanzó el anzuelo, esperando que el vampiro picara y reconociese su vínculo con la vampira. Yo permanecí expectante.

-¡Ah! Es que tenía bastante prisa y tuvo que conformarse conmigo. Pero tranquila, soy bastante hábil diseccionando mascotas.

Listo. Lo había reconocido. Aquel vampiro era el primer intento serio de Gretchen por acabar conmigo.

-No es muy buena idea que hables así –le dijo Sofía -. Podría decidir que te has pasado de la raya.

-Sí, bueno, es posible. Pero me parece que no deberías impedir a un viajero alimentarse. Va en contra de las normas de cortesía básicas.

-Parece que tú y yo no tenemos las mismas *normas de cortesía*, y puesto que estás aquí, creo que sería una buena idea que te rindieras a las mías… AHORA MISMO.

La ferocidad de Sofía contrastaba con la insolencia del vampiro, pero en aquella ecuación había algo que fallaba. Yo.

Mi presencia constituía, obviamente, un problema para Sofía, una fortaleza que defender, que además impedía su ataque con completa libertad. Quitarme del medio era seguramente la mejor opción para darle a ella la oportunidad de acabar con aquel individuo. Sopesé mis opciones. Podía quedarme detrás de ella, o bien echarme a un lado, e incluso echar a correr.

Miré a mi alrededor por si encontraba algo que pudiera servirme de arma y entonces me fije en que una parte de la pared del callejón no era un edificio, sino una especie de solar tapado por una valla que estaba rota en muchos puntos. Me fijé en uno de esos puntos porque el tablón estaba partido y cualquiera podría fácilmente arrancar un trozo. Empecé a respirar más fuerte y recé porque los vampiros reales fuesen como los de las películas o algunas novelas y murieran al clavarle una estaca en el corazón.

-Parece que tu mascota se está poniendo más y más nerviosa –dijo el vampiro, pero yo no le hice caso, porque estaba pensando en mi plan. ¿Sería lo suficientemente rápida? ¿Podría alcanzar la valla antes que él a mí? Y lo más importante, ¿le daría el tiempo suficiente a Sofía como para que acabara con él.

¡A la porra!, me dije. Y me lancé.

Con toda la rapidez que pude crucé en tres zancadas el espacio que me separaba de la valla y me lancé hacia el tablón. Al mismo tiempo, Sofía, sorprendida, me miró durante una fracción de segundo, pero de alguna forma creo que entendió mi movimiento, porque inmediatamente pasó a centrarse en su enemigo. Mientras tanto, éste sólo tenía ojos para mí, seguramente, debido a su hambre insaciable y, ligeramente confundido, me dio los segundos que yo necesitaba para alcanzar las tablas. Entonces escuché una especie de gruñido y el aire siendo rasgado por algo.

Sin mirar atrás, cogí la tabla entre las manos, la arranqué y me giré con ella dispuesta en punta. El vampiro se abalanzó sobre mí y… quedó ensartado en ella. Pude ver su mirada de sorpresa ante lo ocurrido, pero eso no fue lo peor para él. Lo peor fue que mientras asimilaba lo que había ocurrido, Sofía le atacó desde un costado y le arrancó literalmente la cabeza de un manotazo.

La sangre del cuello me salpicó por completo, manchándome la cara, el cabello y la chaqueta, y mientras la cabeza rodaba por el suelo, describiendo un movimiento más o menos parecido al de un balón de fútbol, yo permanecí quieta y todavía en estado de shock con el resto del cuerpo ensartado.

De reojo pude ver como la cabeza caía al suelo y rodaba durante unos momentos, hasta detenerse no demasiado lejos, y, un segundo más tarde, noté como la gravedad empezaba a empujar el cuerpo del vampiro hacia al suelo. Solté la tabla y, aunque no miré al suelo porque tenía la vista perdida en algún punto situado delante de mí, escuché el sonido del cuerpo al caer.

-¡Anika! ¿Estás bien? ¡Anika! ¿Puedes oírme? ¡Dime algo!

Sofía estaba frenética y me balanceaba por los hombros adelante y atrás, en espera de una respuesta.

-S-sí, claro que estoy bien. Le has… arrancado la cabeza.

-Sí, se la he arrancado.

-¡Eres una… bruta!

-Pero… ¿y a ti cómo se te ocurre? ¿Por qué demonios has hecho eso?

Ahora estábamos pasando a la fase de regañar.

-Pues p-porque he pensado que, al menos, así podría distraerle, e incluso podía tener una oportunidad de matarlo. Pero no s-sabía que le ibas a arrancar… la cabeza. ¿Es qué no sabes hacer nada más?

Yo seguía atascada. La imagen de su cabeza rodando por el suelo me resultaba algo difícil de digerir.

-¡Claro que sí, pero cuánto más rápido, mejor! Pero ese no es el problema. ¡Ha podido matarte! ¿No te das cuenta?

-Sí, pero no lo ha hecho –le respondí, rehaciéndome -. Tú has acabado con él. Eres mucho más fuerte y también más rápida.

-No se trata de eso. Si te hubiese matado, yo… yo no sé lo que habría hecho. Nunca… NUNCA te pongas en peligro de esta manera. ¿Me oyes?

Entonces la miré. Me di cuenta a la perfección de lo que estaba pasando. Me di cuenta de que yo iba a ser una preocupación continua para ella, porque era débil, muy débil. Tendría que aprender a ser más fuerte.

-También habría podido matarte a ti. Tú podías con él, yo no, pero al menos sí que podía distraerlo… y eso es lo que he hecho. Además, tenía un plan. Quería clavarle esta estaca en el corazón.

-Pues has fallado.

-Pero ha sido suficiente –insistí -. Entre las dos hemos acabado con él y eso es lo importante.

Sofía me miró sin pestañear, y pasó una mano por delante de mi cara, quitándome algo de la sangre que me cubría. Yo no sabía exactamente el aspecto que tendría, pero no me era muy difícil de imaginar, después de haber visto el suyo unas cuantas noches antes.

-Estás loca, ¿lo sabes?

-Solo por ti.

Cuando los labios de Sofía se unieron a los míos, me di cuenta de nuevo de por qué me había arriesgado así. Fue un beso largo y tierno y sirvió para recordarme la necesidad que tenía de estar juntos, para lo bueno y para lo malo, tanto cuando había peligro como cuando no.

-¿Habría funcionado, verdad? –le pregunté.

-¿A qué te refieres?

-Si llego a atravesarle el corazón con la estaca… ¿hubiera acabado con él, no?

-Siento decirte que *no*. Lo único que puede acabar con nosotros es la luz del Sol y la decapitación. Cualquier otra parte de nuestro cuerpo puede regenerarse, incluyendo el corazón. Eso no es más que mitología cinematográfica.

-¡Oh!

¡Glup!

-Me temo que vas a necesitar muchos pañuelitos para limpiarte –me dijo, sin dejar de mirarme -. Estás hecha un desastre.

-Ya lo haré en casa. Pero tendré que lavar yo misma la ropa, porque si mi madre ve las manchas de sangre le da algo.

-Entonces esperemos que nos las vea. Oye, tengo que deshacerme del cuerpo. ¿Estarás bien si te dejo sola un par de minutos?

-Tú tranquila. Aquí te espero.

Sofía me miró durante unos segundos antes de girarse hacia su víctima. Recogió el cuerpo y lo cargó sobre su hombro y, con la otra mano, agarró la cabeza de los pelos.

-Me recuerdas al Doctor Frankenstein robando cadáveres –le dije -. ¿Qué vas a hacer con él?

-Los camiones de basura siempre es una buena opción. Suelen pensar que son vagabundos que sin darse cuenta se quedan dormidos dentro de los contenedores de basura y después son machacados por las cuchillas. Buscaré la ruta de recogida de basura y me adelantaré un poco. Tardaré cinco minutos.

-Aquí estaré.

Y desapareció de un salto.

Por si acaso se acercaba alguien, decidí alejarme un poco del lugar y esperé en la siguiente esquina, oculta entre las sombras. Cinco minutos más tarde regresaba Sofía.

-Todo arreglado. Ahora puedo encargarme de ti.

-Estoy bien, de verdad. Tan sólo llévame a casa. Ya me limpiaré allí.

-No, no estás bien. Nadie en su sano juicio lo estaría. Pensarás que yo soy un monstruo, que todos lo somos… y más ahora que te he puesto en pel…

No dejé que terminara. Alcé mi mano y coloqué mi dedo índice con suavidad sobre sus labios.

-Tú no eres un monstruo. Eres mi querida Sofía y si estoy en peligro es porque quise salvar la vida de una chica, algo que mereció la pena. Ese vampiro se merecía morir y la forma en que lo ha hecho me da igual. Sólo te pido que tus víctimas sigan siendo este tipo de gente, porque vampiro o humano, nadie que haga daño a otro ser humano gratuitamente merece vivir y, desde luego, este era de los que matan sin remordimiento.

-Cuenta con ello.

-Entonces, deja de decir que eres un monstruo, porque si lo eres, yo quiero ser como tú, y poder hacer lo mismo que tú. Y la única razón por la cual no te lo vuelvo a pedir es porque ya sé tú respuesta. Soy muy joven todavía. Pero al menos deja de preocuparte por mis sentimientos, porque los tengo muy claros.

Tomé aire antes de continuar hablando.

-Te quiero, y creo que siempre te querré, hagas lo que hagas, y si tú me quieres a mí, sé que no harás nada que no pudieras contarme porque me hiriese de alguna manera.

-Claro que te quiero, y te prometo que así será.

-Vámonos, entonces.

Abrí los brazos y esperé a que ella me acogiera. Cuando los cerré alrededor de su cuello y sentí los suyos en mi espalda, me sentí más segura que nunca. No me importaba nada lo que había visto, ni tener la cara ensangrentada. Lo único que me importaba era estar con Sofía todo el tiempo que pudiera, que no nunca iba a ser bastante.

En mi cabeza se agolpaban un montón de imágenes sobre el ataque, pero también sobre mis momentos con Sofía la reunión con las chicas, y cómo todas habían acordado defendernos.

Así, cuando nos elevamos en el aire, supe que había superado una nueva prueba y que iba a ser capaz de vivir en su mundo.

Lo supe… con total seguridad.

CAPÍTULO 16

Llegué a casa con los ojos cerrados mientras Sofía me llevaba por los aires y lo cierto es que seguía pareciéndome algo muy desagradable. La única diferencia con la primera vez era que en esta ocasión me costó despegar los párpados, debido a la sangre coagulada que me cubría el rostro.

Cuando pisamos el suelo de nuevo y abrí los ojos, descubrí que estábamos el callejón que quedaba justo enfrente de mi portal, al otro lado de la calle. Miramos a ver si había movimiento, pero todo parecía en calma. Entonces, me giré hacia Sofía.

-¿Puedo decirte algo antes de irme? –le dije en voz muy baja.

-Claro.

-Te quiero.

-Y yo a ti.

Sofía se inclinó hacia dentro y acercó sus labios a los míos. Cada vez que los sentía, me sorprendía su suavidad, que comparaba con la caricia del terciopelo sobre la piel. Era sencillamente maravilloso.

-Dame algo de tiempo para que arregle este desaguisado.

-Tranquila. Tómate el que necesites.

Rápidamente, cruce la calle, abrí la puerta y entré. Segundos más tarde, el ascensor llegaba a mi destino. Apunto de introducir la llave, pensé que debía ser muy rápida. Entrar, cerrar la puerta, saludar, llegar hasta mi cuarto, limpiarme la cara con una toallita y cambiarme.

Un plan perfecto.

Con esa idea en la cabeza abrí la puerta de casa.

-¡Ya estoy aquí! –grité, al mismo tiempo que cerraba la puerta y me dirigía hacia mi puerta.

-¡Hola, hija! ¿Puedes venir un momento? –La voz de mi madre me obligó a detenerme. No podía verlos en aquellas condiciones, así que debía no perder el tiempo.

-Sí, en cuanto suelte las cosas –dije, y entré en el cuarto.

-Rápidamente cogí un paquete de toallitas húmedas que tenía en el cajón, extraje una y empecé a darme por la cara y los brazos a toda velocidad. El pelo me costó un poco más, pero aunque no me di intensamente, podría salir del paso. En treinta segundos estaba prácticamente lista. El problema era la ropa. Sin pensármelo dos veces, me la quité, la eché con fuerza al suelo, al otro lado de la cama y me puse el pijama. Sabía que les iba a extrañar que me cambiase tan rápido, pero eso era mejor que la otra opción.

Un par de minutos más tarde, con un aspecto medianamente aceptable, aunque con algunos pelos enrojecidos que esperaba disimular con la falta de luz natural, me dirigí al salón.

-Hola, papá. Hola, mamá.

-Anika, ¿sabes qué hora es? –preguntó mi padre. Yo miré el reloj de pared que había en el salón. Las once y cuarto. Bastante tarde para un día de diario.

-Sí. Lo siento, es que se me fue la hora. La verdad es que me lo estaba pasando tan bien que no me di cuenta.

-Hija, últimamente estás demasiado nerviosa. Quizás sea porque has conocido a… -y dudó ligeramente antes de continuar -… Sofía y lo entendemos, pero no queremos que te olvides de que tienes que estudiar.

-¡Si no lo olvido, papá! De hecho, la semana que viene tengo exámenes y ya he empezado a

estudiar, pero es que ahora mismo quiero estar también con ella. Supongo que tendré que controlarme un poco, eso es todo.

-Me alegra que lo entiendas, hija.

Mi padre era todo comprensión y razonamiento. Siempre que yo pareciera entender la situación y aceptarla, él me daba el beneficio de la duda. Y la verdad es que hasta entonces, nunca le había defraudado.

Y esperaba no hacerlo entonces.

-Claro que lo entiendo, papá.

-¿Te lo has pasado bien? –preguntó mi madre.

-Sí. He conocido a algunas amigas suyas y son muy simpáticas.

Mi madre sonrió ligeramente. Sabía que estaba esforzándose por aceptar la situación y, la verdad, lo único que la ayudaba era sentir que yo era feliz.

Y lo cierto era que no podía sentirme mejor.

-Bueno, me voy a dormir. Hasta mañana.

-¿No quieres cenar?

-Eh… bueno sí. ¿Está lista?

-Sí, claro.

Mi madre se levantó, fue a la cocina y me dio un plato con un pequeño bocadillo con mortadela y un cola-cao.

-Gracias –le dije, cogiéndolo y dirigiéndome a mi cuarto.

Cuando regresé a mi habitación, Sofía estaba ya al otro lado de la ventana. Dejé la cena sobre la mesita de noche y le abrí.

-Todavía te quedan algunos restos –me dijo entre susurros.

-Voy ahora a quitármelos. Mis padres me han llamado para recordarme que debo salir menos y estudiar más.

Le di un beso e hice una visita al cuarto de baño. Decidí darme una ducha rápida, mejor que ir quitando una mancha tras otra y desenredando el pelo.

Diez minutos más tarde, completamente libre de restos de sangre y más relajada, pero fatalmente secada por las prisas, volvía al cuarto. Sofía me esperaba dentro de la cama, bajo las sábanas, y con los brazos abiertos. Sonreí y, sin dudarlo un instante, me eché en sus brazos, pasando los míos por debajo de ella. Noté como sus manos acariciaban mi espalda, y cuando me dio un beso en la frente, lleno de ternura y de cariño, me sentí, sencillamente, más feliz que nunca.

Aplasté mi cuerpo contra el suyo y ni tan siquiera me hubiese acordado de cenar de no ser porque Sofía nunca se olvidaba de mí.

-Es mejor que comas. Seguro que lo necesitas.

Yo empecé a cenar sin dejar de mirarla ni un solo instante y, cuando hube terminado, no iba ni a llevarme las cosas, pero pensé que, de no hacerlo, habría aparecido mi madre y eso hubiese podido ser un desastre. Sofía podía desaparecer de la vista con rapidez, pero… ¿y si no le daba tiempo?

Así que me fui y, por supuesto, regresé lo antes posible y me lancé sobre Sofía.

-Te echo de menos –le dije. Cada vez era un poco más descarada.

-No sé a qué te refieres. Si no te he dejado ni un instante.

-Me refiero a que echo de menos que me beses. Me gusta como sabes.

-Eso suelo decirlo yo y, aunque no te lo creas, a mí nunca me han dicho eso.

-Pues a partir de ahora va a cambiar.

Me acerqué a ella, coloqué una mano en su mejilla y acerqué mis labios a los suyos. Ambos se fundieron en un perfecto pero delicado equilibrio, constantemente puesto a prueba durante un segundo tras otro. A cada movimiento que yo hacía para intentar "devorar" su cuerpo, ella respondía con otro que se escabullía, y me obligaba a adaptarme. Sin embargo, mi agresividad, fruto de mi deseo desenfrenado, no tenía límite y, poco a poco, fue logrando su objetivo. Lentamente, fui acorralando su cuerpo bajo el mío, mientras continuaba besándola, hasta que consideré que era el momento adecuado. Entonces, introduje una mano, primero por debajo de sus pantalones y después de sus bragas, hasta alcanzar el lugar deseado.

En ese momento, Sofía logró de nuevo, aunque fuese solo temporalmente, escaparse de mí.

-Creo… que… te estás… pasando –logró decir, mientras jadeaba. Ambas estábamos al borde del abismo, y lo sabíamos.

-Procura ser silenciosa entonces, porque si no tendremos que volver a dejarlo.

Pero ella lo dejó antes. Colocó sus brazos debajo de mí y me empujó hacia arriba. Mi cuerpo se separó violentamente del suyo sin que pudiese hacer nada por evitarlo y mi mano se deslizó hacia fuera del pantalón por simple inercia.

-Aquí no –me dijo -. Si de algo estoy segura es de que cuando lo hagamos, no quiero interrupciones de ningún tipo.

-¿Y cuándo va a ser eso? –le pregunté, irritada -. ¿Alguna vez será el momento adecuado y el sitio propicio? Porque siempre me estás diciendo que tenga paciencia, pero no hasta cuándo.

-El lugar ya lo tengo. Es *el momento* lo que estoy esperando.

-¿A qué? –pregunté, echándome a un lado y dejándome caer para situarme junto a ella, ambas boca arriba.

Sofía giró la cabeza para mirarme. Yo, en cambio, estaba muy enfadada para hacerlo y mantuve la vista fija en el techo.

-Primero, quiero estar segura de que no te ocurrirá nada por mi culpa. Cuando todo esto haya pasado, te prometo que tendremos tiempo para nosotras.

Entonces la miré. En sus ojos había genuina preocupación por mí y eso era algo difícil de ignorar y de resistir. Mi irritación desapareció como por arte de magia y me apreté contra ella.

-Lo siento. Es que te quiero tanto que me puede el deseo de estar contigo.

-Puedo entenderlo porque a mí me ocurre algo parecido, pero necesito mantener la cabeza bien fría… por ti. De momento, vamos a centrarnos en cómo defendernos. Hoy ya hemos tenido un aviso. Ya veremos cómo te va mañana con tu nueva guardaespaldas.

-No sé si me gustará.

-Seguro que sí. Patricia confía en ella y eso es suficiente para mí, así que debe serlo también para ti.

-Está bien. Haré lo que pueda por complaceros, pero más os vale que penséis en una manera de encargaros de Gretchen, porque ya me está cansando todo esto. Soy capaz de ir yo misma y decapitarla con una sierra mecánica.

-Te creo –y se echó a reír.

Al verla, la imité, y todo mi cuerpo se relajó. Minutos más tarde, el sueño me alcanzaba, mientras me encontraba en los brazos de Sofía.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba mis cereales, noté que mi madre me observaba con curiosidad.

-Pareces cansada. ¿Qué tal te fue anoche?

-Bien. Las chicas que conocí son muy… agradables.

Definitivamente, definir a las *amigas* de Sofía no era nada fácil, así que opté por lo más

diplomático.

-Sofía… ¿estás bien con ella?

A mi madre le había costado hacer aquella pregunta, y me parecía que había una sincera preocupación y ánimo de ganarse mi confianza en ella. Dejé de comer y decidí hablar con ella.

-Sí, estoy muy bien. Mejor que con nadie más hasta hoy. La quiero, mamá.

-Me alegro hija, me alegro mucho. Siento mucho haberme puesto… cuando me dijiste que…

¡Pobrecilla! ¡Échale una mano, anda, que lo está intentando!

-Tranquila, mamá. No tiene importancia. Entiendo que fuese una sorpresa para ti, pero créeme si te digo que no mayor de la que sufrí yo cuando me ocurrió. No me lo esperaba para nada.

-Ya lo supongo.

Mi madre y yo habíamos hecho las paces. Después de todo, no le había costado tanto aceptar la nueva situación (bueno, la que conocía, claro), y parecía que todo iba a estar bien, después de todo. Lo necesitaba, la verdad. Con todas las cosas que estaban pasando, necesitaba saber que podía contar con ella.

-Anda, tómate rápidamente los cereales que vas a llegar tarde –me dijo, finalmente, antes de meterse en la cocina. Yo la miré mientras se marchaba, y después, terminé mi desayuno en tres grandes cucharadas.

Un minuto más tarde, cogía la mochila y me dirigía hacia la puerta.

-Hasta luego, mamá.

-¡Espera, hija!

Mi madre vino con algo en la mano. Era mi sándwich. Aquella mañana yo tenía la cabeza en otras cosas y se me había olvidado preparármelo.

-Gracias, mamá. Se me había olvidado.

-Para eso estoy yo. ¡Hasta luego!

-Hasta luego.

Me marché con la sensación de que mi madre no dejaba de analizar cada uno de mis gestos, como si intentara saber en cada momento cómo me sentía yo, pero en aquellos momentos, había dejado de molestarle.

Podía entenderlo. Para ella, en un día había descubierto que yo no era la chica vulgar que ella siempre había pensado, y por tanto, debía adaptarse a una situación completamente nueva. Mi creciente independencia. Al menos, ella hacía lo posible por adaptarse a mí, y eso tenía que agradecerlo.

Pero para mí, cada nuevo día, si bien prometía ser mejor que el anterior, también escondía nuevas e inquietantes historias. Y cuando salí de casa, justo delante del portal, me encontré de bruces con una de ellas.

Apoyada de espaldas a un coche me esperaba una mujer de unos veintitantos años, delgada, musculosa y mirada penetrante. Su cabello castaño, recogido en una cola, y su vestimenta, completamente deportiva, con unas zapatillas para correr, unos pantaloncillos de esos elásticos y una camiseta de las que no muestran el sudor, le daba aspecto de poder dar cinco volteretas en el aire y aterrizar sobre la punta de sus pies.

-¿Eres Anika? –me preguntó.

-Sí.

-Yo soy Cristina. Me envía Patricia.

-Encantada. Esto… ¿cuál es el plan?

-Seguirte allá donde vayas.

-Eso va a ser un poco complicado. Pasaré toda la mañana en el instituto.

-Entonces será justo todo lo contrario, muy sencillo. ¿Tienes algún plan para esta tarde?

Hasta entonces lo había olvidado, pero tenía una cita con Bobby a las cinco de la tarde y lo cierto es que no me apetecía nada asistir. Por desgracia, no hacerlo significaría perder a Bobby definitivamente, así que iba a tener que hacer de tripas corazón.

-La verdad es que sí –dije, tras pensármelo unos momentos -. He quedado a las cinco de la tarde con una amiga.

-Bueno, eso no es problema. Simplemente, te acompañaré hasta que llegues a donde hayas quedado y, a partir de allí, ya me encargaré yo de seguirte. De todas formas, vamos a hacer una cosa.

Cristina se acercó a mí y extrajo algo de un misterioso bolsillo del pantalón, que no parecía tener momentos antes.

-Este es un móvil cargado con mi número –me dijo, dándomelo. Yo lo cogí y lo miré. Era un Samsung de los más modernitos, pequeño y sencillo de ocultar -. Si sales del instituto por cualquier motivo o crees que estás en peligro, pulsa rellamada. En cuanto me suene el mío, iré por ti. Cuando esta tarde vayas a salir para ir a tu cita me llamas y yo me acercó a buscarte. Iremos juntas, y después yo te seguiré de lejos.

-¿No te parece qué es un poco exagerado todo esto?

-No por lo que me han contado. Además, me he comprometido a protegerte en todo momento y no puedo hacer otra cosa. No te preocupes, ni siquiera te darás cuenta de que estoy allí.

-No es eso. Es que… no quiero molestar.

-No es molestia para nada. Aquí tienes el cargador –dijo, sacándolo de una pequeña mochila que llevaba en la espalda -. Llévalo siempre contigo.

Asentí, me guardé el teléfono y el cargador, y empecé a caminar hacia el instituto. Ella igualó mi paso y se colocó a mi lado.

-¿Vas a estar conmigo todo el día?

-Eso es.

-¿Y qué hay de tu vida? ¿No tienes cosas que hacer?

-No tendría vida de no ser por Patricia. Si ella me ha pedido que te proteja lo haré, cueste lo que cueste.

-¡Pero sí yo creo que no es necesario! –protesté-. De día tengo toda la seguridad del mundo. Apenas sí salgo y en casa no corro peligro.

-Tú no sabes de lo que es capaz alguien que está enfadado –una sombra cruzó su rostro al decir esto y, aunque nada más dijo, supe perfectamente de lo que estaba hablando.

Cuando llegué a las puertas del instituto, antes incluso de ver a ninguno de mis compañeros, me detuve. Era el momento de enfrentarme a mis mayores temores, es decir, a ser excluida, no sólo pasiva sino activamente por todos y en todas partes. No me importaba, porque tenía a Sofía, pero eso no lo hacía tan fácil como parecía. Sin embargo, estaba segura de que lo resistiría. Miré a Cristina.

-¿Hasta las tres? –le pregunté, sabiendo ya la respuesta.

-Hasta las tres. Te estaré esperando en la puerta, pero recuerda llamarme si ves algo sospechoso.

-Sí. Gracias, Cristina.

Y sin decir nada más, empecé a caminar y entré en el recinto. Salí de mi pequeño universo

nocturno, para adentrarme en el diurno, que no tenía absolutamente nada que ver. Empecé a ver gente conocida, compañeros y compañeras de clase de otros años y, por supuesto, del actual. Yo intenté no mirar a nadie, pero por el rabillo del ojo ya me estaba dando cuenta de que ellos sí que me miraban a mí. Sin embargo, nadie me dijo nada. Conseguí entrar en el edificio sin detenerme ni una sola vez, hasta llegar a la clase.

Y allí ya fue otra historia.

Estaba prácticamente todo el grupo al completo y cuando entré, no hubo nadie que no se volviese a mirarme, como si me estuviesen esperando. Por supuesto, *Repabe* sonreía desde el fondo. Sin duda alguna, Rebeca debía haber sido la autora de la dispersión del cotilleo, aunque no debía olvidar que Lidia era el origen. Me fijé en que precisamente Lidia estaba sentada en su mesa, cabizbaja. Dudaba mucho de que se arrepintiera de lo que había hecho, pero esperaba que al menos le remordiera la conciencia una sola vez.

Intenté ignorarles a todos. Una vez pasada la sorpresa inicial, me dirigí hacia mi mesa y me senté, mostrando la mayor indiferencia que pude. Como además había llegado puntualmente, el timbre sonó casi inmediatamente y no quedó tiempo para mucho más. Todos fueron sentándose en sus respectivos sitios y nadie se me acercó a decirme nada.

Hasta que llegó el recreo, por supuesto.

En ese momento, Rebeca y sus seguidoras se me acercaron en manada.

-Hola, Anika. Esto… me estaba preguntando si nos podías ayudar con algo.

-Lo dudo –les dije, y me di la vuelta para salir de clase. Pero eso no las desanimó. Estaban dispuestas a hacerme sufrir y no les iba a detener algo tan tonto como que yo les diese la espalda.

-Es que nos interesa mucho saber cómo es ser lesbiana.

Ya estaba. Seguramente habría prometido nada más levantarse que tenía que decir en voz alta la palabra *lesbiana* al menos cinco veces antes de que terminase el día y todas refiriéndose a mí. Me giré, por supuesto, enfadada, pero dispuesta a no darle la satisfacción de salir huyendo.

-Pues mira, me temo que no puedo ayudarte. Todavía no he conocido a ninguna.

-¡Pero qué me dices! –la falsa sorpresa de Rebeca era casi vomitiva. De verdad que no sabía si sería capaz de aguantarla durante mucho tiempo más -. Si estás saliendo con una chica será porque entiendes mucho de eso.

-No, no entiendo *mucho* de eso. Sólo *entiendo* que *quiero* a una chica que es maravillosa, pero si te soy sincera, todavía no he encontrado a nadie más que me guste.

-Eso es porque no te has esforzado. ¡Ves! ¡Estaba segura de que no eras una *lesbi*! En la clase de primero de bachillerato hay un chico llamado Antonio que precisamente el otro día estuvo hablando de…

Ahora entrábamos en la fase de *hay que conseguir que a Anika le gusten los chicos por su propio bien.* Una nueva modalidad de pasatiempo que seguramente terminaría haciendo furor entre los miembros del grupo. Desde luego, no iba a permitirles que me arrastraran a su terreno.

-No te esfuerces tanto, Rebeca. Supongo que no puedes entenderlo y, dudo mucho que lo hagas algún día, pero cuando quieres a alguien, los demás no importan. Es lo que siento cuando estoy con ella.

-¡Ugggh! –el gesto de disgusto de Rebeca no les pasó desapercibida a las demás. Exageraba todas sus reacciones a cosa hecha para extender sus sentimientos a las demás -. No quiero ni pensar cómo sería besar a una chica. Sería como… como…

-¡Cómo besarse a una misma! –dijo de pronto Belén. No sabía si aquella estupidez se le había ocurrido a ella sola o, más bien se había tirado toda la noche pensándola, claro que tampoco me interesaba lo suficiente como para preguntárselo. El cerebro vacío de Belén no era

lo suficientemente atrayente.

Llegué a la conclusión de que debía cortar aquello definitivamente. Rebeca y las demás nunca hablarían bien de mí y me desprestigiarían siempre que pudieran, por lo que siempre tendría las de perder, aunque fuese simplemente por ser pesadas, así que debía quedar delante de ellas como alguien a quien no le importaba lo que pudiesen decir. Di un paso en dirección a Rebeca, cogí su rostro entre mis dos manos y, decidida, la besé en los labios. Ella luchó por soltarse, pero yo la tenía muy bien cogida. Tampoco es que fuera lo que se dice un beso de verdad, porque evidentemente, no tenía ningún interés en ella, ni físico ni emocional, así que no moví demasiado los labios ni abrí mucho la boca, pero la verdad es que había conseguido bastante práctica y no me costó demasiado esfuerzo. Lo cierto es que me dio un poco de *no-sé-qué* besar a otra persona diferente de Sofía (y de Bobby) y más tratándose de quien se trataba, pero como sólo fue para cerrarle la boca, no le di más vueltas.

A los pocos segundos, dejé que se soltara. Su boca estaba abierta, como a punto de decir algo, y sus pupilas, completamente dilatadas. Definitivamente, me estaba volviendo muy, pero que muy descarada, y es que quizás era la única manera de sobrevivir en aquellas condiciones.

-Ahora ya sabes *exactamente* lo que se siente. Cuéntaselo a las demás.

Y me marché, sonriendo satisfecha, en dirección al patio, dejándolas con tres palmos de narices.

Rápidamente encontré un pequeño rincón y me senté en el suelo, completamente sola, a comerme mi sándwich, hasta que de repente, cinco minutos o así más tarde, me di cuenta de que un par de chicas se había acercado a mí sin que me hubiese dado cuenta.

-Hola. Me llamo Vero. Y esta es Silvia.

Yo las miré. Vero tenía el pelo castaño claro, largo hasta los hombros, algo pasada en kilos, como yo, y vistiendo vaqueros y camiseta beige.

-Eh… Anika.

-Los cotilleos vuelan como el viento y como nosotras ya hemos pasado por eso, nos hemos acercado a ver cómo estabas.

Miré a la otra chica. La tal Silvia era bastante alta y delgada, muy delgada y vista junto a Vero, y estaba claro que no parecían tener nada en común.

Y sin embargo, iban juntas.

-¿Sois… *les*?

-Ajá –respondió Vero.

-¿Compañeras de batalla, entonces, no?

Vero se rió, y Silvia la imitó. Parecían simpáticas y, por supuesto, estaban aisladas del resto porque, de hecho, yo no me había fijado en ellas hasta ese momento. Me levanté.

-No sabía que hubiese más… quiero decir, reconocidas oficialmente y todo eso.

-Bueno, estoy bastante segura de que somos muchas más, pero sólo nosotras lo hemos dicho o, en todo caso, sólo nosotras somos conocidas. Es duro al principio, cuando te dejan de lado, pero después… todo es mucho mejor.

-Lo sé. La verdad es que no siento en absoluto que la gente se haya enterado. Aquí no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

-Bien dicho –comentó Vero.

-Han dicho que tienes novia –dijo Silvia.

-Pues sí. En realidad, es la única persona que me ha gustado hasta ahora.

-¡Qué bonito! –comentó -. A mí me gustan varias chicas, pero yo no les intereso a ellas.

-No encontrarás aquí lo que buscas, *Silvi,* ya te lo he dicho varias veces –habíamos

empezado a pasear por el patio, y mirábamos a los demás, que formaban corrillos para jugar y hablar.

-En realidad, yo la encontré por casualidad y no hay nadie más que me guste tanto. Quizás es la única manera de hacerlo –expliqué.

-Puede ser –Vero era una líder nata. Parecía tener muy claras sus ideas -, pero lo importante es lo difícil que resulta romper las barreras que nos ponen.

-A mí ya me ponían barreras antes. La única diferencia es que ahora lo tengo súperclaro y ya no van a poder hacerme daño nunca más. Prefiero estar sola que mal acompañada.

-Bueno, ya no tienes que estar sola –dijo Silvia -. Puedes estar con nosotras.

-Gracias –le sonreí. Silvia me resultaba simpática. Parecía bastante frágil, pero bajo el ala protectora de Verónica, era fácil ver que era una buena chica-. ¿En qué cursos estáis?

-Yo en segundo de bachillerato –dijo Vero.

-Yo en primero. Nos conocimos en un viaje. A mí me hizo mucha ilusión saber que no era la única.

-A mí también me hace ilusión ver que no estoy sola –comenté -. Anima mucho.

-Solemos salir juntas de vez en cuando por ahí a dar una vuelta, así que si te quieres venir cualquier día con nosotras, serás bienvenida.

-Eh… gracias. Quizás lo haga. Aunque reconozco que ahora estoy bastante ocupada –evidentemente, no les iba a explicar que sólo quería estar con Sofía.

-Claro, lo entendemos. Querrás estar con ella.

-La verdad es que sí. Además, ahora estoy algo agobiada, porque tengo muchas tareas y muy pocas ganas de hacerlas, y el poco tiempo del que dispongo quiero pasarlo a su lado, pero lo cierto es que cualquier día no me importaría que saliésemos todas.

-No tienes más que llamarme. Te dejo mi móvil si quieres.

-Y yo el mío –dijo inmediatamente Silvia.

Silvia parecía ir a remolque de Vero, pero no me resultaba desagradable. No era como Paloma y Belén, que seguían fielmente las órdenes de su ama, sino más bien, como si Vero fuese quien cuidase de ella. Era una especie de hermana mayor. Aquello no me pareció malo en absoluto.

Saqué mi móvil del bolsillo. Primero Vero me dio su número y después Silvia hizo lo mismo con el suyo. Los anoté.

-Listo. Os voy a dar un toque para que tengáis el mío.

Busqué el nombre de Silvia, que aparecía antes, y di un toque sin acercarme el móvil al oído. No era demasiado sano que te vieran usándolo. Después hice lo mismo con el de Vero. Un minuto después, todas teníamos nuestros números.

Entonces sonó el timbre que indicaba el final del recreo.

-Bueno, al menos este recreo ha merecido la pena –dije.

-Me alegro que te lo parezca –comentó Vero.

-¿Os veré mañana por aquí?

-Claro, te esperaremos si quieres –dijo Silvia.

-Estaría bien.

-Nos veremos mañana, entonces –dijo Vero.

Yo asentí, y entonces me introduje entre el gentío, perdiéndome entre los gritos y las conversaciones de otros, pero feliz, por haber descubierto que, después de todo, no estaba sola. En realidad, nunca estuve sola. Lo único que ocurría era que todavía no me había encontrado con nadie.

CAPÍTULO 17

La mañana terminó siendo como todas las mañanas, con la salvedad de mi encuentro con las chicas *les* del instituto. Aquello había sido todo un descubrimiento y pensé que de pronto mi teléfono empezaba a tener un extraño exceso de gente que podía llamarme, algo que hasta entonces no había ocurrido.

Quizás empezaba a necesitar hasta una agenda.

Pensando en ello, casi se me había olvidado que tenía a una guardaespaldas esperándome a la salida.

-Hola, Cristina –dije en cuanto la vi.

-Hola, Anika.

Estaba de tan buen humor, que no importó en lo más mínimo que Cristina estuviese allí para hacer de niñera.

-¿Me acompañas a casa, por favor?

-Para eso estoy aquí.

Y nos echamos a andar, pero lentamente, como si llegar fuese un castigo y el tiempo que estábamos juntas, un regalo, pese a no hablar apenas entre nosotras.

-Dime, ¿desde cuándo conoces a Patricia?

-Nos conocimos hace cinco años.

-Entonces sabrás mucho de ella –le pregunté.

-No demasiado. Sólo que a ella le ocurrió algo parecido a mí y que por eso me ayudó.

Cristina no profundizó más en el tema, por lo que deduje que se trataba de algo difícil de explicar, quizás porque significaría, de alguna manera, revivir todo el sufrimiento que había supuesto para ella. No pregunté más. Fue ella, sin embargo, quien decidió continuar hablando.

-Mi marido parecía una buena persona cuando lo conocí, atento y educado. Sin embargo, todo lo que había de bueno en él desapareció en el momento que perdió su empleo y decidió pasar más tiempo de la cuenta en los bares. El alcohol se convirtió en su debilidad y yo, en la víctima propiciatoria. ¿Quién mejor que su mujer para echarle la culpa de todos los males que le invadían?

Tragué saliva. Era muy duro escuchar aquella historia.

-Día tras día recibía insultos y bofetadas y yo lo aguantaba, porque era joven y no me daba cuenta de lo que ocurría. Hasta que una noche, en plena calle, decidió que debía darme un escarmiento por quejarme de más y para demostrar delante de sus amigos que era todo un hombre. El problema fue, que por allí andaba Patricia.

No hacía falta decir nada más. Sabía cómo se las gastaban las chicas. En un abrir y cerrar de ojos, tras la primera bofetada, su marido habría quedado reducido a un amasijo de sangre y huesos.

-¿Y después de aquello Patricia cuidó de ti?

-Sí. Ella se encargó de todo.

Casi tenía miedo de preguntar, pero lo hice.

-¿Y no te planteaste transformarte en vampira?

-No. Tengo un hijo del que cuidar y no quiero abandonarlo.

Vaya. Estaba claro que en esas circunstancias Cristina no podía transformarse, por mucho que lo desease en su fuero interno.

-¿Él está bien? Quiero decir, tu hijo.

-Mejor que nunca –sonrió. El mero hecho de hablar de su hijo parecía alegrarle la vida -. Tiene ocho años y cada día que pasa descubre nuevas cosas.

-Me alegro.

-¿Tú la quieres mucho, verdad? –me preguntó de pronto.

-Sí –respondí sin dudarlo, entendiendo que se refería a Sofía -. Y como soy más joven que tú y no tengo niños, estoy deseando que me transforme, pero ella se niega.

-Lo comprendo. Tengo entendido que una vez lo hicieras, no crecerías más, ni tampoco podrías tener hijos. Quizás quiera darte la oportunidad de tenerlos.

-¿Y quién dice que quiero tenerlos? Ahora mismo sólo deseo estar a su lado y cualquier otra cosa me tiene sin cuidado. ¿De qué me serviría tener hijos si no pudiese compartirlos con ella?

-Quizás dentro de un tiempo lo echaras de menos.

En ese momento me di cuenta de que casi sin percatarnos, habíamos llegado al portal. Me estaba resultando tan interesante hablar con Cristina que había perdido completamente la noción, tanto del tiempo como del lugar en el que estaba.

Nos detuvimos y yo me giré para estar frente a frente con ella.

-Es posible, pero no se puede vivir en el futuro. Mi presente es Sofía, y ahora mismo, nada tiene sentido sin ella. Supongo que soy un *poquito* exagerada.

Cristina se rió.

-Sí, un poco. Pero no hay nada malo en ello si lo haces sinceramente y de corazón.

La miré. Cristina era una buena persona. El que se hubiese atrevido a hacerle daño se merecía todo el daño que le hicieron. Me hubiera gustado darle yo misma unas cuantas patadas en sus partes.

-Gracias por cuidar de mí, Cristina –le dije finalmente –y por sacrificar el tiempo de estar con tu hijo para hacerlo.

-No te preocupes por eso. Mi hermana se encarga de él cuando yo no estoy, y le debo tanto a Patricia que no supone ningún sacrificio para mí. Además, entiendo por lo que estás pasando. Para ti estar con Sofía será tan importante como para mí estar con mi hijo, lo cual hace que todo lo demás carezca de importancia.

-Eso es, justamente.

-Pero ten mucho cuidado. Por lo que Patricia me ha ido contando durante estos años, los vampiros no se rinden, nunca abandonan y siempre recuerdan.

Miré a Cristina. Había tristeza en su rostro, pero también ganas de vivir. Hablaba la voz del recuerdo, porque sus recuerdos eran dolorosos y difíciles.

-Tendré cuidado. Y contigo a mi lado, ya me siento mucho más segura.

Sonreí, y ella me devolvió la sonrisa de una manera que me hizo sentir agradecida, simplemente por el hecho de ver calor en su rostro.

-Nos vemos esta tarde.

-Sí. A eso de… ¿las cuatro y media?

Cristina asintió.

-Aquí estaré.

-Entonces, hasta luego, Cristina.

-Hasta luego.

Me giré, y entré en casa.

Tener a Cristina detrás de mí todo el tiempo me resultaba extrañísimo. Era como tener dos sombras, sólo que una de ellas, podía ver en todo momento y analizar cada cosa que hacía o

decía. No me acostumbraba.

Cristina fue a mi lado durante todo el camino, hasta que nos bajamos del autobús. En ese momento, me dijo que caminara unos metros por delante de mí ya que, a partir de entonces, me seguiría de lejos. Cuando giré en la esquina de la calle que me llevaría a la casa de Bobby y la vi a ella esperándome delante del portal, me detuve, sin atreverme a acercarme. Estaba nerviosa y no tenía muy claro si era por Bobby, por Cristina, o por ambas.

Es por Bobby, seguro. Estar a su lado es un peligro continuo.

Por suerte para mí, Bobby me vio, me saludó sonriente, y corrió a mi encuentro antes de que yo diera media vuelta.

-¡Chica, qué puntualidad! –me dijo en cuanto llegó a mi lado.

-¿Yo? Siempre. Cuando quedo a una hora soy asquerosamente puntual.

-Me alegro.

Entonces, Bobby hizo algo que yo no me esperaba. Me abrazó y me dio un beso en la boca a modo de bienvenida.

-Esto… ¿vas a empezar… tan pronto?

-Esto no es más que el calentamiento. Anda, vamos.

Me agarró del brazo y me empujó para que empezáramos a caminar.

-¿A dónde vamos?

-Es una sorpresa.

-¡Ufff! Contigo, las sorpresas significan peligro.

-Puede ser –comentó, enigmáticamente.

Y ya no hubo forma de sonsacarle nada más. Estaba claro que había programado aquella tarde a su gusto, y que nada ni nadie, iba a impedir que lo llevara a cabo.

¡Desgracia la mía!

Caminábamos juntas, ella cogida de mi brazo, y en silencio, pero hacia un lugar muy concreto, desde luego. Yo la miré varias veces, a ver si me decía algo, pero Bobby continuaba avanzando, sin inmutarse y sin soltar prenda.

-¿No estarás asustada, verdad? –me preguntó, después de ver (supuse) como giraba la cabeza en varias ocasiones.

-Pues… sí, la verdad.

-No lo estés. Sólo vamos a que conozcas a algunas de mis amigas.

-¡Ah! –aquello no sonaba tan mal -. ¿Y dónde hemos quedado?

-No lo hemos hecho. Habitualmente nos vemos en una especie de club. Es un bar un poco diferente.

-¿Parecido al *Afrodita?* –pregunté yo, intentando hacerme una idea de lo que iba a encontrarme.

-Bueno, en cierta forma… sí, pero no exactamente.

-¿Qué significa eso de *no exactamente?* –aquello ya empezaba a escamarme un poco.

-Ya lo verás. Paciencia.

-Dime, ¿no te cansas de estar en tantos bares, con tanto ruido, lleno de gente, olor a tabaco…?

Al oír aquello, Bobby se detuvo y me miró. Parecía que por fin había logrado llamar lo suficiente su atención como para que, al menos por un momento, olvidase la marcha.

-No, para nada. Es precisamente en estos sitios en los que me siento verdaderamente libre. En ellos puedo ser quien soy realmente, sin miedo a ser criticada, ni tampoco a ser examinada.

Recordé que Cristina debía de estar siguiéndonos y tuve la tentación de volverme, pero por

suerte, en ese momento, Bobby reanudó la marcha.

-¿Y eso por qué, Bobby? –le pregunté. Aunque nos habíamos detenido, no me había soltado, y al empezar a andar me había obligado también a hacerlo a mí. Me sentía como si fuésemos siamesas.

-Porque allí… hay más gente como yo, chicos y chicas marginados, que buscan su sitio a escondidas porque en la sociedad no pueden darse a conocer.

-Lo entiendo… y lo siento.

-No lo hagas. Soy yo misma desde hace mucho tiempo, y no necesito a mi lado a nadie que no sepa aceptarme tal y como soy.

No dije nada más. No había necesidad. En los últimos días, yo me había sentido exactamente igual. Siempre me habían dejado a un lado por tener un físico socialmente aceptable, pero desde que sabían que me gustaba una chica, todo había cambiado… a peor. La gente me miraba ahora de otra manera… o yo sentía que lo hacían así, aunque la respuesta de Lidia y de Rebeca no dejaba lugar a dudas. Aunque seguramente habría gente a la cual no le importaría cómo era yo, para muchos otros, sería un bicho raro al que dejar a un lado, cuando no, del que reírse a su costa.

-¡Hemos llegado!

Sin darme cuenta, y mientras me dejaba guiar por Bobby, habíamos cruzado una buena parte de la ciudad. No sabía con precisión durante cuánto tiempo habíamos caminado, pero sí que debíamos de estar cerca del Centro. Los edificios eran antiguos, y se veían algunas calles empedradas, en lugar de asfaltadas. Miré a mi alrededor, y no vi nada especial; tan solo un edificio situado delante nuestra, que parecía a punto de derrumbarse y caer sobre nosotras.

-Pues… vale –dije, extrañada. Bobby se echó a reír.

-¿No lo ves?

Negué con la cabeza. Yo no veía nada de nada.

-Escucha.

Contuve la respiración y agudicé el oído. De pronto, me pareció escuchar un sonido rítmico que… sí, eran guitarras, y una batería.

-¿Es… música?

-Ajá.

-¿Pero dónde?

Bobby inclinó la cabeza y miró al suelo. Yo la imité, y para mi sorpresa, me di cuenta de que nos encontrábamos, no sobre adoquines, sino encima de una de esas cristaleras gruesas y casi irrompibles, que dejaba pasar luces de diferentes colores.

-¿Ahí abajo?

-Eso es. Es un club subterráneo. ¿A qué está bien?

-Esto… es raro –me quejé. Tenía la impresión de que no me iba a gustar.

-¡Sí! ¿No te encanta?

A Bobby desde luego sí, porque estaba eufórica. Pese a no conocer el lugar, no tenía dudas de que allí, ella debía sentirse como pez en el agua.

-Además, es de día todavía –añadí -. ¿Desde cuándo un local de marcha abre durante el día?

-Este es muy especial. Hay gente que sólo puede venir a determinadas horas, así que no cierra nunca.

-¿Nunca? –pregunté, sorprendida. Aquello sí que era una novedad.

-Jamás. Hay turnos que se relevan continuamente. Sólo hay un día a la semana que cierran. Los viernes.

-¡Los viernes! ¡Pero si es el día preferido por la gente para salir!

-Por eso precisamente, porque ese día, muchos prefieren ir a otros sitios. El resto de la semana, abren las veinticuatro horas.

-Reitero lo dicho. Es muy, muy raro.

Bobby se rió de nuevo, visiblemente satisfecha.

-¡Vamos!

Me agarró de la mano y tiró de mí en dirección hacia el edificio en ruinas.

Resultó que justo antes de la entrada, había unas escaleras que conducían a un sótano. Una gruesa puerta guardaba la entrada, y un hombre de aspecto rudo pero educado, no tan cachas como el gorila de la discoteca, estaba situado delante de ella.

-Hola, Pablo –le saludó Bobby, con toda naturalidad.

-Hola, Bobby. Hacía tiempo que no te veía por aquí.

-Bueno, es que he estado algo retirada, pero puede que a partir de ahora venga más a menudo.

-Puedo ver por qué.

Al decir esto, me echó un vistazo. Cuando digo *me echó un vistazo*, quiero decir que me examinó como si fuese una especie de terrorista o algo así, porque me di cuenta de que sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro, sin que en su rostro se evidenciara interés alguno.

Me sentí muy incómoda.

-¿Podemos pasar?

-Por supuesto –Pablo abrió la puerta, dejando que escapara la música que sonaba en el interior del local, que era para mí tan indefinida como cualquier otra -. ¡Qué os divirtáis!

-Gracias –le respondió Bobby, tirando de mí hacia el interior.

La entrada no daba directamente al local en sí, sino que conectaba con un pasillo que terminaba, unos cuatro o cinco metros más adelante, en otra puerta. Cuando llegamos, Bobby se detuvo y se giró hacia mí.

-Esto es muy importante para mí –me dijo -. He venido muchas veces aquí, pero siempre sola. Eres la primera persona a la que traigo.

-Yo… no creo merecerlo, Bobby.

-No lo he hecho porque lo merezcas, sino porque me gustas, y tengo que mostrarte mi vida sin complejos. Sé que eres muy joven, pero creo que no saldrás corriendo. Solo debes recordar siempre dos cosas.

-¿Cuáles?

-La primera, que todo lo que ocurre dentro se queda dentro. Nadie de fuera tiene derecho a saberlo.

-Eso sueno muy misterioso, pero vale. Se trata de guardar el secreto. Eso puedo hacerlo. ¿Qué es lo segundo?

-Que nada ocurre si tú no quieres. Ahí dentro solo pasará lo que tú quieras.

-Bueno, pero eso… es lo normal, ¿no? –le dije, empezando a preocuparme.

-Sí, pero tú recuérdalo, ¿vale?

-Vale.

Entonces, abrió la puerta.

Aquello me pareció haber sido un garaje o algo parecido. Había un abundante número de columnas, la mitad superior de las paredes era blanca y la inferior, gris. El suelo había sido enmoquetado, y había luces en el techo que no iluminaban más que lo necesario. No había pista de baile, pero sí una barra, a donde acudía no demasiada gente, porque la mayoría estaba sentada

en los innumerables sillones y sofás que había dispersos por todo el lugar. Pero claro, todo aquello carecía de importancia alguna, porque lo verdaderamente destacable era que casi todos, hombres y mujeres, estaban enrollándose allí mismo. Había gente desnuda y semidesnuda, algunos practicando sexo en pareja y otros en grupo, en diferentes posiciones y con distintas actitudes. Aquel *club* era en realidad un lugar de encuentros sexuales sin tapujos.

Y yo no estaba acostumbrada a nada de aquello.

Me pareció *muy fuerte*, ya que pese a no considerarme a mí misma una mojigata, tampoco era de las que iba con el sexo por bandera. Es cierto que desde que había conocido a Sofía, mi actitud había cambiado, pero yo siempre había considerado que la pasión que despertaba en mí iba más allá de la simple cuestión física. Por supuesto, seguro que para Bobby no era así, y que satisfacía sus necesidades en aquel lugar sin complicaciones y rápidamente.

Pero no me gustaba nada de nada.

-Bobby, sácame de aquí.

-¿Por qué, si acabamos de llegar?

-Porque esto no me gusta nada. Yo no soy así.

-Pues yo sí y pensé que te gustaría saberlo.

Me quedé a punto de responderle una bordería pero no me dio tiempo, porque Bobby pasó de mí y se echó a andar en dirección a uno de los sillones que había libres. Se sentó, cruzando las piernas, y colocando un brazo sobre el respaldo. Después, giró la cabeza para mirarme fijamente.

Allí estaba yo, sola, rodeada de un ambiente en donde el deseo casi podía palparse y el tiempo parecía no existir.

Deberías marcharte. Este no es un buen lugar para estar con Bobby.

Pero no me fui. En lugar de eso, volví a mirar alrededor, y pensé que aquello era lo mismo que el *Colti* para los vampiros, pero en este caso, para humanos. Si había aceptado el mundo en el que se movía Sofía, ¿por qué no había de hacerlo con el de Bobby, mucho más habitual? Así que tomé aire y me acerqué como un corderito hasta donde se encontraba Bobby. Cuando llegué, me senté más o menos a su lado.

-Una cosa es que quiera conocerte mejor, Bobby, y otra muy distinta que esté dispuesta a *vivir* como lo haces tú. Esto no me gusta. No es mi estilo.

-Pero podría serlo –insistió ella. No parecía querer darse cuenta de que yo no tenía nada que ver con aquel lugar.

-Lo dudo mucho.

Bobby se calló. No creí que fuese porque estaba recapacitando, sino más bien, buscando una estrategia para hacerme caer.

-Supongo que todavía eres virgen, ¿verdad?

Noté como los colores subían a mis mejillas, pero no sólo porque la pregunta fuese demasiado personal como para responderla, sino debido al enfado que me había producido. ¿Qué le importaba eso a ella? ¿Por qué con Bobby todo tenía que ver con el sexo? Elegí mi respuesta cuidadosamente.

-Vete a la mierda, Bobby. Eso no te importa.

Bobby no pareció molestarse, sino que se echó a reír.

-Sí, me parece que lo eres.

No dije nada. En lugar de ello, fui irritándome cada vez más. Notaba como mi respiración aumentaba su ritmo, haciéndose más evidente, tenía la mandíbula contraída y mis puños cerrados con fuerza.

-Tranquila, no te enfades –me dijo entonces -. No quería hacerte rabiar. Es que es normal

que para una persona de tu edad, y todavía tan inocente, un lugar así le resulte difícil de asimilar. Pero también pensé que a lo mejor te soltabas un poquito. Como ya te dije antes, aquí nadie conoce a nadie y nada ocurre que no se desee.

-Yo no deseo que ocurra nada.

-Entonces no tienes por qué tener miedo, porque *nada* será exactamente lo que ocurrirá.

Bobby no solo parecía de lo más relajada, sino también, que se lo estaba pasando bomba a mi costa. Aquello todavía me enfadaba más.

-Lo siento, Bobby, pero no confío nada en ti, y este lugar sigue sin gustarme, por mucho que me repitas que no va a pasar nada que yo no quiera. Y para tu información, efectivamente todavía soy virgen, pero solo hay una persona con la que quiera estar y esa no eres tú.

-¡Vaya! ¡Sí que estás segura de lo que quieres!

-Igual que tú.

Bobby se echó hacia delante.

-Dime, ¿qué edad tiene esa novia tuya?

Ochenta y cinco años.

-Veintitrés.

-Mmmm. ¡Buena edad! Quizás debiera invitarla a ella también.

-*Quizás* algún día te deje intentarlo, pero dudo mucho que acepte. No creo que le intereses hasta ese punto.

-¿Y… si está tan interesada en ti, cómo es posible que todavía no lo hayáis hecho?

Aquel había sido un ataque bastante certero de Bobby, que me había dejado desarmada momentáneamente. ¿Por qué Sofía no había cedido a mi deseo? ¿Era porque todavía no habíamos encontrado un lugar lo suficientemente íntimo para ello, o simplemente es que no me deseaba? ¿Por qué no me había llevado todavía a su *lugar secreto* para hacerlo? Siempre retrasaba el momento y yo aún no tenía muy clara la razón.

Bobby debió ver las dudas en mi rostro, porque se recostó en el respaldo visiblemente complacida. Si lo que quería era sembrar el desconcierto en mí, lo estaba haciendo estupendamente.

-Veo que he dado en el clavo. A lo mejor resulta que estás poniendo demasiado empeño en una chica que, por otra parte, no piensa que seas tan especial como tú crees.

-No, no es lo que tú piensas –le repliqué, utilizando mis últimas gotas de resistencia.

-¿Ah, no?

-Para nada. Es… complicado.

Bobby negó con la cabeza y volvió a echarse hacia delante.

-Mira, esto es muy sencillo –empezó a decirme, con su rostro a escasos centímetros del mío. Casi podía sentir su calor corporal, y estaba clarísimo que un deseo casi irrefrenable emanaba por cada uno de sus poros. Sin embargo, logró controlarse, y en lugar de abalanzarse sobre mí, continuó hablando -. Si alguien te gusta, buscas como sea el momento y la oportunidad. Punto. Y el momento y la oportunidad adecuados son… *casi* cualquiera.

Su respiración se aceleró y pasó de ser únicamente un susurro a ser perfectamente audible, en un ritmo de frecuencia creciente. Bobby estaba a punto de saltar y una vez sus instintos tomasen el control, sabía que difícilmente habría marcha atrás para ella. Estaba en el filo de la navaja, justo donde a mí no me convenía, y tenía que hacer algo… y rápido.

-Sofía no es… cómo tú crees –empecé a explicarle, con dificultad. Su proximidad no me hacía ningún bien en absoluto, porque Bobby era pura sensualidad en aquellos momentos y yo no soy de piedra -. Los secretos forman parte de su vida y si se ha frenado ha sido porque no

estábamos en el mejor lugar, y créeme, lo desea tanto como yo.

-Entonces haberos ido a otro lugar –comentó, en voz baja e insinuante -. Como su casa o algo como esto.

-Bobby. Yo… no quiero hacer esto.

-Es que te necesito, Anika, y te prometo que seré… muy cuidadosa. Todo saldrá bien.

Finalmente, Bobby se había rendido a sus deseos. Aunque con suavidad, realizó un último movimiento de acercamiento para besarme y yo, consciente de ello, me levanté súbitamente.

-¡No! –exclamé, tan alto que noté como algunos de los que nos rodeaban se giraban para mirarme.

-La boca de Bobby, hasta entonces sonriente y llena de deseo, se curvó hacia abajo, en un signo claro de frustración y enfado. Aquello no iba a terminar bien. No podía.

-Entonces, vete. Déjame sola. Ya buscaré yo a alguien que sea lo suficientemente valiente como para dejarse llevar por sus instintos.

Intenté por última vez arreglar aquello, a pesar de saber, de ser plenamente consciente, de que no había arreglo posible.

-Bobby, de verdad, yo no es que…

-¡He dicho que me dejes en paz!

Yo no iba a echarme a llorar, porque no era el momento, pero he de reconocer que tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para evitarlo. Bobby me había traído a aquel lugar, que era importante para ella, sobre todo porque en él encontraba la posibilidad de liberar todo lo que sentía. Sabía que la soledad la llenaba casi por completo, y la sustituía con encuentros sin importancia, con mujeres desconocidas. Sentía que yo no era *cualquier chica*, pero sí que me trataba de la única manera que había conocido, y aquello no era válido para mí.

Principalmente, porque no era ella a quien yo deseaba.

Sin añadir nada más y evitando su mirada, me dirigí directamente hacia la salida. Esquivé unos cuantos cuerpos que no sabía (ni quería saber) lo que estaban haciendo hasta que, finalmente, alcancé la puerta. La abrí con rabia, pero sobre todo, decepcionada por no haber sido capaz de manejar la situación.

¡Si solo tienes dieciséis años, por favor!

Miré hacia atrás, esperando que Bobby apareciese de pronto para detenerme, pero nada más lejos de la realidad. Nadie estaba detrás de mí y, a lo lejos, distinguí, justo en donde había estado sentada, a una mujer desconocida que estaba hablando con ella. No le había costado mucho encontrar a una sustituta. Parecía que el día no le iba a salir como una pérdida total.

¡Pues que le aproveche!

Cerré la puerta, y me encaminé de vuelta a casa… de donde no debía de haber salido.

CAPÍTULO 18

Cuando llegué a casa, a eso de las siete de la tarde, el Sol todavía no se había ocultado, lo que me daba un poco de tiempo para recuperarme de mi salida con Bobby. Cristina no había dado señales de vida en todo el trayecto de vuelta, aunque yo sabía muy bien que ella debía de estar detrás de mí, por algún lado. De todas maneras, no es que me importara mucho que estuviese o no, que supiese lo que había ocurrido dentro de aquel local o simplemente lo sospechase.

Me daba igual.

Lo que sí me importaba era que, según parecía, no solo había perdido a Bobby para siempre, sino que además su conversación había hecho mella en mí, creando dudas donde antes no había. En el fondo, Bobby era muy perspicaz, y sus comentarios, llenos de intención, se centraban solo en los puntos débiles.

Era evidente que Sofía y yo no podíamos hacer nada en mi casa, puesto que mis padres estaban siempre en ella durante la noche, pero… ¿qué había de una de las suyas? ¿Por qué no habíamos ido, o al menos, lo había sugerido, para estar juntas?

El caso es que mientras esperaba a Sofía, la duda se agolpaba en mi cabeza. Yo quería a Sofía y sabía que Sofía me quería a mí, pero entonces, ¿por qué no podíamos estar juntas?

-Pareces muy pensativa.

Sofía había llegado a la ventana y yo ni tan siquiera me había dado cuenta.

-Eh… ¡Hola! Sí, estaba… dándole vueltas a algo.

-¿A qué?

De repente, no me apetecía hablar de ello. Ver a Sofía había hecho que la horrible tarde que había pasado casi desapareciese de mi memoria y todo lo que necesitaba saber, pasó a un segundo plano.

-No es… importante.

-A mí me parece que sí. Tu rostro y tu mirada decían otra cosa.

-Ya no, ahora que estás aquí. Pasa.

-No puedo. Tengo que irme de caza.

¡Justo lo que necesitaba! ¡No tener a mi Sofía después de un día tan malo como el que había pasado!

-Es verdad. Me dijiste que ibas a aprovechar la noche y que vendrías más tarde.

Debió de notarse que no me hacía ninguna gracia, porque Sofía hizo amago de entrar en la habitación, seguramente para consolarme.

-¡Ni se te ocurra entrar! –le dije abruptamente. Sorprendida, Sofía volvió a su posición original, agarrada en la fachada -. Me resultará mucho más sencillo si se vas a ahora.

-Lo siento mucho, Anika. Volveré en cuanto pueda.

-No, tómate tu tiempo. Tampoco es justo que te acapare cien por cien. Supongo que la caza no será solo desangrar a alguien y ya está, sino también buscar una víctima propicia y perseguirla.

-Parece que hayas estado estudiándonos.

-No, es que me parece que comprendo que es vuestra forma de vida y eso es algo que no puedo (ni debo) cambiarlo.

Sofía me miró durante unos segundos antes de volver a hablar.

-Sé que te ocurre algo y me gustaría que me lo dijeses antes de irme. ¿Ha sido tu cita con Bobby!

-En parte, pero ahora no quiero hablar de ello. Mañana.

Sofía negó con la cabeza.

-Esta noche. Cazaré, como tú has dicho, pero no necesito echar toda la noche, así que todavía tendremos dos o tres horas para nosotras… si es que puedes mantenerte despierta.

-No creo que para cuando regreses esté muy lúcida para hablar contigo y además por la mañana pareceré un zombie. Ven si quieres, pero dejemos la conversación para mañana por la noche, ¿de acuerdo?

-Está bien. Pero solo si me dices que sigues queriéndome.

Me pareció que Sofía estaba incluso más insegura que yo con nuestra relación, cosa que agradecí. No entendía cómo podía dudar de lo loca que estaba por ella, pero en mi interior, me sentí muy complacida por ello.

-Te quiero… más que a nadie en este mundo –le dije, sonriendo, pero escondiendo cierta amargura detrás por su marcha, y por todo lo que no podía decirle -. Ahora vete.

Me echó un último vistazo y se soltó, realizando un pequeño giro en el aire para aterrizar adecuadamente en la acera. Después, miró hacia arriba, y mis ojos se despidieron de los suyos definitivamente.

Me eché en la cama casi inmediatamente, sin cenar siquiera, y aunque me costó bastante dormirme, finalmente el cansancio acumulado acabó por vencerme.

Sofía debió de regresar en mitad de la noche porque me pareció sentir sus labios en mi cuello y una mano fría, pero agradable, acariciándome la cadera y el vientre. Me vi a mí misma sonriendo, cubriendo su mano con la mía y sintiendo su calor corporal a través del pijama.

-¡Te quiero, Anika, aunque no lo entiendas! –dijo una voz conocida de forma tierna y cariñosa.

-Y yo a ti, Sofía –susurré, sin saber que lo hacía.

Por desgracia para mí, la sensación de que Sofía había estado a mi lado por la noche quedó no quedó demasiado impresa. Fue algo así como un sueño del cual apenas puedes acordarte, por lo que no sirvió para hacerme sentir mejor. Así que cuando a la mañana siguiente salí a la calle, dispuesta para enfrentarme con un nuevo y horripilante día, yo no estaba con el ánimo precisamente a un buen nivel. Sin embargo, había cosas que no podía cambiar. El instituto era una de ellas y Cristina se había convertido en otra.

-Buenos días, Cristina.

-Buenos días, Anika.

Y sin decir nada más, empezamos a caminar hacia el instituto. No pensaba pronunciar palabra alguna, porque no tenía ningunas ganas de hablar, pero me picaba la curiosidad, así que acabé haciéndolo.

-Cristina, ¿entraste en el local ayer por la tarde?

-No. Había un portero y estaba claro que no iban a dejarme pasar sin una invitación.

-Pero esperaste a que yo saliera y me seguiste de vuelta a casa, ¿verdad?

-Sí, claro. Eso sí.

-Gracias por eso.

-De nada. Es mi misión.

Bueno, al menos si decidía no contárselo a Sofía, nadie iba a irse de la lengua. De todas formas, estaba casi decidida a hablar con ella del tema, aunque claro, eso sería cuando nos viéramos. Mientras tanto, tendría que aguantar otra mañana insulsa de clase.

En cuanto a Cristina, ni ella ni yo dijimos nada más hasta que llegamos a las puertas del instituto. No era necesario.

-Bueno, gracias por acompañarme, otro día más.

-De nada. ¡Qué tengas una buena mañana!

-Lo dudo, pero te lo agradezco –le dije, y me giré para dirigirme al interior.

Efectivamente, la mañana resultó de lo más aburrida. Las clases se sucedían casi a ralentí, y se habían convertido en algo insufrible para mí. Sabía además que a mi alrededor tenía enemigos por todas partes, y no me refería a vampiras y seguidores, sino a Lidia y *Repabe*. Menos mal que en el recreo, *Silvi* y *Vero* estaban ahí para mí.

-Tienes mala cara, Anika –me dijo *Vero*. Aunque no había que ser muy perspicaz para darse cuenta, ella parecía además una chica que veía más allá de lo aparente.

-Es que el día de ayer fue una auténtica porquería.

-¿Necesitas hablar?

Miré a Verónica. Seguro que podría hablar con ella sin problema, y que a pesar de tratarse de un problema que no podía solucionar si no era con Sofía, seguramente el desahogarme me sentaría bien.

Pero es que no me apetecía nada compartir mis problemas y sentimientos acerca de Sofía con nadie más.

-En realidad sí, pero espero hacerlo esta noche y solucionarlo. Te lo agradezco de todas maneras.

-Claro.

-No debes guardarte las cosas, Anika –empezó a decirme *Silvi* -. Para eso estamos las amigas.

-Y yo os lo agradezco un montón, pero este es un tema que sólo tiene una solución posible y necesito hablarlo con mi novia.

-Ya la has oído, *Silvi*. Déjala tranquila. Si nos necesita ya nos lo dirá.

Sonreí. Ambas eran buenas chicas. Mucho mejores que Lidia. Quizás sí que podría confiar en ellas. Después de todo, no tenía nada que perder.

-Verónica, dime. Tú… ¿has tenido novia?

-Claro.

-Y… ¿lo has hecho con ella? –me arrepentí nada más preguntárselo, pero era algo muy personal, tanto que hasta hacía unos segundos no había querido compartirlo con nadie. ¿Cómo me había atrevido a preguntarlo? -. ¡Perdona, perdona! ¡No debí haberlo dicho!

-Tranquila, no me molesta en absoluto. Sí, claro que lo hicimos.

-¿Y… tardasteis mucho en hacerlo?

-No nos conocimos y nos metimos en la cama, si te refieres a eso. Un día que estábamos juntas, empezamos a besarnos, una cosa llevó a la otra y al final… lo hicimos. No fue premeditado. Simplemente… ocurrió.

-Entiendo.

Verónica me miraba inquisitivamente. Tenía la sospecha de que mis preguntas habían dejado muy claro cuál era mi problema y sentí vergüenza.

-No creo que debas preocuparte por eso. Cualquier día, en el momento en que menos te lo esperes, ocurrirá. No lo fuerces.

-Sí lo sé. Es que… me parece que evita el tema.

-Entonces, pregúntaselo.

-Eso es lo que quiero hacer esta noche cuando la vea.

-Muy bien. Eso es lo que debes hacer; no lo dejes, porque cuanto más tiempo pase, más te corroerá por dentro, y podríais romper simplemente por no hablar de ello.

-Es verdad. Gracias, *Vero* –le dije, mirándola y sonriendo agradecida.

-De nada… por nada –respondió ella, devolviéndome la sonrisa.

El timbre sonó y con ello, no solo el recreo, sino también mis únicos momentos agradables de la mañana.

Cuando salí del instituto y me reuní con Cristina, yo era un manojo de nervios, porque estaba ansiosa de hablar con Sofía y decirle claramente lo que pensaba, sentía y deseaba.

-Te noto… más animada; nerviosa pero a la vez confiada –me dijo Cristina al poco de iniciar el camino de vuelta.

-Es que lo estoy. Había algo que me tenía preocupada, pero creo que podré resolverlo.

-Sea lo que sea… me alegro por ti.

-Gracias.

Pasé la tarde mucho mejor que la mañana, y cuando el Sol desapareció en el horizonte, me sentía llena de ánimo por lo que iba a venir.

-No sé qué te ocurre pero pareces estar más contenta que nunca –dijo la voz de Sofía de pronto.

-Estás aquí. ¿Es qué eso no es suficiente?

-No lo sé. Supongo que sí. Pero anoche no estabas así.

-Es que anoche había algo que me preocupaba, pero como he decidido hablarlo contigo, me siento mejor.

-Me alegro. No me gusta no saber que te ocurre.

-Entonces entra y hablaremos de ello.

-Bueno, yo había pensado entrar hoy por la puerta. De esa forma podremos estar juntas unas horas sin necesidad de escondernos.

-Me parece una buena idea.

-Pues entonces me voy rápidamente. Ni se te ocurra marcharte.

Me reí.

-Tonta –le repliqué, mientras observaba cómo se marchaba.

Segundos más tarde, llamaban a la puerta, y yo, que me estaba a la espera detrás de la puerta, salía velozmente para coger el teléfono del portero electrónico.

-¿Diga? –pregunté, divertida.

-¡No sabes cuánto te quiero! –me dijo Sofía a través del portero. Yo enrojecí como un tomate y reí nerviosamente.

-¡Shhht! ¡Te puede oír alguien! –le reprendí, suavemente.

-Lo dudo.

Pulsé para abrirle la puerta y me mantuve a la escucha hasta que la puerta se hubo cerrado. Sólo entonces colgué, y me giré.

-¡Mamá, es Sofía! –expliqué en voz alta.

-¿Crees qué se quedará a cenar?

-Pues… no lo sé –comenté, dudando -. Ahora se lo pregunto.

Entonces llamaron a la puerta, y ante mí, en cuanto la abrí, apareció ella de nuevo, tan hermosa como hacía tan sólo unos instantes… o más, porque nunca me cansaba de admirarla. Incluso con la luz artificial procedente de la pequeña bombilla en el techo su piel brillaba como si fuese una perla y su reflejo me atraía con fuerza hacia ella.

-Hola –dije, pero en un tono tan lastimoso que Sofía contuvo una pequeña carcajada.

-Hola –contestó ella en voz baja, y dándome un fugaz beso en los labios.

Una vez dentro, llegó hasta el salón para saludar.

-Hola, señora –dijo. Mi madre salió de la cocina para devolverle el saludo.

-Hola, Sofía. ¿Cómo estás? –mi madre estaba excepcionalmente simpática. Parecía que ya había pasado la fase de rechazo.

-Bien, gracias.

-¿Vas a quedarte a cenar? ¿Es para ir preparando las cosas?

¡Ya me extrañaba a mí que me dejara resolverlo! Como siempre solía hacer, estaba intentando hacerse con el control de la situación. Suspiré para mis adentros, cansada.

-Pues… de acuerdo, muchas gracias.

Cuando oí la respuesta de Sofía, mis ojos se abrieron como platos. ¿Cómo era eso posible? ¿De verdad se iba a quedar a cenar… comida normal y corriente?

-¿Qué te apetece? –preguntó mi madre.

-Lo que vaya a cenar Anika estará bien. Yo no como mucho.

Sonreí. Eso era discutible, pero aquel no era el momento ni el lugar.

-Bueno, pues en un rato estará.

-Gracias, señora.

Mi madre parecía complacida por las muestras de respeto de Sofía. Ella sí que sabía cómo camelarse a alguien.

Yo era la prueba viviente de su éxito.

Entonces se giró hacia mí y ambas entramos en el cuarto.

Una vez dentro, no pudo librarse del fuerte abrazo y del beso apasionado que le di. Mis labios se apretaron contra los suyos como tantas otras veces, pero pareciéndome siempre que era la primera, y con tanta desesperación que casi podía sentir dolor, aunque no llegué a tanto. Necesitaba hablar con ella, pero no deseaba estar lejos. Hacía un día entero que no la besaba, pero a mí me había parecido toda una eternidad. Quizás por eso, volví a sentir el ardor que Sofía tan a menudo trataba de ocultarme, el deseo resbalando a través de las comisuras de nuestras bocas y cómo el desenfreno se iba adueñando cada vez más de nuestros actos. Por suerte, o más bien por desgracia, Sofía aún era capaz de mantener la cabeza lo suficientemente fría como para empujarme, con delicadeza, pero también con decisión, y separarme unos centímetros de su cuerpo, los suficientes como para detener el frenesí que poco a poco iba invadiéndome. Yo no quería dejar de sentir sus pechos, todavía casi unos desconocidos para mí, sobre los míos, ni tampoco percibir cómo el calor que me envolvía cuando estaba a su lado se perdía en la nada.

Deseaba sentirla, y necesitaba que me sintiese a mí, y de aquella noche no iba a pasar. Ella tenía que saberlo.

Por el momento, como ella era más fuerte, mucho más fuerte, que yo, no le costó ningún esfuerzo desembarazarse de mí, lo bastante como para que nuestras bocas volviesen a independizarse, y nuestros pulmones cogieran aire de nuevo.

-Te estás volviendo pero que muy peligrosa, Anika. ¿Lo sabes?

-Eso es bueno, ¿no?

-No lo sé aún –me dijo, pasando por al lado mía en dirección hacia la cama -. Bien. Tú dirás. ¿Qué es eso que te tenía tan preocupada anoche?

-Verás, mi salida con Bobby fue poco menos que un desastre.

-¿Y eso?

-Porque me llevó a una especie de club al que suele ir, que no es más que un local para encuentros sexuales. En un principio no intentó nada, pero hizo todo lo posible por convencerme,

y cuando al final se dio cuenta de que yo no iba a rendirme, fue bastante desagradable porque se me echó encima y se enfadó cuando la rechacé.

-Bueno, pero eso ya lo había intentado hacer antes, ¿verdad?

-Sí, claro, con esta ya van las dos veces que nos hemos visto. Pero es que la de ayer parece que fue la definitiva. Me dijo que la dejara en paz.

-Quizás sea lo mejor. Después de todo, si tú le gustas, no debe resultar agradable tener que verte de lejos.

Como siempre, Sofía no parecía ofendida, ni mínimamente molesta. Parecía comprender perfectamente el punto de vista de Bobby, y lo aceptaba como algo completamente natural.

-De todas formas, no fue ese el verdadero problema.

-¡Oh! ¿Y cuál fue entonces?

Tomé aire. El momento había llegado.

-Me hizo dudar del… interés que tú tienes en mí.

-¿Cómo? –preguntó Sofía. Esta vez, sí que parecía ligeramente sorprendida.

-Diciendo que si no lo hacíamos era porque en realidad no me querías tanto. –Sofía fue a decir algo, pero yo continué hablando. Tenía que soltárselo todo -. Y yo me puse a pensar en que nunca has dicho de llevarme a uno de tus refugios, aunque no fuese al verdadero, para estar juntas. Sabes que quiero estar contigo y sin embargo, siempre me frenas. ¿Por qué?

Sofía se quedó callada durante unos instantes. Estaba pensando, pero no sabía si era porque estaba considerando la posibilidad de contarme la verdad.

-Hay una razón que hasta ahora no te he contado, porque no sabía cómo te lo ibas a tomar.

-Pues ahora necesito saberla. ¿Cuál es?

-El sexo con un humano es muy peligroso. Cuando nos abandonamos a nuestros sentidos, tendemos a perder el control y la sangre nos llama tanto que podemos matar al humano.

¡Glup!

-Ya me ocurrió en una ocasión, hace algunos años –continuó explicándome Sofía -. Yo no lo sabía, el hombre en cuestión me gustaba bastante y como hacía mucho tiempo que no estaba con nadie, decidí pasar la noche con él.

Todo mi cuerpo se echó a temblar. Sofía era una buena persona e imaginar cómo acababa con la vida de alguien inocente… hacía que la viera de manera diferente. Para ella debía de haber sido casi traumático.

-Lo desangré en cuestión de segundos –terminó de contarme.

-Lo… lo siento muchísimo Sofía. Yo… no sabía…

Con razón no había querido dejarse llevar. Estaba protegiéndome, como siempre. ¿Cómo no se me había ocurrido?

-Tú no tenías por qué saberlo, Anika y yo no quería contártelo porque sabía que no te iba a gustar.

Sin poder evitarlo, empecé a llorar. No era por mí, sino por ella. Me sentía culpable por haber dudado de sus sentimientos hacia mí, pero además, sufría sólo con imaginar el dolor que aquello debió de causarle. Cogí sus manos, las encerré entre las mías y las llevé a mi pecho.

-Tenías que habérmelo contado antes. Lo hubiera comprendido –le recriminé, sin darle más importancia.

Pero ella sí que se la dio.

-Es que significa que nunca podremos estar juntas, Anika –me dijo, congelándome al instante. Pero mi respuesta llegó casi por puro instinto.

-Eso no es verdad porque en cuanto me transformes ya no habrá peligro. Ahora tenemos una

razón más para ello.

-Ya, pero esa es una decisión que todavía no puedo tomar. Necesito más tiempo. *Tú* necesitas más tiempo.

-No estoy muy segura de ello –le dije, cortante -. Total, para qué. ¿Por si quiero tener hijos? ¿Para sacarme una carrera? ¿Quién te ha dicho que eso vale más para mí que estar a tu lado?

-Bueno, puede que ahora no, pero estaría más tranquila si te dieras unos años más para madurar como persona y pensarlo con detenimiento.

Obviamente, fui a protestar y entonces fue ella quien no me dejó hablar.

-De todas formas, ahora no deberíamos estar preocupándonos por esto. Tenemos otras cosas más importantes en que pensar.

-No hay nada más importante para mí que estar contigo–le dije.

-Lo mismo digo. Por eso, te propongo un trato. ¿Y si dejamos aparcado este asunto hasta que resolvamos el problema de Gretchen? En cuanto se resuelva, lo hablaremos con toda seriedad.

Sopesé las posibilidades. No podía seguir insistiendo porque, a la larga, eso significaría que entre las dos aparecería un muro insalvable. Necesitábamos llegar a algún tipo de acuerdo y, por el momento, ella necesitaba concentrarse en mi seguridad. Tenía sentido.

-De acuerdo. Esperaré para resolverlo… justo en el momento en que termine.

-Te lo prometo.

Entonces la besé, con fuerza, con pasión y con un deseo que logré controlar… por el bien de las dos.

-Dime, ¿me traes alguna noticia?

-Nada bueno –me respondió, y aquello me preocupó. ¿Acaso estaría Gretchen formando un ejército para acabar conmigo y con las chicas, o tal vez todo el mundo vampírico estaría de acuerdo con ella y en contra de la estúpida humana enamorada de una vampira?

Contuve la respiración.

-Gretchen ha desaparecido. Nadie ha sabido nada de ella desde que se te apareció en la ventana la otra noche.

-¿Y eso es malo? –pregunté, extrañada.

-Muy malo. Cuando un vampiro se retira sólo puede significar que está guardando fuerzas o bien creando un pequeño ejército privado de vampiros seguidores.

Justo lo que yo decía.

-Eso es un problema.

-Lo es, no solo por una cuestión de números, sino también porque los vampiros recién transformados son mucho más sanguinarios que los demás, ya que están sedientos de sangre y carecen de la disciplina y el autocontrol que proporcionan los años.

-¿Y a cuántos podría transformar?

-Uno por noche… ¡cómo mucho! Eso significa que tendría además que capturar a uno o dos humanos para alimentarse por cada nuevo vampiro que formase. Si hace dos días que la viste en tu ventana, significa que por el momento no tendrá más de dos acompañantes.

-Eso no es mucho –dije, aliviada.

-No te equivoques –me corrigió Sofía -. Cuantas más noches pasen hasta que nos enfrentemos a ella, más vampiros podrá formar.

Aquello estaba tomando mal cariz. Un ejército de vampiros despiadados y sanguinarios y una batalla en mitad de la ciudad. Empezaba a sentir miedo.

-De todas formas, los grupos basados en la dominación de otros vampiros no suelen superar

la decena. Se vuelven demasiado imprevisibles y empiezan a disputarse entre ellos el liderazgo, de forma que nunca suelen quedar demasiados.

-Estoy algo… agobiada –reconocí.

Esta vez fue Sofía quien cogió mis manos, haciendo que me sintiera automáticamente reconfortada, porque al mirar su rostro, pude ver que con su mirada me prometía seguridad y cariño, que eran las dos cosas que más necesitaba. Sobre todo la última, porque para mí, mi propia seguridad no me parecía demasiado importante.

-Tranquila. Entre todas creo que seremos capaces de protegerte. Después de todo, la única que puede hacernos daño de verdad es Gretchen. El resto serán demasiado inexpertos como para resultar una amenaza para nosotras.

-Supongo que sabes lo que dices, pero sigo sintiéndome intranquila. No me hace gracia haberos metido en este problema por un capricho.

-¡No fue un capricho! –me reprendió -. Salvar a Adele es una de las cosas más valientes que he visto hacer a alguien en toda mi vida, y mira que he visto muchas, y si en algo nos valoramos todas nosotras aceptaremos este reto como lo que es. Una forma de luchar contra todo aquello que no nos gusta.

Entonces me cogió por los hombros y me miró muy seriamente.

-¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Escuchar de su boca que mis acciones no habían sido una tontería, y que toda aquella situación tenía algún tipo de sentido era algo que necesitaba, profundamente. Además eran más que palabras. Estábamos en un buen lío precisamente a causa de ello.

-¿Cristina te está protegiendo bien?

-Estupendamente. Es una chica muy agradable y siento mucha pena por lo que le ocurrió.

-Ahora está bien y le gusta ayudarnos. Tú hazle caso en todo lo que te diga.

-Sí, *wana*.

Y nos reímos. Necesitábamos hacerlo después de habernos puesto serias durante unos momentos.

En ese momento golpearon a la puerta y mi madre entró, tímidamente.

-Chicas, la cena está lista. ¿Queréis cenar aquí o fuera?

-Aquí mejor, ¿no? –comenté, mirando a Sofía.

-No sé –dijo ella -. Es tú casa, así que decides tú.

-¡Aquí! –exclamé con firmeza -. Iremos por ella.

Y nos levantamos para ir a cogerla. Entonces caí en la cuenta de lo que se me había pasado preguntarle.

-Por cierto, Sofía. ¿Tú… comes?

-Claro que sí. Como ya te dije, hay cosas que nos afectan, igual que a cualquiera. Además, podemos saborearlas y disfrutar al igual que todos.

-¡Oh! Pero… no os nutre, ¿verdad?

En el rostro de Sofía se reflejó una ligera tristeza.

-No, eso no.

-Bueno, por los menos así tenéis más facilidad para pasar desapercibidos.

-De eso se trata –comentó, volviendo a sonreír, mientras salíamos del cuarto hacia el salón.

La cena se pasó volando. Sofía me habló de algunas cosas que recordaba de su juventud, de algunos buenos momentos que recordaba junto a su madre y a mí me fascinaba su pasado, porque era la mejor forma de llegar a conocerla. Sin embargo, a pesar de que había evitado los

momentos trágicos que la habían marcado, a mí me vino a la memoria la historia que me contó cuando nos conocimos, por lo que no fui capaz de imaginármela feliz y despreocupada, sino triste y desamparada.

No dije nada.

Prefería la versión actual de Sofía, mucho más confiada y llena de esperanza.

Así, en poco tiempo llegó las diez de la noche, la hora de acostarse, al menos en teoría, y Sofía debía marcharse, al menos ficticiamente. Salimos del cuarto, y realizamos una pequeña representación.

-¡Mamá! ¡Sofía se marcha!

Mi madre salió de la cocina secándose las manos con un trapo.

-Bueno, pues vente otro día cuando quieras, Sofía.

-Gracias, señora. Así lo haré.

-¿Por qué no te pasas una tarde a comer?

Espero que no se me notara en la cara, pero de pronto se me hizo un nudo en el estómago. Sofía nunca podría venir a comer, ni tampoco a pasar un día de playa con nosotros. Tendrían que conformarse con verla bajo la luz artificial de casa o de una farola.

-Claro, cuando esté un poco más libre de trabajo.

Mi madre pareció conformarse con aquella respuesta y yo respiré, aliviada. Me giré y abrí la puerta de la calle. Escuché como mi madre volvió de nuevo a la cocina y me despedí.

-¡Hasta ahora! –le susurré, dándole a continuación un beso en los labios.

-Te daré unos minutos antes de subir –me dijo.

-¡Qué no sean muchos o me enfadaré! –le contesté, cerrando la puerta.

Decidí aprovechar aquellos minutos, durante los cuales no sabía que iba a hacer Sofía, para ponerme el pijama, cepillarme los dientes y prepararme para pasar una nueva noche junto a ella. Cuando terminé, me despedí de mi madre.

-Buenas noches, mamá.

-Buenas noches, hija. Hasta mañana.

-Hasta mañana.

Entré en el cuarto, apagué la luz, y al descorrer las cortinas… allí estaba ella de nuevo, esperándome.

-¿Qué has estado haciendo? –le pregunté en susurros mientras entraba en la habitación.

-Esperar –me respondió con toda la tranquilidad del mundo -. Sé que como humana tendrás muchas cosas que hacer antes de acostarte, así que te he proporcionado el tiempo suficiente.

-No necesito tanto –gruñí.

Sofía sonrió.

-Bueno, no te enfades que ya estoy aquí.

Abrí la cama y me introduje bajo las sábanas. Sofía se quedó parada, mirándome.

-¿Vas a venir o qué? – Le pregunté, casi rogándoselo.

No pude ver su rostro, pero si noté lo que hizo el mío cuando se deshizo de sus zapatillas y de los pantalones y, suavemente, los empujó con el pie hasta que quedaron debajo de la cama. Supongo que debió de notarse mi sorpresa tanto como mi nerviosismo, que empezó a hacerme temblar de pies a cabeza, a transpirar más de lo necesario y a jadear, casi sin darme ni cuenta.

-Acuérdate de lo que hemos hablado –me dijo, al darse cuenta de lo que me ocurría.

-Tranquila. Ahora que lo sé, creo que podré controlarme mejor. Pero eso no significa que sea inmune a tus encantos.

Sofía sonrió, después se acercó hasta la cama, abrió las sábanas y se tumbó a mi lado,

quedándonos ambas cubiertas por la misma tela y separadas por un ínfimo espacio de aire.

-Desde luego, me va a costar conseguirlo, sobre todo contigo tan cerca de mí.

-Es que quiero dormir contigo.

-¿S-sabes qué me c-cuesta hablar y r-respirar si estás tan cerca?

-Lo había notado.

-¿Y s-sabes también que estoy deseando tocarte y sentirte y que ahora mismo no puedo pensar en nada más?

-Eso también, pero creo que eres más fuerte de lo que tú misma crees, así que seguro que entre las dos podremos controlar esos impulsos y así, a cambio, podremos estar más juntas.

-Confías demasiado en ti misma. Puede que mis sentimientos por ti superen a nuestro nivel de resistencia.

-Veremos.

En ese momento, pasó su brazo por debajo de mi cuello y me atrajo hacia ella. Estaba completamente helada pero, de alguna forma, al estar mi piel pegada a la suya, me hizo sentirme mucho más cómoda que cuando estaba separada de ella y, por supuesto, desearla con más fuerza si cabe, pero todo cambió cuando escuché su dulce voz intentando tranquilizarme.

-¡Ssshhhh! ¡Duérmete, cariño!

Al oír aquello levanté la vista para mirarla. ¡Me había llamado cariño! Pensé que aquello era la prueba definitiva de que Sofía estaba tan locamente enamorada de mí como yo de ella y, por supuesto, me derretí como la mantequilla. Ya había perdido la cuenta del número de ocasiones en las que me había ocurrido algo así.

-Gracias –le dije, con la voz entrecortada.

-¿Por qué?

-Por quedarte conmigo en tus únicas horas despierta, por aburrirte a mi lado… y llamarme… *cariño*.

-No hay otro sitio en el quisiera estar y cuando estoy a tu lado nunca me aburro. Y en cuanto a lo del apelativo, creo que es lo mínimo que debería decirte, porque no se acerca ni a la infinitésima parte de lo que siento por ti.

Ya iba a lanzar un suspiro enorme cuando Sofía, viéndolo venir, me interrumpió.

-Y ahora duérmete. Yo estaré aquí, contigo, toda la noche.

Cerré los ojos, me coloqué cómodamente de lado y pasé un brazo alrededor de su cintura.

Y dormí como nunca lo había hecho.

CAPÍTULO 19

Poner las cosas en claro con Sofía me había dado alas y no pensaba en otra cosa que en el tiempo que pasaba a su lado. Ya no tenía dudas, ni tampoco preocupaciones. Gretchen era una amenaza continua, pero yo me sentía demasiado feliz como para que me importase. Por eso, los desayunos se habían convertido en mi momento especial particular para rememorar las cosas que hacíamos cuando estábamos juntas y me abstraía por completo del resto del mundo.

-¿Has oído lo qué he dicho? –escuché que decía de pronto mi madre, obligándome a regresar a la realidad.

-Eh… no, lo siento. Estaba distraída.

-No, si eso ya lo veo. Te he dicho que esta tarde tu padre y yo iremos a hacer una visita a la tía Carmen. Parece que últimamente no se encuentra muy bien. ¿Quieres venir?

-No, para nada. Tengo cosas que hacer.

-La verdad, no sé si fiarme de ti. Últimamente no pareces tú misma.

-Lo sé. Lo siento, mamá. Es que…

Me costaba expresar lo que sentía, sin decir demasiado además. Por alguna razón, mi madre y yo nunca habíamos tenido ese tipo de relación en la cual yo me sentía dispuesta a confiarle cualquier cosa, y sin embargo, ella no dejaba de intentarlo.

-¿La quieres mucho, verdad?

-Sí, reconozco que sólo pienso en estar con ella –y viendo que mi madre podía ponerse nerviosa, completé mi frase -. Pero no te preocupes que no estoy dejando el instituto de lado. Es simplemente que cuando estoy en casa a veces tengo que esforzarme mucho para no pensar en ella, eso es todo.

-Lo comprendo, hija. Es normal –y tras hacer una breve pausa, y mirar mi bol de cereales, decidió dar por zanjada la cuestión -. Parece que se preocupa mucho por ti.

-¿Por qué lo dices? –pregunté, extrañada.

-Porque cuando estáis juntas me parece que te mira igual que haría una madre con su hijo, siempre pendiente de él, atenta a todo cuanto pudiese ocurrirle, protectora. Cuando tú te mueves, ella te sigue con los ojos, y si cambias de postura, sacude ligeramente la cabeza como si te buscase para así saber cómo te encuentras en cada momento.

Yo sabía que mi madre era más observadora de lo que parecía… pero no tanto, caray. Lo estaba poniendo casi como si Sofía estuviese obsesionada conmigo.

-Claro que tú no te quedas atrás, tampoco –añadió.

-¡Oh! ¿Y eso? –ahora ya no era sorpresa, sino incredulidad. ¿Qué habría visto mi madre en mi manera de actuar con respecto a Sofía?

-Porque todo lo que haces o dices tiene que ver con ella.

Sonreí.

-Eres muy perceptiva –reconocí -. Es que ella es lo único que me importa ahora.

Mi madre me cogió las manos y me devolvió la sonrisa.

-Lo sé, hija. Lo sé. Y me siento muy contenta por las dos. Yo… sé que estaréis muy bien.

Sorprendida, y agradecida, por el cambio radical que había mostrado mi madre respecto a Sofía, cogí sus manos entre las mías y la miré con los ojos vidriosos.

-Muchas gracias por comprenderlo, mamá –logré decirle.

-Hija, haría cualquier cosa por ti y verte feliz es todo lo que quiero.

Después de aquel desayuno tan sentimental, que casi había provocado que se me saltaran las lágrimas, cogí mis cosas y me marché para un nuevo día de clase.

Como siempre, nada más llegar a la calle, lo primero que vi fue a Cristina esperándome frente al portal. Mi ángel guardián no tenía intención alguna de faltar ningún día.

-Hola, Cristina. ¿Qué tal está mañana?

-Buenos días, Anika. Bien, gracias. ¿Y tú, cómo te encuentras hoy?

-Estupendamente.

-Me alegro. Ayer no tenías muy buena cara.

-Sí, pero hoy ya estoy bien. ¿Qué tal tu hijo? –le pregunté, mientras empezamos a dirigirnos hacia el instituto.

-Hecho un sinvergüenza. Ayer la profesora tuvo que regañarle un par de veces y cuando lo recogí estaba muy enfadado, pero nada del otro mundo.

Me reí. Cosas de niños.

-Los niños siempre lo sobredimensionan todo –le dije.

-Sí, no hay duda. Para ellos todo es o muy importante, o muy insignificante.

En ese momento, mi vista se fue directamente al otro lado de la calle, en donde un chico no mucho mayor que Cristina me observaba con detenimiento. Cristina se giró también hacia él.

-Ese chico nos mira.

-Sí, y mucho me temo que no será por casualidad. Me fijé en él justo antes de que tú salieras. Creo que nos está siguiendo.

-¿Y-y qué hacemos? –pregunté, invadida de pronto por el miedo y la inseguridad.

-Nada. Es mejor dejar que mire. Seguramente lo único que querrá es conocer tus costumbres y rutinas, y no representará ningún peligro en sí mismo.

-No sé –le dije, para nada convencida con lo que me había dicho -. No me gusta demasiado eso de ser vigilada.

-No serviría de nada perseguirlo. Como mucho, Gretchen mandaría a otro de sus lacayos, o a varios, esta vez, con lo que el resultado sería mucho peor. No, estoy segura de que lo mejor que podemos hacer es dejarle hacer mientras las demás buscan su guarida.

-¿Y no podríamos seguirlo nosotros a él para conseguirlo?

Cristina me miró horrorizada.

-¡De ninguna manera! Mi misión es protegerte, no permitir que corras peligro. Además, él ya nos está viendo, así que no podríamos cogerlo por sorpresa y en cambio quizás fuéramos atacados sin esperarlo. Tendría que ser alguien a quien no conociera y de quien no sospechara y nosotras no conocemos a nadie.

Entonces me vino a la cabeza como un flash. ¡Bobby! Ella era esa clase de persona en la cual nadie se fijaría, porque todo el mundo, para empezar, la evitaría. Era una completa desconocida para todos… menos para mí y para Sofia, y significaba que disponíamos de una baza inesperada que jugar. Sonreí al pensarlo, feliz por mí ocurrencia, y cuando noté que Cristina me miraba, intrigada, borré la sonrisa y me concentré en permanecer neutral.

El problema iba a ser, por supuesto, convencer a Bobby, sobre todo después de nuestra última salida, que había acabado con nuestra relación. ¿Cómo iba a lograr convencerla para que me ayudase? Y otro problema sería llegar hasta ella sin que lo supiese Cristina porque si de algo estaba segura era de que ni ella, ni las demás, estarían a favor de mi plan. ¡Sofia se subiría por las paredes si se enterase!

Tendría que elaborar una estrategia para conseguirlo y a buen seguro que no iba a ser nada fácil.

Con todo eso rondando por mi cabeza, llegamos al instituto.

-Bueno –dije alegremente, quizás demasiado -. ¡Muchas gracias por acompañarme una mañana más, Cristina!

-A ti te ocurre algo –me dijo, muy seria -. Puede que no sea muy inteligente pero sí bastante perceptiva, y me parece que te ronda algo por la cabeza que no me va a gustar, razón por la cual no quieres decírmelo.

-¡Tonterías! Sólo estaba recordando todo lo que me ha venido pasando estas últimas semanas y, claro, entre todas ellas hay cosas buenas y malas, y no todas se pueden contar.

Cristina no se lo creyó del todo, pero fue suficiente para mí, que aproveché el momento para escaparme.

-¡Hasta luego! –me despedí, girándome demasiado rápidamente, para evitar más miradas acusadoras que estaban empezando a hacerme flaquear, y me dirigí hacia el interior.

Mientras caminaba, casi podía notar la mirada escudriñadora de Cristina, pero yo evité volverme y me concentré en mi problema: contactar con Bobby y convencerla.

Para empezar, debía llamarla y quedar con ella, porque este era de esos temas que hay que tratar en persona y no a distancia, así que el problema era *dónde*.

Y entonces lo pensé.

¿Qué mejor lugar que el instituto? En muchas ocasiones, chicos y chicas que no pertenecían al Centro entraban por la verja, o incluso por la puerta, durante el recreo, y se confundían con los demás. A veces los profesores se daban cuenta, a veces no, y en muchas ocasiones simplemente los ignoraban, pero es que de esa manera, Cristina no se daría cuenta, ni tampoco nuestro vigilante, que no se fijaría en ella.

Sí, aquel era un buen plan.

Claro que el plan estaba sujeto a mi capacidad para convencer a Bobby de que todavía podía conseguir algo de mí. Aquello no me hacía ninguna gracia, pero al menos, quizás sí que podría recuperar su amistad.

Cómo todavía me quedaban cinco minutos antes de entrar, decidí llamarla. Saqué el teléfono, busqué su número rápidamente en la agenda, y pulsé llamada.

-¿Anika? –me preguntó una voz tremendamente dormida. Me sentí muy mal por despertarla, pero lo cierto es que podía ser un asunto de vida o muerte. Además, se merecía cualquier cosa que le fastidiase, después de lo que había ocurrido la última vez que nos habíamos visto.

-Sí…esto… hola, Bobby. Siento llamarte tan temprano…

-Ya puedes sentirlo porque hace nada que me he acostado. Además, tu llamada era lo último que esperaba, después de cómo te traté la otra tarde.

¡Vaya! Bobby se estaba disculpando y eso me hizo sentirme todavía peor por querer aprovecharme de ello. De todas formas, me agarré a mi única oportunidad como una lapa.

-Estuvo mal, Bobby. Muy mal. Yo confíe en ti y…

-Lo sé, y yo te traicioné. Pero ya te dije que yo no sé hacer las cosas a medias.

-Ya, ya, y cómo te gusto, intentaste conquistarme utilizando todas tus armas, eso lo entiendo. No es eso lo que estuvo mal, sino que me echaras de allí sin más.

-Lo siento muchísimo.

Recordé la muchacha que se había sentado a su lado en cuanto yo me fui, pero me la quité de la cabeza rápidamente. No tenía tiempo para eso.

-No importa. Supongo que eres como eres y ya está.

-Eres más comprensiva que yo, Anika.

-Bueno, es más que eso. Es que… tengo un problema y se me ha ocurrido que a lo mejor tú puedes ayudarme.

-Entiendo. Debe ser bastante grave cuando me has llamado a mí. Y dime, ¿ese problema no puede esperar a que yo duerma?

-Lo siento, es que sólo voy a poder verte un momento y ha de ser entre las once y media y las doce, y tienes que venir a mi instituto.

-¿Estás loca? ¿Quieres que entre en el instituto para verte? ¡Me echarán a patadas antes de que ponga un solo pie dentro!

-No si haces lo que te digo.

Bobby tomó aire. No iba a decirme que no. No podía permitírselo, y yo me estaba aprovechando de ello. Claro que siempre podía negarse a hacer lo que le iba a pedir.

-¿De verdad es tan importante? –preguntó, casi a la desesperada. Yo era consciente de que ya sabía cuál iba a ser mi respuesta, y de que ella iba a aceptarlo.

-Sí, lo es.

-Está bien. Dime cuál es tu instituto y cómo entrar.

Se lo expliqué rápidamente y colgué. La sirena ya había sonado hacía un par de minutos, pero no me importaba, incluso aunque ello supusiese convertirme en el centro de atención durante unos momentos.

Como de hecho ocurrió.

Cuando llegué a clase, la profesora de matemáticas puso cara de sorprendida, ya que nunca, jamás, había llegado tarde a primera hora, a no ser que tuviese una muy buena excusa, e insistió en conocerla. Yo le dije que simplemente, me había distraído y no me había dado cuenta de que había tocado el timbre, lo cual no pareció gustarle demasiado.

Supongo que mi reputación, tanto en mi casa como fuera de ella, estaba sufriendo algunos reveses, pero desde luego, no era lo que más me importaba en aquellos momentos. Era mucho más relevante el hecho de estar amenazada de muerte por una vampira y sus acólitos.

Vamos, digo yo.

Me dijo que no podía volver a ocurrir. Después, me senté en mi sitio. Me dio tiempo a ver como todos me miraban, con especial atención en Rebeca, que me observaba con cara de curiosidad, y de Lidia, cuyo rostro no pude descifrar, pero que no me quitaba ojo de encima.

Una vez dentro, la mañana transcurrió somnolientamente. Las tres horas hasta que llegó el recreo se me hicieron eternas, no sólo porque no me hablaba con nadie, sino porque no hacía más que mirar el reloj y en darle vueltas a lo que le diría a Bobby. No podía contarle toda la historia, así que tendría que dejarla a oscuras, y bien sabía yo que eso no iba a gustarle. ¡Porras, no me gustaría ni a mí!

Por fin, el timbre que señalaba el recreo sonó, y yo me levanté como un resorte para dirigirme rápidamente hacia el patio, pero alguien me cortó el paso.

-Anika, perdona –era Lidia, que por lo visto, había decidido que por alguna misteriosa razón, ya era digna de escuchar su voz -. Me preguntaba si tendrías los apuntes de Lengua de ayer. La verdad es que no los pillé muy bien, así que me vendría de perlas alguien que los tuviese limpios y completos.

-Eh… sí, claro. Coge mi libreta y llévatela. Ya me la traerás mañana. Yo ahora tengo prisa.

Y si quería decirme algo más, yo no me detuve a escucharla, porque no tenía tiempo que perder. Supongo que le costaría trabajo acercarse a mí y hablarme, sobre todo sin recriminarme nada. Sin embargo, yo no estaba interesada en cómo se sentía ella. Dejé de estarlo el último día que hablamos, cuando se quedó espantada por mis preferencias. La esquivé con facilidad y,

rápidamente, me dirigí hacia el patio, esperando encontrar a Bobby al otro lado de verja.

Pero ella había sido más rápida.

Nada más salir al patio y dirigir la vista hacia el punto más alejado, que era por donde le había dicho que podía saltar, la vi. Estaba apoyada contra la pared, con toda la naturalidad del mundo, y por supuesto, dentro.

Estaba nerviosa y hacía calor, o por lo menos, yo tenía bastante, pero aun así, me di toda la prisa que pude para llegar hasta ella.

-Veo que no has tenido problemas –le dije, con la voz algo entrecortada por pequeña carrera que me había dado.

-Ningún problema –y entonces dio un largo bostezo, antes de continuar -, salvo el sueño que tengo porque no me has dejado dormir. Así que más vale que realmente sea importante.

-Lo es. De verdad que sí.

Miré a Bobby. Estaba igual que la última vez que la había visto, pero el mero hecho de sentir que no habría una próxima vez, había provocado que, al verla, me pareciese más atractiva que nunca.

Aunque claro, no tanto como mi Sofía.

-¿Y bien? Estoy esperando –me dijo. Sin darme cuenta, me había quedado callada durante un buen rato, mientras la miraba fijamente y pensaba en ella.

-Sí. Esto… estoy en un problema, aunque no puedo contártelo todo.

Bobby puso cara de fastidio.

-Pero sí lo fundamental –me apresuré a decir -. Digamos que… estoy en peligro, a causa… de una estupidez mía.

-¿A qué te refieres con eso de que *estás en peligro*? –preguntó, algo más interesada que al principio.

-Alguien quiere matarme. Y antes de que digas que estoy paranoica, te aseguro que sé quién es y por qué lo hace.

-No soy muy amiga de la policía pero si lo sabes, ¿por qué no acudes a ellos? Suelen ser bastante eficientes en estas cosas.

Yo ya estaba negando con la cabeza antes de que ella terminara de hablar.

-No serviría de nada, créeme. En primer lugar, no me creerían cuando se lo contara y en segundo lugar, porque ellos no serían capaces de evitarlo. Y antes de que preguntes nada, el por qué es una de las cosas que no puedo contarte.

-No me gusta estar a oscuras.

-Lo siento, pero no depende enteramente de mí poder explicártelo todo. Hay otras personas involucradas a las que debo proteger. Además, me interesa que me ayudes, no que salgas corriendo porque pienses que estoy loca, que es justamente lo que te vendrá a la cabeza si te lo cuento todo.

Sabía que era difícil convencer a alguien para que hiciera algo a ciegas, así que necesitaba aplicar todo mi poder de persuasión.

-Fíjate si estoy en peligro –le dije, intentando demostrarle la gravedad de la situación - que ahora mismo hay una chica protegiéndome que me acompaña todos los días desde casa hasta el instituto y de vuelta a casa.

-No me lo creo.

-Pues es completamente cierto. Y además, y por eso te he llamado, hoy nos hemos dado cuenta de que tenemos a un tío siguiéndonos. Supongo que ahora mismo estará en la entrada delantera. Por eso te he hecho entrar por aquí.

En aquellos momentos, el patio se estaba llenado ya de gente. Había chicos y chicas corriendo, persiguiéndose unos a otros, otros paseando y, en definitiva, de todo un poco.

-Supongo que todo esto irá en serio.

-Muy en serio. No bromearía con algo así… ni tampoco contigo –añadí, dando a entender que me importaba lo que pensara, cosa que era cierta.

-Está bien, supongo que es como tú dices, así que dime qué es lo que quieres que haga.

Tome aire, y se lo solté.

-Yo estoy prisionera de mis guardianes y esta situación puede alargarse mucho en el tiempo, a no ser…

-¿A no ser… ?

-… qué descubra dónde se esconde la mujer que quiere acabar conmigo.

-¿Una mujer? ¿Qué le has hecho? –preguntó divertida Bobby -. ¿Es que también la has rechazado como a mí, solo que ella se lo ha tomado a mal?

No me gustó aquello y me negué en redondo a seguir por donde sugería Bobby. No necesitaba discutir con ella. No podía permitírmelo.

-No. Fue… pues… algo como ponerla en ridículo, pero en plan muy grave.

-Supongo que eso tiene que joder.

-Ni te lo imaginas.

En esos momentos me pareció que Bobby sí parecía comprender mi situación, dentro de ciertos límites, claro, y darse cuenta, por fin, de que algo grave me ocurría, así que deseé que también percibiese cuánto necesitaba que me ayudase.

-Bueno, pues tú dirás.

-Lo que quiero que hagas es seguir al chico que me sigue a mí, descubrir en dónde para y que me lo digas –y antes de que pudiera decir algo, añadí yo una coletilla -… pero de lejos. Nada de hacerte la valiente e intentar resolverlo todo por tu cuenta. Solo tienes que enterarte de los sitios a los que va, nada más.

-No sé si te has dado cuenta de que yo no soy precisamente una chica que pueda pasar desapercibida –me dijo, señalando su aspecto.

-Precisamente por eso creo que no se fijará en ti. Eres demasiado llamativa. Además, estoy segura de que no lo espera en absoluto. En todo caso esperaría a una vam… -estuve a punto de soltarlo, pero me contuve a tiempo – esto… a otra persona.

Estábamos las dos frente a frente, rodeadas de chicos y chicas a los que hacía tan sólo unas semanas antes yo veía como de mi misma edad, pero que en aquellos momentos me parecían mucho más pequeños. Me sentía como si tuviese diez años más. En medio de todo el ruido y el descontrol que se formaba en el patio, de pronto, Bobby dio dos pasos hacia mí, me giró hacia la pared y me aprisionó y situó su rostro a escasos centímetros del mío.

-¿Y por qué razón se supone que tengo que hacer esto, si ni tan siquiera tienes interés en mí? –me dijo, en voz baja e insinuante -. Me has dejado *muy clarito* que entre tú y yo no hay, ni habrá nunca nada.

¡Esa era la cuestión que más me había preocupado de todo el plan! Le había dado vueltas y más vueltas sin llegar a ninguna respuesta, y en aquel momento decidí que la única táctica posible que podía seguir era la pura verdad.

-Y yo no puedo asegurarte que vaya a ser así –le dije, también en voz baja -, pero si te importo, ahora es el momento de demostrármelo. Necesito alguien en quien confiar y no hay nadie en quien confíe más, a excepción de Sofía, que tú.

Esperaba que aquel reconocimiento terminase por convencerla. Sabía que le estaba

exigiendo mucho, pero es que ella también estaba pidiéndome más de lo que podía darle.

-No es suficiente. Quiero algo a cambio.

Aquello no me lo esperaba, y me pilló con la guardia baja.

-¿A q-qué te refieres?

-A esto.

Y entonces acercó sus labios a los míos, lentamente, y me besó, con ternura, pero con decisión. Fue… intenso, más de lo que me esperaba, y, por supuesto, mucho más de lo que podía permitirme. Sin embargo, durante los segundos en que nos besamos, nada me preocupó, ni impidió que disfrutara de él. Noté el fuego despertando en mi interior, como mis brazos se aferraron a ella, empujándola hacia mí. Quizás la seguridad de que Sofía y yo no podríamos estar juntas mientras yo fuese humana, terminó por liberar parte de lo que llevaba dentro, haciendo que fuese violento… y difícilmente soportable. Fue después, cuando nuestros labios se separaron y yo abrí los ojos, que me di cuenta de lo que había hecho y de lo mucho que me había gustado, y aquello me hizo sentir… culpable.

-No… por favor –le supliqué. Me resultaba difícil rechazarla, pero la continua presencia de Sofía en mi mente y en mi corazón, no me dejaba otra salida.

-Yo diría que te ha gustado.

-Sí, no voy a negarlo, pero no… puedo.

-Está bien, tranquila. Por ahora me conformo con esto, para recordarte que todavía estoy aquí.

-Lo sé. Pero no estoy segura de poder hacerlo de nuevo.

-Quizás pueda esperar a que lo estés –dijo sonriendo Bobby, satisfecha consigo misma por lo que había hecho -. Por el momento, haré justo lo que me has pedido y te diré exactamente en donde *para* tu sombra. Y cuando lo haga… hablaremos largo y tendido.

¡Oh, no! ¡Otra conversación de este tipo no, y menos con Bobby!

-Me parece… bien –conseguí decir, con dificultad. Cada vez me parecía peor idea haber llamado a Bobby.

-¡Hola, Anika!

Me giré y vi a Silvia que se acercaba a mí, eufórica. Detrás de ella caminaba, más tranquila, Verónica.

-Eh… hola, Silvia. ¿Cómo estás? –lo pregunté por cortesía, no porque tuviese verdadero interés.

-¡Estupendamente! ¿Es esta tu novia?

Bobby sonrió, pero yo puse cara de perros. No me hacía ninguna gracia que nos hubiesen visto besándonos.

-No. Es sólo una amiga. Se llama Roberta.

-Encantada, Roberta. Yo soy Silvia.

-Llámame Bobby, por favor.

-De acuerdo… *Bobby*. Esta es Verónica, una amiga.

Verónica y Bobby se miraron fijamente, y ambas asintieron a modo de saludo.

-Bobby ya se iba –añadí. No quería que se quedara más tiempo del necesario.

-¿En serio? ¡Si todavía no nos conocemos bien!

-¿No eres del instituto, verdad? –Verónica había dado en el clavo. Era, de calle, mucho más avispada que Silvia.

-No –respondió Bobby -. Sólo he venido de visita. Tú tampoco pareces de aquí.

-No me siento de aquí.

-Te entiendo perfectamente.

En ese momento, Bobby se giró hacia mí.

-Te llamaré cuando tenga algo.

Después, se dio la vuelta y se dirigió hacia el punto ciego que había en el otro lado del patio.

-Si no era tu novia, ¿por qué os besabais? –me preguntó Silvia. Yo no sabía que responderle. No sólo había dejado que me besara, sino que me había permitido sentir algo por ella. Aquello era… cada vez más complicado.

Así que al final, no dije nada. En lugar de eso, observé a Bobby mientras se alejaba, y pensé que cada vez que la veía, se me hacía más y más difícil concentrarme. Sabía que me gustaba, pero por primera vez me pregunté si sentiría algo más profundo. Automáticamente, otra Anika dentro de mí negó con rotundidad.

No. Sofía es la única. Lo único que pasa es que no eres de piedra.

Finalmente, Bobby saltó la verja con habilidad y yo me quedé mirando al vacío. Ni tan siquiera me percaté cuando el timbre sonó unos minutos más tarde.

-¡Anika, el timbre ha sonado!

-Eh… lo sé, lo sé.

-Anika, no me has contestado. ¿Cómo es que os besabais?

-Es… complicado.

-Todas las cuestiones del amor lo son –comentó Verónica -. Ten cuidado. Esa tal *Bobby* no es de las que se rinden con facilidad.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-Conozco el tipo.

Verónica no dijo nada más, pero en realidad, tampoco era necesario. Si lo que quería decir era que Bobby estaba enamorada de mí, eso yo ya lo sabía, al igual que era cada vez más consciente del problemón en el que me había metido. Bobby se había convertido en una nueva variable en la ecuación de mi vida y no tenía ni idea de si podría o sabría resolverla.

Cuando más tarde salí del instituto, me sentía bastante insegura por todo lo que había ocurrido y miraba en todas direcciones. Como siempre, Cristina me esperaba en la puerta y, de manera natural, me coloqué a su lado y empezamos a caminar. Mientras caminaba, miré de reojo a mi alrededor, hasta que localicé a nuestro amigo.

-Veo que todavía tenemos a nuestra sombra de día.

-Por supuesto –dijo Cristina, con seguridad -. No ha abandonado su posición en toda la mañana… ¡Ni yo tampoco, claro!

-Gracias –le dije.

Seguí mirando a ver si había rastro de Bobby, pero no la vi por ningún lado, hasta que… ¡Sí, allí estaba! Bastante alejada del chico, y moviéndose con un caminar tranquilo e indiferente. De esa forma daría igual que la viera, porque seguramente no pensaría que a su vez estaba siendo seguido.

Sonreí.

-¿Por qué sonríes? –me preguntó Cristina.

-Nada, cosas mías.

Durante todo el camino de vuelta a casa, ninguna de las dos pronunció ninguna palabra más, sobre todo porque yo estuve muy concentrada durante todo el rato en evitar mirar directamente a mi perseguidor pero, al mismo tiempo, sin perderle de vista, ni a Bobby, a la que apenas sí lograba descubrir.

Cuando llegamos, Cristina se colocó enfrente de mí.

-Estás bastante misteriosa, Anika. Estoy segura de que me estás ocultando algo.

-¿Por qué dices eso? –pregunté con inocencia.

-Intuición, supongo. Normalmente hablas y me haces preguntas, pero hoy de pronto no has dicho ni una sola palabra, y no dejas de seguir con la mirada a nuestra sombra. Sé que no te preocupa demasiado, por lo que debe haber algo que no me estás diciendo.

-Eres muy inteligente, Cristina, pero no hay nada que pueda decirte. Tan sólo… pienso. Es lo único que puedo hacer, ya que no puedo salir. Supongo que está empezando a agobiarme tanto lío.

-Sí, puedo entenderlo.

-Perdona si te he preocupado, y gracias de nuevo por protegerme.

-No las merece.

Abrí la puerta del portal y miré por última vez a Bobby. Estaba muy bien oculta detrás de un coche, y hubiera jurado que me sonreía.

¿Qué iba a hacer con ella? ¿En qué lío me había metido esta vez? Y lo más importante de todo. ¿Cómo iba a poder salir de él?

CAPÍTULO 20

-Ya sé dónde para tu amigo.

La voz de Bobby al otro lado del móvil me pareció llegada del cielo. Llevaba toda la tarde esperándola y, por fin, justo antes del anochecer, tenía noticias. Aquello debía ser bueno.

-¿Dónde?

-Es un bloque de apartamentos del Centro, pero no he logrado ubicarlo exactamente. Sé que ha ido a algún lugar del séptimo piso, pero ignoro de qué puerta se trata.

-Bueno, algo es algo. Ahora vete de allí rápidamente.

-De eso ni hablar. Estoy enganchada con esto de ser una detective. Me quedo hasta que descubra algo más.

-¡Ni lo sueñes! –le dije, asustada. No quería que le ocurriera nada malo y sabía que en unos pocos minutos, en cuanto se ocultara el Sol, Gretchen y sus compinches saldrían de allí, si es que era en aquel lugar dónde se encontraban. Además, Sofia estaría al llegar, por lo que no tenía tiempo que perder -. ¡Te vas… AHORA!

-¡Anika! ¿No me digas que te importa lo que me ocurra? –exclamó sorprendida.

-Por supuesto que me importa, Bobby. Si te ocurriese algo malo no me lo perdonaría nunca.

-Eso significa que todavía hay esperanzas para mí, así que me quedo.

-No, ni se t….

-Ya hablaremos, Anika. Y así esta vez, tendré una deuda que cobrarme contigo.

Y colgó.

Rápidamente, volví pulsé rellamada, pero Bobby era muy lista y había apagado el teléfono.

¡Mierda!

Tenía que pensar rápidamente. A lo mejor no la descubrían, a lo mejor sí, pero el Sol se pondría en diez minutos y ella estaría en claro peligro a partir de ese momento. Consideré mis opciones.

Podía esperar a Sofía, contárselo, e ir juntas por ella. Al menos, estaría protegida. O bien podía ir yo misma y convencerla de que se fuera. No, aquella era una mala idea. No podía ir sola y, mucho menos de noche. Era sencillamente un suicidio. Además, conocía a Bobby y no era alguien a quien fuese sencillo hacer cambiar de opinión.

Necesitaba a Sofía.

Así que suspiré y esperé. Esperé, como nunca lo había hecho antes, angustiada por cada minuto que pasaba, nerviosa porque la noche iba acercándose, deseándola y detestándola al mismo tiempo.

Por fin, quince minutos después de anochecer, Sofía apareció ante mi ventana. Estaba sonriente y se la veía complacida, supuse que porque yo estaba allí. Pero aquella noche iba a ser diferente.

Tardé menos de un segundo en abrirla.

-¡Por fin has venido! –le dije.

-¿Me echabas de menos?

-Sí, pero… no se trata de eso. Creo que me he metido en un lío.

El rostro de Sofía adoptó una actitud seria y concentrada -. Espérame abajo que voy.

-De acuerdo –dijo, sin añadir nada más.

Yo ya estaba vestida, así que lo único que tuve que hacer fue avisar a mi madre.

-¡Mamá, voy a salir un rato!

-De acuerdo. ¿A dónde…

Para cuando mi madre terminara la pregunta, yo ya me encontraba bajando las escaleras.

-Cuéntamelo –me dijo Sofía en cuanto hube salido a la calle.

Tomé aire varias veces como si fuese a sumergirme, porque sabía lo que me esperaba. Una buena regañina. Cuando hube terminado, descubrí que me sentía mucho mejor por habérselo contado, pero que todavía me encontraba intranquila. En realidad, no había cambiado nada, así que era de esperar.

Sofía no dijo nada inmediatamente, no sé si porque estaba haciendo acopio de autocontrol o simplemente, pensaba en lo que había que hacer. Finalmente, tras un silencio que me pareció que duraba horas, me miró fijamente a los ojos.

-Creo que no hace falta que te diga que has cometido una imprudencia. No es que en sí misma fuese una mala idea, después de todo, pero has subestimado con mucho el peligro y con ello has puesto a Bobby en una posición muy complicada. Sin embargo, lo que más me molesta es que no tuvieses el valor de confiar en mí, teniendo en cuenta que somos varias las que te estamos protegiendo, arriesgando nuestras vidas. Tendrías que haberme consultado antes.

Yo iba a disculparme, claro está, porque era más que evidente que tenía razón y que me invadía un sentimiento de culpa enorme. Había hecho mal, tal y como me había dicho, por meter a Bobby en esto, por no darle la importancia que tenía y, por supuesto, por no contar con Sofía.

La había fastidiado pero bien.

Sofía no me dejó decir nada. Levantó la mano y, con la palma abierta, me indicó que permaneciera en silencio.

-No ahora. Ya habrá tiempo para eso. Lo que importa es Bobby y, por supuesto, aprovechar la información de la cual disponemos. Iré rápidamente a buscar a las otras y nos dirigiremos a la localización que te ha dado Bobby. Tú entra en casa y quédate ahí.

-¡Eso ni lo sueñes! –le repliqué, indignada -. No pienso quedarme aquí mientras espero a ver a quien pierdo, si a Bobby o a ti, debido a mi estupidez. No podría vivir sabiendo que…

-¿… sabiendo qué no podrás estar más con Bobby?

Sofía no me había dejado acabar la frase y, en lugar de eso, había dado por hecho que mi preocupación por Bobby iba más allá de mi sentimiento de culpa y amistad.

-No, para nada. Me importa Bobby, eso no te lo voy a negar, y no me perdonaría si le ocurriese algo, pero con lo que no podría vivir es sin tenerte a mi lado. Sufro por ella, pero eres tú de quien yo dependo. Pensé que eso ya lo sabías.

Aquello pareció apaciguar a Sofía, que cogió mis manos y las encerró tiernamente entre las suyas, para a continuación besarlas dulcemente.

-Sé que estás preocupada, muy preocupada, y que lo estarás más conforme pase la noche, pero ahora no tengo tiempo para pensar en ti al mismo tiempo que peleo con vampiras e intento rescatar a tu amiga. Necesito saber que estás sana y salva.

-L-lo… entiendo –Tenía razón, y lo sabía. Yo era débil, como cualquier humano, y mi presencia sería una carga para ella. Tendría que sufrir en privado y esperar -. Tienes toda la razón, por supuesto.

-Entonces sube y espérame. Ya sea yo, o alguna otra, vendremos por ti en cuando podamos. Haznos caso en todo lo que te digamos.

-Está bien –le dije, rindiéndome -. Pero prométeme que tendrás cuidado.

-Claro que lo tendré. Quiero estar contigo todo el tiempo que pueda, aunque seas todo un quebradero de cabeza.

Ignoré el comentario. Sabía que era una muestra de cariño.

-Y prométeme también que salvarás a Bobby. No quiero que le pase nada por mi culpa.

-Te prometo que haré todo lo posible. Ahora, entra en casa.

Solté las manos de Sofía, a mí pesar y, en aquel momento sentí como si aquella fuese a ser la última vez que la viera. No, no podía ser así, porque ella llevaba muchos años lidiando en su mundo y no iba a caer en un estúpido problema generado por una humana idiota. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa. En aquel momento, si de algo estaba segura (y bien segura) era de que yo quería a Sofía y que ella me quería a mí.

Finalmente, abrí la puerta y entré en el portal. Cuando me giré para cerrar, Sofía ya no estaba. Desconsolada, solté la puerta con suavidad.

-¡Por favor! ¡Qué no les pase nada! ¡Por favor! –susurré entre lágrimas, no sabía a qué o quién, pero esperando que alguien me escuchase.

No cené. Mi madre me había preparado una tortilla a la francesa, pero no me entró ni tan siquiera el cola-cao.

-¿Te encuentras mal, hija? –me preguntó al verme jugar con la comida. Estaba troceándola con el tenedor y mareando los trozos de un lugar a otro del plato sin decidirme por ninguno.

-No, no, es que no tengo mucha hambre hoy. Mejor lo dejo para mañana y me acuesto. Buenas noches.

Y me fui deprisa al cuarto. Nada más cerrar la puerta, sin encender la luz siquiera, me eché encima de la cama y empecé a llorar, ahogando las lágrimas y los sollozos en la almohada. Menos mal que mi madre no vino a verme, porque no habría sabido que decirle.

Así, lentamente, fui apaciguando mi tristeza, mientras crecía mi ansiedad, que ocupaba cada vez más mi pensamiento. Cuando saqué la cabeza de entre la almohada y miré el reloj de la mesita, vi que solo eran las nueve y media. Me pregunté cuánto tendría que esperar antes de saber algo y también qué es lo que haría mientras tanto.

Permanecí a oscuras todo el tiempo, mirando al techo, y viendo como en él se reflejaban las sombras de los coches que circulaban por la calle con la luz de la luna de fondo. Me dormía, me despertaba, volvía a dormirme y a despertarme. Escuché como mis padres se acostaron y al camión de la basura circular por la carretera, pero lo que verdaderamente me resultaba insoportable era el silencio de la noche.

Además, continuamente miraba el reloj. Las once, las dos… las dos y tres… las dos cuarenta… las tres y once… y así toda la noche, hasta que finalmente, amaneció.

Me levanté de un salto, asustada y desesperada. ¡Cómo era eso posible! Habían pasado diez horas desde que Sofía me había dejado, y no podía ser que nadie, ya fuese ella o cualquiera, se hubiese acercado a verme. En mi estómago los nervios se me revolvieron y entrelazaron y de repente todo pareció darme vueltas. Me tapé la boca con una mano y corrí hacia el cuarto de baño.

Cuando tiré de la cisterna y me miré al espejo, vi que tenía un aspecto horrible. Las ojeras me llegaban a los pies y mi piel estaba tan pálida como la de Sofía. Pero lo peor de todo no era como me veía, sino como me sentía. Sabía que ya no tendría noticias directamente de Sofía hasta la noche siguiente y eso significaba esperar más de doce horas. Estaba claro que algo había ido mal, porque de lo contrario, ya habría sabido algo. ¿Qué podía hacer? Entonces, se me ocurrió.

¡Cristina!

Debía acompañarme al instituto y estar conmigo en todo momento, así que a lo mejor se habían puesto en contacto con ella y sabía qué había ocurrido. De repente, una pequeña chispa de

esperanza se encendió en mi interior, y deseé con todas mis fuerzas que ya fuese la hora de marcharme. Sin embargo, no fue lo único que note. Sentí como de nuevo algo se revolvía en mi interior. Tensé la mandíbula y me alegré de no haber bajado la tapa del váter.

A las ocho en punto estaba vestida, pero parecía una auténtica zombie. Me di cuenta, no cuando me miré al espejo, sino al ver la cara que puso mi madre en cuanto me vio.

-He pasado una noche malísima –le expliqué - y he vomitado tres veces esta mañana.

-¿Y por qué no me has llamado?

-No quería molestarte. Tampoco es que hubiera nada que hacer. Simplemente, habré cogido un virus estomacal de esos y tendré que aguantarme.

-Entonces deberías quedarte en casa.

-No, no. Creo que ya he pasado lo peor y prefiero estar entretenida.

-Bueno, si tú lo dices. Pero si te encuentras mal o lo que sea me llamas enseguida, ¿de acuerdo?

-Qué sí, mamá, no te preocupes.

Le di un beso en la mejilla, cogí mi mochila y salí de casa.

Esperanzada por ver lo que sabía Cristina, bajé corriendo por las escaleras porque no tenía paciencia para esperar al ascensor. Estuve a punto de caerme entre el tercer y el segundo piso al saltar los escalones de dos en dos, pero conseguí llegar abajo sin más sobresaltos. Finalmente, llegué a la puerta de la calle, la abrí, salí y…

¡Cristina no estaba allí!

Miré en todas las direcciones, corrí hasta una esquina primero, y después hasta la otra, pero nada. Ni rastro.

Empecé a respirar agitadamente, porque aquello parecía el fin de todo. Bobby, Sofia, Cristina… ¿estarían todas… muertas? No podía pensar en otra cosa que en ellas siendo mordidas y desangradas por montones de vampiros hambrientos de causar sufrimiento y no podía hacer nada para quitarme aquella imagen mental.

Piensa. Piensa. ¿Qué puedes hacer?

Teléfono. Recordé el teléfono que Cristina me había dado y lo saqué del bolsillo en el que siempre lo llevaba. Estaba apagado, por supuesto. Lo encendí y esperé unos segundos a que localizara la señal. Después, marqué rellamada. Ante mí apareció la señal de que estaba llamando a un número desconocido. Me coloqué el teléfono en el oído y…

-El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura.

La maldita voz de la operadora acabó con mis esperanzas de localizarla. Apagué el móvil y lo guardé violentamente en el bolsillo.

Me acordé entonces de Bobby. También ella había apagado el suyo, pero de eso hacía varias horas. Si estaba bien, quizás hubiese vuelto a encenderlo. Saqué el móvil, marqué y… nada de nuevo. Seguía muerto.

Dejé caer los brazos a ambos lados del cuerpo como si yo misma estuviese muerta. No había nada absolutamente que pudiese hacer. ¿Cómo iba a poder aguantarlo?

Tranquilízate, Anika. Siempre hay opciones. Sólo tienes que buscarlas.

Repasé lo que sabía. Conocía la casa de Bobby, aunque estaba claro que en aquel momento no estaría allí. Sabía también dónde solían reunirse las vampiras amigas de Sofía, en…

-¡El club de rol! –exclamé en voz alta.

Seguramente no abriría hasta más tarde, pero una vez entrase en el instituto no me dejarían salir, así que... ¡al diablo con el instituto! Aquella iba a ser la primera vez en que me saltaba las clases y sabía que mi madre se enteraría de que no había ido a clase porque mi tutora era de esas

que enviaba las faltas cada día y que incluso llamaba a casa para avisar. Pero me daba igual. Ya se lo diría por la noche y aguantaría lo que me dijesen, porque lo importante en aquel momento era conocer lo que había sido de las chicas.

Así que sin pensármelo más, me dirigí hacia la parada de autobús más próxima que iba hacia el otro lado de la ciudad. Recordaba la calle de cuando habíamos cogido el taxi para ir allí, así que sólo tenía que buscar la línea adecuada.

Cuarenta minutos más tarde conseguía encontrarlo. Ver aquel callejón de día me pareció extraño, y casi me costó reconocerlo, pero sin duda alguna, era él, y allí estaba el local. *El elfo y el enano* parecía ajeno a todo, porque tenía el mismo aspecto que cuando llegué a él la primera vez. Me acerqué a la puerta y miré el horario. "Mañanas de 10:00 a 13:30".

Miré el móvil. Mierda. Todavía no eran las nueve. Tenía que esperar toda una hora, y eso suponiendo que el dueño, Jorge, si no recordaba mal, fuese a ser puntual.

Me quité la mochila de la espalda, la dejé en el suelo, me senté en el bordillo pegada a la compuerta… y esperé. Por desgracia para mí, no fue una espera agradable, porque a mi mente venían montones de posibilidades sobre lo que había podido ocurrir. Me imaginaba a Sofía llegado al bloque de apartamentos acompañada de sus amigas, encontrándose a Bobby retenida por Gretchen y diez o doce vampiras más, todas sonrientes y desafiantes. Veía como mordían a Bobby y acababan con ella, y a todas las vampiras abalanzándose unas sobre otras con las uñas dispuestas para desgarrarse la piel y los dientes preparados para morder lo que pudieran. Veía caer una detrás de otra a Paula, Sandra, Patricia, Teresa y…

-¡Hola! ¿Qué haces por aquí?

Una voz conocida me sacó violentamente de mi sueño diurno. Era Jorge, por supuesto, que acababa de llegar. Sin darme cuenta debía de haberme quedado medio traspuesta, mitad dormida, mitad despierta, y no me había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo.

-Eres Anika, ¿verdad?

-Sí –contesté rápidamente, poniéndome en pie a la velocidad del rayo.

-Y… ¿qué haces aquí?

-Estoy buscando a Paula, Sandra, Sofía, Patricia o Teresa. ¿Las has visto? Quiero decir… ¿las viste anoche?

-Pues… sí, la verdad es que sí que vi a alguna de ellas.

Jorge quitó el cerrojo de la compuerta de seguridad, una de esas metálicas que se mueven lateralmente y, después, abrió la puerta del local.

-Vamos, entra –me dijo, dejando la puerta abierta para que así lo hiciera. Sin dudarlo un instante, entré. A los pocos segundos, Jorge ya había encendido las luces y el lugar me recordó a lo que yo había visto noches antes.

-Estuvieron aquí hasta que vino tu amiga, Sofía, a eso de las nueve y algo. Bueno, todas menos Patricia, que no apareció, cosa que no suele ser normal en ella. Hablaron un momento y, acto seguido, salieron rápidamente diciendo que les había surgido algo importante.

-¿Eso es todo?

-Eso es todo. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

-Sí, algo sí que ha ocurrido, y necesito hablar con alguna de ellas. No sé dónde está Sofía. ¿No sabrás por casualidad por donde vive alguna de las otras, verdad?

-Pues lo cierto es que no. Nunca hemos hablado sobre temas personales.

Era mi último cartucho, así que, frustrada, agaché la cabeza. Jorge debió de notar mi decepción, porque rápidamente añadió una coletilla.

-Pero le hice una ficha a Paula cuando alquiló el reservado.

Levanté la cabeza y al mirarlo vi que sonreía, satisfecho consigo mismo.

-Debe ser muy importante para que estés aquí en horas de clase –me dijo, mostrándome su mejor sonrisa.

-Lo es, Jorge. De verdad que lo es.

Sin dudarlo un instante, se agachó y rebuscó en los estantes inferiores del mostrador, y unos segundos después, colocaba encima una carpeta llena de papeles.

-No me llevo bien con los ordenadores, así que prefiero tenerlo todo por escrito de mi puño y letra.

-Entonces te pareces mucho a mí. No sé por qué, pero cuando me pongo delante de un ordenador empiezan a pasar cosas raras.

-Sí, ya quedamos pocos de esos –comentó, sin dejar de pasar una hoja tras hoja, hasta que…

-¡Aquí está!

La miró un momento, y después me la pasó. Yo la cogí con ambas manos, que me temblaban de puro nervio y, ávidamente, empecé a leerla, línea por línea, hasta que llegué a la dirección.

-Lo tengo. Calle Mariana de Castro, número 23, 4ºB.

-Un montón de gracias, Jorge –le dije, intentando mostrarme tan agradecida como realmente lo estaba -. Lo necesitaba de veras.

-Te creo, chica, te creo. Tienes aspecto de estar realmente desesperada.

-Es una cuestión… de vida o muerte, aunque te cueste creerlo. Como si… un dragón estuviese a punto de acabar con todo un grupo de valerosos guerreros y la supervivencia de todo un reino dependiese de ello.

-Guau, entonces no pierdas tiempo, Anika. Todo depende de ti. Es tu momento.

Si que lo es, pensé.

Jorge parecía sentir verdaderamente lo que decía, lo cual me hacía sentirme doblemente agradecida hacia él. Coloqué mis manos sobre las suyas, apretándolas delicadamente y le sonreí desde lo más profundo de mi corazón.

-Mil gracias de nuevo –le dije, antes de salir de allí a toda velocidad. No sabía en dónde estaba aquella casa, pero fijo que iba a llegar a ella tan rápido como pudiese. Corrí a través del callejón hasta alcanzar la carretera, y entonces miré hacia ambos lados. Necesitaba un taxi. Tenía algo de dinero en el monedero, pero no sabía cuánto exactamente, así que lo miré. Ocho euros y algunos céntimos.

Esperaba que fuese suficiente.

La vía principal parecía venir de mi izquierda, así que me fui en esa dirección. Unos minutos más tarde llegaba, y veía como circulaban varios taxis. Sin dudarlo levanté la mano y la agité desesperadamente en el aire hasta que uno de ellos se detuvo delante.

Entré y le di la dirección al taxista.

-Por favor, dese prisa.

-La que pueda sin que me pongan una multa, niña.

El caso es que mientras circulaba, sabía en mi fuero interno que existían pocas posibilidades de que la encontrara, porque debían tener varios refugios y si además había ocurrido algo, aquel no sería precisamente el más seguro.

Pero era lo único que tenía.

Cuando el taxi se detuvo le di los cinco euros con veinte que había costado la carrera, todo en calderilla, y me bajé rápidamente. Se suponía que debía estar en el instituto sufriendo la clase de educación física, pero en su lugar, me encontraba corriendo por la calle como una posesa,

mirando los números de los portales. De hecho, estaba haciendo más ejercicio que nunca.

Número 11… 17… 19… 21… ¡número 23, aquí está!

Estaba agotada. Sentía que me faltaba el oxígeno, y me quemaba el pecho del esfuerzo, porque no estaba acostumbrada a correr tanto. Pero allí estaba al fin. Si Paula estaba en casa, no podría contestarme porque estaría profundamente dormida, así que tendría que inventarme algo. Por de pronto, debía entrar en el bloque. En todos los pisos había cuatro puertas. Busqué el 4ºB y, entonces, apreté el timbre del piso de al lado, el A.

-¿Diga? –preguntó una voz de mujer que me recordó a mi madre.

-Eh… hola, señora. Disculpe, pero es que voy al 4ºB y no me contesta nadie. ¿Podría usted abrirme para que suba y lo intente en la puerta?

Durante un par de segundos no supe si iba a abrirme o no, pero finalmente, fue que sí. Un zumbido resonó desde el portero electrónico y yo empujé para no perder mi oportunidad.

Tampoco aquí tenía ganas de esperar al ascensor, pero subir era muy distinto de bajar, así que decidí llamarlo y armarme de paciencia. Efectivamente, tardó un mundo en llegar abajo y otro tanto en subir, pero al menos no forcé más a mi ya más que agotado cuerpo.

Cuando salí del ascensor y miré alrededor vi como la planta se extendía largamente en ambas direcciones, como si fuesen dos túneles. La luz apenas sí lograba entrar a través de unas pequeñas ventanitas situadas en la pared frente al ascensor, así que todo quedaba muy envuelto en sombras.

A mi izquierda, al fondo, estaba la puerta A y, junto a ella, otra que debía ser la que yo buscaba, así que me giré y empecé a caminar. Avanzaba despacio, escuchando el eco que dejaban mis pisadas, como si no quisiera ser descubierta. Tenía miedo, y no sabía por qué, aunque en aquellos momentos nada me importaba más que obtener información. Aunque hubiese habido un troll defendiendo aquel pasillo, yo habría intentado pasar.

Por suerte, no había nada, por supuesto.

Cuando llegué y miré la puerta, todo mi cuerpo tembló. Sabía que nadie iba a contestarme, seguramente, porque estaría vacía, pero aun así mi cuerpo reaccionaba como si llamar al timbre fuese a suponer un cambio importante.

De pronto, la puerta de al lado se abrió, apareciendo ante mí una mujer de unos cincuenta años que, ciertamente, me recordaba mucho a mi madre.

-Dudo mucho que esté dentro, chica, porque la verdad es que hace días que no la oigo.

-¿Ni siquiera esta noche? –le pregunté, buscando desesperadamente *algo* a lo que agarrarme.

-No –respondió, negando al mismo tiempo con la cabeza -, aunque de haberlo hecho tampoco creo que me hubiese dado cuenta. Nunca la veo de día, sólo por las noches, o por las mañanas temprano.

-Sí, es que tiene un horario de trabajo nocturno –expliqué, para saciar su curiosidad -. Gracias de todas formas por abrirme –le dije, antes de que cerrara la puerta y me dejase de nuevo a solas.

Tomé una gran bocanada de aire, pulsé el timbre, y esperé.

Nada.

Volví a pulsar el timbre, en esta ocasión, dos veces seguidas, y pegué la oreja a la puerta.

Nada de nuevo.

Último intento. Llamé, tres veces, como si mi dedo se hubiese quedado pegado al timbre.

-¿Quién es?

Todo mi cuerpo se tensó de pronto. Una voz, un susurro realmente, había atravesado la

puerta y llegado hasta mí. No sabía de quién se trataba, pero sí que era de una mujer. Parecía… no sé, dormida, cansada, dolorida. De repente, la urgencia de ver de quién era aquella voz se convirtió en lo más importante de toda mi vida.

-Soy… Anika, la… novia de Sofía.

Y tras unos segundos de incertidumbre más tarde, la puerta comenzó, lentamente, a abrirse.

CAPÍTULO 21

La chica que apareció ante mí era una completa desconocida. Vendría a tener unos veintipocos años, morena y con el pelo corto, y un cutis tan blanco que si no hubiese sido de día, habría dicho que era, de hecho, una vampira. Llevaba puesto un chándal viejo de color azul claro y, claramente, acababa de despertarla

-¿Quién eres? –me preguntó, visiblemente molesta.

-Ya te lo he dicho. Soy Anika, la novia de Sofía. ¿Y tú?

-Laura. Pertenezco a Paula.

-¡Oh! –aquello significaba que Laura era una sirviente. Entonces, debía de saber algo -. Pues… estoy buscando a Paula. Necesito hablar con ella.

-Ahora no puedes hacerlo, ella est…

No llegó a terminar la frase porque en ese momento, algo hizo que de pronto sus ojos se abriesen completamente, todo su cuerpo se puso tenso y, rápidamente, se giró y se marchó adentro corriendo.

Yo no me lo pensé mucho y entré también. Escuché los pasos de la tal Laura por el piso, y una puerta que se abría.

-¡Noooooo!

Aquel grito perforó, no mis oídos, sino mi corazón. Era un grito de desesperación como nunca había oído, lleno de sorpresa y terror. De repente me encontré a mí misma cruzando toda la casa, abalanzándome vertiginosamente hacia el origen del grito, un dormitorio que, en otras circunstancias, me habría parecido precioso. Un papel de colores brillantes llenaba toda la pared, y la luminosidad que entraba por la ventana permitía disfrutar de la belleza de la decoración, que parecía casi la de una niña pequeña, llena de peluches de animales y figuritas pequeñas.

Entonces me di cuenta del problema. Aquel cuarto debía de ser el de Paula, y debía encontrarse a oscuras, con ella acostada. Sin embargo, las persianas no estaban bajadas y no había nadie en su interior. Paula no estaba allí. No había vuelto.

-¿Dónde está? ¿Dónde está? –preguntaba desesperada Laura -. Ella no se habría marchado a otro lugar sin avisarme.

-Tranquilízate, Laura –le dije, intentando calmarla para poder hablar con ella racionalmente. Me acerqué por su espalda, coloqué mis manos sobre sus hombros y la atraje hacia mí. Después, la giré para poder verle la cara. Estaba llorando, y su actitud me recordaba a la que tendría cualquier niño pequeño que de repente perdiese a su madre. A pesar de ser más joven que ella, en aquel momento me sentía mucho más adulta.

-Necesito que te sientes y te tranquilices un momento, porque me parece que tenemos problemas.

Lentamente, la empujé hasta que se dio con la cama, obligándola a sentarse en ella. Después, yo también me senté, a su lado.

-¿Te ha contado Paula mi problema con Gretchen?

-Sí. Fuiste una tonta por intervenir.

-Bueno, seguramente –le dije, no queriendo entrar al trapo –. La cuestión es que ayer, Cristina, la chica que me protege, y yo, nos dimos cuenta de que nos seguía alguien y llamé a una amiga mía para que lo siguiera y encontrara su guarida.

Esperé unos segundos antes de continuar, por si a Laura se le ocurría decir algo más. Sin

embargo, permaneció en silencio y esperando a que yo terminara con mi historia.

-Perdí el contacto con ella, así que se lo dije a Sofía, y por lo que yo sé, Sofía, Paula y Teresa estuvieron juntas en *El Elfo y el Enano*, antes de salir a no sé dónde, presumiblemente, en busca de mi amiga. Sin embargo, no he sabido nada de ella, ni de nadie, ni tampoco ha aparecido Cristina. Sólo he podido conseguir llegar hasta aquí gracias a Jorge, que tenía vuestra dirección en la ficha que se hizo Paula. Ahora necesito tu ayuda, porque ya no se me ocurre nada más y está claro que les ha debido pasar algo, porque Paula no está aquí.

En ese momento, Laura se levantó, visiblemente enfadada.

-¡Todo esto es culpa tuya! ¡Si no te hubieses empeñado en salvar a aquella chica nada de esto hubiera ocurrido!

-Puede ser –repliqué, levantándome también -. Sin embargo, la ayudé, porque no quería que muriese una persona inocente y todas estuvieron de acuerdo en luchar contra Gretchen. Pero ahora todo eso da igual. Lo único que importa es encontrar a las chicas. ¿Se te ocurre algo o sólo sabes echarme la culpa?

Aquello pareció calmarla un poco, porque volvió a sentarse. Yo hice lo mismo, más que nada porque no quería sentirme como si le estuviese amenazando o fuese superior a ella. Quería su ayuda. Necesitaba que trabajáramos en equipo, porque estaba claro que a mí ya no se me ocurría nada más. Además, se me estaba acabando el tiempo. A las tres de la tarde tendría que estar de vuelta en casa, sí o sí, o mis padres llamarían a la policía, con lo que la cosa se complicaría hasta extremos insospechados.

-Cuando todas están juntas son muy fuertes –empezó a decirme -, aunque supongo que si les hubiesen sorprendido, habrían podido… vencerlas.

-Pero no matarlas –añadí yo. Entonces, sonreí. Había encontrado algo por fin -. A Gretchen le gusta hacer sufrir, y si quiere castigar a Sofía, me necesitará a mí. Tiene que atraparme para que Sofía sea testigo mi muerte o mi transformación y por eso es más que probable que las mantengan con vida mientras tanto.

-¿Y Paula? –preguntó a la desesperada Laura.

-Supongo que siempre hay tiempo para matar a alguien y a Paula no le desea ningún mal. Además, tendría consecuencias con los demás vampiros. No, no creo que mate a ninguna de ellas a no ser que sea estrictamente necesario, porque tampoco querrá iniciar una guerra entre vampiros. Simplemente, las retendrá el tiempo que necesite, prisioneras en algún lugar seguro durante el día, a la espera de que por la noche ella pueda moverse con libertad.

-Pero… tú estás aquí. No te ha cogido todavía. Supongo que vendrá por ti, ¿verdad?

-Podría hacerlo si enviase a alguien, pero yo no he ido hoy al instituto, así que quizás no sabe dónde estoy, al menos hasta las tres de la tarde, que es cuando teóricamente debería regresar a casa. A lo mejor están esperándome a que vuelva, en el portal, para atraparme a mí –Aquella idea se me hacía difícil de digerir, pero de pronto pensé en que mis padres no tenían idea de lo que estaba ocurriendo y que no creía que pudiesen aceptar la verdad, y se me escapó una sonrisa -. Si mi madre se entera de que no estoy allí le da algo.

-Entonces… ¿qué vamos a hacer? –preguntó. Estaba claro que todo dependía de mí, porque Laura era una auténtica pava -. Podrías entregarte, ¿verdad? Entonces las dejarían libres.

Miré a Laura. Solo le preocupaba Paula, pero no el resto de nosotras. Decidí sopesar mis opciones.

-A ver. Si me cogen, será el final para Sofía y para mí, y no creo que a Paula le guste mucho eso, por no mencionar que si nos coge a todas podría decantarse directamente por la tortura sin pensárselo más. No, no, la mejor opción sería encontrarlas durante el día, cuando son

vulnerables. No somos vampiras y no podemos luchar con ellas, pero quizás podríamos vencer a los sirvientes que tuviesen. Si al menos supiese dónde vive Cristina y por qué no ha venido, tendríamos a alguien más de nuestro lado.

-Yo sé dónde vive.

¡Sorpresa! Laura había aportado algo que además era importante.

-¿Y por qué no lo has dicho antes? Si podemos hablar con Cristina tal vez encontremos dónde está Patricia y ella sabría qué hacer. Yo intenté hablar con ella antes, pero tenía el teléfono apagado y, en estas circunstancias, creo que prefiero ir a su casa directamente que volver a intentarlo.

-De acuerdo. Dame un momento para que me vista.

Laura tardó menos de cinco minutos en estar lista. Su pelo no necesitaba ningún preparo y, simplemente, se puso unos vaqueros, una camiseta, una chaqueta de cuero y unos tenis.

Cuando llegamos a la calle, yo empecé a andar hacia la parada de autobús que había visto no muy lejos de allí.

-Por aquí –me dijo, haciendo que me detuviera de pronto -. Iremos más rápido en mi moto.

No me hacía ninguna gracia ir en moto, pero como no tenía otra opción, me callé, tragué saliva y la seguí hasta un garaje que estaba en la esquina, en el sótano del mismo edificio en el que vivía.

Su moto era una Honda de *yo-qué-sé-cuánta-cilindrada*, que yo sólo había visto por la tele en las carreras de motocrós, y que además me pareció enorme.

-Esto… yo no me subo ahí ni en broma –le dije, plantándome a tres metros de distancia de la máquina.

-Es todo lo que tengo y el tiempo es importante, ¿no?

Lo era, desde luego, así que me tragué el miedo y subí de paquete.

-Oye, e-esto se mueve un montón.

-Lo sé, pero sólo es al principio. Toma, ponte el casco.

Laura me dio un casco pintado de azul con el logo de *ChupaChups*, que no tenía ni idea de dónde lo había sacado.

-Siempre llevo dos, uno para Paula y otro para mí.

Entonces vi que estaba quitándole el candado a otro casco, este rosa, que estaba atado al manillar.

-No quiero que le pase nada a Paula. La necesito.

Me dijo aquello llena de tristeza y desesperada, como si yo pudiese hacer algo para evitarlo, cuando mi situación era incluso peor que la suya, porque Gretchen tenía un problema personal conmigo y con Sofía, y con nadie más. Asentí, como si lo comprendiera y me puse el casco. Ella hizo lo mismo y arrancó.

La moto me gustaba menos que volar con Sofía, sobre todo porque Laura no me daba tantas garantías y aquello iba demasiado rápido. Laura giró con rapidez y habilidad la moto en el garaje, mientras yo me aferraba a su cintura como si mi vida dependiese de ello y, después, salimos despedidas hacia la calle.

No podía sentir el viento en el cabello, como suele decirse, porque el casco lo impedía, pero si sentía el peligro de matarnos. Laura era una auténtica suicida conduciendo. Esquivaba coches, semáforos y peatones antes incluso de que yo intuyera que estaban allí, que solo pensaba en contra *qué* chocaríamos. Eso sí, llegamos en un visto y no visto, porque no nos detuvimos por nada, hasta que llegamos a nuestro destino.

La casa de Cristina estaba en una plaza. En medio de ella, había un parque infantil. La

verdad es que el lugar era precioso. Podía imaginármela con facilidad jugando con su hijo en él. Claro que todo aquello me pasó casi como un pensamiento fugaz, porque lo único que deseaba en aquel momento era tocar el suelo con mis pies y quitarme el maldito ChupaChups de la cabeza, que empezaba a agobiarme un poco.

-No me gusta ir en moto –le dije a Laura mientras bajaba de aquel vehículo mortal y me quitaba el casco -. Es peor que volar con Sofía.

-Paula también me ha llevado alguna vez volando –comentó alegremente, para después borrar la sonrisa, seguramente, al recordar por qué estábamos allí.

-Vamos –le dije, sin tiempo para consolarla, dejando el casco directamente encima de la moto y tirando de ella. Mientras nos acercábamos al edificio en donde vivía Cristina, miré el reloj. Las doce y veinte. El tiempo apremiaba. Ya sólo disponía de dos horas y media para hacer todo lo que tuviera que hacer.

Cristina vivía en el primer piso, lo cual estaba bastante bien, ya que, para variar, el camino sería corto y mi ya exhausto cuerpo no podría tomarse un respiro. Cuando llegamos a la puerta, ambas nos miramos, expectantes. Tomé aire y pulsé el timbre.

Por supuesto, nada pasó. Esto de llamar a los sitios y que nadie contestara se estaba convirtiendo en una costumbre desagradable.

Volví a llamar, esta vez, a lo bestia, cuatro o cinco veces seguidas, para que quedara claro que estábamos llamando. Y por si eso fuera poco, Laura golpeó la puerta a la antigua.

Y esta vez sí que ocurrió algo. Laura pegó tan fuerte, que la puerta se abrió, temblando. Aquello me desconcertó, porque he visto suficientes películas para saber que nunca es buena señal.

Nos miramos, extrañadas, y yo creo que asustadas. Yo tragué saliva. Cada paso que daba parecía ser peor que el anterior y el desastre amenazaba con hacerse realidad. De todas formas, había que entrar, así que empuje la puerta con la mano, suavemente. Como si de una película de terror se tratara, las bisagras hicieron un trabajo magnífico en cuanto a lo de crear ambiente, porque era como si la puerta llevase un tiempo sin abrirse.

Fui yo quien empujé la puerta, y también la primera en entrar. No estaba a oscuras, ni mucho menos, sino que parecía que todas las persianas estaban subidas y las cortinas, descorridas. Enfrente de la entrada había un cuarto, un dormitorio, cuya puerta estaba abierta. Debía de ser el cuarto de Cristina, porque había una cama grande, una mesita con una lámpara y un reloj, y algunos marcos con fotos que no llegué a distinguir, puesto que lo único que me interesaba era confirmar si había o no alguien. La cama estaba hecha y todo parecía limpio, como si no lo hubiesen usado recientemente.

Laura iba detrás de mí, con sus manos encima de mis hombros. Por desgracia para mí, yo no tenía dónde colocar las mías, así que iba palpando la pared, como si me ayudase a dar un nuevo paso cada vez.

Después del dormitorio principal encontramos otro que, claramente, debía pertenecer a su hijo, ya que disponía de una cama individual y un armario, pero ambos de aspecto juvenil, con madera suave y colores celeste claro, a juego con el papel de la pared, que tenía imágenes de Doraemon. También estaba vacío.

Me detuve. No estaba segura de querer seguir, porque mis nervios parecían estar a punto de saltar a través de todas las partes de mi cuerpo. Cada paso que daba y cada puerta que abría hacía que mis rodillas se preparasen para dar un salto gigantesco, suponía que hacía atrás y, sencillamente, ya no aguantaba más.

-La cocina –me susurró Laura, indicándome con el dedo que era la siguiente habitación, que

quedaba a mano derecha. La puerta de la cocina sí estaba cerrada, y no entreabierta como las otras. Más allá se podía ver el salón, que también parecía vacío, así que si había algo o alguien tenía que estar allí. Coloqué mi mano en el manillar, sin hacer ruido, pero no empujé.

-¿Preparada? –le susurré. Laura asintió.

Abrí y empujé con velocidad, pero eso no disminuyó el efecto de lo que vimos.

Tumbados en el suelo, estaban los cuerpos de una mujer y un niño de menos de diez años, sobre un manto de sangre que cubría todo el suelo. El rostro del niño, su cuello y los brazos, estaban arañados y mordidos, mientras que la mujer parecía tener heridas únicamente en el cuello.

No nos importó el olor a descomposición que nos llegó casi al instante, sino la visión de dos inocentes muertos.

-¡Cristina! –exclamó Laura, llevándose la mano a la boca para tapar un posible grito. Yo miré a la mujer que había en el suelo. Tenía el cabello muy corto y estaba algo pasada de kilos, como yo, y en nada se parecía a la Cristina que yo conocía.

-¿ESA ES CRISTINA? –le pregunté a Laura en voz alta, alarmada.

-Sí y su hijo Alejandro. ¡Pobrecillos!

-Si esa es Cristina, tenemos un gran problema, porque la que yo conozco no se parece.

-¿Qué estás diciendo?

-La mujer que me ha estado protegiendo no se parece a esta. A mí me dijo que se llamaba Cristina y que la enviaba Patricia, pero era de cabello castaño y largo y bastante atlética.

-No, no. Esa no es Cristina. Es esta. Lo sé muy bien porque… porque nos conocemos desde hace tiempo.

Laura ahogó las lágrimas. No sabía si llorar o gritar, pero tampoco había tiempo para ello.

-Entonces me tendieron una trampa desde el principio. He estado todo el tiempo bajo vigilancia sin saberlo y, seguramente, el chico que yo creía que nos seguía sería de los nuestros.

-No… te entiendo, Anika. Todo es… tan complicado. ¡Es un desastre!

-No, no lo es –dije en voz baja, mientras reflexionaba. La falsa Cristina era una enviada de Gretchen y me había tenido bajo vigilancia todo el tiempo, esperando el momento propicio para atacar. Seguramente había visto a Bobby, además de al vigilante, y los había seguido o, simplemente, les había hecho creer que no era consciente de su presencia. Después hubiera bastado con quitar de en medio a ambos e ir a por Patricia cuando todavía estuviese dormida y por eso no estuvo en la reunión con las otras. Sofía les contaría lo de Bobby y al no verla con ellas, irían a buscarla.

Para mí estaba claro lo que había ocurrido, pero seguíamos teniendo el mismo problema de siempre. ¿Y ahora qué? Mi mente empezó a trabajar a destajo como nunca lo había hecho, en busca de alguna forma de darle la vuelta a todo aquello.

-Lo que necesitamos es un vampiro. Ojalá lo fuera.

-Eso no es muy difícil.

Sorprendida, me giré hacia Laura.

-¿Qué estás diciendo?

-Qué no costaría nada convertirse en una. Solo hace falta disponer de sangre de vampiro a mano.

-Sofía me dijo que el proceso era muy complejo.

-Para nada. Muy pocos humanos lo saben, pero lo único que se necesita es ingerir una cantidad determinada de sangre de vampiro y ya está. La sangre de vampiro está *maldita* –me explicó, provocándome un temblor que recorrió por todo el cuerpo al oír aquella palabra -, por lo

que mata el cuerpo del que la beba y lo transforma.

Aquello no era lo que yo esperaba, para nada. Sofía me había engañado, o más bien, me había mantenido en la ignorancia para que no insistiese sobre el tema. Pero sí era así de fácil, todavía había alguna esperanza para todas nosotras.

-Sí es tan sencillo, por qué no te has transformado.

-Porque una vez lo hagas ya no hay marcha atrás. No se puede caminar durante el día o tener hijos, y hay que estar dispuesta a beber sangre humana continuamente. Yo todavía no estoy preparada. Paula me lo ofreció, pero yo decidí esperar hasta estar completamente segura.

-Pues yo sí que lo estoy. ¿Cuánto tarda el proceso?

-Minutos, creo, o al menos, eso me contó Paula.

-¿Importa de quién sea la sangre que tomes?

-En parte sí, porque se crea un vínculo entre la donadora y la tomadora. Un vampiro transformado nunca podrá matar al donante de la sangre que tomó y además ambos quedan interconectados mentalmente, hasta que uno de los dos decida romper el vínculo que los une.

Aquello era un obstáculo. Quería ser una vampira, rescatar a Sofía y estar con ella para siempre, pero no estar atada a cualquiera, sino a ella.

-Yo… no puedo… no quiero beber sangre de otro vampiro distinto a Sofía.

-Yo sé dónde hay sangre de Sofia. ¿Te interesa?

Supongo que mis ojos se salieron de las órbitas, porque Laura se echó un paso hacia atrás al ver mi expresión.

-¿Cómo? –pregunté, incrédula.

-Sofía, Patricia, Paula, Sandra y Teresa dejaron una vasija con muestras de su sangre para que, llegado el momento, pudiesen transformar a alguien. Aprovecharon su confianza para protegerse unas a otras durante el proceso, ya que al hacer falta bastante cantidad, inmediatamente después de desangrarse debían descansar y alimentarse. Así cada una de ellas guardó un recipiente lleno y los escondieron.

-Laura, como vampira podría enfrentarme a Gretchen o, al menos, plantarle cara y rescatarlas. Necesito esa sangre. ¿Puedes conseguirla?

-Sí, pero tardaré un poco. Está en una caja de seguridad en un banco. Paula me dio pleno acceso a ellas por si le pasaba algo, ya que en la caja también hay dinero, pasaportes y cosas así. Todas acordaron tener una cuenta en común y cada una de ellas permitió también a un sirviente que accediera a ella… menos Sofía, que no tenía a nadie.

Vaya. Sofía todavía no confiaba en mí como para eso. Aquello no me gustó nada, pero no había nada que hacerle.

-De todas formas –continuó diciéndome Laura -, es muy peligroso. Paula me contó que cuando alguien se transforma, se vuelve incontrolable. De repente eres un alma atormentada sedienta de sangre y nada ni nadie puede frenar esa sed. No podrás contenerte y te resultará muy difícil enfrentarte así a Gretchen.

-Al contrario –le repliqué -. Sofía me explicó que precisamente entonces somos más fuertes. De todas formas, no se me ocurre otra manera de hacerlo. Tú todavía tienes dudas, pero yo no. ¿Estás de acuerdo?

Laura se lo pensó un momento, pero finalmente, asintió.

-Está bien. Entonces, creo que tengo algo parecido a un plan, pero lo primero es lo primero.

Saqué el móvil y lo encendí. Eran exactamente las 12:43 minutos. A esta hora ya podía estar terminando la clase, así que marqué el número de mi casa. Mientras lo hacía, me llegó un mensaje de una llamada.

Sonreí. Era de la *falsa Cristina*, que al llegar tarde a nuestra cita, quizás por estar demasiado entretenida o cansada después de tanto trabajo el día anterior, que quería saber dónde estaba. Pero lo primero era quitarme de encima a mis padres. Volví a marcar el número de casa.

-¿Sí? –la familiar voz de mi madre me resultó extrañamente agradable. Me sentía como si hiciera un siglo que no la oía.

-Mamá, soy yo –evidentemente.

-Hola, hija. ¿Ha pasado algo?

Recordé que para mi madre, yo me había ido enferma, así que era normal que pareciese preocupada.

-No, nada. De hecho, estoy mucho mejor. He recibido un mensaje de Sofía diciéndome que si podía ir a comer con ella, ya sabes, para pasar un rato juntas. ¿Puedo ir?

Yo sabía de antemano que iba a decirme que sí, por mucho que no le hiciese ninguna gracia. Primero me daría permiso, aunque fuese a regañadientes y, después, una vez en casa, me reconvendría para que fuese más responsable.

-La verdad es que ya tenía hecha la comida de hoy, hija.

-Venga, mamá, por fa'. Últimamente no la veo mucho porque ella trabaja y yo estoy estudiando. Déjame que al menos hoy pase algún tiempo con ella.

-Bueno, está bien. Pero sólo por hoy. Y ni se te ocurra llegar muy tarde, ¿de acuerdo?

-De acuerdo. Gracias mamá. Te quiero. Me voy rápido a clase.

Y colgué.

Suspiré, aliviada. Un problema menos.

-¿Qué quieres que haga? –me preguntó entonces Laura.

-En primer lugar, vamos al banco a por la sangre de Sofía y, después, me llevas al instituto para que Cristina me vea salir de él.

-Pero entonces, te atrapará.

-Cuento con ello.

Laura estaba extrañada, así que intenté tranquilizarla.

-Verás. Cuando me atrape, no me matará inmediatamente, sino que tendrá que esperar a que anochezca, así que secuestrará y me encerrará. Yo llevaré la sangre y aprovecharé ese tiempo para transformarme. Sólo espero no comerme a mi amiga.

Pobre Bobby. No tiene ni idea de en dónde la he metido.

Aquello hizo que Laura temblara de pies a cabeza. Por lo visto, yo tenía mucho más temple que ella, pero de largo, pero no es que no me importara. Sabía que si no iba, Bobby moriría y, quizás, alguna de las chicas también, incluyendo a Sofía. El precio era muy bajo, tan sólo mi vida como mortal, algo que hasta ahora no me había importado demasiado. No solo estaba dispuesta. En realidad, lo estaba deseando, ya que así podría estar de igual a igual con Sofía.

-¿Nos vamos? Tenemos poco tiempo –le dije a Laura. Me quedaban menos de dos horas para ir al banco y meterme en el instituto.

El banco no era *cualquier* banco, sino un extraño edificio lleno de ventanas oscuras sin nombre conocido en el exterior ycon aspecto de tener únicamente un montón de oficinas.

-Exactamente, ¿qué banco es este? –le pregunté a Laura, antes de entrar.

-Ninguno que tú conozcas. Se trata de una organización a nivel internacional que, según me contaron, está presidido por vampiros. Es su principal centro de recursos. Se llama S.A.V.A.

El edificio en cuestión ocupaba una manzana entera, así que debía de ser importante de narices. Entré con Laura y está se acercó a una de las ventanillas.

-Hola, buenos días.

-Buenos días –le respondió desde el otro lado un hombre delgado, de unos treinta y pico años, calvo y con pocas ganas de hablar -. ¿Qué desea?

-Quisiera revisar una caja de seguridad. El número es 0L2IN28K23.

-Sígame.

El hombre rodeó el mostrador hasta salir de él y reunirse con nosotras. Después, comenzó a caminar en dirección a unas escaleras que descendían.

Nada más bajarlas, había una reja con barrotes y un dispositivo electrónico en la puerta.

-Coloque su pulgar aquí, por favor –explicó el hombre. Laura extendió el dedo y lo puso en la superficie de la pequeña pantalla que había. La máquina leyó su huella y, al instante, se puso en color verde. La puerta se abrió automáticamente.

-Usted espere aquí –me dijo educadamente. Yo asentí y me quedé quieta como una estatua. Unos diez minutos más tarde, regresaba Laura con algo en su mano. Era una bolsa azul oscuro, completamente opaca y del tamaño de un pequeño monedero.

-Gracias –le dijo al hombre en cuanto salió de la zona protegida. Este movió la cabeza hacia abajo, sin pronunciar palabra alguna, y nos dirigimos hacia la salida.

Cuando salimos, Laura abrió la bolsita y me enseñó lo que contenía. Era un pequeño recipiente de porcelana de color azul oscuro y con forma de botella, de apenas veinte centímetros de alto, y que estaba tapado con una especie de corcho.

-Este es el recipiente de Sofía. Lo sé porque cada una eligió un color distinto y los conozco muy bien. El de Paula es amarillo.

Entonces me lo dio.

Aquello tenía sangre de Sofía, que ella misma había extraído de su propio cuerpo para transformar a alguien a quien, en el momento de guardarla, todavía no conocía. No, en realidad era más que eso. Era su alma, porque inmerso en aquel líquido rojo estaban todas sus experiencias y emociones, sus miedos, pero también sus más profundos deseos. Temía que quizás después de transformarme, no quisiera volver a hablarme nunca. Después de todo, hasta yo sentía que estaba traicionándola, al ignorar sus deseos de que permaneciese humana, aprovechándome de la situación. Pero es que estaba desesperada, lo que me obligaba a tomar medidas desesperadas.

-Recuerda que una vez lo tomes no hay marcha atrás –me recordó Laura -. En cuestión de minutos tu cuerpo morirá y te transformarás para siempre en vampira.

-Lo sé.

-¿Salvarás a Paula?

-Por supuesto, Laura. Y… Laura…

-¿Qué?

-Paula no sabe la suerte que tiene, pero yo me encargaré de decírselo personalmente.

Laura sonrió, y ambas nos fundimos en un fuerte abrazo de mutua comprensión.

Después, de vuelta a la moto. Próxima parada, el instituto. Destino… desconocido.

CAPÍTULO 22

Cuando llegamos a la parte de atrás del instituto, me sentí extrañamente reconfortada por estar de vuelta en lo que hasta el día anterior había constituido la parte principal de mi existencia. Era un lugar que conocía y en cual, a pesar de que nunca me había encontrado demasiado bien, me sentía segura.

Pero a partir de entonces, sería tan solo un recuerdo, porque mi vida estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados.

Miré el reloj. Eran las dos y media. Todavía me quedaban quince minutos para salir y enfrentarme a mis miedos. Laura apagó el motor y se quitó el casco. Yo me quité el mío y se lo devolví.

-Gracias por todo, Laura. Sabes que en cuanto todo haya terminado te llamaré, o lo hará Paula, claro.

-Lo sé. Gracias a ti. Sé que no nos conocemos, pero lo que estás haciendo…

-Lo hago por todas nosotras. Vete tranquila.

-Estaré esperando. Buena suerte.

Laura se colocó de nuevo el casco, encendió la moto, la giró y se marchó. Con ella se iba también una de los últimos fragmentos de mi humanidad moribunda, porque en cuestión de horas, ya no tendría ninguno. Toqué la pequeña botella. La había guardado en un bolsillo con cremallera que nunca usaba y que tenía a la altura del antebrazo izquierdo. Suerte que aquel día había cogido mi polar, porque de otra manera quizás no habrá sabido dónde esconderla, para mantenerla oculta de la *falsa Cristina.*

Deja de pensar y ponte en marcha.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la reja. A través de ella podía ver a los de segundo curso corriendo alrededor de la pista, vigilados por el profesor de Educación Física. Esperé y volví a esperar, hasta que el timbre tocó. Entonces, escalé la verja. Yo seguía sin ser una atleta, así que me costó bastante saltarla, pero una vez dentro, no tuve más que dirigirme hacia la salida como los demás. Todos pensarían que había estado en clase y nadie se extrañaría.

Todos menos mis compañeros, claro, así que debía intentar no ser vista por ellos.

Mientras caminaba y me mezclaba con los demás, me invadió la sensación de que yo ya no formaba parte de aquello. Aquellos chicos y chicas ya no eran como yo, o más bien, yo había dejado de ser como ellos. Ya no me preocupaban las tonterías de quién me gustaba o a quién le caía mal, ni los juegos que hacíamos para entretenernos. Sentí que me era algo así como una intrusa, sobre todo porque era consciente de que existía *otro* mundo, más allá del que veíamos cada día. Me pareció que estaba más sola que nunca.

Una vez fuera del edificio principal, vi como mi clase se unía al resto de la masa e intenté mantenerme alejada de ella.

-¡Anika!

Me giré. La voz de Lidia era inconfundible.

-¿Qué haces aquí? ¿Dónde has estado toda la mañana?

Las dos nos habíamos detenido y estábamos frente a frente, mirándonos, mientras todos los demás nos esquivaban para salir del Centro.

Quizás por todo lo que iba a suceder y no saber cómo acabaría, o porque recordé lo que sentía por Lidia, cuando había constituido mi único apoyo ante el rechazo de todas las demás, en

aquel momento no pude odiarla, ni tan siquiera sentir indiferencia ante su pregunta. Volvía a ver a la Lidia que era amiga mía a pesar de todo y que siempre hacía todo lo posible por integrarme. Así que me acerqué a ella y la abracé, dos segundos, diez… no lo sé exactamente, pero lo que sí sé es que, cuando nos separamos, me di cuenta de que en realidad, nunca habíamos dejado de ser amigas y de que pasara lo que pasase, seguiríamos siéndolo.

O al menos, eso esperaba.

De todas maneras, tenía que despedirme de ella porque no sabía si iba a salir con vida de todo aquello o si yo sería la misma. Puede que aquella fuese la última vez que nos viésemos.

-¿Qué te pasa? –me preguntó Lidia, sorprendida, pero también preocupada.

-Nada, tranquila. Es sólo… que me alegro que te hables conmigo.

-No puedo… evitarlo. Eres mi amiga. Mi mejor amiga.

Yo estaba a punto de echarme a llorar, pero me contuve porque no podía perder el control. Necesitaba mantener la coraza durante unas cuantas horas más.

-Tú también lo eres para mí –le respondí, agradecida y sintiendo nostalgia de todos los momentos que habíamos pasado juntas -. Oye, ahora me tengo que ir, pero ya hablaremos, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Esbocé una media sonrisa, agradecida y muy complacida, y me marché corriendo.

No sabía si iba a ser capaz de recuperarme, porque Lidia había atravesado mis frágiles defensas con suma facilidad. Si ella podía despertar en mí todas las emociones que me invadían, cómo esperaba aguantar en presencia de Sofía o Bobby y rodeada de vampiros que atentaban contra sus vidas.

Por suerte para mí, y tal y como yo esperaba, Cristina, la *falsa Cristina*, me esperaba a la salida.

-Hola -le dije, algo asfixiada por la pequeña carrera que me había dado -. ¿Qué pasó esta mañana?

-Lo siento, es que he pasado una noche malísima. Mi hijo ha estado con dolor de barriga y no me ha dejado dormir, y cuando al final conseguí que se durmiera, yo también lo hice y no me di cuenta de la hora.

¡Serás mentirosa!

-No tiene importancia –le dije, evitando su mirada. Esperaba que el verdadero hijo de Cristina no hubiese sufrido mientras alguien, seguramente, ella, le succionaba toda la sangre de su pequeño cuerpo. Sentí como mi mandíbula se tensaba en respuesta al recuerdo de su cuerpo tendido sobre el suelo de la cocina y hablé para intentar disimularlo -. Lo que pasa es que Sofía tenía que haber venido anoche y no lo hizo, así que esperaba que tú me informaras. He estado preocupada toda la mañana.

-Lo siento. En realidad, la vi anoche y esta mañana debía de hablar contigo, pero… de verdad que no pude llegar antes.

Maldita sea, que buena actriz es. Casi puedo ver como se emociona de verdad al pedirme disculpas.

-No importa. Cuenta, ¿qué ocurrió anoche?

Empezamos a caminar de camino a casa, sabiendo, o, creyendo al menos, que nunca iba a llegar a ella, pero haciendo todo lo posible por aparentar tranquilidad, porque si algo no quería era parecer asustada delante de aquella falsa y mentirosa chica.

-Pues… -empezó a explicarme -, por lo visto, las chicas fueron a buscar a tu amiga y la encontraron vigilando un bloque de apartamentos en el centro de la ciudad. Debiste haberme

contado que la enviaste.

-Bueno, es que sabía que no lo aprobarías. De todas formas, lo que importa ahora es lo que pasó.

-Como iba diciéndote, aprovechando lo que había descubierto, investigaron un poco y descubrieron que es una de las guaridas de Gretchen. Sofía…

Mis dientes rechinaron cuando escuché el nombre de Sofía salir de su boca, pero no hice ningún comentario. En lugar de eso, apreté con más fuerza la tira de la mochila, estrujándola como si fuese a partirla por la presión.

-… interrogó al sirviente que vivía allí y les ha indicado varias casas, así que han estado toda la noche yendo de aquí para allá.

-¿Dónde está ahora? ¿En su refugio?

-Sí. Después estar toda la noche investigando, decidieron regresar cada una a su guarida.

Seguro que sí.

-Antes de retirarse, Sofía me pidió que te dijera que te reúnas con ella, en lugar de esperarla, porque de ese modo estarías más protegida. Cree que podrían intentar cogerte. Así que se supone que debo llevarte allí.

¡Mordió el anzuelo!

-¿A qué esperamos, entonces?

-¿Quieres decir… ahora mismo?

-Sí, sí, ahora. En mi casa no hay nadie, así que no tengo que dar explicaciones.

Mentira, pero mis padres tendrán que esperar a que vuelva… si es que lo hago, claro.

-¿Dónde están tus padres? –preguntó. Se veía que quería asegurarse de no dejar ninguna pista. Quizás no se fiaba de su buena suerte. Improvisé, recordando la visita a mi tía, pero retrasándola un día. –Visitando a una de mis tías en el hospital. Nada serio, pero hay que estar pendiente de ella todo el rato. Así que me han dejado comida e incluso algo de cena, por si llegan tarde.

¡Ha salido perfecto!

-Bueno, pues entonces vámonos ya. Mi coche está junto a tu casa.

Seguimos andando y pasamos mi portal. Aquello me puso nerviosa, porque me adentraba de lleno en el peligro. Pero no flaqueé, no podía.

Unos metros más allá, la *falsa Cristina* tenía su coche, un Toyota nuevecito. De haberlo visto antes, habría desconfiado desde el principio, porque no me cuadraba eso de ser madre trabajadora y disponer de un vehículo tan guay.

-Buen coche –le dije nada más.

-Sí, herencia de mi ex. Eso y mi hijo son las dos únicas cosas buenas que me dejó.

Le dio a la apertura automática del coche y entramos. Desde luego, era bien cómodo. Si uno va a su propio funeral, mejor hacerlo con estilo, evidentemente.

Dejé la mochila detrás y me coloqué el cinturón con cuidado de no aplastar la botella. Había llevado todo el rato la mochila en el lado cambiado para no romperla y no era plan de hacerlo ahora.

Mientras circulábamos, yo no miraba las calles, sino que contemplaba los edificios y las personas con las que nos cruzábamos. Existía una alta probabilidad de aquel fuese mi último día y mis ojos intentaban absorber todo lo que veían. Niños saltando junto a sus padres, adolescentes como yo que tonteaban unos con otros, adultos cansados regresando a casa… todo era importante, sin serlo realmente, porque yo sólo tenía una tarea. Salvar a toda la gente que me importaba. Sofía, Bobby, Paula… cada una por un motivo diferente pero, al fin y al cabo, porque

se lo debía, y si se encontraban en peligro era por mi culpa. Había llegado el momento de pagar y estaba más que dispuesta a aceptar el precio, siempre que todo fuese a parar únicamente sobre mis hombros.

-Estás muy pensativa –me dijo, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

-Simplemente pienso en la gente que se preocupa por mí. Me gustaría devolverles el favor con creces.

Tú no lo entenderías, puerca. A ti me gustaría devolverte otra cosa.

-Claro, lo comprendo perfectamente, y estoy segura de que lo harás algún día. Pero ahora debes dejar que seamos nosotras quienes cuidemos de ti. Tú nos necesitas y nosotras estamos dispuestas a ayudarte en lo que sea necesario.

-Gracias, Cristina –le dije, colocando mi mano sobre la suya, que estaba encima del cambio de marchas -. Sé que lo dices de corazón.

Si pudiese, te lo arrancaría de cuajo.

Después de aquello, no volvimos a pronunciar palabra alguna hasta que llegamos. El sitio escogido era una especie de chalet de lujo que, por lo que había visto, se encontraba bastante alejado de la ciudad, quizás a una media hora de viaje. Había un portón metálico impidiendo la entrada, y un guardia en el interior. *Cristina* sólo tuvo que sonreír y el guardia accionó el mecanismo de apertura automática de la puerta.

-Esto parece un castillo –le comenté -. Sólo faltan el foso y los cocodrilos.

-Bueno, estamos un poco más avanzados que todo eso.

-¿Quién es el guarda? ¿Otro sirviente?

-Sí. Sofía tiene a varios. De esa manera puede recurrir a ellos según lo necesite.

Mentira. Sofía me dijo que no tenía a ninguno porque no le gustaban, lo cual me confirmó Laura cuando fuimos al Banco. Todas tienen a una sirvienta con acceso a sus cosas personales menos mi Sofía.

Ahí la había pillado en una mentira. Pero claro, había que disculparla. Seguramente, estaría exultante de llevarme ante su ama y señora y, claro estaba, ya no importaba ser descubierta o no.

Desde la verja hasta la puerta de la casa había un buen trecho. No era una mansión, pero sí que era grande de veras.

Cuando el coche se detuvo, me quité el cinturón y bajé rápidamente. *Cristina* hizo lo mismo y se reunió a mi lado para entrar juntas en la casa-trampa.

No hizo falta ni llamar, porque otro sirviente abrió la puerta en cuanto pusimos el primer pie en el escalón. Era un hombre joven, también de veintipocos años, con aspecto de duro.

-¡Ah! ¡Veo que has tenido éxito! –exclamó, sorprendido.

-¿Es qué lo dudabas? –le respondió ella, antes de que entráramos.

Dentro, la entrada era bastante grande, y estaba lujosamente decorada. Una escalera permitía subir a la planta de arriba que, supuse, tendría las habitaciones, mientras que un par de puertas en la planta baja darían a la cocina y algún tipo de salón. De todas formas, yo no tenía ni tiempo ni ganas de hacer una visita, ni me importaba en lo más mínimo la distribución de las habitaciones.

-¿En dónde está Sofía? –pregunté con voz inocente.

-¡Ay, niña! Casi me das lástima. Sofía, al igual que el resto de sus *amigas* –dijo, recalcando como con asco esta última palabra –se encuentran abajo, seguras. Sin embargo, arriba encontrarás a una buena amiga tuya esperándote.

-No… comprendo –dije, intentando parecer idiota - ¿Qué quieres decir, Cristina?

-¿Cristina? ¡Ja! Cristina está muerta y el tonto de su hijo también. Yo soy Irene, sirvienta de

Gretchen, y tú… serás el plato principal de esta noche.

Acto seguido se volvió hacia el hombre.

-Llévala arriba y asegúrate de que esté cómoda.

El hombre me agarró los brazos por detrás y empezó a empujarme para que subiese por las escaleras. Yo no me resistí, por supuesto, porque en eso consistía la trampa, aunque tuve la tentación de arañarle la cara y darle una buena bofetada a Irene.

-Una cosa he de decir en tu favor, niña –empezó a decir cuando nos encontrábamos a mitad del ascenso -. Eres más fuerte de lo que pareces a simple vista. Creí que al saber que esto era una trampa, te vendrías abajo.

-Cuando llegue el amanecer, veremos quién de las dos se viene abajo –le dije, desafiante.

-Estaré esperándote, *niña*.

Odiaba que me llamase niña (últimamente, muchos lo hacían) pero no podía hacer nada por el momento. Me dejé llevar sin decir nada más, hasta que alcanzamos una de las puertas de la planta de arriba. El hombre sacó unas llaves, la abrió y entramos.

Era como la habitación de un hotel, con una cama, una mesita de noche, un armario viejo y una silla. Pero lo más importante es que encima de la cama estaba Bobby. Ahogué un grito. No sabía si estaba viva o muerta, si sería humana o vampira, pero parecía estar inconsciente. El hombre me empujó a la cama y yo caí a su lado, boca abajo.

-Aprovecha las pocas horas que te quedan, porque te aseguro que por la noche desearás estar muerta. Díselo también a tu amiga.

Y cerró con llave la habitación.

Yo me levanté, y examiné a Bobby. Tenía un buen moratón en la mejilla derecha y parecía dormir. Le habían quitado la chaqueta que siempre llevaba, que estaba en el suelo, cerca de la mesita, y al mirarla más de cerca me di cuenta de por qué. Tenía marcas de pinchazos en el brazo. Seguramente la habían drogado para que no diese problemas, porque si de algo estaba segura era de que Bobby no era de las que se dejan atrapar.

Pero la necesitaba. Necesitaba que comprendiese lo que estaba ocurriendo para que estuviese prevenida, así que la cogí de los hombros, la levanté ligeramente y la zarandeé.

-¡Bobby! ¡Despierta Bobby! ¡Soy Anika!

Un gruñido fue lo único que obtuve como respuesta. Desesperada, la solté, dejando que cayese de nuevo sobre la cama, y miré a mi alrededor. Había una jarra con agua en una mesa pegada a la pared. Me levanté, la cogí le eché de golpe toda el agua en la cara.

No ocurrió exactamente lo que yo esperaba, lo mismo que había visto docenas de veces en las películas. Bobby no se despertó angustiada y gritando, pero al menos si movió la cabeza, molesta, y pareció como si estuviese recuperando la consciencia.

Volví a su lado, la cogí de nuevo y empecé a moverla otra vez.

-¡BOBBY! ¡BOBBY! ¡SOY ANIKA, BOBBY! ¿ME OYES?

-¿Anika?

Había sido únicamente un murmuro, pero era buena señal. Seguí insistiendo.

-Sí, eso es. Soy Anika. ¡He venido a buscarte!

-Anika, ¿dónde me has metido?

Hasta semiinconsciente sabía que estaba allí por mi culpa. ¡Qué mala suerte la mía! Pero necesitaba a Bobby despierta. Le di una bofetada, pero no conseguí mucho más. Le di otra en el otro lado y después otra más.

Entre eso y que volví a agitarla como si estuviese preparando un Martini con vodka para James Bond, finalmente conseguí revivirla ligeramente.

-¿Dónde estoy?

-Es largo de contar y tenemos poco tiempo. ¿Qué te pasó a ti?

-Alguien me golpeó por detrás y me secuestró. Me desperté en esta cama y cuando intenté salir, volvieron a golpearme y me inyectaron algo para que no volviese a hacerlo.

-Lo siento mucho, Bobby. Es culpa mía.

-Desde luego que es culpa tuya. ¿Qué has hecho? ¿Quién era este tipo al que seguí? ¿Y por qué me duele tanto la cabeza?

-A ver, puedo hacerte un resumen, pero con una condición. Tienes que confiar en mí. Todo lo que voy a contarte es verdad, aunque te resulte difícil creértelo.

-Está bien. Lo creeré si tú lo dices.

Y más o menos, se lo conté. Pasé rápidamente por algunos puntos, como todo lo que había supuesto mi vida con Sofía, pero sí que le dejé claro lo que era todo aquello. Cuando hube terminado, no sabía si iba a echar a reír o a gritar.

-Desde luego, no podías ser una lesbiana normal. Tenías que ser una enamorada de los vampiros.

-No soy *una enamorada de los vampiros*. *Estoy* enamorada de una, que es distinto.

-Supongo que sí. Pues entonces al final sí que era verdad eso de que lo tuyo con tu chica era algo complejo. ¿Y ahora, qué nos ocurrirá?

-Pues si todo les sale bien, a nosotras nos matarán o convertirán y acabarán con mi novia y sus amigas.

-Perfecto. Siempre quise servir de alimento a una vampira sádica y vengativa.

-No vas a servir de alimento a nadie porque tengo un plan, pero es muy peligroso.

-Aquí todo es peligroso. Dime.

Aquello era lo que más me gustaba de Bobby. Su resolución. Con ella me resultaba muy sencillo explicarme y tomar una decisión.

-Tengo aquí un brebaje para transfórmame en vampira y así, cuando nos cojan, podré atacarlas y liberar a las demás.

-No.

-Sí.

-Ni se te ocurra, Anika. Yo te quiero como eres, no como vampira.

-No hay otra manera, Bobby. No se me ocurre. Estamos solas en esto y si no hacemos algo, moriremos todas. De esta forma, yo me sacrifico, pero todas vosotras, y tú en especial, podréis volver a vuestras vidas anteriores.

-Pero tú no.

-No, yo no. Como vampira, no sé lo que me ocurrirá. Pero os lo debo a todas. A ellas, por intentar protegerme y a ti, por haberte puesto en peligro de muerte.

Lo dije de verdad, con todo el corazón, porque lo último que pretendía era que Bobby corriese riesgo de morir. Me sentía muy culpable por su presencia allí.

Bobby acercó su rostro al mío y sin mediar palabra, me besó. Yo estaba muy asustada y tomé su beso como si fuese el último que fuese a recibir. Disfruté de sus labios rozando suavemente sobre los míos y de nuestras bocas devorándose como si no hubiese un mañana, porque quizás no fuese a haberlo.

-Lo siento… -empecé a decirle, pero Bobby no dejó que terminara. En su lugar, colocó su dedo índice en mi boca, y me sonrió.

-Dime que he de hacer.

-Bueno. Yo voy a tomar el líquido de la botella y supongo que me transformaré. Por lo que

me han contado, el efecto se produce muy rápidamente, pero tendrás que hacer dos cosas por mí.

-Dispara.

-De día los vampiros son completos inútiles y están aletargados, así que cuando me haya transformado, recógeme y protégeme hasta que anochezca, más o menos hasta a eso de las ocho. Si vienen por nosotras antes de que despierte, déjalos. No intervengas.

-Entendido. Dime lo segundo.

-Un vampiro recién transformado es incontrolable. Si me vuelvo contra ti deberás intentar recordarme para qué estoy allí. Tienes mi permiso incluso para atarme si fuese necesario, con las sábanas, o cualquier otra cosa que encuentres. Pero recuerda que no podemos hacer ningún ruido.

-Atarte fue una de las primeras cosas que se me ocurrió hacer contigo.

-¡Bobbyyyyy! –le recriminé, por su frivolidad. No era el momento para eso.

-Tranquila, lo he entendido. Te ataré para que no me ataques.

-¿Seguro?

-Segurísima.

-Y si hay verdadero peligro, tienes mi permiso para matarme.

-¿Estás de broma?

-Para nada. Lo primero es tu seguridad.

-No creo… que fuese capaz. Además, con qué iba a hacerlo. ¿Con el lápiz de ojos?

-Yo… no tengo ni idea. Solo quería que supieras que lo primero es tu seguridad.

-Está bien, está bien. Lo he captado. Ya veremos lo que ocurre.

Me levanté de la cama, y extraje la pequeña botella de mi bolsillo secreto. Estaba intacta y con el corcho puesto. La destapé y la miré con desconfianza.

-Anika, no tienes por qué hacerlo.

-Sí, Bobby. Sí que tengo que hacerlo. Por ti, por Sofía y por todas las demás.

-Entonces, por lo que pueda ocurrir, te quiero.

-Yo también a ti, Bobby, aunque quiero más a Sofía, lo siento.

-Me temía que dijeses eso. Yo también lo siento.

Ambas sonreímos, comprensivamente. No es que tuviese miedo. Estaba aterrada. No me preocupaba lo que fuese a ocurrir al anochecer, sino al día siguiente. ¿Qué iba a ser de mí? ¿Qué iba a hacer con mis padres? ¿Y con el instituto? Recordé que la semana siguiente tenía exámenes de matemáticas e historia. ¿Podría hacerlos por la noche?

¡Valiente tontería de pensamiento! ¡Trágate de una vez la sangre!

Y vacié el frasco en mi boca de una sola vez.

Al principio no noté nada. Sin embargo, unos pocos segundos más tarde…

¡ARDE!

La sangre de Sofía me estaba quemando igual que si hubiese tomado té recién hecho. Notaba como se deslizaba lentamente por mi garganta, abrasándolo todo a su paso, y todo mi cuerpo se rebelaba contra ello. Sentí mis manos agarradas a mi cuello, como si con ello fuese a ser capaz de retirarlo de mi interior, mis propias uñas clavadas en la piel, arañando, desgarrando, y mientras, notaba como un volcán surgía en mi interior.

-¡AAAAAAAHHHHH!

Me desplomé en el suelo mientras todo mi cuerpo temblaba descontroladamente debido al intenso dolor. De pronto sentí un objeto en mi boca y abrí los ojos. Bobby estaba echada sobre mí, ejerciendo presión en todo mi convulso cuerpo, y me había puesto algo para que no gritara, no sabía si era una pata de la silla o qué, pero sí que era de madera y que mis dientes se estaban

clavando con fuerza en ella. Hice todavía más fuerza para evitar gritar, mientras veía como las lágrimas caían por las mejillas de Bobby.

-Tranquila, Anika. Tranquila.

La sangre fluía ahora por mi estómago, pero ya no quemaba. En su lugar, segundo a segundo iba relajándome más y más. Sentí como si la vida estuviese escapando de mi interior sin que yo pudiera evitarlo, e incluso empecé a desear que así fuese. El dolor desapareció paulatinamente y mis músculos se relajaron poco a poco.

Tenía sueño, mucho sueño, pero todavía me dio tiempo a sentir como si me pellizcasen en todas partes. Piernas, brazos, vientre, cabeza… todo parecía estar a punto de estallar y, sin embargo, no lo hacía. Tampoco era dolor lo que sentía, sino algo que, de alguna manera, me estimulaba. De todas formas, mi mente había dejado de luchar y empezaba a aceptar que era el momento de despedirme. Eché una última mirada a Bobby, que seguía encima de mí con lágrimas en los ojos y, casi al momento, me perdí en la oscuridad.

CAPÍTULO 23

No soñé, si eso era lo que debía ocurrir, pero si que percibí, durante un tiempo indeterminado, que las cosas parecían moverse a mi alrededor como si yo fuese una simple espectadora y no pudiese hacer nada para evitarlo. Sabía que Bobby estaba a mi lado, pero no dónde, que yo estaba tumbada sobre la cama, pero no de qué forma había llegado a ella, y era consciente además de que en el piso de abajo, Irene y el hombre de la puerta reían felices y contentos por lo que les depararía la noche. No podía escuchar lo que decían, pero sí sentir sus emociones, una mezcla de regocijo y una ardiente ansiedad imposible casi de satisfacer. Y más abajo, sentí la presencia de Sofía, Sandra, Paula, Patricia y Teresa… y también de Gretchen y otras dos entidades vampíricas que no conocía, todas durmiendo, al igual que yo. Deseaba despertarme y ponerme en pie, pero mi cuerpo estaba muy cansado y parecía hacer mucho frío en el exterior. No es que yo lo tuviera, sino que me sentía como si al otro lado de una ventana hubiese una montaña helada y que, por lo tanto, de abrirse, supondría mi muerte instantánea. Prefería mantenerme en donde estaba, haciendo… nada, porque todo mi cuerpo y mi mente decían que debía permanecer quieta y tranquila.

Quieta…

… y tranquila.

Abrí los ojos y sentí que había nacido de nuevo. El mundo que me rodeaba, tal y como lo conocía, era nuevo para mí. Estaba tumbada, boca arriba en la cama, y únicamente veía el techo, pero era capaz de percibir infinitos aromas y movimientos a mi alrededor qué antes no había sabido ni que existían. Una mosca pasó cerca de mí y no sólo fui capaz de escuchar el movimiento de sus alas, sino que era capaz de mucho más que eso, porque podía percibir cada uno de sus aleteos, milisegundo a milisegundo. Para mí aquella mosca se movía a cámara súper lenta y supe, sin ningún lugar a dudas, que de haberlo querido, hubiera sido capaz de cogerla sin el menor esfuerzo.

En lugar de eso, giré la cabeza hacia mi izquierda. La luz del techo, dos míseras bombillas, apenas daban para iluminar la habitación, pero tampoco me importaba. Vi la silla y la mesita, y fui capaz de determinar que la madera estaba tan podrida por dentro que no sabía cómo no sea caían a pedazos. Podía escuchar a los insectos devorarla en su interior y crear infinitud de galerías.

Miré después a la derecha. Un armario hecho del mismo material esperaba pegado a la pared. La mosca volvió a pasar por delante de mí, distrayendo todos mis sentidos, pero aún pude pensar con la suficiente claridad. Si todo a mi alrededor parecía desplazarse tan lentamente, ¿cómo me movería yo para aquellos que me estuvieran mirando? ¿Tendría que controlarme para que no pareciese *Flash*? ¿Cómo lo haría Sofía?

Años de entrenamiento, tonta.

Una sombra se colocó sobre mí y el rostro de Bobby, preocupado, sustituyó al techo.

-¿Anika?

Su voz era dulce y sensual, y su piel, a pesar de estar llena de minúsculas imperfecciones que, por primera vez, lograba detectar, resultaba de lo más atrayente, tal y como la recordaba. Sin embargo, lo que resultaba adorable, casi hasta el punto de ser insoportable, era el aroma que desprendía por cada uno de sus poros. Su olor me llegó en una oleada, introduciéndose en mis

pulmones automáticamente y alcanzando cada uno de mis alveolos, haciendo que mi mente, mis músculos, e incluso mi boca, se rebelaran. Deseaba saborear el origen de aquel olor, paladearlo y extender la sensación lo máximo posible en el tiempo.

Sentí la quemazón en mi garganta y como si mi propia sangre hirviera, a punto de estallar. Cerré los ojos e intenté concentrarme. Sabía que era la *sed*, o el hambre, no tenía ni idea de qué palabra sería más adecuada para aquello, y estaba segura de que necesitaba ser saciada sin tardar demasiado. El problema no era que lo necesitara, sino que lo deseaba… sobre todas las cosas. A los pocos segundos de haber percibido su olor por primera vez, el deseo de notar su sangre en mi boca se convirtió en lo único que había en mi cabeza y noté como empezaba a temblar, llena de un ansia casi infinita.

Pero no aquí, y no con Bobby. Eso no podía ocurrir nunca.

Estás aquí para salvarla, no para matarla. Ella te ha ayudado y no puedes defraudarla. Sofía… Sofía… ¡Ayúdame a ser fuerte!

El recuerdo de mi amada consiguió relajar todo mi cuerpo, haciendo, no que la sed disminuyera, pero sí que fuese más… aceptable. Lentamente, la urgencia fue cubierta por delgado velo de autocontrol. Era la mente sobre la materia.

Volví a abrir los ojos.

-Anika, ¿estás bien?

-Sí.

La voz me salió más grave de lo normal, gutural, recordándome a la que había escuchado en boca de Sofía otras veces. Eso significaba que mis ojos estarían completamente negros y mis colmillos, que suponía tendría, fuera, preparados para morder. Volví a cerrar los ojos.

-Dame un momento, ¿quieres?

-Claro.

Sofía, te quiero. Bobby, eres mi amiga y debo protegerte. No eres mi alimento. Nunca te morderé. Nunca.

Paulatinamente, sentí que mi respiración se ralentizaba. Me toqué con la punta de la lengua los dientes y no noté nada diferente. Decidí hacer la prueba definitiva.

-¿Estoy hablando bien ahora? –pregunté.

-Sí, como siempre –me respondió Bobby, como si no supiera de qué estaba hablando. Noté la preocupación en su voz, pero no miedo. No sabía lo que hacía. No tenía que haberla puesto en esta situación, ni antes ni ahora. ¿Cómo me había atrevido?

-Pero antes no, ¿verdad?

-No. Antes parecía que no eras tú. Tu voz sonaba más…

-Lo sé. Era la sed. Pero ahora la tengo bajo control. Apártate, voy a incorporarme.

El aire se movió alrededor mía, a causa de Bobby. De hecho, sabía exactamente que se encontraba a uno coma tres metros de distancia de mí y no hizo falta ni que la mirara para ello. Abrí los ojos y me senté, primero en la superficie de la cama y, después en el borde. Sentí que mis movimientos eran como los de un robot, discontinuos y rígidos, pero es que no quería asustarla, ni tampoco perder el frágil control que a duras penas había logrado tener sobre mi cuerpo.

Toda la habitación irradiaba vida. Pequeños desconchones de pintura resbalaban y colgaban de otros y yo podía percibirlos todos a la vez. La madera crujía, la cama parecía reaccionar ante cada uno de mis más ligeros movimientos corporales… y, por supuesto, estaba Bobby, que me deslumbraba más que cualquier otra cosa, como un gigantesco Sol brillando en la oscuridad. Podía escuchar su corazón y sentir el fluir de su sangre a través de las arterias, como estas se

ensanchaban y contraían, de qué manera sus pulmones aspiraban el aire que nos rodeaba y volvían a soltarlo, cómo exhalaba sudor por todos sus poros y como resbalaban sus articulaciones al efectuar pequeños reajustes en su cuerpo para mantenerse quieta. Era… abrumador. Aunque se trataba sólo de ella, me sentía como si estuviese rodeada de gente y todos mis sentidos estuvieran siendo estimulados al mismo tiempo. Me resultaba muy complicado concentrarme.

Pero por encima de todo, mi principal sensación era parecida a hacérseme la boca agua. Deseaba morder su arteria carótida, que veía y sentía palpitar en el cuello de Bobby, saborear su sangre, disfrutar de su aroma en mi interior…

¡Muérdela! ¡Saboréala! ¡Desángrala!

No te dejaré hacerlo. Bobby es amiga mía y nunca le haré daño.

Mientras continuaba mi lucha interna, volví a cerrar los ojos para recuperar el autocontrol. Esta vez me resultó más sencillo porque ya sabía que era capaz de conseguirlo. Mi parte vampira era fuerte, pero esperaba que llevase las de perder. Conté mentalmente durante un minuto exactamente y, sólo después, abrí de nuevo los ojos para mirar a Bobby.

A pesar de que podía detectar lo mismo que antes, ahora era capaz de retener las emociones que me sugerían. Me levanté por primera vez.

-¿Cómo te sientes?

-¿Cómo me ves?

-Radiante. ¡Chica, nunca has estado más hermosa! ¡Te comería a besos!

-Gracias –dije, sonriendo, divertida por el comentario.

-¿Qué sientes?

-Mejor no te lo digo. Me está resultando muy difícil controlarme.

-¿Quieres decir… qué quieres morderme?

Ahora sí que sentí el miedo en ella, la indecisión y la tentación de salir corriendo.

-Ni se te ocurra mover…

Fue demasiado tarde. Bobby tan sólo reajustó su posición, retrasando instintivamente una pierna, pero ese pequeño movimiento hizo que una ínfima brisa trajera su aroma y, automáticamente, perdí todo el control sobre mí deseo.

Todo mi cuerpo se arqueó, alargué mis brazos, mi boca se abrió para emitir algo parecido a un rugido y salté sobre ella en un abrir y cerrar de ojos.

Estuve *a punto* de acabar con ella.

Sin embargo, mis nuevos dientes de vampira no llegaron a tocar su piel porque, en cuanto estuve encima suya, mi mente volvió a tomar el control, o más bien, mi corazón.

¡NO, A BOBBY NO! ¡DETENTE!

A pesar de que mi boca se abalanzó en cuestión de milisegundos sobre su cuello, logré retener el último impulso y, con la misma velocidad que la había atacado, me levanté y logré distanciarme un metro de ella.

Por supuesto, Bobby estaba aterrada. Su respiración era cinco veces más rápida de lo normal y el rubor en sus mejillas no era por la excitación de tenerme encima, sino porque había visto la muerte *muy* de cerca.

-Lo siento. Me ha llegado tu olor y a duras penas he logrado controlarme.

-Ha sido… increíble –dijo Bobby mientras se levantaba –Yo...

-Lo siento mucho, de verdad –me disculpé, sinceramente, porque de nuevo su vida había estado en peligro, quizás más que nunca –. Lo intento, de veras, pero cuando te has movido, aunque ha sido únicamente unos centímetros, todo se me ha venido abajo.

-Lo entiendo. Debe ser… duro.

-¡Ufff! ¡No lo sabes bien! Me siento como una adicta al chocolate en una chocolatería, sólo que más intenso.

-Vaya, así que soy mejor que el chocolate. Eso me gusta.

-No lo será tanto si acabo mordiéndote.

Resoplé. Aquello estaba resultando muy duro. De todas formas, con cada impulso que controlaba, sentía que me había resultado mucho más sencillo dominar el siguiente, lo cual me dio cierta confianza. De todas formas, más tarde o más temprano tendría que arriesgarme, así que decidí no esperar más.

-Acércate a mí. Creo que esta vez podré con ello –le dije.

Bobby no se lo pensó y comenzó a caminar hacia mí, muy lentamente. Sin lugar a dudas, era una valiente. Rápidamente, su aroma llegó en toda su expresión, inundando mis pulmones y creando sangrientas fantasías en mi mente. Me imaginaba a mí misma mordiendo su cuello, arañando todo su cuerpo, extrayendo cada gota de su sangre y bañándome en ella. Sin embargo, no era totalmente insoportable sino que, en aquella ocasión, sólo me pareció apetecible.

-¿Cómo vas? –me preguntó, sin dejar de dar pasos.

-Mejor. Creo que al menos de momento, podré dominar la situación.

-¿Ya no soy mejor que el chocolate? –me preguntó, desafiante.

-Me he convencido de que debo estar a régimen, eso es todo, pero no fuerces tu suerte.

Bobby se situó frente a mí, cara a cara, y me observó fijamente. Parecía estar analizándome con detalle para determinar si lo que decía era o no cierto. Yo tenía la vista dispersa, observando cada uno de sus movimientos al mismo tiempo que examinaba mis propias respuestas, pero cuando se situó cerca de mí, elevé la vista y la miré directamente a los ojos, todo cambió.

Sentí como mi mente atravesaba sus débiles barreras y se introducía en la suya, expandiéndose por todos sus rincones. Al instante conocí su pasado, todo lo que había sentido a lo largo de los años y las emociones que la llenaban ahora. Comprendí por qué Roberta era Bobby, y por qué Bobby me parecía tan *atractiva*. Era como yo, una inadaptada, pero que se había rebelado mucho antes. Dicho de otra manera, constituía, ni más ni menos, que mi propia imagen reflejada, con similares anhelos y frustraciones. Vi a una Bobby varios años más joven declarándose a una chica y a ésta riéndose por lo ridículo de la situación. La vi caminando sola bajo la lluvia, discutiendo con su madre y también, enrollándose con otras mujeres que, sin embargo, no lograban provocar en ella más que una pizca de placer. Y me vi a mí misma, desde sus ojos, una visión que me hizo sentirme avergonzada por la intensidad de sus emociones. Bobby me quería porque era su vínculo con su *yo* pasado.

Fue Bobby quién rompió el contacto, porque yo me sentía como enganchada. Ahora entendía lo que Sofía me había contado de cuando me miró. Ella había descubierto cómo era yo y había decidido que era hermosa. Con Bobby no me había ocurrido lo mismo, pero sí que había logrado que estuviésemos a un mayor nivel de comprensión, porque ahora era capaz de entender sus motivos para todo lo que hacía y también entender exactamente cuáles eran sus sentimientos hacia mí.

-¿Qué… ha sido… eso? –logró preguntarme Bobby, sorprendida y confusa, hablando como si le faltase el aire.

-Perdona. No he podido evitarlo –le dije, sin darle más detalles.

-¿Qué has hecho?

-Yo… al mirarte directamente a los ojos hemos conectado, de alguna manera.

-Bueno, pues ha sido… me he sentido como si te tuviera dentro de mi cabeza.

-Sí, algo así creo que ha sido –le dije, evitando su mirada para no ampliar mi respuesta. No era el momento de que se sintiese molesta por haber invadido su intimidad, por más que hubiese sido del todo involuntario.

-¿Estás bien?

-Sí, claro. Sólo un poco… mareada, eso es todo. ¿Y tú?

-Me siento bien. Únicamente tengo miedo de hacerte daño, aunque confío en que si no lo he hecho ya, no vaya a ocurrir.

-Entonces, todo está perfecto.

Bobby me echó una mirada de abajo a arriba, como si me hubiese visto por vez primera.

-¡Guau! La antigua Anika estaba bien pero la nueva es simplemente irresistible.

-¿Eso es todo lo qué tienes que decir? ¿Qué soy… irresistible? ¿No tienes miedo?

-No. Te creo cuando dices que lo tienes dominado. Y lo cierto es que la sensación de peligro que irradias me resulta fascinante.

Bobby dio un paso hacia mí e, instintivamente, yo di otro hacia atrás. Aquella era la Bobby de siempre, agresiva y decidida, y yo era la Anika de antes, temerosa e insegura.

-Te estás acercando demasiado, Bobby.

-¿No decías que lo tenías bajo control?

-Es un control muy pero que muy ligero. Tienes que darme espacio.

-Sigues siendo una aguafiestas.

De pronto, un ruido en el piso de abajo me alertó y todos mis sentidos se dirigieron hacia él. Había llegado el momento.

-Creo que ya vienen a por nosotras. Si yo estoy despierta, también lo estarán las demás, así que es la hora.

-¿Y qué hacemos?

-Nada. Nos dejamos conducir como si fuésemos ganado. Yo decidiré cuándo y cómo atacar pero, cuando lo haga, ponte a salvo, por favor.

-¿Tengo tiempo para besarte? –me preguntó. Yo la miré, extrañada. Aquel quizás no fuese el mejor momento para ello, ni yo la mejor compañía.

-Ni se te ocurra. Olerte es duro, pero saborearte es algo que seguramente podría no soportar.

-Mmmm. Tendré que meditar sobre eso.

¡No tiene remedio!

La puerta se abrió e Irene entró. Sonreía sádicamente, esperando el momento de nuestro castigo y, no sé por qué, no sentí ningún deseo de analizar su alma. De todas formas, no me hizo falta, porque sin llegar a tanto, era capaz de detectar infinitud de cosas más.

Irene era una pobre chica que sentía tristeza y soledad, las cuales camuflaba bajo un manto de odio y desinterés por la vida humana. Pero no era así para nada. Aquello transformó por un momento mis sentimientos de odio por ella en compasión, aunque he de reconocer que no me duró mucho, porque no olvidaba los cuerpos de Cristina y de su hijo tirados en el suelo de la cocina.

Físicamente, su aroma no me resultó tan potente como el de Bobby, quizás porque ella no significaba nada para mí, mientras que Bobby era mucho más que una conocida, o simplemente era una marca peor de chocolate. ¡Quién sabe! Sin embargo, resultaba bastante apetitosa, sobre todo para alguien tan hambrienta como yo. Sin embargo, debía ser paciente y en este caso, no me costaría demasiado trabajo. Aguantarme sería pan comido después de haber logrado contenerme con Bobby y, lo mejor de todo era que, llegado el momento, podría acabar con ella sin remordimientos.

-Ha llegado vuestro momento, chic…

No llegó a terminar la frase porque se fijó en mí. Ese era uno de los problemas de mi plan, el ser detectada antes de tiempo. Había esperado poder llegar a situarme frente a Gretchen sin ser descubierta, aunque estaba claro que iba a ser difícil. Sin embargo, ella no se esperaría mi transformación e incluso quizás no conociera cómo tenía lugar, así que contaba con que su mente no contara siquiera con dicha posibilidad.

-Niña, no sé qué has hecho mientras has estado aquí, pero estás… diferente –comentó, sorprendida y confusa.

Esta niña tiene unas ganas terribles de arrancarte la carótida de cuajo, así que no la tientes.

-Me siento diferente. Creo que ahora estoy preparada para lo que sea –le dije, sin darle demasiada importancia. Sin embargo, me noté demasiado segura de mí misma, así que decidí añadirle un toque personal para despertar en ella su desprecio -. Sólo espero poder devolverte algún día *todo lo que me has dado*.

-Dudo mucho que lo consigas –dijo, con furia en sus ojos. Parecía que había conseguido distraerla, después de todo -. ¡Salid!

Bobby y yo nos miramos y le indiqué, más con la mirada que con la cabeza, que fuese en primer lugar. Ella empezó a andar y yo la seguí a un metro de distancia, concentrándome enormemente en moverme a una velocidad normal, imitando sus pasos. Todavía no sabía andar como una vampira.

¡Mierda! Me siento como un bebé aprendiendo a andar.

Sin embargo, tuve la sensación de que más que andar, flotaba. Era como si no me costase nada caminar y lo hiciese casi sin tocar el suelo. Aquello me hizo sonreír ligeramente e Irene lo vio.

-Pronto te quitarán esa sonrisa de la cara, niña –me dijo.

Yo no contesté, sino que seguí andando, hasta que casi choqué con Bobby, que se había detenido. Entonces miré en la misma dirección que ella. En la planta de abajo había colocado cinco sillas y, sentadas en ellas, atadas con cadenas, estaban Teresa, Paula, Sandra, Patricia… y Sofía. Al verla, tuve que ahogar un grito, y en ese momento, todas elevaron al instante sus miradas hacia nosotras, aunque yo sólo tuve ojos para una persona. Nuestros ojos se cruzaron y sentí que ambas nos adentrábamos en la mente de la otra.

No miré en su interior, porque no deseaba volver a invadir una mente sin permiso. Una cosa era hacerlo sin poder evitarlo y otra muy distinta con premeditación. Prefería esperar a que Sofía me diese su beneplácito, si es que seguía queriéndome después de aquello. Lo que sí hice fue intentar comunicarme con ella, basándome en la idea de que la conexión que había entre ambas, desde que ella me había mirado, se mantenía. De todas formas, en el momento en que la vi, sentí que una alegría inmensa me invadía, sobrepasando lo que hasta ahora había experimentado. De repente, y como siempre que ocurría cuando estaba a su lado, todos desaparecieron a mi alrededor a excepción de ella, mi hermosa Sofía. Solo ella me interesaba y me costó mucho recordar en dónde me encontraba y lo que debía hacer. Supuse que se debía al nexo que habría entre ambas, al ingerir su sangre, y sentí que entre ambas habría a partir de entonces *tanto*, que esperaba que eso nos convirtiera en inseparables. Pero por el momento, tenía que comunicarme con ella. Lo necesitaba, por todos, pero sobre todo, por mí misma.

Sofía, lo siento mucho. Espero que puedas perdonarme, pero te quiero tanto que no encontré otra manera de ayudarte. Ojalá no dejes de quererme por esto.

No sabía si me iba a responder o no, y si llegarían hasta ella únicamente mis pensamientos,

o junto con mis emociones, pero esperé que así fuese.

¡Ay, lo sé!. Yo también lo siento, mi vida. No podría dejar de quererte aunque quisiera y no quiero, y mucho más ahora que te has sacrificado por nosotras. No te preocupes por eso.

Noté como una pequeña lágrima descendía por mi mejilla y las comisuras de mi boca se curvaban hacia arriba, y pude ver como a Sofía le ocurría exactamente lo mismo.

Entonces detecté una sombra cerca de ella. Eran Gretchen, y otras dos vampiras que, aunque no estaban a la vista, sin duda alguna se encontraban cerca, esperándonos.

Tranquila, ella no te ha detectado, me dijo Sofía, que no había roto la conexión y que, seguramente, había detectado mi ansiedad. *¿Cómo vas a hacerlo?,* me preguntó.

La furia llenó todo mi cuerpo y sentí como todos mis músculos se tensaban. En aquel momento podría haber golpeado a Irene, que estaba detrás de mí, empujándome para que bajara, y hacerle atravesar la pared. Sin embargo, sabía muy bien que ella no era el enemigo, sino las tres que estaban abajo.

Y yo sólo era una.

La sorpresa era mi única arma… bueno, eso y mi furia desenfrenada. Así que ese era el plan. El *único* plan.

Me abalanzo sobre ellas y, antes de que se den cuenta de lo que ocurre, os libero, le dije, mientras comenzamos a bajar las escaleras, sin dejar de mirarla.

Me gusta ese plan.

Pues entonces… PREPARAOS.

Bobby descendía lentamente a unos metros por delante de mí, al final de la escalera nos esperaba el otro sirviente, e Irene cerraba la fila. Una por una miré a Paula, Teresa, Sandra y Patricia. Ellas *lo* sabían, seguro, por lo que supuse que para Gretchen también sería evidente en cuanto me viese. Debía ser rápida.

-Bien, parece que ya estamos todas.

Era la voz de Gretchen, satisfecha, aunque no saciada. Era cierto que todavía no lo sabía, pero sí detecté cierta confusión en el tono de su voz. Era evidente que captaba algo… diferente, pero como no había pasado por su cabeza esta posibilidad, no podía verme.

Bobby terminó de bajar. El sirviente la agarró de los brazos, de nuevo por detrás y la retuvo. Supuse que Irene tenía órdenes de hacer lo mismo conmigo aunque, por supuesto, nunca tendría ocasión de hacerlo. Yo me movía parsimoniosamente, con la cabeza agachada y la vista puesta en el suelo, calibrando cada paso que daba para que no fuese ni demasiado veloz, ni excesivamente lento, hasta que, por fin, terminé de bajar. Cuando mis dos pies terminaron de bajar la escalera, me giré hacia dónde sabía estaban Gretchen y sus seguidoras y las miré fijamente a los ojos.

El rostro de Gretchen pasó de la alegría insaciable al odio y la furia y yo, divertida, sentí como en mi boca aparecían mis dos nuevos compañeros y cómo la musculatura al completo de todo mi cuerpo se preparaba para la batalla.

CAPÍTULO 24

-¡CUIDADO! ¡ES UNA… !

No dejé que terminara la frase.

Envié tal fuerza a mis piernas que cuando estas me impulsaron, tuve la sensación de que volaba sobre el suelo, al menos hasta que un segundo más tarde golpeé con fuerza, primero a Gretchen y después a las otras dos.

Escuché los golpes de sus cuerpos al chocar contra la pared y caer al suelo, pero yo no me detuve a mirar sino que giré sobre mí misma y corrí por detrás de las sillas. Recordé la fuerza que Sofía tenía en sus uñas y con qué facilidad le había arrancado la cabeza a aquel vampiro, y descargué las mías sobre las cadenas, una por una, sintiendo que las cortaba como si fuesen de papel. Gretchen había creído que teniéndolas atadas de pies y manos estarían bajo control, pero lo cierto es que lo único que había logrado era concentrarnos a todas en su guarida, la misma que deseábamos encontrar y que, seguramente, nunca habríamos descubierto de no ser por ella. Era como si todo hubiese formado parte de un plan maestro y que, al final, todo ocurriese por una razón.

Por último, antes de parar, me dirigí hacia el hombre que tenía a Bobby agarrada y alargué mi mano izquierda. Vi como su boca se abría, no sabía si para pedir auxilio o como simple señal de terror, pero ningún sonido llegó a salir de ella, porque le cercené completamente la cabeza, que cayó al suelo después de describir una pequeña parábola y fue rodando hasta la entrada, evitando, por supuesto, darle a Bobby. Ahora entendía porque Sofía le había cortado la cabeza a aquel vampiro engreído. Era la manera más sencilla, rápida y segura de deshacerse de casi cualquiera.

Después, me di la vuelta y contemplé, satisfecha, la dantesca escena que había dejado a mis espaldas.

-¡Estaba deseando hacer esto! –exclamé, desbocada.

Sin embargo, la sangre del sirviente salía a borbotones como en una película de samuráis y de nuevo el ansia insaciable luchó por abrirse paso. Pero también de nuevo, le ordené que se dominase, obligándola a mantenerse todavía por debajo de lo que dictaba mi cabeza, porque Bobby estaba justo al lado de mí. Por su parte, Irene, permanecía en el mismo lugar en el que se había quedado, el tercer peldaño de la escalera, paralizada de terror y sin mover ni un solo músculo, en un fútil intento por pasar desapercibida. Pero las que importaban en aquellos momentos eran Gretchen y sus acólitas, que ya se habían puesto de pie, pero únicamente para encontrarse con cuatro chicas vampira frente a frente.

-Creo que este no es el plan que esperabas, ¿verdad, Gretchen? –le dijo Sofía.

Todas estábamos desatadas y sentí como se avecinaba una auténtica tormenta. En la pequeña pausa que se produjo, Gretchen tuvo tiempo de darse cuenta de lo mal que estaba la situación para ella, aunque sus acompañantes eran demasiado inexpertas como para rendirse y no hacían más que gruñir amenazadoramente.

Sofía y las demás sabían muy bien que tenían todas las de ganar. Seguras, al estar en mayor número, esperaban simplemente el momento adecuado para atacar. Todas respirábamos agitadamente, todas deseábamos que corriese la sangre.

Todas queríamos venganza.

Por desgracia para mí, el baño de sangre que había provocado, y la debilidad por no haber

tomado nada, estaba empezando a superarme. Sin darme cuenta, todo mi cuerpo sucumbió al cansancio y la tensión, y me dejé caer, quedando medio agachada en el suelo.

Bobby hizo ademán de acercarse para ayudarme.

-¡NO! –bramé, con toda la fuerza de la que pude hacer acopio para rechazarla y recuperar el control sobre mi ansia.

No podía perder el control, todavía no, por temor a acabar con Bobby, lo cual significaba que quizás no podría participar en la batalla. Sofía me miró y lo entendió a la perfección. Sabedora de que mi situación era crítica, se giró hacia Gretchen, rugió, y se abalanzo sobre ella, seguida de Patricia y Paula. Las tres tenían muchas cuentas que cobrar.

Sandra y Teresa, en cambio, dirigieron toda su atención sobre sus dos acompañantes, a la postre, las más débiles de todas.

Yo solo tenía ojos para Sofía y me di cuenta de que ella y Gretchen se conocían a la perfección, con muchos años de experiencia a sus espaldas, porque *flotaban* sobre el suelo, lanzándose zarpazos uno tras otro, esquivándolos todos sin esfuerzo, y evitando en todo momento el cuerpo a cuerpo directo, que podía ser fatal. Patricia y Paula emulaban a Sofía, siguiendo cada uno de sus pasos y repitiendo todas sus maniobras, pero permaneciendo en un discreto segundo plano, a la espera de una oportunidad.

No tenía dudas de que Gretchen no podría hacer nada contra ellas, porque a pesar de parecer muy hábil, estaba en inferioridad numérica y Sofía debía de saber muy bien cuáles eran sus movimientos en el combate. Por eso ninguna de las dos terminaba de realizar el ataque definitivo.

Fue Patricia quien, impaciente, se lanzó sobre Gretchen. Lo hizo a una velocidad vertiginosa, pero mi nueva naturaleza me permitió ver todos y cada uno de sus gestos, que se parecían mucho a los de un felino en pleno ataque. De haberlo conseguido, Gretchen hubiese sufrido una buena herida, pero ella también era rápida y con su experiencia, no tuvo ningún problema en esquivar el ataque, desplazándose lateralmente. Paula la siguió con otro ataque sin control que a punto estuvo de dar en el blanco, aunque Gretchen, sabedora de lo que iba a ocurrir, también logró desembarazarse de ella, empujándola contra la pared. Sin embargo, Sofía no esperó para lanzarse sobre ella, por lo que se encontró con una nueva amenaza. Para evitarla, Gretchen flexionó su cuerpo casi de forma antinatural hacia atrás, haciendo que el zarpazo de Sofía terminase en el aire.

Era como una pelea de kárate pero súper acelerada, en la que Gretchen se movía con habilidad, pero únicamente para esquivar y evitar, no para atacar, ya que cuando Patricia y Paula fallaban su ataque, era Sofía quien lo iniciaba.

Mientras tanto, a sus acólitas les iba todavía peor. Dominadas por la furia y no por la mente, se abalanzaron directamente contra Sandra y Teresa. Su ferocidad era más que patente, porque les impedía pensar con claridad en una estrategia que les diera una ventaja contra dos vampiras que, seguramente, les llevaban al menos medio siglo de ventaja. Sandra y Teresa se movían con menor velocidad pero más acierto, y esquivaban con relativa facilidad los intentos de las otras vampiras por desgarrar su cuello, pecho y espalda. Uno tras otro, todos los ataques fallaban, hasta que Sandra, tras apartarse de uno de los ataques, obtuvo la ventaja que buscaba, la espalda. Sin dudarlo un instante, Sandra saltó sobre el cuello de la joven vampira, atravesando con sus dientes piel y tejidos, provocando en ella un grito desgarrador que cortó el aire, antes de caer desplomada.

El éxito de Sandra distrajo a la otra vampira justo lo suficiente como para que Teresa agitara su brazo contra su pecho. Cuatro profundas heridas atravesaron el tejido que, al instante comenzó

a cubrirse de sangre. Pude ver a través de ella como había incluso alcanzado el hueso. La vampira, sorprendida, grito y tensó el cuerpo, olvidándose de toda defensa, momento que aprovechó Teresa para, con el otro brazo, acabar con ella, arrancándole la cabeza de un solo tajo.

Otra cabeza menos.

Mientras tanto, yo permanecía agachada, contemplando toda la escena y sin perder de vista a Bobby, que miraba absorta una batalla que ni en las mejores películas podría contemplar. La sangre cubría todo el suelo y pensé que ya mismo sería hasta difícil andar por aquel lugar.

La batalla entre Gretchen, Sofía, Paula y Patricia se había endurecido, pero de pronto, se produjo una pequeña pausa, cuando todas se percataron del fin de las otras dos vampiras. Gretchen miró los cuerpos semi-descuartizados que yacían en el suelo y supo entonces que era el fin para ella. Miro a Sofía a los ojos y yo sentí, aunque no fui capaz de ver más allá, que estaba suplicando por su vida.

El tiempo pareció detenerse durante un instante, pero fue sólo un espejismo, porque Gretchen giró con velocidad sobre sí misma, cruzó todo el salón y saltó a través de una ventana, haciendo añicos el cristal. Sofía, seguida de Patricia, primero, y Paula y Teresa después, se lanzaron sin dudarlo en persecución suya. Gretchen estaba vencida aunque consiguiese huir de ellas, cosa que dudaba, pero el deseo de ver por mí misma su caída me espoleó hacia delante y, sin apenas dudarlo, y olvidándome de todo lo demás, salí también despedida detrás de ellas por el mismo lugar.

Mientras atravesaba de un salto el hueco de la ventana, vi como Gretchen cruzaba una velocidad vertiginosa el terreno, en una carrera frenética por su supervivencia. Sin embargo, Sofía era, de largo, la más veloz de todas, y logró alcanzarla antes de que llegase al muro, lanzándose contra su espalda y tirándola al suelo.

Cuando mis pies tocaron tierra, Gretchen estaba ya bajo el cuerpo de Sofía y Patricia, Paula y Teresa, las rodeaban. En una abrir y cerrar de ojos las alcancé y, de un salto, aterricé en el centro del círculo junto a Sofía, para situarme justo frente a Gretchen.

Aquel era su fin. Si intentaba huir, todas saltaríamos sobre ella y la atraparíamos, y si luchaba, la descuartizaríamos sin contemplaciones.

-Sofía, cariño, me parece que todo esto no es necesario –dijo, en un intento desesperado por lograr su salvación.

-¡NO LA LLAMES CARIÑO, ZORRA! –le grité desde atrás, llena de odio, y haciendo un enorme esfuerzo para no abalanzarme sobre ella. El brazo de Sofía se colocó delante para indicarme que me tranquilizara, y es que mi respiración estaba desbocada y en mis ojos debía reflejarse el deseo que tenía por cerrarle la boca para siempre.

-Gretchen, este es el fin. Has hecho tanto daño que ya no podemos permitirte por más tiempo seguir aquí.

-Entonces me marcharé. Sí, eso es lo que haré. Ahora mismo cojo un avión a cualquier otra parte del mundo y ya no me veréis más.

-¡Eso no me vale! –exclamó Patricia.

-¡Ni a mí! –añadí yo.

-¡Os prometo que no causaré más daño! –aseguró.

-¿Y qué hay de Cristina y su hijo? –preguntó Patricia -. ¿También puedes prometer que les devolverás la vida?

-No, no puede –añadió Paula, que hasta entonces había permanecido callada -. Y no podemos confiar en que cumpla su palabra y no vuelva a molestarnos. No es de fiar. ¿No es así, Sofía?

Todas miramos a Sofía, porque ella tenía la última palabra. También era algo lógico, porque, después de todo, ambas habían estado juntas durante muchos años. Sofía nos miró a todas y, finalmente, miró a Gretchen.

-Así es. Lo siento mucho Gretchen, pero esto es lo que te has ganado. Miedo y desconfianza. No habrá segunda oportunidad.

Aquello terminó por desbocar a Gretchen que, en lugar de hundirse, pedir disculpas y solicitar de nuevo clemencia, aunque no fuésemos a concedérsela, abrió los brazos y rugió, lanzando todo su odio sobre nosotras.

-¡PERDEDORAS! ¡SOIS TODAS UNAS POBRES Y ESTÚPIDAS PERDEDORAS! Siempre juntas, siempre apoyándoos las unas en las otras porque no podéis hacer nada por vosotras mismas, defendiendo a las débiles humanas en lugar de intentar mejorar y encontrar un destino mejor. ¡No sabéis cuánto os desprecio! ¡No sabéis…

No la dejé terminar. En lugar de eso, di dos zancadas hacia ella hasta colocarme justo delante y, con toda la fuerza que fui capaz de reunir, levanté mi brazo y lo lancé sobre su cuello. Gretchen estaba tan entretenida gritándonos que ni siquiera se fijó en mí hasta que ya fue demasiado tarde. Mis uñas desgarraron su cuello, sin llegar a cortarlo del todo, pero abriendo tres grandes surcos en la piel y el cartílago. La sangre brotó descontroladamente en todas direcciones y Gretchen abrió la boca para gritar, aunque ningún sonido llegó a salir de ella. En lugar de eso, se desplomó en el césped, inerte, mientras su cabeza terminaba de despegarse del resto de su cuerpo. Estaba muerta, al fin,

Nadie dijo nada. Ninguna de las chicas se atrevió a decir ni una sola palabra, pero todas me miraron como si no me conocieran. Yo me fijé en ellas una por una, hasta llegar a Sofía. Entonces, me abalancé sobre ella, la abracé y eché a llorar.

Solo después de abandonarme a la necesidad de liberar todas mis emociones en forma de lágrimas durante al menos un minuto, caí en la cuenta de que aquello todavía no había terminado. Quedaba al menos un cabo suelto.

-¡Bobby!

Al acordarme de ella y de que estaba a solas con Irene, me despegué corriendo de Sofía y me dirigí rápidamente hacia la casa. Me había olvidado de ella y esperaba que no le hubiese ocurrido nada malo.

Decidí entrar por la puerta principal y entonces me fijé en que Bobby permanecía prácticamente en el mismo lugar. Únicamente se había sentado en las escaleras para esperar, junto a Sandra, que esperaba pacientemente al lado de los restos de las otras dos vampiras. Me había olvidado de ella completamente y de que, por lo tanto, Bobby no estaba sola. Respiré tranquila.

Sin embargo, Irene no estaba allí.

-¿Dónde está Irene? –le pregunté.

-Subió en cuanto todas estuvisteis fuera. Sandra dijo que no me preocupara, que ya os encargaríais de ella.

Sonreí. *Nosotras* no. *Yo.* Miré hacia arriba y vi que la puerta del cuarto en el que Bobby y yo habíamos estamos encerrada. Era evidente que Irene habría formado una barricada para impedirnos entrar.

Sin embargo, yo estaba desesperada. Empezaba a notar los efectos de la falta de sangre en mi organismo y estaba aterrorizada con la idea de que, en cualquier momento, podía atacar a Bobby. Así que reuní las fuerzas que aún me quedaban y concentré toda mi energía en mis piernas, dando un salto que me permitió, casi al instante, llegar hasta el piso de arriba, y situarme

justo delante de la puerta.

Seguramente habrá colocado muebles delante para impedirnos entrar. Es lo que yo haría.

Decidí que sería mejor buscar una ruta alternativa. Caminé dos pasos hacia la izquierda y me encaré con la pared. Si no me equivocaba, debía de estar justo delante de la cama. ¿Tendría fuerzas suficientes como para atravesar la pared? Yo creía que sí.

Sin dudarlo más, lancé un grito y golpeé con todas mis fuerzas el muro, que se hizo trizas delante de mí, abriéndose un agujero enorme por donde hasta yo podía pasar. Entre los restos de yeso, pude ver que, efectivamente, el armario estaba justo delante de la puerta. Por su parte, Irene estaba apoyada de espaldas a la pared, completamente expuesta.

Entré en la habitación.

-¡Por…favor… ! –logró decir. Otra persona más solicitando clemencia cuando seguramente ella no había sido capaz de concederla.

De eso nada. Necesito sangre y tú tienes toda la que necesito. Eres MÍA.

En aquel momento yo era una cazadora desenfrenada e Irene, una pobre presa que no tenía ninguna oportunidad, ni tampoco la merecía.

-La clemencia no está en el menú –le respondí -. La vida de Cristina y su hijo piden venganza y yo necesito sangre desesperadamente. Como dijiste antes, ha llegado el momento.

Sin darle tiempo a que dijese nada más, avancé tres pasos hasta colocarme a su lado, extendí los brazos, la cogí por la cintura y la atraje hacia mí, y sin detenerme a mirarla a los ojos, decirle que lo sentía o prometerle que no le dolería, dirigí toda mi ansia y mi rabia hacia su cuello, mordiéndola con todas mis fuerzas.

Atravesé la piel como si estuviese hecha de papel y mis mandíbulas se cerraron entorno a la carne con desesperación hasta que casi se pusieron en contacto entre sí, y solo cuando empecé sentir el dulce néctar de su sangre empecé a encontrar un ligero remanso de paz. Instantáneamente, con increíble desesperación, empecé a succionar, mientras apretaba su cuerpo contra el mío, cada vez con mayor fuerza, buscando hasta la última gota disponible de su cuerpo. Era delicioso, reparador, estimulante y, sencillamente, lo mejor que había probado nunca, y mi cuerpo lo recibió tensándose y recuperando un equilibrio que ya casi no recordaba.

Con cada trago de sangre, notaba que alcanzaba un nuevo estado de tranquilidad y satisfacción, y me sentía de nuevo como un ser humano, una sensación que hasta entonces no había sido capaz de percibir cuando era humana, pero que en aquellos momentos podía reconocer con suma facilidad. Quizás era por eso que los vampiros tomaban sangre, no sólo para alimentarse en sí mismo, sino también para poder sentirse humanos durante un instante, al tomar, aunque fuese por la fuerza, una pizca de humanidad de otro ser humano.

Cuando por fin noté que no había nada más que tomar de Irene, abrí mis brazos y dejé que su cuerpo se desplomara sobre el suelo, y mientras caía, disfruté del sabor de su sangre que fluía en mi interior. Contemplé su cuerpo, inerte y no fui capaz en absoluto de sentir pena por ella, porque su traición había sido grande y porque había estado a punto de consumar la muerte de cinco personas que valían mucho más que ella.

Me miré entonces a mí misma. Estaba pringadísima de sangre, igual que le había ocurrido a Sofía cuando nos conocimos. La sangre cubría mi boca y la barbilla, pero también el pecho y buena parte del resto de mi vestimenta. ¡Ahora entendía lo difícil que resultaba no mancharse! Definitivamente, las toallitas debían formar parte del equipo básico de un vampiro.

-¡Estoy guarrísima! –exclamé, exultante.

Me reí, feliz de entender a Sofia y también de que todo parecía estar saliendo bien. Me di la vuelta y salí por donde había entrado. Desde arriba, miré a Bobby, que me observaba, no sabía si

sorprendida o, simplemente, expectante.

Retiré algunos restos de sangre de mi boca con una mano, y empecé a descender, lentamente, como había hecho antes, aunque por una razón muy distinta. Al igual que yo había visto a Sofía dominada por su ferocidad y su ansia, Bobby también me había visto a mí, y no quería que pensara que yo era sólo eso. Cuando Sofía se mostró tal y como era ante mí, yo no eché a correr, y aunque pensaba que Bobby tampoco iba a hacerlo, no quería forzar la situación. Así que, mientras descendía, inspiré profundamente, en un intento por relajar todo mi cuerpo y aparentar la máxima normalidad posible. El aroma de Bobby llegó hasta mí casi inmediatamente y, aunque me pareció igualmente delicioso que antes, no resultó ser ni la mitad de insoportable. Estaba claro que una parte del instinto del vampiro era alimentarse y que, por lo tanto, mi comportamiento dependía del hambre que tuviera. Pero yo había logrado controlarlo en el peor de los casos, siendo una *recién nacida*, como quien dice, y por eso me sentía capaz de soportarlo en cualquier situación. Bobby nunca jamás estaría en peligro cuando estuviese conmigo, al menos, no por mí.

-¿Cómo te sientes? –le pregunté a Bobby cuando llegué abajo del todo, y mientras me encaraba con ella.

-No sabría decirte. Tú… ¿estás bien?

-Mejor que nunca. Ahora ya no hay sed y sé que si pude controlarlo antes, podré siempre. Nunca volverás a correr peligro a mi lado, aunque dudo mucho que quieras volver a verme.

-¿Es qué ahora que eres vampira has decidido que vales más que yo? –comentó, indignada. Aquella actitud me cogió desprevenida.

-No… yo…. no quería decir eso.

-Pues entonces, ¿qué?

-Es que creía que no te haría mucha gracia andar al lado de una vampira sedienta de sangre.

-Mira, chica. Es cierto que ahora puedo decir que lo he visto *todo,* pero si crees que porque mates a unas cuantas capullas vas a conseguir que deje de pensar en ti, estás muy equivocada. ¡Mírate! ¡Hasta con la sangre y todo estás más guapa que nunca!

Sonreí. Aquella era mi Bobby.

-Sabes que quiero a otra.

-Tranquila, tú también sabes que no me rindo con facilidad. Además, ahora te veré más de noche, ¿verdad?

Sin pensarlo más, me acerqué a ella y la besé en la mejilla. No era el momento de hacer nada más, pero al menos sí de comprobar que mi autocontrol era tan férreo como para estar tan cerca de ella.

-Nunca sabrás cuánto significas para mí, Bobby, aunque no pueda ofrecerte más que amistad.

Bobby abrió los ojos de par en par, sin saber que decir, y en ese momento, las puertas de la casa se abrieron y las chicas entraron, encabezadas por Sofía.

Lo mejor de todo era que el club de las chicas vampiro estaba intacto, con la salvedad de Cristina, claro estaba. Me acordé entonces de Laura.

-Paula –empecé a decirle -. Laura está esperando tu llamada. Logré localizarla y gracias a ella es por lo que estamos vivas hoy.

-Entonces iré a buscarla. Gracias, Anika… por todo.

-Gracias a vosotras, por jugaros el tipo por mí.

Y se marchó corriendo.

-¿Qué hay de los guardianes exteriores?

-¡Oh! Esos han desaparecido todos –comentó Teresa -. No nos preocupan en absoluto. Pero, ¿y ella?

Teresa había señalado a Bobby, que en aquel grupo era una intrusa.

-Yo respondo por ella –le aseguré -. Si está aquí es porque decidió ayudarme cuando más la necesitaba y tengo muy claro que lo que menos le interesa es ir divulgando a los cuatro vientos que conoce a unas cuantas vampiras. Ella es de fiar. Punto.

Teresa se encogió de hombros.

-Está bien. Es tu responsabilidad –replicó, y empezó a caminar por entre los restos de la batalla.

Sandra no dijo nada. Me miró y sonrió, para a continuación darme una pequeña palmada en el hombro y seguir a Teresa.

Entonces Sofía y yo nos miramos como si no nos hubiésemos visto jamás. Mis ojos nunca la habían observado así, porque mis nuevos sentidos eran capaces de captar infinitud de matices que se me habían escapado cuando era humana. Sofía no era guapa, ni preciosa, sino hermosa como nadie podría serlo jamás. Su belleza trascendía la superficie porque, y entonces lo comprendí, lo que yo veía provenía de su interior. Era una mujer que anhelaba encontrar a alguien que la quisiera a pesar de lo que era, que estuviese dispuesta a sacrificarse por ella y que desease, frente a todas las cosas, estar a su lado.

-¿Qué voy a hacer contigo? –me dijo.

-No lo sé. Pero llevo tu sangre en mi interior, así que, según Laura, estoy ligada a ti por toda la eternidad.

-¿Y estás segura de que es eso lo que quieres?

Me quedé en silencio. ¡Claro que era eso lo que quería! Y de haber sabido antes cómo funcionaba, le habría insistido más.

-¿Por qué no me lo contaste? –le pregunté, finalmente.

-Porque era demasiado pronto. Quería que tuvieses tiempo para experimentar tu humanidad, reflexionar sobre la vida, decidir si querías tener hijos…

-Nada de eso tendría importancia sin ti. Para mí, desde conocí lo eres todo y no contemplo la vida si no es contigo a mi lado. Así que prefiero que la exploremos juntas.

-¿Y los niños? Sabes que nunca podrás tenerlos.

-Aún no me han entrado ganas de aguantar uno. Soy demasiado joven –respondí sonriendo. Tenía respuesta para todo, porque nada de lo que me dijese iba a hacer que me arrepintiese de la decisión que había tomado. Tampoco es que hubiese otra -. Creo que se te han acabado las excusas.

Sofía supo perfectamente a qué estaba refiriéndome, pero no dijo nada. En lugar de eso, se acercó lentamente hasta donde yo estaba, dispuesta a atraerme hacia ella.

-¡Ejem!

Bobby carraspeó detrás de nosotras y yo me volví para mirarla. Durante un rato, me había olvidado de ella completamente.

-Así que esta es la irresistible y famosa Sofía. Pues no está mal del todo.

Bobby se acercó a nosotras, me esquivó y se colocó justo delante de Sofía, dándome la espalda.

-Y tú eres la persistente Bobby –le dijo Sofía -. Anika me ha hablado tanto de ti que casi estaba empezando a sentir celos.

Estaba desafiante, como hacía Bobby cuando algo que veía la amenazaba de algún modo. Ahora que la conocía, no era capaz de enfadarme ni de malinterpretar sus intenciones. Desde

luego, Sofía podía parecerle atractiva, e incluso fascinadora hasta el punto de enamorarse de ella, pero no hacía las cosas por despecho ni por venganza, sino por puro sentimiento. Esperé a ver qué pasaba.

-Si te digo la verdad –continuó diciendo Sofía -, ha habido momentos en los que he tenido la tentación de buscarte para quitarte de en medio.

-No sé por qué, teniendo en cuenta lo hermosa que eres. No hay competencia posible.

-La hay y es muy sencillo de entender –comenzó a explicarle Sofía, ignorando el comentario -. Tú eres humana y yo no. Tú puedes darle cosas que yo no podré jamás, y por último, tú has estado con ella en momentos en los cuales yo no he podido estar.

Ahora estaba yo confundida. Sofía se infravaloraba… ¡sólo porque era una vampira! Ella entre todas las personas de este mundo había sido la única en verme tal y como era en realidad, incluso antes de que yo me diese cuenta de ello, y había apostado por mí, cuando ni yo misma lo había hecho.

-¡Vaya! Si llego a saber que pensabas así, quizás lo habría intentado con más ganas –replicó Bobby.

-Creo que las dos necesitáis una buena tundra –dije, colocándome entre las dos -. ¡Bobby! Eres una persona maravillosa y tenerte como amiga es lo mejor que me podía pasar. Sin embargo, tienes que aceptar de una vez por todas que, ocurra lo que ocurra con mi vida, siempre querré a Sofía.

Y antes de que pudiese protestar, me volví hacia Sofía.

-En cuanto a ti, deja ya de decir que no eres buena para mí. Eres mi elección. La única que habrá. Y, humana o vampira, sólo deseo quererte y que me quieras, así que ya está bien de pensar que no vales lo suficiente, o de lo contrario me obligarás a darte una paliza. Ahora puedo hacerlo, ¿sabes? –Desde luego, era la primera vez que me atrevía, de alguna manera, a ponerme por encima de ella, pero es que aquella noche me había demostrado a mí misma que valía mucho más de lo que yo sospechaba -. ¡Y ya está bien las dos! Desde que salí de casa esta mañana ya no soy la misma. Estoy muy cansada, me he esforzado mucho esta noche por no morder a nadie que no debiera y he sufrido por vosotras. No quiero más peleas, al menos por el momento.

-¡Guau! Anika, me tienes completamente cautivada. Si sigues hablando así me tiro encima de ti aquí mismo –comentó Bobby.

¡No hay nada que hacer con esta chica!

-Desde luego, has cambiado, Anika, de eso no hay duda –dijo Sofía -, pero eso solo hace que te quiera más que nunca.

-¿Aunque sea vampira y ya no sea más una cobardica? –le pregunté, centrando toda mi atención en ella.

-A pesar de eso.

-¿Y crees… qué serías capaz de demostrarlo, ya sabes, con un beso, o estar tan manchada de sangre humana será muy duro para ti?

-Prueba.

Mis piernas flaquearon, porque a pesar de que Sofía y yo nos habíamos besado con anterioridad, en aquel momento sentí que era la auténtica demostración de que el amor que sentíamos la una por la otra sobrepasaba todos los límites y que sería para siempre. Lentamente, me acerqué a ella, rodeé su cuello con mis brazos, y coloqué mis labios junto a los suyos.

-Te quiero –le dije.

-Te quiero –me respondió.

Nuestros labios se fundieron en uno y nuestros cuerpos se apretaron entre sí. Sentí sus

pechos junto a los míos y una de sus piernas se situó entre las mías, confundiéndose con ellas. Sus manos me atraían hacia un camino sin retorno en el que no deseaba sentir nada que no avivase el fuego que me consumía por dentro. Mientras recorría el interior de su boca, descubrí que aquello era mucho más intenso que la sed que me había dominado un rato antes, y que me resultaba casi imposible de parar. Perdí el control y mi cabeza empezó a moverse a un lado y a otro, en busca de la forma de devorarla, de llegar hasta lo más profundo de sus emociones, buscando en realidad una manera de que ella alcanzara las mías. Al mismo tiempo, su pierna se elevó ligeramente, aumentando la temperatura entre ambas. Si antes era mi garganta la que había ardido, ahora era todo mi cuerpo el que amenazaba con explotar.

-¡Chicas, chicas! ¡Mejor os controláis un poco, que yo estoy aquí!

Poco a poco, Sofía y yo conseguimos separarnos, no sin esfuerzo, y con la sensación de que lo que deseábamos era continuar. Pero no el momento, ni tampoco era el lugar.

Como siempre.

Las dos jadeábamos y me alegré al darme cuenta de que ella también podía sentir aquella necesidad.

-Es verdad –empezó a decir -. No es… el momento.

-No, supongo que… no –dije yo. Y miré a Bobby. Ella tampoco estaría pasándolo bien viéndome con Sofía. Podía esperar… un poco más.

Pero no mucho.

-Además, tenemos que resolver un problema más urgente –comentó Sofía -. Tus padres. Tu vida. ¿Has pensado qué vamos a hacer con ella?

-Eso… no lo había pensado todavía –reconocí -. Llamé este mediodía para decir que iba a comer y a pasar la tarde contigo. No sé qué hora es, pero seguro que ya debería estar de vuelta.

-Pues chica, entonces tienes un problema grave –me dijo Bobby -, porque ahora podrás volver, pero… ¿y mañana por la mañana?

-Es verdad. No podré ir al instituto.

-No es eso, Anika –comenzó a explicarme Sofía –. No podrás ni despertarte. No creo ni que puedas volver a tu casa.

Miré a Sofía. Tenía razón, por supuesto, pero el abandonar de golpe toda mi vida anterior era algo que no había contemplado, así que me puse nerviosa. Todo era demasiado importante como para decidirlo de pronto. Necesitaba más tiempo.

-Mira, vamos a hacer una cosa –dije de pronto -. Primero llevamos a Bobby de vuelta a su casa, que tendrá ganas de irse a descansar.

-¡Desde luego que sí! –aseguró ella -. Creo que me he ganado una buena noche de sueño.

-Me parece bien –dijo Sofía.

-Después me llevas a casa –y antes de que Sofía dijese nada, completé la frase – y ya improvisaremos algo durante la marcha.

Sofía no dijo nada. En lugar de ello, asintió, y yo sabía que aquel *miniplan* no le gustaba en absoluto. Sin embargo, me dejó decidir, por el momento, y dejar para más tarde la discusión.

-Bien –dije entonces, sonriendo -. Entonces, ¿quién quieres que te lleve, Bobby?

CAPÍTULO 25

Dejé que Sofía llevase a Bobby, sobre todo porque no me fiaba de mí misma. Lo más que había saltado eran los escalones que me separaban de Irene y volar por los aires con ella en brazos quizás no fuese demasiado seguro, ya que existía la posibilidad de que calculase mal y chocase de frente con algo.

-¿Cómo lo hago? –pregunté.

-Tú solo sígueme. Flexiona las rodillas e impúlsate con fuerza. Después, no tienes más que utilizar tu cuerpo para frenarte, despegando los brazos del cuerpo, por ejemplo, o pegarlos y mantenerte totalmente recta, para ofrecer menos resistencia al viento.

-Entendido –le dije.

-Y no tengas miedo a la hora de aterrizar. Nuestras piernas pueden aguantar el impacto, así que no te las romperás.

Y acto seguido, Sofía flexionó las rodillas e inició su salto, enorme. Un segundo más tarde, yo la imitaba.

Cuando Sofía volaba conmigo en brazos, yo no estaba muy por la labor, pero ahora que lo hacía yo sola, la sensación era completamente diferente. No sabía cómo, pero me había impulsado con tanta fuerza que había ascendido más que Sofía, que en cambio, había dado un salto de mayor longitud, así que arqueé mi cuerpo y me incliné hacia delante, solo porque supuse que era la forma natural de hacerlo, con lo que automáticamente, empecé a dejar de ascender y, poco después, me encontré casi planeando, en una trayectoria paralela, aunque más retrasada, a la de Sofía.

Sin darme cuenta, separé ligeramente mis brazos, de forma que formaban un ángulo de cuarenta y cinco grados con mi cuerpo, y encontré que, en esa postura, planear resultaba muy sencillo. Finalmente, vi como Sofía descendía, y yo me incliné más hacia abajo, pero preparada para separar los brazos y darme la vuelta, porque de lo contrario, me veía a mí misma aterrizando de cabeza.

¡Y no sabía si mi cabeza podría soportar el golpe!

Sin embargo, caí de pie. Sofía me miró y sonrió, satisfecha, antes de volver a saltar.

Resoplé y, armándome de valor, volví a impulsarme hacia arriba.

Por supuesto, nada malo ocurrió, aunque si tuve que esforzarme en seguir el ritmo de Sofía que, al tener mayor experiencia, era mucho más rápida que yo.

De todas formas, noté como sus saltos fueron mucho menores de lo habitual, lo que me permitió no descolgarme demasiado. Hicieron falta seis saltos para llegar a la calle situada por detrás del edificio en el que vivía Bobby, al que descendimos después de detenernos arriba y asegurarnos de que podíamos bajar sin ser vistas.

-¿Qué tal? –me preguntó en cuanto tocamos suelo.

-Supongo que podré acostumbrarme –le dije. Entonces, miré a Bobby.

-¿Estás bien, Bobby?

-Sí, gracias. ¡Ufff! ¡Vaya viajecito!

Sonreí. Todavía recordaba mi primera experiencia con los saltos.

-Bueno, pues… gracias por el rescate, Anika –me dijo ella, aún nerviosa.

-De nada. Gracias a ti por arriesgarte. Te debo mucho.

-¿Y cuándo piensas pagármelo?

Bobby no iba a cambiar nunca, eso lo sabía, pero ya había decidido no enfadarme más por ello.

-Todavía no sé ni si nos volveremos a ver, la verdad.

-Esfuérzate. No he pasado todo esto para no volverte a ver, sobre todo ahora que eres… ya sabes…

Y en lugar de completar la frase, abrió la boca, levantó los labios e hizo un extraño siseo. Supongo que quiso parodiar a los vampiros, aunque en realidad, le salió casi una serpiente.

Me reí.

-Vale, lo intentaré. No te prometo nada, pero lo que si te aseguro es que, pase lo que pase, te llamaré para decírtelo.

-Hazlo.

Echó un último vistazo a Sofía e hizo un pequeño movimiento de asentimiento en señal de agradecimiento. Después, se dio la vuelta y se marchó. Yo la observé hasta que desapareció tras la esquina, y entonces respiré, tranquila. Ahora sólo estábamos Sofía y yo.

-Y ahora… -dije, volviéndome.

-Ahora vas a escucharme bien –Sofía se había colocado a escasos centímetros de mí y en su rostro se palpaba la gravedad de lo que iba a decir.

-Claro.

-No puedes volver a casa. Tus padres estarían en peligro…

Negué con la cabeza.

-Tras lo de esta noche, sé muy bien que eso no ocurrirá. Después de transformarme logré contener mis ansias de morder a Bobby muy bien, y eso que olía deliciosamente, y yo estaba mortalmente hambrienta, hasta que las dejé sueltas para acabar con Irene. Mis padres estarán a salvo conmigo

Sofía suspiró, vencida. Sabía que yo tenía razón en eso.

-Todavía no entiendo cómo lo has hecho. No sé de nadie que fuese capaz de resistirse a alimentarse nada más transformarse.

Yo cerré el espacio que había entre las dos y entrelacé mis manos por detrás de su cuello.

-Es que me convencí a mí misma en todo momento de que Bobby no estaba en el menú y eso fue todo. Y por supuesto, pensé en ti, en que me necesitabas, y eso terminó por proporcionarme el control que necesitaba.

-Ya te dije que eras más fuerte de lo que tú pensabas.

-Lo sé. Y tenías mucha razón.

-Pero eso no cambia nada. No puedes quedarte con ellos. De día te desvanecerás y al no entender lo que te ocurre, te sacarían y te llevarían a un hospital.

-Entonces vamos a contárselo.

Sofía se separó de mí.

-¡De eso ni hablar!

-Son mis padres. Tienen derecho a saberlo, a conocer mi elección. Además, de esa forma, podré quedarme con ellos en lugar de marcharme inmediatamente.

-¿Y qué vas a decirles. ¡Hola papá, hola mamá, soy una vampira y ya no podré salir más de día! ¡Piensa un poco!

-Estoy pensando, pero es que sólo se me ocurre eso. He sido yo quien lo ha hecho, no tú. Y fui yo quien nos metió en esto, no lo olvides. Sólo necesito que estés a mi lado cuando se lo diga.

Sofía volvió a acercarse y me cogió entre sus brazos. Yo giré la cabeza, apoyé mi mejilla derecha entre sus pechos y cerré los ojos. No escuchaba su corazón latiendo, pero si sentía el

calor que desprendía su piel y el amor que sentía por mí. Sofía no me parecía fría para nada. Muy al contrario, yo me sentía cálidamente reconfortada junto a ella.

-Sólo necesito saber que aún quieres estar conmigo, a pesar de la locura que he cometido esta noche –le dije, elevando la cabeza para mirarla.

-Sabes que sí. Lo que has hecho esta noche es lo más valiente que he visto nunca, más incluso que lo de Adele, y nos has salvado a todas.

-Dime, ¿qué es lo que pasó cuando me dejaste? –le pregunté, ansiosa por rellenar los espacios en blanco que todavía desconocia.

-Pues… no demasiado. Fui a buscar a las chicas y al faltar Paula, nos preocupamos. Por lo visto, la tenían retenida desde hacía un par de días. Patricia nos comentó que además llevaba varios días sin hablar con Cristina, por lo que había llamado a otro humano, un amigo, para que te vigilara. Luis.

-El chico que vimos que nos seguía.

-Eso es. El caso es que tampoco pudimos hablar con él, así que nos olimos que algo grave ocurría. Cuando fuimos a buscar a Bobby, nos encontramos con *todas*. Habían atrapado a Bobby y también tenían al enviado de Patricia, y amenazaban con matarlos si no nos rendíamos. Sandra quería luchar, pero yo las convencí para rendirnos. Por desgracia, una de las neófitas de Gretchen no pudo esperar más y acabó con Luis.

-¡Perra! –exclamé, sin poder contenerme. Si existía alguna posibilidad de sentir remordimientos por haber acabado con Gretchen, acababan de esfumarse.

-Así que desde entonces estuvimos prisioneras, esperando a que te trajeran. Yo… estaba muy asustada, porque no sabía que te harían, aunque he de reconocer que tenía mucha confianza en ti.

-Hiciste muy bien –le dije, sonriente.

-Hubo momentos en los cuales pensé que te perdería. Cuando supimos que Cristina había muerto y que tú estabas junto a una impostora… me vine abajo. Pensé que no tenía que haberme rendido y que debía de haber dejado que Bobby muriese para poder acabar con Gretchen.

-Pero eso no fue necesario, Sofía. Mi plan salió mejor.

-Habría sido lo mejor, porque tú seguirías siendo humana.

-Es que yo no quiero ser humana. Quiero ser lo que tú seas.

Coloqué mis manos sobre sus mejillas y, lentamente, acerqué mis labios a los suyos. Sofía lloraba por mi humanidad perdida, sin darse cuenta de que, en realidad, había logrado recuperarla al estar junto a ella.

-Anika, desde ahora te prometo que no pienso perderte de vista… nunca.

Entonces, nuestros labios volvieron a juntarse, esta vez, no con deseo sino con ternura. Yo nunca iba a tener bastante, de eso estaba muy segura, pero aquella noche, ese beso significó casi más que todos los que me había dado hasta entonces, porque suponía transmitirle a Sofía que era completamente feliz, mientras estuviésemos juntas.

-Vamos –le dije, exultante, cuando nos separamos -. Llévame a casa.

Volví a abrazarla y dejé que cargase conmigo. Deseaba sentir el aire en mis mejillas mientras me sostenía entre sus brazos, sin que tuviese miedo de caerme.

Cuando llegamos al portal, me acerqué con miedo al portero electrónico. Sabía que tenía que hacerlo pero también, que aquello iba a ser terrible para mis padres. Lo importante era convencerles de que era lo que yo deseaba, y esperaba poder conseguirlo con ayuda de Sofía.

-¿Qué hora es? –le pregunté.

Sofía miró su reloj de pulsera.

-Las once y cinco.

-De entrada, va a haber bronca por lo tarde que llego. Vamos a ver qué tal lo hago.

-Si has podido resistirte a los encantos de la sangre, podrás con esto y yo estaré a tu lado, como tú me pediste.

La cogí de la mano, le sonreí, agradecida, y abrí la puerta.

Subimos sin pronunciar ninguna palabra más, la una junto a la otra,

Cuando llegamos a la puerta, me asaltó una duda, que hasta entonces no se me había ocurrido.

-Sofía, ¿yo podré entrar en casa de mis padres sin permiso?

-Pues… lo normal es que sí. Es la casa de tus padres, pero también es la tuya.

-¡Ufff! ¡Menos mal! Ya tengo bastantes problemas como para encima tener que pedir permiso para entrar.

Tomé aire y alargué el brazo para abrir la puerta. Sin embargo, antes de hacerlo, pude escuchar la voz de mi padre. Mi oído era mucho más sensible que antes.

-No creo que le haya pasado nada, mamá. Si no hubiese llamado, estaría preocupado, pero ella siempre ha sido responsable. Sin embargo, habrá que…

Abrí la puerta interrumpiendo la frase. Estaba nerviosa, muy nerviosa.

-¡Ya estoy aquí! –dije en voz alta, como siempre solía decir, aunque en esta ocasión, era muy diferente.

Sofía venía detrás de mí, siguiendo mis pasos. Cuando llegamos al salón, vi a mi padre sentado en el lugar de siempre en el sofá y a mi madre poniéndose de pie. Rápidamente, me llegó el olor de ambos, llenando todo mi interior, pero como mi sed estaba satisfecha, supe que no habría mucho peligro, así que me concentré en camuflar aquel olor tal y como había hecho con Bobby, debajo de todos los sentimientos que tenía.

Mamá, papá. Os quiero mucho, y nunca os haré daño. Siempre habéis cuidado de mí, y jamás buscaré en vosotros nada que no sea protección y cariño.

Aquello fue suficiente para mí, y supe automáticamente que nunca jamás les haría daño.

-Sabes que hor…

Por supuesto, al verme, mi madre no pudo terminar de decirlo. Para empezar estaba la sangre. Todavía estaba bastante pringada y, por lo tanto, no debía de dar demasiada buena impresión, pero es que, aparte de eso, mi aspecto debía de ser bastante anormal. Caí en la cuenta entonces de que todavía no me había visto y que a lo mejor no iba a poder hacerlo. No sabía si podría verme reflejada, tal y como salía en las películas.

-Sofía –decidí preguntarle, susurrándole -. ¿Podemos vernos reflejadas?

-Sí, claro –contestó, en un tono tan bajo que sólo yo la escuché -. Eso es otro bulo de las películas.

Entonces decidí concentrarme de nuevo en mis padres.

-Hija, ¿qué te ha pasado? –preguntó mi madre, asustada.

-Pues… algo ha pasado, desde luego, y será mejor que os sentéis para que os lo cuente. De entrada, estoy perfectamente, no os asustéis. Esta sangre no es mía.

Mi madre volvió a sentarse, todavía con la boca abierta.

-¿Y de quién es entonces? –preguntó mi padre.

Obviamente, debían de tener muchísimas preguntas, aunque no tantas como, seguramente, unos minutos más tarde.

Miré a Sofía para indicarle que tomara asiento en la silla que había en la pared, mientras que yo permanecí de pie, pensando en cómo darles la noticia.

-Mamá, papá. Yo… os quiero mucho, y nunca os haría daño, pero tenéis que saber que hoy he tomado algunas decisiones importantes y que hay cosas que no puedo deshacer. Tenéis que dejar que os cuente todo lo que me ha ocurrido y si después de eso preferís que me vaya, me iré.

-Anika, hija. No hay nada que puedas contarnos que haga que dejemos de quererte.

Mi madre tenía muy claras las cosas, pero ya veríamos.

-Antes de asegurar eso, tenéis que dejar que os diga algo… muy importante.

Mi padre, reaccionó con rapidez, evitando así una nueva interrupción de mi madre.

-Por supuesto, hija. Como ha dicho tu madre, puedes contarnos lo que sea.

-Esto es un *poquito* diferente.

-Poco o mucho, no importa. Tú dínoslo.

Tomé aire, y empecé…

-Mamá, papá... Soy una vampira.

La palabra *vampira* tuvo un efecto casi devastador. Mi madre se llevó las manos a la boca y mi padre, simplemente, no dijo nada pero estaba claro que algo se estaba cociendo. Decidí no darle tiempo a que lo pensaran demasiado y, dado que decírselo había sido lo más difícil para mí, explicarle todo lo demás resultó relativamente sencillo.

Empecé a hablar, obviando algunos detalles, por supuesto, pero deteniéndome en aquellos que consideré importantes. Les hablé primero de cómo Sofía me había salvado de ser violada, y aunque al decirles que ella también era una vampira, ambos la miraron con desconfianza, el hecho de que le debiese a ella la vida hizo que, rápidamente, cambiase su actitud.

También les hablé de Gretchen y la chica que había salvado, razón por la cual, a partir de entonces, había estado continuamente en peligro. Yo miraba sobre todo a mi madre, que cambiaba las manos de sitio continuamente, se separaba del respaldo y al poco tiempo se volvía a echar… Mi padre era diferente. Él lo interiorizaba todo, por lo que se comportaba de forma calmada. En lo que a mi forma de ser se refiere, yo me parezco más a él que a mi madre, así que comprendí perfectamente su actitud, y para nada me pareció fría o indiferente.

Mientras hablaba, Sofía permanecía en silencio y con la mirada baja, oculta en un segundo plano. Sabía que, disimuladamente, observaba la reacción de mis padres a cada cosa que yo decía, pero en todo momento se mantuvo calmada para no provocar en ellos más miedo o sensación de peligro.

Cuando llegué al final de mi historia y les hablé, someramente, de mi transformación y de cómo habíamos conseguido liberarnos, no hacía más que esperar que mi madre se pusiera a gritar, horrorizada. Sin embargo, no hizo nada de eso. Quizás la verdad era demasiado difícil de digerir y aún se encontraba en estado de shock.

De hecho, me resultaba del todo increíble que no hubieran saltado corriendo a buscar a un médico, porque al oír lo que yo misma les estaba contando, tuve la impresión de que estaba loca de remate.

-Y esa es toda la historia… -terminé.

Nadie dijo nada durante al menos un minuto, según mi propio reloj interno. Ahora parecía especialista en determinar la hora, sin necesidad de usar uno normal y corriente. Por eso Sofía no llevaba uno. ¿Para qué?

Por fin, mi padre se adelantó en el sofá y habló.

-Hija, tengo dos preguntas.

-¿Sólo dos? –pregunté, sonriendo. Mi padre no me devolvió la sonrisa. Estaba demasiado concentrado -. Tú dirás.

-La primera es si corremos peligro al estar con vosotras. Quiero decir… si sois vampiras,

necesitaréis sangre. ¿Nos atacaréis?

-¡Por supuesto que no! –le respondí rápidamente, asustada e indignada.

-No corren ningún peligro a nuestro lado, señor –comentó Sofía.

-Pero necesitáis sangre, ¿no?

-Sí, papá, pero nosotros elegimos de quién alimentarnos. ¿No me has escuchado? Sofía está continuamente rodeada de humanos y sólo acaba con aquellos que son malos, y yo sólo me alimenté de una desalmada que había matado a una mujer y a su hijo. No voy a haceros daño a vosotros. Yo elegiré a mis propias víctimas, con ayuda de Sofía, y os aseguro que se lo merecerán.

-Pero eso está mal, hija. Matar está mal, da igual de quién se trate.

-Señor –intervino Sofía. Mi padre se volvió hacia ella -. Nosotras no podemos evitar necesitar sangre para sobrevivir, pero sí que podemos seleccionar de quién nos alimentamos. No todos los vampiros hacen eso pero yo y mis amigas sí, y Anika está de acuerdo en seguir los mismos principios. No se nos puede pedir más.

-Hija –empezó a decir mi madre -. ¿No puedes… no sé, tomarte algo para deshacerlo?

-Esto no es una enfermedad, mamá. Es algo permanente, y tendré que adaptarme a ello. ¿Cuál es tu segunda pregunta, papá?

-Hija, has mantenido todo esto en secreto durante mucho tiempo y entiendo por qué lo has hecho. Son demasiadas cosas que asimilar y comprendo que no confiaras en nosotros. Pero entonces, ¿por qué has decidido contárnoslo ahora? ¿Cómo es que, simplemente, no te has marchado?

Mi madre lo miró, horrorizada. Si había algo que le gustaba menos que el hecho de que yo fuese vampira, era el de que yo desapareciese de su vida… al menos, de momento.

-¿Te refieres a desaparecer sin dejar rastro y dejaros preocupados para siempre?

Mi padre no dijo nada ante aquello. Era una idea terrible.

-No, no podría hacer eso –dije, respondiéndome a mí misma -. Os quiero mucho, no quiero haceros daño de ninguna manera, ni tampoco deseo marcharme de casa así como así, pero si tengo que irme, lo haré sin secretos. También he pensado que a lo mejor podría quedarme un tiempo con vosotros… bueno, si es que me dejáis quedarme.

-¡Oh, por favor, hija! ¿Cómo te atreves a pensar eso? ¡Claro que dejamos que te quedes! –dijo mi padre.

-Hija, ¿crees qué podría vivir sabiendo que te he has ido por nuestra culpa? –añadió mi madre.

Aunque sabía que mis padres no estaban todavía convencido del todo, aquello era todo lo que necesitaba y me sentí la chica más feliz del mundo. Me abalancé sobre mi madre y me fundí con ella en un abrazo… aunque quizás con demasiada fuerza, porque la aplasté contra el sofá y emitió un bufido.

-¡Uffff!

-¡Ay! Lo siento mamá -. Me separé un poco y le di un ruidoso beso en la mejilla. Su olor me envolvió por completo y, durante un instante, la sed regresó. Pero no existió peligro alguno, porque el deseo de sentir la sangre en mi interior no era compatible con el de ver a mi madre muerta. Sin embargo, mi cuerpo se tensó de repente, y tuve que hacer un esfuerzo para relajarme.

No miré a Sofía, pero sabía que ella se había dado cuenta. Tan solo esperaba que ni mi padre ni mi madre lo hubieran hecho.

-Muchas gracias, mamá –le dije, separándome un poco -. Gracias, papá.

Instintivamente, fui a acercarme a mi padre, aunque me detuve a mitad de camino. De

alguna manera, no estaba segura de que él aceptarse aquella situación ya que, al contrario que mi madre, solía guiarse más por la cabeza. Pensé que a lo mejor, su idea fuese que yo debía irme, por el bien de todos, así que no me atreví a seguir.

Se produjo un momento incómodo y, aunque yo estaba esperando que mi padre dijese que debía irme, eso no se produjo. En su lugar, abrió sus brazos y yo me lancé hacia ellos, con menos ímpetu que antes, desde luego, pero abrazándolo con fuerza.

Mis sentidos estaban tan desarrollados que sabía perfectamente lo que ocurría a mi alrededor, a pesar de estar con los ojos cerrados y casi llorando. Mi madre, desde luego, lo estaba haciendo, y Sofía, que estaba más emocionada de lo que quería reconocer, tenía todo el cuerpo en tensión, lo cual interpreté que se debía a que también ella estaba conteniéndose.

Cuando me separé de mi padre, sentí que de nuevo tenía familia. Aunque no era lo más importante, ya que Sofía ocupaba el centro de mi existencia, eran de suma importancia para mí, por lo que habían hecho por la Anika humana, joven e inexperta, y porque sentía que en aquellos primeros momentos necesitaba realizar una transición más gradual, para lo cual, mis padres me parecían imprescindibles.

-Bien –empecé a decir -, entonces tendremos que hacer algunos cambios.

-¿A qué te refieres? –preguntó mi madre. Ella no entendía que no se trataba sólo de *volver* a casa.

-Me refiero a que no voy a poder llevar una vida lo que se dice *normal*.

-Por supuesto. Quieres decir, que de dormirás de día y estarás activa de noche, ¿verdad?

-Entre otras cosas.

-Sofía, ¿eso os ocurre a todos?

Era la primera vez que mi padre se dirigía a ella desde que estábamos hablando y no me lo esperaba. Sofía estaba increíblemente tranquila, pero si le sorprendió también a ella, desde luego no lo demostró.

-Sí. En cuanto sale el Sol nos invade el sueño y entramos en una especie de aletargamiento del cual no podemos despertar hasta que no pone de nuevo. Es inevitable.

-Y durante ese tiempo, no debe darme nada de Sol. Absolutamente ni un minúsculo rayo de luz –añadí yo.

-Bueno, eso no es problema –comentó mi madre -. Tu habitación tiene las persianas casi nuevas, acuérdate que tuvimos que cambiarlas el año pasado, y cierran perfectamente.

-Por si acaso –empezó a explicar Sofía -, convendría tener un sistema extra de seguridad, como por ejemplo un tablón.

-Iré por uno mañana mismo –dijo mi padre, presto al rescate.

-Gracias, papá.

Lo miré. Al final, tenía yo razón, y tanto él como mi madre parecían estar tomándoselo muy bien.

-Otra cosa es el instituto. No voy a poder seguir estudiando porque no puedo salir de día.

-Pero podrás ir al nocturno dentro de dos años. Una vez que oscurezca no habrá peligro.

Ahí me había pillado. ¡Y yo que esperaba no tener que seguir haciendo exámenes! Debió notárseme en mi cara, porque Sofía salió en apoyo de mi padre.

-Si puedes hacerlo, deberías seguir estudiando. Eres todavía muy joven para dejar de aprender.

-Supongo que… tenéis razón. Pero tendrá que ser el año que viene.

-Bueno, iremos a hablar con tu tutor y se lo explicaremos –comentó mi madre.

-¿Qué le diréis?

-Pues… -mi madre se bloqueó.

-Que estás sufriendo una alergia que no te permite que te dé el Sol y tienes que quedarte en casa –Mi padre tenía explicación para todo, desde luego.

-Eh… vale. Supongo que… -miré a Sofía, y ella asintió con la cabeza -… sí.

-¿Algo más? –pregunté, sin dejar de mirarla.

-Sí –respondió ella.

Todos la miramos, expectantes. Sofía se puso de pie, y nos miró a cada uno de nosotros.

-Esta es la primera vez en mi vida que veo lo que está ocurriendo aquí, que un vampiro sea capaz de vivir con su familia humana, y quiero que todo el mundo sea consciente del peligro. Anika tendrá que vivir de noche, salir de noche, y alimentarse de otras personas. Malas personas, desde luego, pero personas al fin y al cabo. Tiene una gran fuerza de voluntad, así que mientras que esto suceda regularmente, no ocurrirá nada, pero siempre existirá la posibilidad…

-Esa posibilidad es cero –le repliqué, poniéndome súbitamente de pie.

-*Casi* cero. ¿Vale así?

Enfurruñada, volví a sentarme.

-Vale – le concedí.

-Su hija tampoco envejecerá, ni podrá tener hijos como una persona normal.

-¿No? –Mi madre no esperaba aquello. Ella siempre había querido ser abuela y eso ya no sería posible… al menos, de la forma que ella esperaba.

-Lo siento, mamá. No podrá ser.

-Y por último, y lo más importante –siguió diciendo Sofía, con un tono sombrío -. De noche, no deben dejar que entre nadie que no conozcan. No deben *invitarlo* a entrar. Si hay algo de las películas de vampiros que es cierto es precisamente que no podemos adentrarnos en una casa que no es nuestra si alguien que viva allí no nos da permiso antes. Pero una vez dado, podrá entrar las veces que quiera y cómo quiera, y hay vampiros que no son de fiar.

-De acuerdo –dijo mi padre -. Seguiremos la norma a rajatabla.

Me puse de pie.

-Me quedan cinco horas y seis minutos para el amanecer –dije, haciendo gala de mi nueva y deslumbrante habilidad -, así que voy a salir.

-Esta noche te quedarás conmigo –me dijo Sofía. Aquello hizo que me estremeciera de pies a cabeza. No sabía si hablaba simplemente de dormir, o si se trataba de algo más, pero estaba deseando descubrirlo. Hacía ya tiempo que ambas lo necesitábamos -. Será más seguro. Cuando tu padre haya colocado el tablón, podrás dormir aquí.

-De acuerdo. Tú mandas.

-Entonces, nada más –añadió.

-Papá, mamá. Voy a darme una ducha y a cambiarme, y después nos vamos. Os veré mañana por la noche.

-Eh… hija. ¿Volverás, verdad? –mi madre no estaba segura de todo aquello.

-Claro que sí. Os he contado todo esto para poder quedarme con vosotros. ¿Cómo iba a irme ahora?

Aquello pareció convencerla finalmente, y me pareció que respiraba tranquila.

-Además, tengo el móvil. Me llevaré también el cargador. Así si por lo que sea no puedo venir, os llamaré. ¿De acuerdo?

-Será mejor que prepares una pequeña bolsa con algo de ropa, por si alguna vez tienes que quedarte conmigo. Sólo lo básico.

-Vale –le dije. Y me fui a prepararla.

Sentí que mis piernas se movían con rapidez, y que mis manos ya estaban cogiendo las cosas antes incluso de que yo lo pensara. Me duché en un abrir y cerrar de ojos, y me vestí en cuestión de segundos. No habían pasado ni cinco minutos cuando aparecí de nuevo en el salón.

-Estoy lista.

-¿Te esperamos mañana por la noche? –me preguntó mi padre.

-Por supuesto –le respondí. En cuando anochezca y me despierte, vendré para acá.

-Sofía.

Mi padre se había acercado hasta donde estaba Sofía y ahora ambos estaban mirándose cara a cara.

-Por una parte, supongo que deberíamos darte las gracias por salvar la vida de nuestra hija, pero por otra…

-Lo entiendo perfectamente, señor. Créame si le digo que nunca fue mi intención que ella se transformara tan pronto. Lo decidió Anika por sí misma, porque yo, mis amigas y otra amiga suya, estábamos en peligro.

-Lo sé, lo sé. Nos lo habéis explicado antes. De todas formas, cuidarás bien de ella, ¿verdad?

-Por supuesto. Estoy enamorada de su hija.

Al decir esto, agarré con fuerza la mano de Sofía. Nunca se lo había oído decir al hablar con otra persona.

-Eso ya puedo verlo. Está muy claro que ambas os queréis mucho.

Entonces, se volvió hacia mí.

-Y tú, no tardes mucho mañana, ¿de acuerdo? Tu madre se pondrá muy nerviosa si no apareces.

-Tranquilo, papá. Seré puntual.

Los dos sonreímos y entonces, Sofía y yo nos marchamos. Con una mochila a la espalda, y agarrada de la mano de Sofía, dejé el lugar que había sido mi hogar durante toda mi vida hasta entonces, para adentrarme en una nueva experiencia.

CAPÍTULO 26

-Y bien. ¿A dónde vamos?

Acabábamos de salir del portal y necesitaba saber qué íbamos a hacer. De repente se abría ante mí un futuro completamente desconocido. ¿Qué haríamos aquella noche? ¿Y las siguientes? Yo solo quería estar con Sofía, pero hasta entonces, los estudios habían ocupado casi todo mi tiempo. Me sentía… algo vacía.

-Supongo que ha llegado el momento de enseñarte mi casa, la de verdad. A no ser que prefieras salir durante unas cuantas horas para sentir tu nuevo cuerpo.

-Para nada. Estoy deseando ver tu hermosa *guarida*.

Sofía me miraba sorprendida, o al menos esa era la impresión que a mí me daba. Teniendo en cuenta que yo siempre me había considerado como una chica bastante vulgar, aquello hacía que me sintiese excepcionalmente bien.

-¿Qué? –le pregunté.

-Te veo extraordinariamente tranquila para todo lo que ha ocurrido hoy.

-¿Por qué no iba a estarlo?

-Bueno, porque para empezar, a partir de hoy tu vida ya no será igual, ya que no podrás salir de día y tendrás que matar a gente continuamente para alimentarte. Y para continuar, porque hoy has acabado con la vida de una persona.

-Matar a Irene fue una bendición, y si todas las vidas que voy a quitar son como esa, no creo que lo lamente nunca –dije, reafirmándome. No sentía nada por haberla matado, salvo satisfacción por haber consumado mi venganza -. Y en cuanto a Gretchen, no la considero ni tan siquiera como persona.

-No siempre es tan sencillo, ¿sabes?

-Bueno, ya me enseñarás. Pero esta noche, me siento bien, y solo quiero estar contigo. ¡Así que deja de preocuparte!

Me apreté contra ella y la besé en los labios. Eran dulces y suaves, como siempre, e invitaban a mucho más. Pero no quería adelantarme. Sabía muy bien que, esta vez, sí que tendríamos tiempo y oportunidad.

-Vale. Entonces, vámonos.

La casa de Sofía era una especie de casa rural, pero amplia y lujosa, protegida por un muro de piedra que separaba lo que era el terreno del de la siguiente casa. Ambas aterrizamos en el jardín, yo algo más tarde que Sofía, por supuesto, pero contentísima de ir mejorando con cada salto.

-¡Guau! –exclamé -. ¡Creo que ya le voy cogiendo el tranquillo!

-Sabía que iba a gustarte –me dijo Sofía.

Entonces, miré a mi alrededor. Justo enfrente, delante de la puerta de la casa, se hallaba el Renault amarillo que yo conocía, y que no iba *pero que nada* con el resto.

Pero yo, simplemente, estaba sin palabras.

El césped estaba precioso, verde y ni muy largo, ni muy corto, y había un camino de losas de piedra que iba desde la entrada de la casa hasta el portón principal. También había un pequeño estanque más o menos en el centro. Caminé lentamente hacia él y me asomé, por simple curiosidad, y observé que contenía algunos peces. Era todo tan tranquilo y había tanta intimidad,

que sentí que estábamos solas en el mundo.

-¿Y bien? ¿Qué te parece?

-No está mal –respondí, para chincharla. Cuando me volví para mirarla, Sofía había cambiado el gesto y sonreía. Sabía muy bien que hablaba en broma. Abrí los brazos y me acerqué corriendo a ella para abrazarla.

-Es perfecto –le dije, en cuanto me fundí con ella.

-Me alegra que te guste, porque a partir de ahora, es tan tuyo como mío.

-¿De verdad?

-Sí, de verdad.

Al ser más bajita que Sofía, la miraba como si fuese algo así como una Diosa griega y yo estuviese adorándola, pero lo cierto es que no conocía otra forma de estar con ella que no fuese sentir un amor casi infinito por ella. Ella era perfecta.

-Anda, enséñame el interior –le pedí.

-Tus deseos son órdenes para mí –me susurró.

-No me tientes –le dije, sugerentemente.

-Vamos –me dijo, divertida. Y entramos en la casa.

Por dentro, la casa invitaba a vivir en un mundo diferente del que nos rodeaba. El mundo de Sofía… y a partir de entonces, también mío.

La puerta daba directamente al salón principal. El techo tenía vigas de madera y un par de columnas maestras sujetaban la estructura general. Una parte de las paredes estaba hecha de piedra, incrementando el efecto de aislamiento, pero la otra era lisa, y estaba pintada de un color beige. Enfrente de la puerta había unas escaleras que conducían al piso superior, algo más allá, una mesa con una lámpara y a la izquierda, había una mesa de comedor, bastante rústica, con seis sillas haciendo juego. Más allá había un sofá de color celeste, quizás lo que menos juego hacía, que hacía una U, dejando un pequeño espacio para otra mesita situada en medio. Finalmente, en la pared, al fondo, había una chimenea, el colofón perfecto para el salón. Empecé a caminar, fijándome en todos los detalles posibles y, cuando llegué al sofá, miré a mi izquierda. Ante mí se abría una nueva estancia, la cocina, que tenía sencillamente de todo.

-Podría quedarme aquí toda la vida y nunca me cansaría de mirarla –dije, boquiabierta.

-Pues quédate. Yo no voy a impedírtelo.

-Es… preciosa.

Sofía sonreía, complacida.

Me di la vuelta, y me di cuenta de que, justo en la pared de al lado de la cocina, había otra puerta. Yo miré a Sofía, que parecía encontrarse en una especie de trance. De repente se acercó hasta mí y me ofreció su mano.

-Ven conmigo

Le di la mano, y ella abrió la puerta del sótano y me condujo hacia ella.

Cuando terminamos de bajar las escaleras sentí que me encontraba, no en un sótano mohoso y oscuro, sino en el almacén de un museo, porque allí había montones de cajas de madera, algunas abiertas y otras no, llenas de pinturas, pequeñas figuras, juguetes… y hasta un piano. Sin darme cuenta me solté de la mano de Sofía y comencé a andar, mirándolo todo, sin fijarme en nada en especial, abrumada por lo que veía. Allí se encontraba la vida de Sofía, contada a partir de innumerables objetos, y más allá del valor monetario que cada uno pudiese tener, para mí ninguno tenía precio.

Sofía se acercó a una caja, sacó un pequeño libro infantil y me lo enseño.

Aunque no te lo creas, yo aprendí a leer con este libro.

-¡Qué bonito! –exclamé, cogiéndolo entre las manos.

-Sí que lo es. Le tengo mucho aprecio, aunque no tanto como a este peluche.

Lentamente, me alargó un oso de peluche marrón, que estaba casi en perfectas condiciones. Tenía el hocico negro y los ojos negros, y no me pareció especialmente llamativo. Sin embargo, lo más curioso es que me pareció *extrañamente* familiar.

-¿Es… tu peluche de cuando eras pequeña?

-No –respondió Sofía -. Es el tuyo.

Entonces la miré, fijamente, a los ojos, y ella abrió los suyos, entregándome todos sus sentimientos y recuerdos, que me atravesaron de lleno. De repente lo recordé todo, aunque casi podría decir que fue como si los viese por primera vez, porque ya los había olvidado completamente. Fue hace tanto tiempo, y yo era tan pequeña, que aquello no supuso gran cosa en mi vida, pero sí en la de Sofía, que tenía la misma edad que ahora, y que encontró en mí el apoyo que necesitaba.

En realidad, yo contemplaba la escena como si estuviese allí mismo, y es que para Sofía, no parecía haber pasado el tiempo, ya que la imagen de ambas permanecía inalterable, o al menos, esa era la impresión que daba…

En cuanto nos vi a las dos, ella igual que ahora, pero llena de tristeza y hundida, y a mí misma, echa una niña, las lágrimas brotaron de mis ojos casi sin control, y ella se acercó para recogerlas.

Desde que era una niña ambas parecíamos predestinadas a estar juntas. ¿Me había estado buscando desde entonces? ¿Esperando… a que creciese y tuviese la suficiente edad como para presentarse?

¿Estaba en la discoteca por casualidad… o porque yo me encontraba allí?

En mi cabeza rememoré toda la escena, como apareció de la nada y habló conmigo, y como al final, se quedó con Teddy, mi oso de peluche.

-¿Por qué… no me lo dijiste? –logré preguntarle.

-Porque no quería influirte. Para mí fuiste más importante de lo que tú te crees y por eso no quería hacerte daño, de ninguna de las maneras, ni quería que te pasara nada. Eso sería del todo insoportable.

-¿Por eso me seguiste en la discoteca?

-Sí.

-¿Por eso… me quieres?

-Por eso siempre te he querido y siempre te querré.

Yo apreté el osito de peluche contra mi pecho y no dije nada más. No había ninguna palabra que pudiese expresar lo que sentía en aquel momento. Sencillamente, me volví hacia las escaleras.

-¿P-puedo mirar arriba? –pregunté, tímidamente, intentando esquivar la situación.

-Desde luego –respondió ella. Me parecía que en su voz había un *algo* que intentaba salir, pero reconocí su autocontrol, supuse que para darme tiempo para asimilarlo todo.

Rápidamente me dirigí hacia las escaleras con mi bolsa en la mano y comencé a subir.

La planta de arriba empezaba con una especie de sala general, en la que había dos bancos de madera cubiertos por cojines con motivos florales, y una de las paredes cubierta por muebles llenos de libros. Aquello parecía la biblioteca municipal. Al fondo, una puerta daba a una terraza, y a la izquierda se abrían cuatro puertas.

-La puerta del medio es el aseo. Las otras tres son dormitorios.

-Yo solo necesito uno –le dije, retirándome los restos de las lágrimas de las mejillas -. El

mismo que uses tú.

Sofía se acercó a uno de los dormitorios y abrió la puerta.

-Yo suelo dormir aquí. Es la habitación más grande.

Entré.

La misma estructura rústica, y al fondo, una cama de matrimonio, un par de mesitas a cada lado, con sendas lamparitas, dos sillones enfrente y un armario que ocupaba toda una pared.

Sofía se acercó al armario y lo abrió. Por fuera parecía grande, pero por dentro, era grandioso. Tenía cajoneras y grandes y pequeñas, espacio para colgar trajes y pantalones, y también para guardar camisetas, blusas, zapatos… en fin, de todo.

Yo todavía apretaba el oso de peluche contra mi pecho. Había tardado muchos años en recuperar un recuerdo y ahora significaba tanto que no iba a perderlo, de ninguna de las maneras.

-¡Guau! Aquí puedes guardar la ropa de todo un regimiento –le dije, simulando una jovialidad que en aquel momento no tenía. Estaba todavía en estado de shock.

-Solo tengo ropa mía… y espero que a partir de hoy, tuya.

La miré y me di cuenta de que me estaba ofreciendo su brazo para que le diese mis cosas. Le sonreí, empecé a sacarla y ella comenzó a guardarla. Tuve que dejar el oso de peluche encima de la cama para poder dársela y me lo pensé mucho, pero es que necesitaba las dos manos para lo que iba a hacer a continuación.

-Si hubiese sabido antes lo que sentías por mí me habría abalanzado sobre ti en el primer momento –le dije, volviéndome hacia ella -. Debe haberte resultado muy duro no contármelo.

-Sí, lo ha sido –reconoció -. Pero la espera ha merecido la pena.

Entonces me eché sobre ella, con tanta fuerza que la empujé contra el armario. Pero ella no se quejó. En lugar de eso, asimiló el golpe, y esperó.

Coloqué mis piernas junto a las suyas, y sentí como mi temperatura aumentaba rápidamente. Entonces, la miré directamente a los ojos. La profundidad de su miraba abarcaba más allá de lo que se podía ver, adentrándose en lo que yo más deseaba, así que, sin darle tiempo a que se quejase o dijese algo que hiciera que me apartase de ella, empecé a besarla con fiereza. Sorprendida, Sofía tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, no se quedó atrás, sino que me abrazó y apretó todavía con más fuerza.

Segundos más tarde, me separé de ella, sintiendo una oleada de deseo luchando desesperadamente por continuar. Sin embargo, necesitaba decir algo antes.

-Llevas ocho años esperándome –empecé a decirle -. Me parece que ya es suficiente. Ha llegado el momento de demostrarte lo que siento por ti.

-Lo cierto es que creo que ya hemos esperado bastante –me dijo ella.

-No conocía esta sensación hasta que te conocí y solo siento esto contigo –reconocí, con la garganta seca de mantener la boca abierta y respirando fuerte durante tanto tiempo -. Te quiero y deseo que estemos juntas.

Sofía colocó sus manos en mis mejillas y entonces me di cuenta de que su mirada estaba tan llena de amor y deseo como debía de estar la mía.

-Aunque no lo parezca –dijo, finalmente –, casi enloquezco por tener que esperar. También tú, únicamente, me haces sentir así, y quiero que siempre recuerdes que para mí nunca habrá nadie más.

Me pareció que su voz casi temblaba al decir esto último, quizás por el esfuerzo que estaba suponiendo no dejarse llevar por nuestros instintos. Entonces, coloqué mis manos en sus caderas, y la acerqué hacia mí. Parecía que yo fuese la chica experimentada y ella la principiante, porque Sofía se dejaba arrastrar por mí sin oponer resistencia. Decidí que ya era suficiente y, sin esperar

más, la empujé hacia mí, haciendo que nuestros cuerpos volviesen a aplastarse, pero entonces fue Sofía quien tomó la delantera. Su boca se apoderó de la mía con fuerza y empezó a besarme. Su lengua separó mis labios con determinación y un calor abrasador me recorrió de arriba abajo. Cuántas veces había soñado con lo que estaba a punto de ocurrir. En cuántos sueños nuestros cuerpos habían estado juntos, desnudos, y habían logrado, por fin, alcanzar tal estado de comunión que resultaba casi indescriptible el placer que obteníamos.

Era… maravilloso e iba a hacerse realidad.

Ahora se notaba la experiencia de Sofía, porque sus manos buscaban con suavidad y al mismo tiempo una gran seguridad, para acariciar cada uno de los recovecos de mi cuerpo, haciendo que el deseo que sentía no solo no se calmase, sino que se desbocase todavía más.

Sin separarme de sus labios, mis brazos abandonaron su cuerpo para desembarazarme de mi blusa y mi sujetador, que arranqué desesperada. Sofía continuaba besándome, pero noté como se reía, y yo me reí con ella. Entonces, aproveché para separarme ligeramente y terminar de desembarazarme del sujetador, que yacía medio caído y hecho trizas.

-¿A qué estás esperando? No querrás que haga lo mismo con tu ropa –le amenacé.

-¡Al diablo la ropa! –dijo ella, y arrancó la camisa que llevaba y la camiseta que había debajo. Ya se me había olvidado que no solía llevar sujetador y la visión de sus preciosos pechos, blancos como la nieve, perfectamente firmes y de unas dimensiones envidiables, aumentó mi desesperación hasta límites insospechados.

-Eres… preciosa, Sofía.

Sofía sonrió, se acercó a mí, cogió mis manos y las llevó hasta sus pechos. Noté como todo mi cuerpo se deshacía, mientras mis palmas recorrían sus curvas con delicadeza, conteniéndome, sin saber cuánto más podría aguantar.

-¡Dios! –exclamé, cerrando los ojos.

Sofía gimió ligeramente y noté como todo su cuerpo se tensó.

-Nunca he dejado que nadie me toque así, mi vida –me dijo. Yo casi me eché a llorar, aunque abrí los ojos para poder contemplar los suyos una vez más -, porque jamás he querido a alguien como te quiero a ti.

Bajé los brazos. Todavía debía quitarme los pantalones para quedarme completamente desnuda, así que empecé a hacerlo.

-Deja que yo lo haga –me dijo Sofía. Se agachó, desabrochó el botón y cuando bajó la cremallera, todo mi cuerpo se estremeció. Era el momento y mi sangre hervía casi sin control. Cuando levanté mis piernas para terminar de perder de vista los pantalones, sentí un calor inigualable entre mis piernas, y entonces me di cuenta de que iba a perder toda pizca de voluntad. A partir de entonces, sería mi deseo quien actuaría por mí y no mi razón. Cerré los ojos, y noté como Sofía deslizaba mis bragas delicadamente por mis piernas. Simplemente con aquello, yo ya estaba perdida, pero notar después las manos de Sofía sobre mis muslos, fue lo último que recuerdo, antes de abandonarme completamente al éxtasis.

Horas más tarde, Sofía y yo yacíamos en la cama, abrazadas, satisfechas, por una parte, pero también insaciables, porque cuando sus piernas se movían por cualquier razón, el deseo se reavivaba en mi interior y yo volvía otra vez al ataque.

-Anika, para –me susurró Sofía, cuando de nuevo me lancé a besar su piel.

-No sé si puedo, cariño. Eres tan… hermosa.

-Tú también lo eres y eso que haces me vuelve… loca.

-Me encanta volverte loca, ya lo sabes –le dije, sonriendo satisfecha, y apoyando mi mejilla sobre su vientre -. ¿Podemos dormir así?

-Podemos dormir como tú quieras.

Entonces me quedé pensando. ¿Dormirse como vampira sería igual que como humana? ¿Sería capaz de darme cuenta que estaba saliendo el Sol igual que uno va quedándose dormido, poco a poco?

-¿Cómo es lo de dormirse? ¿Ocurre de golpe? –le pregunté.

-Pues… sí. Sientes una especie de *urgencia* que te dice que tienes que ocultarte porque el Sol está a punto de salir y en cuanto lo hace, te duermes. Mi mentora caía en redondo en cuanto ocurría, y ya no era capaz de hacer o sentir nada.

-¿Entonces, no cambias de postura y cosas así?

-No. Tal y como te duermes, así amaneces.

-Entonces quiero dormirme así, agarrada a ti. ¿Podemos?

-Por supuesto.

-¿Y mañana también?

-Todos los días, si quieres.

-Quiero.

Mis brazos pasaron por debajo de su espalda y la atrajeron más hacia mí.

-Pues prepárate, porque quedan cinco minutos nada más.

-Lo sé. Por eso quería decidirlo ya.

La mano de Sofía acarició mi cabello con suavidad y cerré mis ojos, rindiéndome al placer de su ternura. Podía haberme pasado horas así y nunca hubiese tenido suficiente. No había nombre para lo que me estaba ocurriendo, salvo que estar con Sofía era el cielo en la Tierra. No hay otra manera mejor de explicarlo.

-Sofía.

-¿Sí?

-¿Me prometes que será así siempre?

-Te lo prometo.

Crucé un brazo por encima de sus pechos, coloqué mi mejilla junto a la suya, y sonreí.

Minutos después, la noche llegó a su fin, sumiéndonos en el sueño más maravilloso que hubiese podido imaginar.

EPÍLOGO

-¿Qué te pasa?

Volvió a decir la voz, dulce, encantadora, hermosa como ninguna.

-¿P-perdona? –pregunté, desconcertada por su presencia. Sin darme cuenta, debía de haber llorado tan ruidosamente que la pequeña se había acercado hasta donde estaba para preguntarme.

-Estás… llorando. ¿Es que estás triste?

Sonreí. Aquella niña, cuyos ojos eran del color de la hojarasca que cubre el bosque, estaba mirándome fijamente, profundamente preocupada, a pesar de no haberme visto nunca, y casi al instante sentí que, quizás por aquella genuina ternura, todo mi cuerpo se relajó al instante. Sencillamente, me resultó imposible sentirme mal delante de ella.

-Un poco –le contesté -, pero al verte creo que se me ha pasado.

La niña sonrió, complacida por mi respuesta. Entonces me fijé en que entre sus brazos sostenía, a la altura de su pecho, el oso de peluche. Era lo más bonito que había visto nunca.

-¿Y por qué lo estás? –me preguntó. Era directa, de eso no había duda, pero es que a esa edad… ¿quién no lo es?

-Bueno… -empecé a decirle, intentando ser lo más clara posible -, porque quiero estar con un chico y él no quiere estar conmigo.

-¡Ah, entiendo! ¡A mí también me ha pasado!

-¿De verdad? –le pregunté, sorprendida, divertida, pero también interesada.

-Sí. En el colegio, hay un chico que no quiere sentarse conmigo porque dice que los demás se meten con él.

Algunas cosas nunca cambian y estaba claro que las dos teníamos el mismo problema… aunque a distinto nivel, por supuesto.

-Sí, es más o menos como me pasa a mí –le dije -. Pero ya no me importa, porque tú estás aquí.

Aquello no debió de entenderlo del todo, pero sí que captó que era algo bueno, porque de nuevo sonrió. Sus labios se curvaron hacia arriba y algunos de sus dientes asomaron ligeramente. Era encantadora.

-¡Anika! ¡Entra ya, que está oscureciendo!

La voz había provenido de una de las casas matas que estaban frente al lugar en donde la niña estaba jugando. Miré el cielo y me di cuenta. Era de noche, muy de noche, y no era ya hora de que una niña como ella estuviese fuera, jugando.

-¿Te llamas Anika?

-Sí.

-Pues me parece un nombre precioso.

-¡Muchas gracias! –exclamó contentísima la pequeña -. ¿Tú cómo te llamas?

-Sofía.

-Mucho gusto, Sofía

-Igualmente, Anika.

-¡ANIKA!

Esta vez la llamada había sido mucho más fuerte y determinante. Estaba claro que debía marcharse.

-Gracias por venir a preguntarme si estaba bien, Anika. Nunca lo olvidaré.

Y entonces, la pequeña Anika hizo algo inesperado, pero sobre todo, hermoso. Alargó sus brazos y me ofreció el oso de peluche.

-Toma. Para que te haga compañía cuando estés triste. Se llama Teddy.

-P-pero… es tuyo –le dije, sorprendida, mientras lo cogía, todavía dudando.

-Mi madre piensa tirarlo porque dice que ya está muy viejo –me explicó. Yo miré mejor al oso y me di cuenta de que, efectivamente, el tejido estaba desgastado, e incluso descosido por algunos lugares. Pero aquel debía de ser un peluche muy especial para aquella niña, quizás el primero del que guardaba memoria haber tenido -. Esta tarde lo he recogido de la cesta de la ropa vieja, pero seguro que si mi madre lo ve, me lo volverá a quitar. De esta forma, si se queda contigo estará seguro, y así podrá hacerte compañía. ¿Verdad, Teddy?

Como pude, reprimí las lágrimas. Jamás se me habría ocurrido un regalo semejante y tuve la certeza de que nunca nadie sería capaz de hacerme uno tan bonito como aquel. Así que agarré el osito y lo apreté contra mi pecho, igual que lo había hecho Anika momentos antes.

-Entonces se quedará conmigo –le dije -, y yo lo cuidaré lo mejor que pueda. Muchas gracias, Anika.

Y entonces, la niña se fue.

-Me tengo que ir. Hasta otro día.

-Adiós –me despedí, en apenas un susurro, mientras ella estaba ya corriendo en dirección a su casa.

Solo cuando hubo desaparecido detrás de la puerta, miré el oso de peluche, Teddy, y pensé algo que acabaría por determinar toda mi vida. Jamás debía olvidar a Anika y fuese como fuese, debía intentar encontrar a alguien como ella, pura e inocente, generosa y cariñosa, capaz de entregar todo a cambio de nada. De repente, lo que me preocupaba desapareció completamente, porque me di cuenta de que él no estaba hecho para mí, nunca lo había sido, y en realidad, solo me había estado engañando con fantasías sobre lo que podía haber sido, pero al no ser la persona adecuada, había estado perdiendo el tiempo.

No, debía de haber alguien en algún lugar que fuese para mí, y para quien yo lo significase todo, y si sobrevivía lo suficiente, acabaría por encontrarlo. Lo intentaría, costase lo que costase, y mientras tanto, al menos haría todo lo posible por ser lo suficientemente digna como para merecerlo.

Con ese ánimo, sonreí una vez más y, también una vez más, miré al cielo. Y me acordé de la pequeña Anika. Nunca tanta inocencia, ternura y candidez se habían reunido en una sola persona, al menos, que yo supiese. Aquella pequeña me había salvado, y eso era algo que ya no podrían arrebatarme jamás.

Nunca me desprendería de Teddy, jamás olvidaría Anika, y siempre recordaría aquella ciudad como mi hogar, porque en ella acababa de dejar mi corazón…

… junto al de una niña de ocho años.

Y algún día regresaría a por él.